

Un emocionante *road trip* que cambiará sus vidas

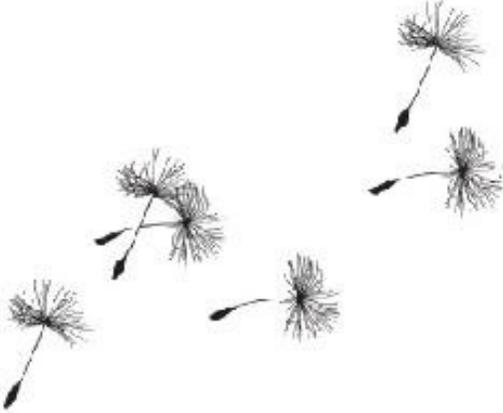
Olvidada que antes



Irene Ferb



*Olvida
que
antes*



Irene Ferb

Título original: Olvida que antes

Autora: Irene Ferb

© Irene Fernandez Blazquez

1º Edición: Agosto 2021

IBSN:

Correctora: Nari Springfield

Imágenes interiores: Pixabay

Aviso Legal: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para Dimas, contigo me fue muy sencillo olvidar que antes.

Tú lo haces fácil y te debo tanto...

*Para mi pequeña Eire, porque con ella cada día es
una aventura “alejafantasmas”, nada me centra más que tú.*

Os quiero.

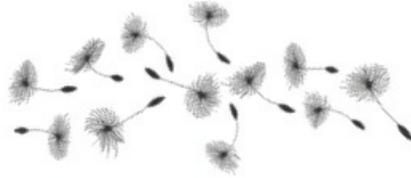
Para Ana, Isa, Edu, Fernando, Diego, Simón y Aritz,

con vosotros comenzó este libro.

Un viaje sin rumbo y sin planes que nos quedó estupendo.

Al final nos acostumbramos...

PRÓLOGO



Carol tiene tanta hambre que hasta envidia el chicle que mastica Lola con esa extravagancia característica suya y hasta imagina que podría nutrirse algo. Celos de un chicle, es patética... ¿tendrá algún alimento o será verdad eso que dice su madre de que son derivados del petróleo? La observa atentamente, tan diva, tan esbelta que parece una estatua, con esa cara de gata iracunda a punto de estallarte, que te desanimaría a acercarte, y, sin embargo, es la más popular del colegio porque es como el rey Midas: si te toca te conviertes en oro, lanzándote directamente al grupo de los intocables, los «vip». Otra pompa, ya lleva diez. Y ella que mataría por masticar y sacar algo de jugo, pero no puede, desde hace más de un año.

Su mandíbula, acorde a su cuerpo, está mal hecha y su mordida es inaceptable según el ortodontista, por lo que su madre sacó la tarjeta de crédito sin preguntarle y ahora lleva unos aparatos que le corrigen la boca y no le dejan morder nada sólido. No, no le preguntó si quería ser el objeto de todas las burlas de su clase, de nuevo, por lucir el aparato más exagerado de todo el colegio. Ahora la llaman presa, porque su boca parece una cárcel. Cuando apareció con el corsé para la escoliosis no tardaron en bautizarla como «lego», se burlaban de que su cuerpo parecía hecho a piezas. A todo se acostumbra uno... o no, puede que ella nunca lo haga. Su madre le dice que es hipersensible y que debería importarle un comino lo que los demás digan de ella. Su madre va de fuerte, pero la mira y sabe que habla desde la ignorancia porque nadie se ha burlado jamás de ella, ¡qué sencillo es asimilar los dramas de la vida desde la barrera! En su momento ocupó el lugar que ahora ocupa Lola. Su madre y su perfección... ¿cómo puede ser su hija?

Su estómago vuelve a rugir, ya van cinco veces, solo espera que durante la clase de ética no le suene, porque suelen estar en silencio haciendo deberes y se va a morir de la vergüenza. Si al menos le hubieran dejado el zumo... pero se lo han quitado todo, el flan y el zumo. Anoche no cenó por dolor de tripa y apenas ha desayunado porque se ha despertado muy tarde. Lleva dieciocho horas sin darle trabajo a su estómago. Tiene unos compañeros de la peor calaña que viven por y para amargar la existencia a los *corquis*. *Corquis*: persona que, según su escala de medir, no está terminada y prefiere sacar buenas notas antes que estar todo el día haciendo el ganso. No hace falta aclarar que ella está en el top cinco de las *corquis* del cole.

Lo que más le fastidia es que no se lo toman: se lo quitan y encima lo pisotean delante de su cara y se marchan corriendo, como carreras de caballos, haciendo ruido con sus burlas. Y no, es mejor no decírselo a los profesores, solo le faltaba sumar a su lista de apodos el de chivata.

Roa vuelve a meter un gol. Van cuatro en veinte minutos. Se rumorea que le va a fichar el Real Madrid, que le ha visto un ojeador. Es muy bueno. Aprovecha que todo el mundo lo hace para mirarle y así no llamar la atención... «¿qué hace esa *corqui* babeando por Roa? ¿Se pensará

que está a su altura? ¿Será ilusa?». Total, que para no dar más que hablar prefiere disimular y de refilón ver como se abraza con Alberto, el otro ídolo de masas de su colegio y que, a la vez, también, es su hermano mayor. Después chocan los puños y camina en solitario hacia el centro del campo con la cabeza alta, recordándole a esos jugadores profesionales tan chulitos que ponen en la tele. A Roa se le ve de lejos que ha nacido para triunfar. Eso se nota. A ella no... Y por eso, aunque él se pasa tardes enteras en su piscina no sabe ni cómo se llama.

Alberto le saca tres años, él ya tiene dieciséis. También es muy guapo y debe de ser muy simpático, pero a ella no le hace ni caso. Vive por y para el deporte y para sus amigos. No se porta mal con ella, directamente la ignora. A veces, ha presenciado cómo la calaña se burla de ella y ha seguido a sus cosas como si nada. Y eso duele más que cualquier empujón. ¿Cómo no puedes importarle nada a alguien de tu familia? Cuando era más pequeñita se reía mucho con ella y jugaban juntos, ella le adoraba, pero fueron creciendo, se hubo de convertir en invisible y se fue olvidando de ella. Carol de él también, poco a poco, pero a veces le cuesta y se le hace nudo.

Las chicas de clase vienen hacia ella. Se ha quedado guardando el sitio mientras ellas ensayaban en un rincón el baile de fin de curso. Bea la mira avergonzada, ella es su única amiga y no suelen separarse para nada, pero la han elegido como su correctora y se ha ido a ver si todas bailaban sincronizadas.

—¿Qué tal, Carol? —le pregunta al tomar asiento.

—Pues muerta de hambre.

—¿Te han vuelto a quitar el desayuno?

Con pereza, afirma con la cabeza.

—No te preocupes, tengo en mi mochila galletas, ahora te las doy.

La mira agradecida. Bea es un sol. Con ella no se meten porque es muy dulce y a la vez atrevida y su hermano Aitor sí que la defiende.

Las chicas hablan y hablan sobre el baile y Bea y ella escuchan un poco apartadas. A ella no le ofrecieron participar, baila fatal y odia hacerlo.

Suena la alarma. Termina el recreo. Se baja del murete y hace un poco más de ruido de lo normal porque se tropieza con una piedra. No sabe qué pasa, tampoco ha sido para tanto, ¿por qué todos la miran?, ¿ehh? ¿Por qué la señalan y se ríen? Busca a Bea, ella está igual de sorprendida. Se hace un corro a su alrededor, hasta Roa y su hermano han llegado, entre tantas voces los escucha:

—¿No es tu hermana esa?

—Sí, tío, vámonos.

—¡Pobre cría, vaya hermano más capullo!

—Vámonos, macho... que se apañe ella.

No entiende nada, está paralizada de la vergüenza, sabe que hay algo en ella que les hace reír y hasta algunos juraría que ponen cara de asco. Se mira.

¿Qué, qué es esto? ¿Por qué tiene tanta sangre en el pantalón?

—¡Bea!

Ella se da cuenta a la vez y le tapa con su cuerpo.

—Vamos al baño —le dice al oído—, tranquila...

Capítulo 1. Un hermano



Hay que ser constante, no claudicar jamás, es su leitmotiv desde hace años. Carol reconoce en todas las entrevistas que concede que así consigue cualquier objetivo que se propone, y para sus adentros se guarda que así eliminó el horrible acné de su adolescencia y que fue el detonante de la Carol que es hoy en día. Rutina por la mañana y por la noche, cada día, desde hace quince años, cinco mil cuatrocientos setenta y cinco amaneceres y las mismas lunas. Le sigue encantando contar.

Grano o marca que desaparecía gracias al protocolo de: limpieza, tónico, bálsamo, crema antigrasa, sérum e hidratante, la hacía sentir una victoria tal, que se animaba a seguir pese al cansancio y así fue efervescendo su amor por la rutina.

Carol es enemiga del azar. Ella no se lo puede permitir, hay quien tiene la suerte de triunfar sin apenas trabajo y consciencia, pero ella cada paso que da está más que medido y calculado, y si alguna vez se ha despistado, dejando escapar un centímetro a su arrinconada rebeldía, derrapa. Y no más caídas, hieren, y ella ya se ha curado muchas cicatrices, se le ha agotado el botiquín.

Entra en su habitación. Observa el vestido de esta noche. Un lujo. Y todo lo que conlleva esa palabra viene a cargo de su madre. Se enteró de que este año sí que estaba invitada a la fiesta de la radio y no cesó hasta convencerla de que el vestido era muy importante y que con un *Elie Saab* que se compró la temporada pasada iba a presumir de figura. Aunque se lleven casi treinta años, su madre y ella usan la misma talla, asunto que puede ser algo preocupante, pero que para estos menesteres le sale más que rentable. Carol jamás invertiría tanto en ropa, y no solo se refiere a dinero, es también cuestión de tiempo. Ella prefiere leer, ver una buena película, salir a cenar, tomar una copa de vino, ir a pasear mientras escucha podcast, visitar museos, nadar... y comer queso. No hay nada que le guste más que el queso.

Coge una nota que hay sobre la cama:

Tu hermano pasará a las ocho a recogerte. Vino ayer de Londres. No puedes ir a un evento así sola. No seas estúpida con él, lo está pasando mal.

«¿Y a mí que me importa?», se dice Carol. Llevan quince años sin apenas concederse algo más que conversaciones de ascensor y hoy se van a tener que comunicar lo quieran o no. Su prometida le ha abandonado dos meses antes de la boda y él se ha vuelto a España porque no podía asumir el fracaso y, según su madre, está hecho un roto.

¿Y cuándo ella le necesitaba?, ¿él hacía algo para ayudarla o la ignoraba como a una *homeless*?

«No vuelvas al pasado, Carol», se repite como un mantra... el mantra que escuchó todos los lunes y miércoles a Ricardo en la consulta, durante diez años. Ya no va, no puede porque ahora son íntimos. Él es su mejor amigo varón, y él siempre le dice que con ella perdió a una cliente, pero ganó a una hermana.

Su infancia fue borrascosa, a sus padres les costó entenderlo, pero una vez que lo

comprendieron y pidieron ayuda, Ricardo, un recién licenciado en psicología que fichó el colegio, se cruzó en sus vidas y la vida de Carol se impregnó, poco a poco, de nuevos colores. A Ricardo le debe en quién se ha convertido, ella está orgullosa de sí misma y, sobre todo, de que él permanezca en su vida. Él y Bea, su amiga desde la prehistoria. Ahora su socia.

Carol le envía un mensaje para contarle quién va a ser su acompañante en la velada de esta noche. Sabe que no la va a poder contestar, hoy tenía muchas reuniones. Bea se ocupa de la gestión y legislación de su empresa, Carol de la parte técnica, ella es la cara visible. Son las dueñas de una página web líder en su sector.

Carol estudió periodismo, trabajó en varios lugares, hasta dar con la guía Michelin que le apasionó, se formó en el tema, hizo varios cursos y un máster en crítica gastronómica y ahora se dedica a publicar reseñas de restaurantes, hoteles y clubs de España, Portugal, Francia e Italia, de momento. Las reseñas no solo son escritas, hay vídeos, entrevistas, opiniones, de forma que el cliente se hace una idea completa del lugar que va a escoger. Son reseñas personalizadas, no de plantilla, no un *copia y pega* como en otras páginas, ese es el secreto de su éxito. Llevan tres años y están triunfando.

Desde hace un año, también organizan viajes a medida. Eso fue idea de Bea que, aunque es la gestora, tiene una cabecita loca llena de ideas.

Aunque la ducha suele calmarla, hoy la visita de su hermano la mantiene estresada. Es una adulta, se relaciona con mucha gente al día, pero Alberto... él puede evocar a sus fantasmas, esos que extinguió tras mucho esfuerzo en la consulta de Ricardo y no quiere ni pensar en revivirlos. Apenas se han visto en los últimos años. En navidades y si era indispensable. Él vivió varios años en Catar como jugador de fútbol profesional y ahora residía en Londres con su prometida, Alissa, una matemática que trabajaba en Huawei, que se ha enamorado a última hora de una mujer.

No entiende cómo a su madre se le ha ocurrido obligarle a ir con él... ¿Cómo estará? Hace bastantes meses que no se ven. Aunque eso le haga ser peor persona, el saber que él está deprimido le hace sentir un poco de ese gustirrinín que negarías sí o sí a cualquiera que te preguntase. Es políticamente inaceptable disfrutar del sufrimiento de otros, y por eso no es disfrutar la palabra que ella escoge para autojustificarse, es «gustirrinín». A Alberto todo se le ha puesto de cara en la vida, ya le iba tocando pasar por la casilla de bancarrota.

A ver qué tal se relaciona con su equipo de radio, Los clandestinos. Un programa nocturno en Onda radio en el que diseccionan todo lo que tenga relevancia cultural, desde el humor y el amor por el arte. A Carol le apasiona, toda la semana se prepara el tema de turno y habla y aprende de sus compañeros, cineastas, periodistas, escritores. A ella la ficharon por sus conocimientos sobre gastronomía, tal cual, porque siempre se ha fijado en los platos que se cocinan en las películas y en los libros, y tiene esa diferencia que aporta. *Como agua para chocolate* fue el inicio de ese amor y nunca pensó que podría sacarle provecho. Relacionarse con gente tan culta y tan interesante es fascinante.

Nada más terminar de calzarse suena el timbre de la puerta. Antes de ir para allá, Carol se echa un último vistazo y se ve fabulosa con el vestido, su madre sabe lo que hace. Es elegante y a la vez atrevido. Negro con un importante escote camiseta, entallado en la cintura y con una falda vaporosa con transparencias geométricas. Se ha recogido el pelo en una coleta alta y maquillado suave y le convence el resultado. Carol se gusta hasta recién despertada, eso también se lo debe a Ricardo.

Toma aire profundo varias veces para relajarse antes de abrir, ensaya una sonrisa, la mantiene y gira el pomo. La luz automática se enciende e ilumina a Alberto. Y no ve lo que esperaba, un

hombre desecho. Encuentra frente a ella a un atractivo y atlético treintañero, moreno de ojos castaños claros, con una sonrisa brillante, un aroma embriagador y una postura de triunfador.

—¡Dios Santo! ¡Estás preciosa! —Y para su sorpresa tira de ella y se ve estrechada entre sus musculosos brazos—. ¡Cuánto me alegra verte tan bien!

Ella omite reconocerle que ella siente justo lo contrario...

—¡Hola Alberto! ¡Cómo me despeines te asesino! —espeta—. A ver si no me has abrazado en treinta años y hoy que me peino has asaltado una tienda de gominolas y vienes cariñoso.

Alberto se separa, por un momento Carol cree que se ha pasado de dura y esto puede violentar la velada que acaba de empezar, pero cuando le escucha reírse a carcajadas, recuerda que hay pocas cosas que le ofendan. Alberto es como su madre, de otra pasta, así como de hormigón armado; ya tendría tarea el lobo de los tres cerditos y soplar hasta salirle una hernia, que no derrumbaría a su madre y a su hermano ni con la ayuda de la huracanada Dana.

—Se me había olvidado lo sincera que eras, hermanita.

—Normal que se te olvide, con que te acuerdes de cómo me llamo me doy con un canto en los dientes —le reprocha y después a sí misma porque con esa actitud la noche va a ser infernal.

Alberto vuelve a reír.

—Creo que era algo como Carolina...

—Carol —le corrige *ipso facto*.

—Y que odias que te llamen así, no me has dejado terminar. Sé muchas más cosas de ti de las que piensas —dice tan pagado de sí mismo que cualquier polígrafo dictaminaría que dice la verdad.

—Ya lo dudo. Espera que cojo el bolso y cierro. —Carol se da la vuelta y entra en su casa. Mientras recoge, apaga luces y saca las llaves, se dice a sí misma que debe frenar la hostilidad y llamar a filas a su cordialidad.

—¿No me vas a invitar a entrar en tu choza? —le pregunta Alberto cuando le tiene de nuevo frente a ella. Su aroma vuelve a sorprenderla, huele a limpio, pero con unas trazas tostadas e incluso picantes que se adueñan de su pituitaria.

—No vamos bien de tiempo —le responde cerrando la puerta enérgica, como si hiciera un símil consigo misma: ni entras en mi casa, ni en mi vida—. Otro día.

—Vale, vale —su hermano ha captado el ímpetu—, pero por lo que veo te van bien los negocios, ¡menudo chalet y qué buena zona!

—Sí, trabajo mucho, Alberto.

—Lo sé, mamá me habla mucho de ti.

—Y a mí de ti... ¿Cómo estás? —le pregunta tranquila. Ya se le va evaporando la agresividad, Alberto tiene el don de conseguir que nadie pueda estar enfadado con él, es de esas personas simpáticas por naturaleza, que exuda positividad y buenas formas por cada poro, de esas que si se encontrase a Cayetana Álvarez de Toledo tras sufrir un escrache independentista la dejaría más suave que a la mantequilla.

—Voy tirando... pero seguro que mejor de lo que te ha dicho mamá. Es una exagerada.

Carol sonrío, tiene razón.

—Alissa y yo ya no estábamos bien, lo de la boda fue por echar combustible a algo que ya no ardía.

—Bueno, entonces, me alegro de que no optarais por tener hijos, que es muy propio.

—Sí, y yo —resopla—. Era lo que venía después...

Aunque están cerca del coche, él se detiene. Carol levanta la cabeza para saber qué pasa y le mira.

—Eso es lo que me jode. Quiero ser padre y ahora siento que he perdido años de mi vida en esta relación y puede que ya nunca lo sea, pero bueno, sé que no debo pensar en eso...

Carol alucina. En menos de dos minutos su hermano se ha sincerado con ella y la habla como si se viesen todos los días, nada más lejos de la realidad, por lo que no sabe qué decir y opta por la callada.

—Carol... en estos meses me ha dado por pensar en lo importante que es la familia. Sé que nunca he ejercido de hermano mayor contigo. No sé por qué, creo que es por mi forma de ser, porque soy un pasota y un egocéntrico. Y te pido perdón.

—Gracias —musita ella.

—Sé de sobra que hay ausencias que nunca olvidarás, porque son imperdonables, pero yo ya no puedo cambiar aquello que fui, lo que sí que puedo hacer es trabajar duro para convertirme en quien quiero en un futuro. Y en ese futuro me vas a tener, si tú quieres, porque eres mi hermana.

—Vámonos antes de que venga la policía y te detenga por el asalto a la tienda de gominolas. ¿En serio? ¿Cómo se te ocurre quitarles las chuches a los niños del barrio?

Alberto la mira con cariño.

—Siempre bromeabas... y me gusta que lo sigas haciendo.

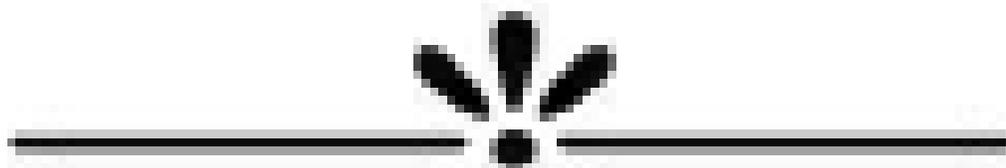
—En esencia sigo siendo yo, con mucha terapia, pero yo, y de lo bueno no me he desecho.

—Estoy muy orgulloso de ti, y no solo por lo bien que te va, que también, si no por cómo has superado la adversidad, eres un ejemplo a seguir, Carol, te lo digo en serio. Y estás hecha un bombón, los tíos deben caer rendidos a tus pies.

—No tengo tiempo. Venga, deja de adularme que ni que te fueras a morir hoy mismo, deja algo para mañana que va a venir Bea a casa y me gustaría que la vieras. Ella sí que es un bombón.

—¿Bea? ¡Madre mía! ¡Sois inseparables! Acepto. Bueno, venga, vamos.

Y así acaba de abrirle la puerta a su vida. No aprenderá nunca. Carol, su accesibilidad y su pereza para enfadarse.



La fiesta es en la Casa de América, el Palacio de Linares. Alberto aparca en parking y llegan andando. Aunque están en mayo, hace una tarde calurosa y no ha traído chaqueta. Carol se fija en lo alto y apuesto que es su hermano y en que, con ese traje negro, seguro de firma, está impecable. Se ha ganado varias miraditas de turistas entusiastas del producto ibérico, y con razón. Es muy guapo. Mide más de metro ochenta, con un pelo fuerte y castaño, nariz recta y la mandíbula marcada, pero ahora cubierta de esa barba tan de moda que ni es de leñador, ni de echado a perder.

El color y la forma de sus ojos desvela su parentesco, ambos con forma almendrada y luz ambarina. No es nada típico y por eso sabe que no va a tener que dar ninguna explicación a su equipo: nada más verle van a saber que es su hermano, por eso y porque fue conocido como futbolista antes de irse a Catar y sus compañeros saben de todo.

Mientras suben la escalinata, Alberto le enumera sus fiestas locas cuando vivió en el estado árabe y que hubo una época que se le fue de las manos. No ha parado de hablar en todo el camino. Ella no lo recordaba tan parlanchín, claro que es que en los últimos años apenas si se han visto. No es nada aburrido, relata con gracia, todavía va y le fichan para la radio...

La entrada, aunque está cubierta por los carteles del *photocall*, es fabulosa, pero Carol se pirra por la escalera de mármol que nace detrás de estos. Siempre se intenta imaginar la vida en un sitio así, la de veces que alguien bajó esa escalera sin hacerle cuenta, porque era su casa y su cotidianidad, y ahora ella la contempla y la cataloga de maravillosa. En fin, hay tantas vidas...

—¡Carol! Estamos aquí —escucha una voz familiar.

Es Jaime Rojas, el director del programa. Ya han llegado todos. Carol tira de Alberto y hace las presentaciones pertinentes. Aunque son muchos colaboradores, esta noche han invitado a Jaime, el director y presentador, Alba, la guionista principal que a veces colabora en directo, Mabel, periodista y escritora y Juan Lucas, un director de cine aclamado. Todos vienen acompañados y suman diez.

Después de hacerse las fotos en el *photocall* acceden a un salón de actos contemporáneo y toman asiento juntos en una mesa redonda. Los han nominado a mejor programa cultural, y aunque saben que no se van a llevar el premio, con solo la mención han ganado oyentes y es de agradecer y de celebrar.

Como auguraba, enseguida averiguan el parentesco y Jaime le delata como el futbolista que dejó la cantera del Madrid para irse a ganar dinero a Catar. Todos le preguntan por el país y Alberto, el que Carol pensaba maltrecho por la ruptura, se convierte en el cicerone de la noche y en el objeto a conocer de esas mentes curiosas.

Durante la velada, cuando los reservados nervios se difuminan al no ganar el premio y ya pueden beber vino a discreción, Mabel les cuenta las historias del Palacio de Linares. A Carol le sonaba algo de unas psicofonías, pero poco más, ella era pequeña. Resulta que el hijo del dueño del palacio, José de Murga y Reolid, se enamora de una muchacha humilde, la hija de la estanquera, y se lo cuenta a su padre, como un buen hijo. El padre, un empresario de la época, Don Mateo Murga, le prohíbe a su vástago tomarla en matrimonio y le envía a Londres. En cuánto muere el padre, el hijo, ya marqués de Linares, regresa y, fiel a su amor, se casa con la hija de la estanquera, Raimunda, pero pronto descubren una nota del padre en el que le desvela que son hermanos, porque él tuvo un *affaire* con la estanquera. Ellos, católicos, apostólicos y romanos, con un marrón del quince, solicitan la bula papal, y se la conceden siempre y cuando en esa casa reine la castidad, pero no es así y nace Raimundita, que fallece, o emparedan, una de dos... y esas son las voces que los obreros, a partir de 1989, cuando rehabilitan el palacio, decían oír: ¿Raimundita? ¿Dónde está mi hija?... Total, que les da para un programa y el resto de la noche lo pasan entre risas. Juan Lucas, el cineasta, compara a Raimunda con Higinio, el protagonista de la Trinchera infinita, un hombre que vivió treinta y tres años oculto tras la pared del salón de su casa, con la ayuda de su mujer, y, aunque la historia de Higinio no es real, sí que existieron muchos «topos», así se les llamó, escondidos en agujeros o en pozos durante la guerra... para otro programa. Y ya más tarde, la conversación versa sobre los efectos paranormales, que haberlos, haylos, al igual que convencidos y detractores, como Carol, una negacionista de fantasmas confesa... y para otro programa.

Cuando regresan a casa en el coche de Alberto, que solo ha bebido dos copas de vino, mientras él le agradece haberle presentado a sus compañeros y la noche tan distinta que ha pasado, él pronuncia un nombre que hace años que Carol no oía e intenta disimular su conmoción.

—Si llega a venir Roa... le encanta todo lo esotérico.

—¿En serio? —pregunta antes de darse cuenta de quién le estaba hablando—. ¿Se-se-seguís siendo amigos? —se trastabilla y disimula mirando a la carretera.

—¡Pues claro! Es mi mejor amigo, de siempre, pensé que lo sabías.

—Sí, sí, pero como te fuiste tan lejos...

—Roa viaja mucho y siempre hemos hecho por vernos.

—Ya, pero antes de que te fueras, ya no venía por casa. Después de lo que pasó, pensé que... —se calla.

—No dejó de venir por eso, Carol, Roa nunca te echó la culpa de nada —habla con firmeza.

—No opino igual que tú —susurra ella.

—Pues opinas mal. Yo le conozco. Dejó de venir a casa porque tuvo mucha rehabilitación y no podía perder el tiempo en nuestra piscina, no porque fueras a estar tú.

—Si todo el mundo me echó la culpa, imagínate el aludido.

—Ni todo el mundo te echó la culpa, ni el aludido lo hizo, Carol. Fue un accidente. Jamás Roa me ha dicho nada malo sobre ti, tampoco bueno, es decir, vamos, que no hablamos de ti, aunque... —Alberto se frena a sí mismo y Carol lo agradece.

—Y... ¿Qué tal le va?

—Muy bien, es...

—Da igual, prefiero no saberlo —le interrumpe—. Yo siempre me sentiré algo culpable por todo aquello, pero no fui la única responsable. Y aunque tú digas que no, en el accidente, él con su silencio alentó a la gente a que se burlase de mí, me odiasen y luego mira qué consecuencias trajo.

Alberto aparca en doble fila, acaban de llegar a la casa de Carol. Ella sale, pero antes se da la vuelta y le dice:

—Eso no es así, Carol.

—Vente mañana a comer y así conoces a Bea —cambia de tema.

—Ya la conozco —puntualiza con una sonrisa.

—A la niña, pero no a la adulta y te va a sorprender.

—Perfecto, aquí estaré... ¿Quieres que traía algún invitado para olvidar estupideces del pasado? —Le guiña un ojo cómplice.

Muy a su pesar el estómago de Carol da un salto de trampolín con tres vueltas de campana y sin gota de agua debajo.

—No, Alberto, por favor. No quiero saber nada de él. Me hace mal volver a aquello.

—¡Pero si él lo ha olvidado!...

—¡Pero yo no! —sube el tono más de lo debido—. Aquello marcó mi adolescencia y no quiero revivirla. Me parece perfecto que le vaya genial, pero a kilómetros de mí. Y no es que le culpabilice de mis desgracias, no me malinterpretes, por favor, no, pero sí que es el origen, el desencadenante y no me apetece tenerlo delante.

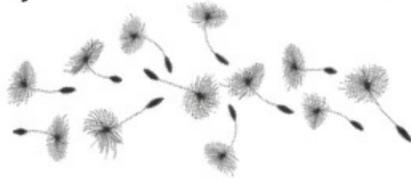
—Vale, vale... aunque quiero que sepas, porque es mi mejor amigo, que Roa es un tío muy guay, y que no se merece tu inquina, y que si tú y yo vamos a tener contacto es probable que algún día te lo cruces porque vamos a vivir juntos.

—¿Y eso?

—Mientras encuentro casa le prefiero a él que a mamá.

—Haces bien, mamá te puede volver loco. Bueno, Alberto, estoy muy cansada, mañana nos vemos.

Capítulo 2. Firmas a ciegas



Es el primer día de julio. El calor ha llegado y los aires acondicionados en Madrid están a toda máquina; como todo el mes sea así, cree que va a dejar su trabajo por el de heladera, porque cada vez que pasa por la heladería que han abierto al lado de su oficina y ve a las dependientas con mangas de camisa, la envidia se hace visible y quema más que el sol. ¡Y pensar que de pequeña le encantaba el calor!

En su empresa, cosas de Bea, está prohibido el aire acondicionado y como repartidor de fresquito cuelgan varios ventiladores en el techo, que serán lo más en las casas, últimamente todo el mundo tiene uno con el que duerme de escándalo, pero a las cuatro de la tarde, con el sol colándose por las cristaleras de la oficina, ni aunque se pusieran en modo centrifugadora de última generación cumplirían su función, y no hay quien pare en la agencia.

Cuando alquilaron el local, era invierno, y tanta luz les encandiló como a mosquitos un led, pero ahora en pleno periodo estival la perspectiva cambia. Es su primer verano aquí. Antes su oficina medía sesenta metros cuadrados, ahora es una planta entera de trescientos, con más de veinte trabajadores y sus manías. Porque en su empresa suman y opinan todos hasta del color de las sillas, el olor del ambientador o la comida del catering. Sí, desayunan y almuerzan alrededor de una mesa el equipo al completo, son muy *Google*... cosas de Bea, a la que le gusta más una asamblea que a *Nosotras Podemos*, pero que está logrando su objetivo: un equipo feliz y motivado.

Menos mal que en unos días, si todo sale bien, se va a ir al norte de España. Hoy ha quedado con Bea para que le cuente todo el plan de viaje y firmar los papeles. Ha sido una locura, de la noche a la mañana les llamaron y les confirmaron que la agencia había sido la seleccionada. Por lo visto salió a concurso y Bea probó suerte sin decirle nada a ella. Cuando les dieron el sí, solo pusieron un requisito: querían a Carol como la guía. Y aceptaron, no podían negarse al mismísimo ministerio de turismo de España, de donde parte el trabajo. Auguran que esto les abrirá muchas puertas. Tras el coronavirus quieren incentivar el turismo nacional y hacen bien. Pero hay algo que le preocupa, Bea está muy misteriosa y no le da detalles; cuando Carol le pregunta, responde que se lo dice de una vez y así el susto no viene a fascículos.

—¡Hola, amiga! —le saluda Bea al entrar en la sala de café. Hoy viene vestida más elegante de lo normal—. ¡Por fin el gran día!

—¡Sí! ¡Por fin! Estoy deseando que me cuentes el viajecito, aunque por muy malo que sea, nada comparable a este calor.

—¿Por qué va a ser malo? Vas a ir al Norte de España, que es un espectáculo. —Bea atusa su melena rubia *curly* y se hace un hueco en la pequeña encimera para prepararse un café. Cuando Bea se toca el pelo, malo...

Carol la mira, Bea ha cambiado tantísimo. De pequeña, como su madre no se hacía con ese

pelo leonino, se lo cortaba como a un chico, y entre que estaba más gordita y que la infancia no a todo el mundo le sienta bien, ha ascendido a mujer de bandera. Todavía se ríe cuando recuerda la cara que puso Alberto al verla entrar en su casa. Bea pisa muy fuerte, no solo su belleza llama la atención, es más su seguridad y sus aires de libertad. Excepto con su empresa, ella no se compromete con nadie. Por su cama han pasado más personas que ácaros. Y Carol comienza a dudar de que su hermano Alberto no haya compartido espacio en su colchón. Le da igual, cada uno a sus cosas. Son mayorcitos, pero desde luego algo ha germinado, porque ahora es imposible que salgan a cenar ellas solas, siempre se les acopla él.

—Mira, Bea —le dice para zanzar el tema—, te conozco desde cuando era una niñaata desdentada y aquí pasa algo. Cada vez que hablamos del tema te ríes.

—Es que es gracioso, ya lo verás.

—¿Me lo puedes contar ya? —Se empieza a enfadar, tanta intriga la está matando.

—No, primero firma, lo envío y nos reunimos.

—¿En serio quieres que firme algo sin leerlo? ¿Me crees recién salida del horno?

—Ya lo han leído los de recursos y yo, no hay nada malo... te lo prometo. Eres una periodista con experiencia, una de las mejores guías del país, haces que hasta un albergue con cucarachas parezca un precioso rincón de agroturismo donde reencontrarse con la naturaleza. No, nunca diría que estás recién salida del horno, pero en esto quiero que confíes en mí.

—¿Entonces quieres que firme a lo loco?

—Solo te puedo decir que va a ser un viaje diferente y que... —Bea se le acerca y la agarra por los hombros para mirarla a los ojos con una chispa que avisa de bomba nuclear—... no lo vas a hacer sola —canturrea al final muy probablemente para desengrasar la caldereta de cordero que le acaba de servir en frío.

—¿Con quién voy? —Carol se separa unos pasos, poniendo su famosa cara de «estoy a cien, pero disimulo ser un pingüino».

—Eso no lo sé, te lo prometo, con un fotógrafo o una fotógrafa —se ríe.

—Bea, deja de mentirme... ¿Cómo que no sabes con quién voy? —Su barómetro emocional va subiendo y se está posicionando más cerca del cien que del cero y Bea lo percibe.

—Carol, cariño, de verdad que no lo sé, te lo prometo —le dice con voz sincera—, con quién haya ganado el concurso. La fotografía era otro asunto...

—¿No valen mis fotos?

—Se ve que no —hace una mueca —, bueno, ¿te fías de mí y firmas?

La mira, le quita el café que se había preparado y toma asiento. Irse con alguien que no conoce... tampoco será para tanto, ¿no? Puede que congenien y si no, pues a trabajar y luego cada uno a su habitación. Carol se considera amable, pero no tiene el don de gentes de Bea, le cuesta mucho confiar. No va a decir que no, pero para pagarle con la misma moneda, se hace la remolona, cuenta hasta cien, moviendo la cucharilla, mirando el móvil.

—Carol... —su amiga se desespera y se sienta frente a ella tomándole una mano.

—Chsss... estoy reflexionando. —Ya va por doscientos.

—Necesitas evadirte, conocer gente, salir de tu burbuja...

—La burbuja es lo más seguro, ¿o ya se te ha olvidado el coronavirus?

Bea se ríe.

—No, sigo teniendo sueños húmedos con Fernando Simón.

Carol la mira como a una depravada.

—Deja de decir eso en alto o vas a quedarte sin amigos.

—¡Y dale! ¡A mí me pone!

—¡Tú a ese te lo cuelgas de llavero, Bea, por dios!

—¿Te imaginas que viene hoy a la reunión? Solo de pensarlo...

—¿Un epidemiólogo? ¿Qué no me estás contando, Bea? ¿A dónde voy a ir?

Bea se troncha de la risa delante de su dudosa amiga.

—De veterinaria a Cabárceno. ¿Qué? ¿Te apuntas o no?

—¿Y voy a poder ver el espectáculo de aves rapaces todos los días?

—Todos —le guiña un ojo.

—¿Y conoceré a ese cetrero que nos soltó un sermón tan inspirador que dijimos que ojalá lo fichara Pedro Sánchez para sus homilías si hay una próxima pandemia?

—Al mismo. Al maese cetrero.

—¿Se dice así?

—Ni idea —le contesta Bea subiendo los hombros—, pero suena bien. No vas a Cabárceno, a ver si te lo estás creyendo.

—Obvio, no soy veterinaria.

—Pero sí al norte y a sitios fantásticos. ¿Firmas o no? ¿Aventura o aburrimiento?

Carol se levanta, Bea la imita, se cogen de las manos:

—¡Aventura! —chilla como una niña.

—¡Ahhhhhhhh! —gritan las dos con voz aguda.

Bea sigue saltando de emoción y Carol se ríe mientras firma.

—Nena, lo vas a pasar en grande, ya verás como sí es una aventura. Necesitabas algo como esto.

—¿Como qué?

—Espera.

Bea llama a Lucas, un becario, y le pide que envíe los contratos. Después entran en la sala de reuniones. Han quedado en una hora con varios consejeros del ministerio para pulir todos los temas.

Cuando se quieren dar cuenta han perdido casi la hora hablando de lo que ha supuesto la aparición de Alberto en la vida de Carol. Es algo que les sucede desde pequeñas: pueden alargar un tema más que el cine español y su entusiasmo por la guerra civil.

Lucas las interrumpe para decirles que ya suben los del ministerio.

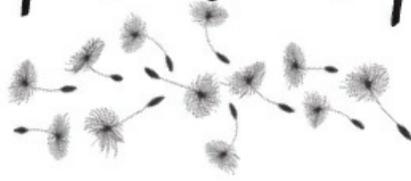
—¡Ays, por Dios! ¡Qué nos ha pillado el toro! Dime algo.

Bea se levanta, se vuelve a sentar, se ríe, arruga el ceño y le dice:

—Te vas al Norte de España quince días, pero, olvídate de hoteles, quieren que se vea la naturaleza, que estéis en total conexión con ella, que lo puedan visitar todos los tipos de bolsillos, nena: esta vez vas a viajar en autocaravana.

—¿Cómo? ¿En qué?

Capítulo 3. ¿He sido yo?



Años atrás...

—Te di todo mi amor, arroba, love, punto com¹... —canturrea Carol.

Hoy se encuentra mejor, hace unos días le ajustaron el aparato y le dolían los dientes a morir. Si a eso le sumas su menstruación, pues estaba para el arrastre, con ganas de que su habitación fuese una cueva y que en su cama pudiese hibernar como los osos, hecha bolita.

Pero hoy se ha despertado con energía, es sábado, no hay colegio. Ha empezado el nuevo curso y de momento parece que está pasando desapercibida y la chusma se ha olvidado de burlarse de ella. Ayudará que su cuerpo se ha estilizado y que por fin le ha crecido algo el pecho. Ya usa los tops con sentido, antes era un mero trámite para ser igual que sus compañeras y no desentonar en las duchas del gimnasio.

Su madre, por fin, la deja depilarse, y hasta por sacar buenas notas, le permitió darse unas mechas para aclarar su pelo. Se siente algo más guapa... Algunos chicos de su clase la miran de otra forma, o eso le dice Bea, ella no nota ese cambio, tampoco es que a ella le guste alguno de su clase, por lo que la miren como la miren, le da igual.

—¿Ehh? ¿Qué tengo ahí? —exclama mirándose al espejo al lavarse la cara.

Un grano del tamaño de una uva le ha salido en la mejilla derecha. Tiene pus en la punta, y cuando va a apretarlo, Pauli, su madre, que se ha aparecido de la nada, grita como loca:

—¡Ni se te ocurra! ¡No te explotes ese grano!

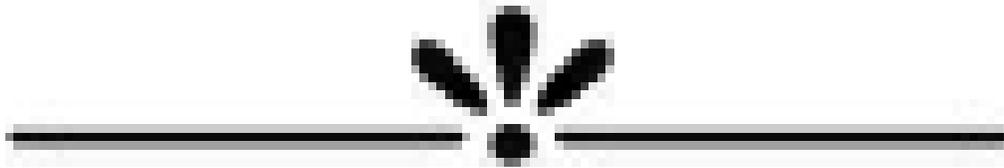
—Iba a usar un papel, no iba a ensuciar el espejo —se explica Carol. Su madre chasquea la lengua, gesto muy propio suyo que quiere decir «mi hija es tonta del haba», y le contesta:

—Lo digo porque se te quedará marca de por vida, pava. Ahora mismo te traigo una crema para bajar la hinchazón. ¡¿Pero se puede saber cuánto chocolate comiste ayer para que te salga esa espinilla?! ¡Qué asco de grano, por dios!

—¡Gracias, mamá, me estás ayudando mucho!

Pauli la mira como a una extraterrestre.

—¡Se acabó comer chocolate, ahora mismo le digo a Rosalía que ni se le ocurra comprar más! ¡Menudo grano! —gimotea mientras se aleja.



Bea y Carol juegan en la piscina. Se han hecho con unas pistolas de agua y luchan como si fuesen polis de los Hombres de Paco. Las canciones de RBD² suenan a tope. Ambas están obsesionadas con la serie mexicana. Carol es Lupita y Bea quiere ser Roberta. Se compran todas las semanas la revista *Súper Pop* para saber más de los actores que nadie.

La música se para. Las dos se quedan quietas y miran donde está la minicadena. Alberto está poniendo un cd. Viene acompañado. Roa entra, desnudo de cintura para arriba y con un bañador de cintura para abajo, que cualquiera diría que Carol no ve por la cara de susto que pone. ¿Por qué? Porque no todos los días se sitúa frente a ti un dios griego, ese que parece un modelo de revista, ese que nunca piensas que se te va a cruzar en la vida y menos compartir piscina con él, pues sí, y lo mejor, o lo peor, es que está delante de ellas en bañador y sus corazones siguen latiendo.

—Perdonad... —les dice.

—Si no os importa cambiamos de tercio un rato, ¿va? —pregunta Alberto sin dar opción al no porque ya suena Mago de Oz.

—No, no pasa nada —responde Bea, Carol permanece callada. Ahora mismo su cuerpo le pica de pies a cabeza y le encantaría tener súper poderes para poder levitar la toalla y que en un segundo la cubriese sin que se notase la vergüenza que le da estar en bikini delante de Roa. Él, que estará acostumbrado a la exuberancia de su novia Lola, todo curvas y feminidad, y no a ella que tiene culo carpeta e indicios, solo indicios, de pecho. Vamos, que su nueva espinilla es más grande que sus dos tetas juntas.

Alberto se tira al agua de cabeza. Roa le sigue. Carol ve como su amiga se sienta en el borde de la piscina y deja la pistola a un lado y ni corta ni perezosa los contempla, sin perder detalle, como si el agua se hubiese convertido en plasma y ellos en protagonistas de la tele. Carol, la imita sin saber muy bien porqué, tampoco es que le dé para pensar mucho, con contar en inglés tiene bastante.

—No sé cuál es más guapo... —susurra Bea.

—¡Anda ya!

—Roa es el tío más bueno del planeta, pero tu hermano, con ese puntazo pasota...

—Mi hermano es idiota —le dice por lo bajo.

—Pero es muy guapo, reconócelo. Tiene tus ojos.

Carol atiende, pero en seguida se aburre y su mirada viaja al otro ser humano que nada en la piscina ignorando que dos niñas babeaban por él.

—¡Que viene! ¡Disimula que te lo va a notar! —le reprende Bea.

La cabeza de Roa asoma del agua justo a la altura de las piernas de Carol —recién depiladas, gracias a dios y a las nuevas licencias que le ha permitido su madre—. Ella hace todo lo posible por cubrirse la espinilla con su media melena y no asustarle.

—¿Me la dejas? —le parece entenderle, pero está tan extasiada que ninguna célula de su

cuerpo trabaja en lo que debe, están todas en shock.

Roa hace pie en la piscina, y deja medio torso al aire, los ojos de Carol viajan a ese tórax tan atlético y bronceado y después, por advertirse requeridos, fija la mirada en la suya. Hasta cree que su cuerpo da una sacudida, es la primera vez que se miran. Tiene un cabello precioso, ondulado y oscuro. Él sonríe con una boca tan bonita que Carol sabe que jamás podrá olvidar este momento.

—¿Me dejas la pistola, peque?

¡Plof!

¿Ha dicho peque? ¿La ha llamado peque?

—Si no quieres no pasa nada —expresa risueño al no obtener respuesta alguna.

—¡Carol! —la chista su amiga para despertarla.

—Sí, sí, toma, toma, perdona... estaba distraída.

Carol se gira para coger el arma y de los nervios, al extender el brazo, lo hace con más ímpetu del debido y le atiza un pistoletazo en la cabeza al divino amigo de su hermano para ingresarle en observación por traumatismo craneoencefálico.

—¡Aysss!

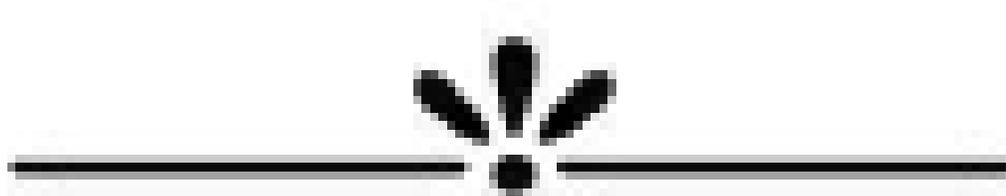
—¡Perdona, perdona! —se lamenta.

—Viene cargada —bromea.

—No, no, es de agu... ya. —Mejor se calla, no da ni una.

—Prometo devolvértela sana y salva —le guiña un ojo y es ahí cuando el corazón de Carol, el muy mamón, se concentra en enviar toda la sangre del cuerpo a sus mejillas y revelarse como la fan que es ante él. Arde su cara.

Sin más, Roa se mete en el agua, armado con la pistola de Carol, y ella apuesta que hoy va a enviar a su peluche compañero de cama al paro y va a dormir abrazadita a su pistola, vaya, por si las moscas...



Es la mejor y la peor tarde de su vida.

La mejor porque Carol está conociendo un poco más a Roa y la peor, porque le duele el cuello a rabiarse de intentar evitar que le vea la espinilla.

Por alguna razón que desconoce, su hermano Alberto ha estado más simpático de lo normal y las ha invitado a jugar a las cartas.

Bea ha sido más ella, pero a Carol le cuesta ser natural y ha hablado muy poco, pero aun así se ha reído con las ocurrencias de su hermano y su amigo. Alberto es gracioso, cuando quiere, y Roa es bastante payasete. Les están enseñando a jugar al póker y las caras que pone para despistar son de chiste.

—Chicos, ¿queréis un refresco? —chilla su madre desde la puerta del salón—. Os va a dar algo ahí al sol. ¡Carol, ven y sirve algo a las visitas y a tu hermano, por dios!

—Mi madre, la feminista —murmura antes de levantarse. Pero Bea y Roa la han debido oír

porque se ríen por lo bajini.

—¿Qué queréis? —se ofrece al levantarse.

—Coca-Cola —pide Bea.

—Y yo, si no te importa, también —le solicita el dios del instituto, apoyando las palmas de las manos en el suelo, de forma que se marcan mucho más sus bíceps y su tórax. Carol cree que va a convulsionar de la impresión de tener toda su atención, aunque solo sea como camarera.

Alberto le pide lo mismo, y con esa comanda tan sencilla se dirige a la cocina. Antes de llevar las bebidas va al baño de su madre, busca su maquillaje e intenta cubrir la espinilla con algún corrector, pero después de dos minutos se lo quita todo porque le queda hasta peor: en vez de espinilla se convierte en bulto sospechoso de origen no identificado y puede que llamen a Mulder y Scully.

Vuelve a la cocina y mientras saca los refrescos mueve el cuello porque lo tiene contracturado de mantenerlo quieto. Justo cuando se gira, oye:

—¿Necesitas ayuda?

—¡Ahhhh! —Del susto abre las manos y dos coca-colas caen al suelo. No, caen justo en el pie de Roa, del amable, considerado, educado y cañonazo Roa.

—¡Ahhh! ¡Mierda! —exclama del dolor.

Una Coca-Cola estalla. La otra no porque la ha frenado con su pie el futbolista y por eso se lleva la mano a él.

—¡Joder, qué daño!

—Perdona, perdona —le dice ella—, ¿te he hecho algo?

—No, tranquila, no es nada.

Carol se agacha para ver si el pie le sangra.

—Yo creo que se te va a hinchar —le dice asustada—, te pongo hielo, ¿quieres?

—No, no, tranquila, estoy bien, ahora se me pasa, ¡auuuu!

Carol coge la lata intacta y se la coloca en el pie herido.

—Espera que coja hielo, mantén esto mientras.

—¡Que no, tranquila, que no es nada!

Roa se agacha, pero Carol no lo ve y al mover la cabeza para mirar hacia arriba y ver cómo está, se pegan un cabezazo.

—¡Auuu! —gimen esta vez los dos.

Ambos se llevan la mano a la frente. Carol quiere morirse, quiere esconderse en la isla más desierta del planeta y no salir de allí jamás, se lo tiene merecido.

Cuando abre los ojos, se encuentra con los de él, y un gesto ceñido, ninguno dice nada, solo se miran. Algo sucede. No solo sabe que sus mejillas brillan como nectarinas, ni que su pulso tiembla como el de un telegrafista a tope, es algo en su interior, una pieza que acaba de encajar, es algo desconocido pero intenso...

—Perdona... de nuevo —intenta serenarse.

—No pasa nada, de verdad, pequeña. Somos un poco torpes los dos.

—Tú no tienes la culpa, soy yo —admite ella compungida.

—Hemos sido los dos, no cargues tú con el peso de todo, además, no pasa nada, estoy en plena forma. —Sonríe mientras se levanta y le tiende una mano para ayudarla a levantarse. Carol la acepta y por primera vez se tocan. Todo su ser se ha convertido en mano, no siente más que ese contacto, hormigas, calor, calambres, suavidad... Cuando está en pie frente a él, Roa hace algo extraño: primero la suelta, después se mira la mano como si hubiese sentido lo mismo que ella, luego vuelve a atravesarla con sus ojos negros y afirma con gesto preocupado:

—Me apuesto mi carnet de conducir a que tú vas a tener un peligro en unos años...

—Espero mejorar en torpeza —aclara ella.

Él ríe.

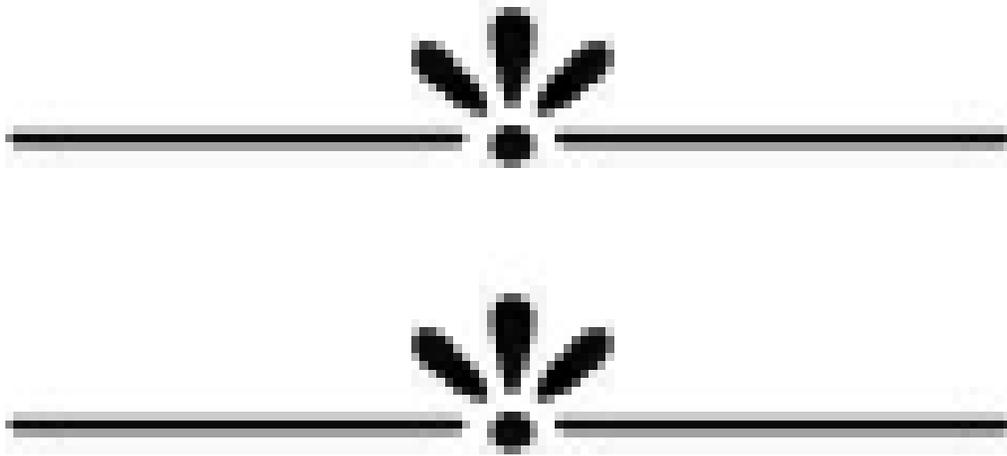
En un momento de despiste ella lleva dos de sus dedos a la espinilla, acto totalmente involuntario y del que sabe se va arrepentir el resto de su vida, y él la descubre.

—No te toques —le aparta los dedos—, o te quedará marca, sería una pena...

—¿Qué ha pasado aquí? —chilla su madre al ver una Coca-Cola desparramada por el suelo, rompiendo el momento más bonito de su historia—. ¡Cómo eres tan torpe, hija! ¡La que has liado!

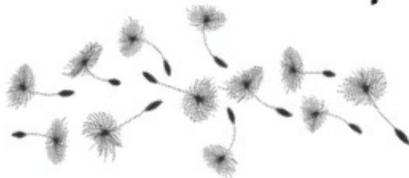
—Mamá, es que...

—No ha sido ella, señora Encarni, he sido yo —le escucha decir a Roa mientras le hace un gesto cómplice a ella sacándole la lengua. Carol, disimulando, se mira la parte de abajo del bikini porque juraría que la braguita se le acaba de caer.



1. Estribillo de la canción *Atrapados en la red*, de Tam Tam Go!
2. Popular grupo de música que saltó a la fama en Latinoamérica y en España por la serie *Rebelde*.

Capítulo 4. Encuentros inesperados



Bea, Alberto, Carol y Ricardo han salido a cenar y celebrar el nuevo proyecto de la agencia para el gobierno como mandan los cánones. Están en el restaurante StreetXo de David Muñoz, a ellas les encanta su fusión y como uno de los metros es cliente suyo, y, de vez en cuando, amante de su amiga, no tienen que esperar la fila que te aguarda sí o sí, porque no acepta reservas.

Alberto ya lo conocía y ha vuelto a pedir las croquetas Pedroche, son adictivas. Llevan dos botellas de vino y ahora se han pasado a los cócteles; son tan diferentes que cada uno se pide uno y los comparten a riesgo de que todos los miren, porque desde el coronavirus, lo de compartir bebida está peor visto que repartir caramelos azucarados en la puerta de un colegio.

A Carol le apasiona, por eso lo ha convertido en su profesión, comer en restaurantes. Siente que entra en un *minimundo*, porque alrededor de una cocina se unen las familias, porque alguien que cocina para ti es bueno, quiere hacerte disfrutar y es de agradecer que dedique su vida a embriagarte los sentidos, a servirte sus recetas, y no es sencillo. Como un escritor que publica sus ideas y se abre a ti, no debe de ser fácil dar a conocer al mundo tus platos y ella lo estima así. Pero Carol no solo valora el sabor, ella se fija en todo: en la sala, el aroma, el espacio, la cocina, los baños, los techos, los camareros, si son profesionales o transportistas, el ambiente, cada característica suma. Un plato te sabe más rico si a tu alrededor te rodean otros comensales, si el lugar está limpio y el ruido ambiental combina con el local. David Muñoz no es quien es porque sí, él acopla el buen hacer y la originalidad de un cocinero cinco estrellas.

Los cuatro se ríen a carcajadas. Alberto y Ricardo forman un tándem ingenioso y se burlan de la aventura que está a punto de vivir Carol en la autocaravana. Ella no entiende por qué, ha demostrado con creces que sabe amoldarse a todo y que convivir con alguien en seis metros cuadrados no va a ser menos.

—¿Sigues sin saber si es chico o chica? ¿Te imaginas que te ponen a una youtuber como a Nuria Roca con la *Soy una pringada* esa?

—Calla, calla... —se ríe Carol.

—No se sabe, en unos días nos lo dirán, están tardando en decidirse —les comenta Bea.

—Sea quien sea, espero que tengo algo de experiencia en caravanas —ruega Carol—, porque si no vamos apañados.

—¿Has mirado algo? —le pregunta Ricardo con un tono serio.

Carol niega con la cabeza.

—Es que me parece tan aburrido que, aunque lo intento, me distraigo: que si aguas grises, que si aguas negras, que si bombona de propano... No me entero, es como cuando te quieren explicar cómo se juega a un videojuego sin tenerlo delante. No me hago a la idea.

—¡Pero eso no es propio de ti! No sueles dejar las cosas al azar, Carol —se sorprende Ricardo.

—Ya, si no quiero, pero es que estoy negada, me aburre sobremanera. De todas formas, me han contado que la empresa de alquiler nos explicará el día de la salida cómo funciona todo y ya me llevaré yo una agendita para apuntar cualquier detalle.

—¡Qué clásica, por favor! —se mofa Alberto—. Tú todavía vas con la cartilla al banco para sacar dinero... Hija, graba la conversación y punto.

—Sí, hombre, como si fuese un sospechoso el mecánico.

—¡Vaya periodista!

—Hombre, por favor, que no soy el comisario Villarejo, grabando hasta cuando tira de la cadena, que me van a explicar cuatro cosas.

—Te vas en una semana —la corrige Bea interrumpiendo una inminente pelea entre hermanos.

—Bueno, sí, es una semana —le repite Carol sin saber por qué Bea ha usado ese tono.

—Es que parece que te vas en un año y no, amiga, es dentro de siete días. No te veo yo muy concienciada.

Carol mira a sus tres espectadores que asienten disimuladamente con la cabeza.

—Sí, bueno, puede que tengáis razón, esta semana me pondré con ello. He estado liada terminando mi última reseña del viaje a Madeira.

—Y viendo la última temporada de *Sucession*, que te gusta más a ti una serie... —le reprocha ella.

—También. Es mi trabajo estar al día.

—Brindo por ello —levanta la copa Alberto—. Y porque aceptes lo que la vida te pone delante.

—¿Quieres que me compre una autocaravana? —le pregunta Carol entre risas.

—Me refiero a quien te ponga delante...

—¿Tú sabes algo? —le interroga Bea, que de repente se ve intrigada por cómo está hablando Alberto.

—¡Y yo que voy a saber! Pero quiero que se suelte la melena y que se lo pase bien y que, si es un tío, y está majetón, pues que se den calor por las noches.

—¿Y si es una mujer? —le guiña un ojo Bea en plan provocativo con lo que consigue que las mejillas de Alberto ardan.

—¡Qué busquen a un hombre guapo y se diviertan los tres! —les interrumpe el psicólogo—. Como terapeuta de esta mujer solo puedo desvelaros que le gustan las bananas.

Carol le empuja, pero los cuatro acaban riéndose a carcajadas y chocan sus cócteles, continuando la diversión estimulada por el alcohol y una buena cena.

Cuando están a punto de salir, Alberto exclama sorprendido:

—¡Anda, mira quién está ahí!

—¿Quién? —pregunta Carol mientras se pone la chaqueta y echa un vistazo hacia donde señala su hermano. El corazón se le dispara nada más rozar la imagen, sabría quién es hasta si le viera de espaldas. En todos estos años no ha perdido esa esencia que a ella le trastoca tanto. Y no está de espaldas, le puede distinguir el rostro perfectamente. Es él... Roa. Un Roa mucho más mayor y aún más atractivo.

—¿Quién es el pedazo hombre que dice tu hermano? —le pregunta Bea al oído—, ¿le conoces?

Carol no puede hablar, está ensimismada guardando en la retina su imagen sin que él se sienta observado. Tarde. Como si leyera sus pensamientos, levanta la cabeza y su mirada impacta en la suya. Los jugos gástricos de Carol suben las rampas de su estómago en patinete eléctrico, pero

no puede atenderlos, tiene que centrarse en respirar y en intentar desengancharse de sus ojos. Asunto difícil cuando él la tiene hipnotizada.

Alberto le hace una especie de silbido y él, como si de un animal doméstico se tratase, gira la cabeza hacia él. Le sonrío. Las rodillas de Carol se doblan, sonriendo ni Adam Levine le hace sombra. Tiene una especie de hoyuelos que quitan el hipo y le confieren un aire travieso embriagador. El pelo lo lleva como siempre, ondulado y un poco más largo por arriba para dejar que los rizos le caigan por la frente. Está increíble. Como si en todo este tiempo hubiese reposado en una de las mejores barricas de roble, de las más reputadas tonelerías, para convertirse en un reserva especial; ella se lo bebería enterito y se hipotecaría de por vida.

—¿Quién es? —le insiste Bea—. ¡Menuda mirada te ha echado! ¿Le conoces?

—Chssss, calla —le reprende ella.

Alberto y él se hacen un gesto cómplice. El hermano de Carol se lleva una mano al cuello y simula cortarlo a lo que Roa asiente disimuladamente y pone cara de aburrimiento, su hermano se ríe.

Ahora se da cuenta de que Roa no está solo, cena acompañado por una espalda de mujer, es lo único que alcanza a ver Carol, eso y que el vestido escotado que lleva ella no es de Zara, ni ninguna Low cost, y que tiene porte de bailarina. Debe de ser una preciosidad, ese tipo de hombres se rodean de maniquís. Ella se gira para ver qué le distrae y ahora sí que puede afirmar que es toda una belleza, tipo robotizada. Carol comienza a ver mujeres que más parecen robots de tanto tratamiento y postizos que llevan.

—¡Ufff! ¡Qué mujer más artificial, por Dios! —exclama Bea y Carol asiente—. No me extraña que quiera cortar, no debe ni poder hablar del bótox que lleva. Está aburridísimo el pobre, a ese yo le daba diversión... ¡Ay, mi madre, pero si es Roa!

—Voy saliendo, ¿vale?

Bea se percata del tono precipitado que ha usado su amiga.

—Carol, no vayas por ahí... han pasado mil años. Ni siquiera nos reconoce.

—Por eso, no quiero que lo haga, no quiero ni que sepa que existo.

—¡Madre mía! No te gana nadie a drástica. Pues lo siento, amiguita, pero vuelve a mirarte. Te está desnudando con los ojos —canturrea—, te habrás puesto ropa interior sexy, ¿no?

Efectivamente vuelve a recuperar toda la atención de Roa, pero ella le ignora en contra de todas sus células vivas y sortea a la gente para poder salir del restaurante.

Al lograrlo y llegar a la calle, toma aire con energía y resopla varias veces para intentar frenar sus latidos que laten desbocados. Cuenta en alto cada latido. ¿Cómo es posible que se siga poniendo tan nerviosa, después de tantos años? No tiene sentido. Ella es inmune a los hombres, ninguno en todo este tiempo ha conseguido desestabilizarla como lo ha hecho Roa con solo un instante. Nadie. Y claro que ha tenido parejas, pero siempre ella llevaba las riendas de la relación y establecía los márgenes de hasta dónde y cómo podía sentir. Nunca deja nada al azar y en temas de corazón menos. Intenta pensar con claridad, probablemente haya sido por recordar aquellos viejos tiempos en los que ella se dejaba llevar, sin saber que el freno de mano existe y solo depende de ti echarlo. «Ha sido eso», se dice para serenarse, «mis fantasmas».

Su panda sale a la calle un minuto después. Alberto la busca con la mirada, la observa sonriente. Ella se acerca mientras que Ricardo y Bea cruzan la acera y van cantando hacia el parque de enfrente.

La cuenta de Carol va por el quinientos trece, su hermano le pone una mano en la boca para callarla.

—Deja de contar.

—No le digas quién soy, ¿vale?

—¿Y qué le digo? Te ha visto conmigo, es probable que me pregunte.

—Pues un rollo, una amiga, una tía que no tiene ningún interés, yo qué sé, sabrás improvisar algo.

—¿Pero y si se ha dado cuenta de que eres tú? —le pregunta algo enfadado.

—Pues le dices que sí, pero que soy idiota perdida.

—Ahora mismo es justo lo que me pareces, Carol. Te lo digo en serio.

—Me da igual.

—Pero a mí, no. ¿Tú te estás viendo? Se te nota arrebolada... Carol, de vez en cuando es bueno dejarse llevar, te lo digo como hermano.

—Cuestión de gustos.

—Es Roa, por dios, mi amigo de toda la vida. —Se lleva las manos a la cabeza—. No le pienso mentir, Carol, he visto cómo te miraba, siempre lo hacía.

—¿Qué?, ¿qué quieres decir?

—Da igual... solo te digo que, si me pregunta, no le voy a mentir, le diré que eres mi hermana y que te has convertido en una mujer muy lista, muy profesional, muy guapa, pero con cero ganas de arriesgar en la vida.

—Eso no es verdad.

—Eso sí es verdad.

—Lo que tú digas...

—Mira, Carol, lo sé porque yo hice lo mismo, opté por la vía fácil con Alissa, y erré. No era feliz, no era yo, era lo que se suponía que debía de ser, pero estaba hueco. Y tú lo estás. Te crees feliz, pero estás vacía y espero que te des cuenta a tiempo.

—No entiendo a dónde me quieres llevar, ¿dices que por saludar a tu amigo mi vida va a cambiar?

—No, digo que dejes de ocultarte, que disfrutes. ¿No vas a hacer ahora un viaje? Pues juega, permítete disfrutar, no te pongas límites y entonces entenderás lo que te digo. Haz todo lo contrario a lo que haría la Carol de ciudad. ¿Me lo prometes?

—Lo intentaré...

—Lo digo por tu bien, hermanita. Échale huevos, deja de contar números vacíos y cuenta tu propia vida. Y si te vuelves a cruzar con Roa, saludale, porque puede que ese sea el principio del cambio.

—¡Qué tendrá que ver él!

—Pues algo me dice que más de lo que crees, porque significaría que tiras las cáscaras del pasado y te comes el futuro. He visto cómo le mirabas.

—¿Y cómo le miro?

—Como la Carol de hace quince años antes de todo aquello.

—He cambiado mucho y las circunstancias también.

—Obvio, y él, y yo. No nos ha quedado otra. Pero tú... no vuelvas a esconderte, Carol, tienes mucho por lo que estar orgullosa.

—Lo sé... Puestos a afrontar temas incómodos: ¿y tú? ¿Qué vas a hacer con Bea? Porque sé que te gusta, no me digas que no.

Alberto se ríe.

—Yo no niego nada, es que tú no me has preguntado, de momento es solo sexo, del bueno, del que te deja agujetas en la memoria, pero ya verá... —Se rasca la nuca y la mira. Ricardo y ella juegan a una rayuela que hay pintada en la acera y están más tiempo en el suelo que saltando

sobre ella—. ¿Cómo podéis ser amigas? Sois las mujeres más distintas que me echado a la cara, tú frenas todo el rato y ella es gasolina.

—Nos complementamos.

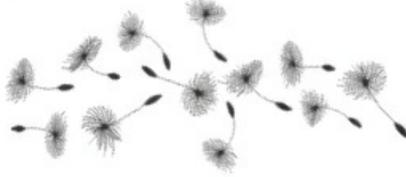
Alberto se acerca, coge las manos de su hermana y la besa en la frente.

—Solo quiero tu felicidad.

—Lo sé —se abrazan.

Ninguno ve en ese momento que la puerta del restaurante se ha abierto y un hombre los mira atento y con envidia, hasta que su bella acompañante tira de su brazo, retornando a su presente y se deja conducir sin interés alguno en su futuro mutuo.

Capítulo 5. ¡Maldita canela!



Carol se despide de Hugo en la puerta de su casa. Ya se va, tiene un vuelo en dos horas. Se besan despacio y suave en la puerta, nadie diría que llevan tres días de sexo intenso y maratónico por todos los rincones de la casa.

—¡Qué te vaya bien en tu viaje sobre ruedas, ya me contarás! —le dice el piloto.

—Y a ti... gracias por todo.

—Nada, un placer, esta vez me ha costado más relajarte, pero creo que al final he hecho bien mi trabajo —bromea mientras le saca la lengua. Uno de sus juegos de cama es que él es un gigoló masajista y ella una mujer inexperta, tensa y tímida—. ¡Hasta la próxima, bombón!

No le falta razón. Hugo, su amigo, la conoce muy bien. Llevan varios años hablando, casi siempre desnudos, y por todos es sabido que cuando estamos sin ropa es cuando más sinceros somos. Estaba tensa, estresada e irascible, por eso le llamó y esta vez ha necesitado tres días para relajar la mente a través de todo un ejercicio de besos, caricias y orgasmos con separación de bienes.

Ver a Roa la condenó. Sus propios fiscales la acusaron de cobarde e infantil y le dictaminaron, como pena a cumplir, llamar a Hugo para olvidarse del resto del mundo. Y lo ha logrado, él puede con todo. Se conocieron en el bar de un hotel en Verona, por la noche, hace más de cuatro años. Él fue al grano, le dijo que le encantaría pasar la noche con ella y Carol aceptó. Pero no hubo sexo, fue mucho más íntimo, comenzaron a hablar y terminaron mostrando su alma y no sus genitales. Él estaba casado por esa época, ella salía con un tonto, la siguiente vez que se vieron y ninguno compartía ya sus llaves, sí hubo orgasmos. Los mejores de Carol de toda su vida. Porque con Hugo todo es fácil, él se muestra al cien por cien cuando está con ella, la protege, la escucha, la besa, pero lo mismo hace en cada ciudad que pisa con la mujer que toque. Y eso a ella le va bien. Se acabó el compartir llaves.

Antes de vivir sola, Carol convivió con Dani, un compañero de la carrera que quería ser corresponsal. Compartieron dos años en un dúplex en Atocha hasta que harta de advertirse reemplazada por un móvil, sentirse una sombra en su propia casa, vivir según sus instrucciones para no alterar la falsa calma y, sin embargo, verle interpretar el papel de marido del año cuando reparaba en ella, le dijo vete a pintar *graffitis* con dos corazones a otra, como la canción de Arjona, y cogió la puerta y se fue con Bea una temporada. Su amiga del alma que le decía por activa y por pasiva que ese hombre era solo fachada y que no le convenía. No ha vuelto a tener ninguna relación más. Lo de Hugo es como un helado con cookies, las galletitas son deliciosas, pero son puntuales, quien manda es el helado, y este es frío, y si abusas te hace daño a la salud.

Termina de hacer la maleta. Mañana comienza la aventura. Bea le ha escrito hace un rato para darle las indicaciones de donde se van a citar con los organizadores y con el fotógrafo, ya sabe que los contratadores han rellenado la casilla H y no M para el compañero de viaje. Le hubiese

gustado una mujer, pero su opinión no contaba.

Por lo visto se han hecho con el mejor, Carol espera que no traiga un pedestal porque está harta de artistas con ínfulas de dioses y convivir con alguien así le sacaría de sus casillas.

Se reconoce nerviosa, no es para menos. Pero ella es una mujer que puede con todo y va a estar en la naturaleza rodeada de paisajes preciosos, esta vez no va a describir hoteles, va a reseñar lugares, miradores, sendas, y campings. El norte de España, aire puro, muy mal se le tiene que dar para no disfrutar.

Llega a la cafetería diez minutos pronto. Han quedado en Vino a por letras, un espacio de lectura y cafetería muy acogedor y que huele a café del bueno. Carol busca por las mesas del fondo a su amiga y ya la ve acompañada por uno de los encargados del proyecto. Lo conoció el otro día, pero es un desastre con los nombres y no se acuerda. Este nada más verla se levanta.

—Buenas tardes, señorita Moon.

—Llámame Carol, por favor —le tiende la mano y antes de sentarse saluda a Bea y se sonríen cómplices. Moon es el pseudónimo de Carol, ella siempre firma como Carol Moon, y cuando alguien la llama por su apellido, Bea dice que la ve como la protagonista de un cómic.

Es un hombre con toda la pinta de Iñaquí, Iker o Aritz, de estos que no se amilanan ante nada, de esos que resolver se codifica en cada uno de sus genes y la lluvia a mares le parece chirimiri. Vamos, vasco, de camisa de cuadros, flequillo recto y pelillos raros en la nuca.

Carol se pide un té y charlan sobre la vida en una autocaravana. Joseba, que ya ronda los cincuenta y es un campero experimentado, les cuenta varias anécdotas que a Bea le hacen mucha gracia y, sin embargo, a Carol la descomponen; cada una, claro está, lo escucha desde su momento. Su intención no es mala, parece buen hombre. Lo único positivo es que se ofrece a echarle un cable si tienen algún problema y eso la alivia; quizás, llegado un momento, cualquier ayuda sea poca... pero no puede ser tan difícil. Hay una cosa que cree que tiene superada y es que a ella no le dan miedo los bichos (a insectos se refiere).

Joseba mira el móvil, el fotógrafo está tardando.

—Ya viene... —dice leyendo un mensaje—, pone que se le ha ido el santo al cielo y que tarda un poco porque viene en bici.

—¿Pero qué edad tiene? —pregunta Bea con los ojos abiertos como platos.

—No sé —se rasca la cabeza Joseba—, yo diría que es de su edad, treinta y pocos. ¿Por?

Ambas se miran, Joseba no las entiende, pero sin necesidad de hablar, en la mente de las dos amigas ha emergido la misma resolución, un tío de treinta y tantos que monta en bici en Madrid es sinónimo de:

a) profesor de literatura.

b) filósofo.

c) trabajador del cuero en mercadillos.

—Por nada, curiosidad —aclara Bea—. ¿Ehhhh? ¿Y sabe de caravanas este chico, además de bicis, claro?

—Sí, sí, es un experto —ríe Joseba de esa manera que empieza en risa y acaba en tos, por lo que no es ni una cosa ni la otra y no tranquiliza nada—, otra de las razones, además del experto paisajista que es, que nos ha llevado a tomar la decisión. En principio optamos por una fotógrafa...

—Sí, eso pensaba yo —le interrumpe Bea—, me habían casi confirmado que iba a ser una mujer, que la idea era dos mujeres en autocaravana.

—Ya, sí, en un principio, pero, entre nosotros, ya sabe cómo están las cosas...

—¿Qué cosas? —pregunta Carol confusa.

—Pues lo de la paridad, el feminismo...

—¿Eh?

—Sí, pues que hay quien podría criticarnos por situar a dos mujeres como si fuese algo anecdótico y objeto de burla.

—¿Qué?!

—Ya sabe, está la situación un poco tensa.

—Pues me parece ridículo —espeta Carol—, sería mucho más sencillo compartir espacio con una mujer, ahora esto más va a parecer *La isla de las tentaciones*.

Bea intenta esconder su risa bebiendo de su taza y Carol respira para no calentarse más. Joseba asiente hacia el suelo y se hace un silencio un tanto incómodo.

—¿Cómo dice que se llama el fotógrafo? —pregunta Carol para romper el hielo y escucha como Bea se atraganta con su bebida.

—Alan —se anima Joseba—. Apareció en el último momento y nos convenció. Tiene mucho éxito. Si les digo la verdad, fue mi jefe el que insistió. Ya verá, señorita Moon, le va a encantar el muchacho, es muy apañado.

Carol mira al cielo y reza para que las malas vibras que le sobrevuelan no aterricen y se conviertan en realidad.

—¿Es vasco? —pregunta de seguido y sin saber muy bien por qué lo ha hecho.

—No, no, es de Madrid. Así se entenderán mejor, los vascos somos un poquito nuestros.

Bea y Carol sonríen. Aunque Carol reconoce a su amiga un poco pálida y eso la está poniendo nerviosa. ¿Sabe ella algo?

De cualquier forma, le quedan varias cosas que hacer y el fotógrafo dichoso está tardando mucho. Al final va a tener que irse sin conocerle. Además, el té debería llevar canela porque se le está revolviendo el cuerpo. La canela le provoca tránsito rápido intestinal y lo que ello conlleva: tormenta de la de no pegar ojo en toda la noche y buscar crema para el culito rojo de los bebés.

Y no, no puede ir al aseo del bar. Es algo que no concibe. Sus tripas le rugen y le recorre un escalofrío, aderezado con sudor frío con categoría superior, que le avisa que aguanta dos como este.

Carol se levanta.

—Voy a tener que irme...

—Pero Alan está al venir, de verdad.

—Lo siento, Joseba. Es que no puedo, tengo millones de cosas que hacer.

Bea, que suele distinguir hasta si lleva braga o tanga y encuentra en su actitud acelerada algo contradictorio, silabea señalando el té con los ojos:

—¿Ca-ne-la?

Carol asiente con cara de terror y Bea la imita.

—No te preocupes, Joseba. Yo me quedo... es mejor que Carol se vaya, ya tendrán tiempo de conocerse.

—Pero tienes que firmar el último contrato en el que te comprometes a convivir con Alan y por eso quería que os conocierais.

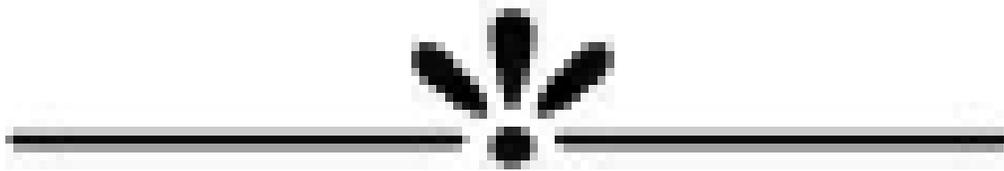
—¿Dónde firmo? No puedo esperar...

—No puede esperar, Joseba. Dáselo.

Bea de sobra sabe los estragos que la canela le provoca al organismo de su amiga. Una tarde en Ikea, un bollito enano de la cafetería, le hizo tanto daño que no pudo aguardar a salir al baño y usó los de la exposición, y no, no están enganchados a ninguna bajante ni hay agua en las cisternas. Una pareja de ancianos la pilló y casi llaman a la policía, pero le vieron tan mal color,

verde como las uvas, que la entendieron y se hicieron cómplices del estropicio. Siempre lo recuerdan y se tronchan.

Carol firma los papeles y se despide tan rápido como un estornudo. Justo cuando sale por la puerta como alma que lleva el diablo, ve un hombre, todavía con el casco puesto enganchando la bici. Ese debe de ser el tal Alan. Piensa en saludarle, pero un pinchazo en su estómago la acobarda y opta por centrarse en lo suyo, que bastante tiene. ¡Maldita canela!



Aunque no ha sido tan malo como esperaba, tampoco tiene el cuerpo para una visita familiar, pero su madre no ha dado tregua y ya están aporreando la puerta. Carol va a abrir confiando en que pronto se vayan.

Su madre la aparta para entrar en casa como si millones de *paparazzi* la estuvieran acosando, su padre la mira y resopla de puro hartazgo al pasar y Alberto, que acaba de llegar también por su cuenta, pone cara de no entender qué está pasando.

Carol siempre ha pensado que su familia es la típica de clase media alta en la que la madre es la calculadora y el padre y ellos las cifras. Su madre los maneja a su antojo o al menos eso cree, porque ¿quién usa ya calculadoras?

—¿Tú sabes algo? —le pregunta Alberto.

Carol le dice que no todavía con el pomo de la puerta en la mano.

—Pues algo grave sucede, ya te lo digo yo, sacar a papá de las oficinas a estas horas... De todas las maneras quería venir a verte, tengo algo importante que contarte.

Su padre es un trabajador incansable. Empezó con una pequeña empresa de instalación de aires acondicionados y se ha ido convirtiendo en una de las líderes del sector en climatización. Con el tiempo también invirtió en construcción, y aunque la crisis de 2008 le pegó duro, pudo mantenerse. Carol cree que su padre trabaja tanto para no aguantar a su madre.

—¿Queréis venir ya?! —les grita su madre desde el sillón.

—Sí, sí, ya vamos —responde levantando las manos Carol y ahora sí que le da la razón a su hermano: su madre está más intensita de lo habitual.

Cuando toman asiento juntos en el mismo sofá, frente a sus padres en los individuales, Encarni mira a Miguel Ángel, y como este lleva la cabeza al suelo, rompe el silencio:

—A vuestro padre le están investigando.

—¿Eh? —pronuncia Alberto.

—Sí, hijos, sí, a vuestro padre le están investigando por el caso col.

—¿El caso col? —repite Alberto mientras Carol dirige sus manos a su boca de conmoción porque ha escuchado ese caso en las noticias.

—Sí, Alberto, sí. Pero es que eso no es lo peor, ¿sabes cómo me he tenido que enterar de que muchos de nuestros bienes están confiscados, de que estamos siendo vigilados y de que somos la comidilla del barrio? —Encarni no les da tiempo a contestar—. ¡En la peluquería! —grita dirigiendo los decibelios al posible corrupto.

—Tranquila, mamá —intenta calmarla Alberto.

Carol está en shock, nunca había visto a su madre tan fuera de sí. Ella que es todo apostura y discreción parece ahora una flamenca cabreada.

—¿Tranquila? ¿Tranquila de qué? ¡Qué estoy casada con un corrupto!

—Encarni... —la intenta frenar Miguel Ángel, pero es inútil, está lanzada como un cohete y ya va por la atmosfera.

—¡Y un cobarde! ¡Un cobarde de tomo y lomo! ¡Qué menos que avisarme! Y yo venga a decirle «cariño estás apático, cariño, estás cansado, cariño, trabajas mucho...». ¡Sinvergüenza, eso es lo que es, un sinvergüenza!

El panorama es de serie de Netflix tipo *La casa de las flores*. Alberto y Carol sentados cada vez más cerca, como si los gritos de su madre simulasen los de un lobo en el bosque y ellos fuesen unos conejitos indefensos; Miguel Ángel, que ya ha levantado la cabeza, la mira con febrícula, que no es fiebre, pero se acerca, es decir, calentito; Encarni que está a punto de explotar por combustión como una supernova, y continúa echando humo en forma de reproches, hasta que su cuerpo llega a la extenuación y llora.

—¿Papá? —logra decir Carol—, ¿es esto verdad?

Miguel Ángel carraspea y con una mano en el entrecejo le contesta.

—Pues sí.

—Pues sí —le imita mitad en burla, mitad en berrinche Encarni—, ¡y se queda tan tranquilo!

—No estoy tranquilo, la cuestión es que no me dejas hablar, llevo intentando explicártelo más de tres horas, pero no callas.

—¡Tarde! —explota su mujer—. ¡Llegas tarde! ¡Me he enterado en la peluquería, pedazo de alcornoque!

Por un momento Carol ha pensado que iba a salir una vulgaridad en boca de su madre. Nadie ha escuchado nunca a Encarni decir una palabrota y ella siempre se vanagloria de ello. Encarni enarbola el arte de hablar con propiedad y gusto.

—Ya lo sabemos, nosotros y los vecinos de tu hija, ¿quieres dejar de gritar? —espeta con voz saturada el marido en cuestión—. Me están investigando, sí. Y nos están auditando la empresa, no nos han confiscado nada, de momento, pero creo que es posible que lo hagan.

—¿Y tienen razones para investigarte, papá? —le pregunta Carol con tanto miedo de que se le caiga ahora un mito, como el del atractivo Guardiola, al que ahora solo de pensarle se le tuerce el día.

Miguel Ángel mira al cielo...

—Sí, hijos. No soy el promotor, soy más bien un afectado, me dejé aconsejar mal.

—¿Pero de qué se trata? ¿Me lo podéis explicar? —pregunta Alberto desesperado—, ¿qué es el caso col?

—Se investiga al antiguo ayuntamiento de Madrid por aceptar sobornos de empresas para concederles concursos de acreedores —le aclara su hermana.

—¿Sobornaste, papá?

—Esa palabra está muy mal escogida, Alberto. Se trataban de pactos, como los de toda la vida. Hablabas con el concejal en cuestión, él te pedía una muestra de lo interesado que estabas en el concurso que fuera y tú se lo dabas y lo ganabas.

—¡Ay, mi madre! —exclama Carol.

—¡Veis! ¡Vuestro padre es un gánster como Robert de Niro!

—De Niro es un actor, mamá... —la corrige Carol

Encarni mira a su hija como si no tuviese remedio de por vida.

—¡Es lo que se ha hecho siempre, maldita sea! —articula el padre cargado de razón.

—Lo que no significa que esté bien hecho, papá... —habla ahora el hijo mayor—. ¿Qué dicen los abogados?

—Que mientras no se pueda demostrar, vamos bien... pero esta gente encuentra mierda en la cocina de la Preysler, es muy posible que lo descubran.

—¿Cuántas sobornos hiciste? —pregunta Carol.

—Dos, que recuerde, el de la climatización del Wizink Center y el de la ópera.

—¿Y por qué no cuentas la verdad? —plantea Carol.

—Sería enterrarme en cal viva, pero está en manos de los abogados... yo, a estas alturas, hijos, lo que me aconsejen. Estoy agotado.

—¿Puedes ir a la... cárcel? —pregunta Carol con tono exponencialmente descendiente.

—¡Ay, por Dios! —emite Encarni entre lágrimas—, ¡qué escarnio!

—Puede que sí... —admite con fatiga Miguel Ángel, provocando que Encarni se levante tan rápido como si su sillón electrocutase.

—¿Y qué va a ser de nosotros?

—¿De nosotros? —se burla Carol—, ¿dirás de papá? Nosotros no tenemos nada que ver... y tú tampoco.

—¿Y si me quitan la casa?

—Pues encontraremos otra, mamá...

—No te van a quitar nada, Encarni, por favor, relájate. La casa está a nombre de los chicos desde hace años... —enuncia el acusado.

—¿Y de qué vivo? ¿Del aire?

—Mamá, nos tienes a nosotros... —intenta tranquilizarla Alberto.

—Todos vamos a caer en el descrédito. Os van a echar de los trabajos...

—Mamá, tanto Alberto como yo somos autónomos.

—Pues nadie os contratará.

—Mamá, me dedico a los deportes y Carol al turismo, no tiene nada que ver, deja el apocalipsis y relájate. A nosotros nos va bien y a papá le dirán sus abogados lo que tiene que hacer. No ayuda en nada esa actitud...

—¿Y qué quieres que haga, hijo?

—Que te relajes. Papá no es el primero ni el único, lo que haya hecho tendrá que afrontarlo y ya, y estoy seguro de que lo hará.

—Eso es, hijo —le secunda Miguel Ángel—. Asumiré mi culpa.

—Pues yo no puedo estar tan tranquila... lo lamento, Alberto.

—Mamá, yo voy a hacer un viaje de quince días, quédate si quieres en mi casa y tomas un poco distancia de todo —le ofrece Carol.

—Gracias, hija. ¿Sabes qué? Te tomo la palabra... de hecho, me quedo desde esta noche, no puedo compartir casa con un desconocido.

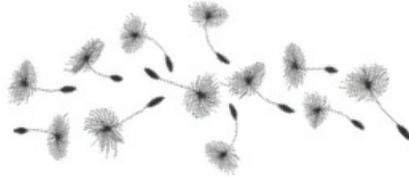
—Encarni, por favor...

—¡No! ¡Ángel, no! No sé quién eres.

Carol se levanta del sillón harta de tanta tragicomedia. Va a preparar la habitación de invitados y así refrescarse la mente un poco. Necesita contar. En el camino su intestino vuelve a rugir...

—¡Maldita canela!

Capítulo 6. Contestadores automáticos



Ha sido tan complicado dejar a su madre sola que llega una hora tarde. ¡Una hora! Ella, ella que siempre pregona la puntualidad, que sintió como injustificable el retraso de ayer del fotógrafo va, hoy, y hace lo mismo. ¿Hasta podría parecer venganza, cielos, venganza, como en Don Mendo?

Pero su madre, su madre es que no ha parado de llorar. ¿Cómo iba a dejarla en tal estado? Ya ni sabe lo que lleva en la maleta; con la descomposición de ayer, la sorpresa familiar y los aullidos de su madre durante toda la noche, no se ha podido concentrar para hacer bien el equipaje. Nada que no se pueda comprar, siempre se dice eso cuando tiene esa sensación de que se deja lo más importante en casa. Ha hecho más de cien maletas en su vida y siempre se apodera de ella ese presentimiento funesto.

No es el mejor día para comenzar el viaje. Su mente está con su padre, es posible que se vea en el banquillo de los acusados y por mucha resiliencia que quisiese aparentar ayer, no se lo cree. Su padre siempre se ha distinguido por su hermetismo y serenidad y ayer en su rostro afligido se reflejaba el peso de la derrota, lo vería hasta un ciego.

Al menos lleva los deberes hechos, sufrió tal purga ayer que cree que no va a tener que ir al baño en una semana. Ha debido perder tres kilos. El taxista la deja en la puerta del local de un polígono. Al fondo se ven autocaravanas, por lo que debe de ser ahí. Arrastra su dos maletas y la bolsa de mano por la acera hasta acceder a la nave.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

No obtiene respuesta, pero en la caravana que hay frente a ella escucha voces y parece que se mueve un poco... menuda estabilidad, ¿no?

—¿Hola? —dice más alto. Se reconoce un poco nerviosa, parece como que de repente se ha topado con la realidad, su mundo se había confabulado para que no pensase en ello y ahora está frente a una casa con ruedas inestable y va a conocer a quien va a ser su compañero de piso. Un completo desconocido.

—¡Hola! —Se asoma un casi adolescente bajito vestido con mono de mecánico —, ¿Carolina?

—Sí, soy yo, perdón por el retraso... problemas familiares.

—Tranquila, ya se lo he explicado todo a Alan. Ahora si quieres hacemos un resumen y listo.

Carol asiente un poco impactada por la juventud del chico. El supuesto experto baja, coge las maletas y las introduce en un maletero enorme que hay en la parte de atrás.

—Mira, este es el garaje, tenéis mucho hueco, como puedes observar. Aquí tenéis utensilios de limpieza, sillas y mesas, y la manguera. Luego ya metes las cosas dentro, vais un poco mal de tiempo.

—Ah...

—Perdón, soy Mario. —Sonríe, y de cerca ya sí que apuesta que los veinte sí que los ha cumplido.

—Yo, Carol.

Mario vuelve a sonreír, se le ve un chico muy amable.

—Alan está dentro... está guardando su equipaje.

—Ah, vale. Voy a verle.

—Perfecto, yo os termino de preparar unas cosas mientras.

Ha llegado el momento. Carol sube por las pequeñas escaleras que hay en la puerta y accede al habitáculo. De frente se encuentra con una mesa y un banco y detrás de este una pequeña cocina.

A su izquierda, al fondo, está la cama, una enorme pero única cama y hay un hombre con el culo en pompa con la cabeza metida en un hueco por debajo de esta. Carol traga saliva... no es mal culo, no, pero no lo suficiente como para compartir colchón el primer día. Carol mira a la derecha, a su lado hay otro pequeño banquito y después están los asientos del coche.

Quizás al propietario de ese magnífico culo le sucede lo que a ella y está buscando otra cama, pero como se halle en ese pequeño armario, ella duerme en la calle, qué claustrofóbico. Aunque todo apunta a que está guardando su ropa por las perchas...

Carol abre mucho los ojos y mueve su cabeza como si sonara una música, sonríe bastante impostada, inhala, ha llegado el momento de avisar de su presencia.

—Ejem, ejem... —tose un pelín más fuerte de lo planeado, provocando un susto al propietario del trasero y del aspaviento se ha debido dar un golpe en la cabeza porque le escucha resonar:

—Auuuuu... —Y entonces ese sonido hace que sus alarmas se activen y justo cuando el desconocido sale del agujero y se da la vuelta, Carol siente que sus rodillas flaquean, que el mundo da vueltas a su alrededor y que va a desmayarse de la impresión. No, no es un desconocido.

—¡Qué golpe! —dice sonriéndola el rostro más atractivo que recuerda su agenda masculina cerebral.

—Soy, soy Carolina, Carolina Moon —dice de corrido, como estaba preparada a decir tres segundos antes de que el ocaso se burlase de ella.

—Hola, Carolina, yo soy Alan... encantado de conocerte.

¿Encantado de conocerte? ¿No se acuerda de ella?

—Y, y yo, perdona el retraso. Suelo ser muy puntual... —intenta mantener una conversación para que no se dé cuenta de su shock.

—No te preocupes ¿Es tu primera vez?

—¿Cómo? Alguna vez me he retrasado, pero no es muy común en mí...

—No, perdona, que si es la primera vez en caravana. Me han dicho que sí. —La voz le ha cambiado, ahora es muy masculina.

—Ah, sí, sí... —Carol se lamenta, a esas alturas debe pensar que es tonta de remate.

—Bueno, yo he montado en varias y Mario me lo ha explicado todo muy bien. Si quieres nos vamos yendo. Tenemos un camino largo. Hoy se supone que íbamos a Lekeitio.

—Sí, vale... Alan.

—Pues mientras cierro todo y le pregunto a Mario unas cosas, ve poniéndote cómoda. ¿Vale?

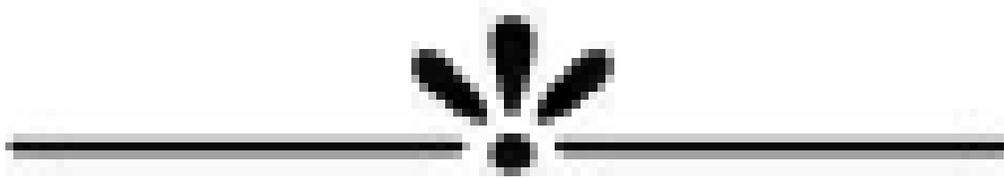
—Sí, sí.

Antes de desaparecer por la puerta, Alan se da la vuelta para decirle.

—Perdona mi retraso de ayer... espero que podamos pasarlo bien.

—Y yo, Alan.

—Carol —clava sus ojos negros en los de ella y por segunda vez cree desmoronarse—. Lláname Roa.



A Carol le gusta lo alta que va, parece como si fuera un trono, se ve el paisaje mucho mejor que en un coche y en ese sentido se siente más segura. Ya han salido de Madrid y circulan por la autopista y, muy a su pesar, ya no puede saltar en marcha. ¿Cómo es posible que de todos los seres humanos que habitan el planeta tenga que compartir caravana con él? Y el caso es que estaba cantado y la ha pillado por sorpresa. Ella, que se jacta frente a todos como una destripa tramas, porque adivina qué va a suceder desde la página diez, va y su sexto sentido se anestesia en su propio libro personal, cuando de sobra sabe que los lectores lo hubieran vaticinado desde casi el principio... Pero su vida no es una novela.

Ha estado mandándole mensajitos enfadados por Telegram a Bea por no haberla avisado y ella le ha contestado que ayer la llamó varias veces, pero que no se lo cogió y le ha contado que Alan no pareció conocerla. Tampoco se vieron tanto en su infancia y Bea ha cambiado mucho. Carol sí que compartió varios momentos y Roa no ha hecho ni un breve amago de poder recordarla; asunto que le inquieta porque no sabe si le enfada o le alegra. A veces le cuesta ponerles adjetivos a sus sentimientos y en esos casos, en la confusión, Carol no se maneja bien. Se suele cerrar en banda, como esas lavadoras bloqueadas en pleno centrifugado que por mucho que tú tires para abrir la puerta no se te permite acceder; a Carol, cuando su pensamiento corre a cientos de revoluciones por minuto, le sucede igual: es francamente imposible desconcentrarla, y si lo logras, más te vale usar paraguas porque te puede salpicar su turbación.

Él, como si lo captase, se mantiene en silencio, el ser humano en muchas ocasiones es más perceptivo de lo que el entendimiento y la lógica le dictan. Viajan más de dos en esa caravana, la incomodidad se ha cogido un billete en primera clase y puede que sea la protagonista absoluta del viaje. Y la incomodidad, fan desventajada del disimulo, nunca pasa desapercibida por mucho que lo intente.

Roa le ha pedido permiso para escuchar un podcast de *Todopoderosos* y parece concentrado escuchando las bromas que el Monaguillo le hace a Juan Gómez Jurado. A veces hasta se ríe; ella no, ella es un glaciar en estos instantes, pero uno que tiembla desde la cabeza a los pies, es que no se cree que pueda tener tan mala suerte, está tan noqueada que no puede tomar decisiones fehacientes, pero cree que en cuanto lleguen a Lekeitio se vuelve, y le queda todo el camino para buscar una excusa. Se lo escribe a su amiga.

«Ya no puedes irte, Carol. Has firmado el contrato. Se nos caería el pelo», le responde Bea.

«No puedo hacer un viaje de estas características con Roa, Bea, me da igual todo, yo me voy».

«Te repito, no puedes irte. ¿Quieres que perdamos la empresa?».

«Obvio que no, pero esto es superior a mí. No consigo hablar ni una palabra, Bea. Ha puesto la radio porque se ha dado cuenta de que soy una piedra».

«Pues respira. No sabe quién eres, no te recuerda, eso es bueno».

«Más tarde o temprano se va a dar cuenta y va a ser muy violento».

«Si es que son cosas de hace mil años, Carol, él ya ni se acordará de ti. La vida te ha puesto a ese chico para que afrontes de una vez tus traumas. ¿Has hablado con Ricardo?».

«Le he escrito, pero no me contesta, debe de estar en consulta. No puedo, Bea, es que no puedo, tengo ganas de ponerme a llorar, a gritar y a maldecir hasta a Jesús Vázquez».

«¿A Jesús Vázquez?, ¿nuestro intocable?, ¿nuestro ejemplo de cómo caerle bien a España entera? ¿A esta España que de todo hace una polémica? No, no... tú respira y deja a nuestro Jesusito tranquilo».

«¡Bea, Roa está a mi lado conduciendo como si nada!, ¿cómo quieres que respire?».

«Hija, pues no sé, no te pido que hagas respiraciones de yoga, pero permite que te entre algo de aire, y con el cuerpo oxigenado seguro que hasta puedes sonreírle a la vida».

«Ja, ja, ja. No estoy para bromas».

«Pues deberías». «No me negarás que está igual de guapo o más. Yo si tuviera que hacer un viaje le preferiría a él antes que a Woody Allen».

Carol le mira de reojo. Su pelo ondulado y castaño tiene un movimiento propio de un surfero de Tarifa y llama la atención. Sus facciones se han esculpido más con el paso de los años: Roa tiene una nariz recta, unos labios muy carnosos encajados en una mandíbula marcada con hoyuelos a los lados, pero lo que siempre destaca de él son sus ojos negros y brillantes. Va vestido con un pantalón de montaña y una camiseta de manga corta que deja ver sus fibrosos brazos. Es todo un portento de hombre, de los que te dejan sin entendimiento y te hacen sentir pequeña y a la vez te dan ganas de cantar con una boa de plumas alrededor del cuello:

«Oye, abre tus ojos, mira hacia arriba, disfruta las cosas buenas que tiene la vida, la, la, la, la, la la, la, la, la...³»

«Sí, los años le han sentado bien», le contesta tras eliminar de su mente el musical en el que se había visto protagonista.

«A ti también, Carol... tendréis unos hijos preciosos».

«Ja, ja, ja».

«Lo digo en serio, ese hombre y tú... es que me emociono y todo. No seas tonta, Carol, el destino no te lo puede dejar más claro».

«¿Ahora crees en el destino?».

«Ahora mismo sí, y tú deberías darle las gracias».

—Voy a tener que quitarte el móvil —le escucha decir con voz grave.

—¿Eh, perdona? —responde ella titubeante, cayéndosele el móvil al suelo, fiel a sus escalofriantes niveles de torpeza cuando está cerca de él. Él la mira de reojo risueño y le responde:

—Llevas todo el viaje tecleando como si de ti dependiera salvar al mundo —sonríe para sonar amistoso.

—Ya, bueno, es que tengo mucho lío, perdona...

—Me imagino, pero entiende que me gustaría conocerte un poco. —Gira la cabeza para verla y sus miradas chocan como dos trenes, descarrilando el inútil intento de serenarse de Carol. Ella retira la mirada y se concentra en pegar bien los pies al suelo de la caravana para sentir que pisa tierra.

—Ya, sí...

—¿Eres un poco tímida o me lo está pareciendo?

—A veces sí...

—Bueno, es normal, es un poco raro todo esto, pero ya verás, nos lo vamos a pasar bien y, si queremos hacer un buen trabajo juntos, deberíamos conocernos un poco.

—Sí, tienes razón. ¿Por qué no empiezas tú?

—Me parece bien... Ya sabes cómo me llamo, soy de Madrid, y llevo muchos años con esto de la fotografía. Soy un afortunado porque me permite vivir de ello y viajar. Me apasionan los deportes al aire libre y odio los insectos.

—¿Todos los insectos?

—Sabía que te ibas a quedar con eso —sonríe—... sí, lo admito, me dan un asco tremebundo, es más, que sepas que a ningún hombre le hacen gracia, pero estamos educados para aparentar que no nos importan.

—¿En serio?

—Lamento haberte derrumbado el mito, y desde ya te digo que conmigo no cuentas para echar fuera a los escarabajos —dice en tono broma.

—Nos haremos con un buen arsenal de spray, pues.

—¿Aunque hagamos un agujero en la capa de ozono por el que puedan entrar todos los virus del espacio?

—¿Eres de esa teoría, de la panspermia?

—Ignoraba que ese fuese su nombre, pero si te refieres a la de que el coronavirus vino del espacio...

Caro asiente divertida.

—No, me hace gracia, sin más. No soy de teorías... soy de tomarme la vida como viene. Y... ya sabes mucho de mí, cuéntame algo sobre ti, ¡venga!

—Soy Carol, periodista, tengo una empresa con Bea de reseñas. Me encanta la comida y detesto las mochilas con ruedas.

—¿Ehhhh?

—Soy fan del silencio. Vivo cerca de un cole y cuando salen todos esos niños con sus pesadísimas y atronadoras trolleys parece que en mi salón hay microterremotos.

—¡Qué horror! —finge.

—No te imaginas cuánto...

—Ha llegado el momento de las confidencias: tenía miedo de que fueses una *millennial*.

—Teóricamente lo soy y tú también.

—¿Sí? Ves, nunca me he enterado de eso muy bien... me refiero a muy, muy joven, de esas que hablan en idioma *instagramero*.

—Me gusta mucho Instagram...

—¿No me lo vas a poner fácil?

Carol sonríe.

—Sé lo que quieres decir, yo lo describiría como los que hemos conocido aquella maravillosa época en la que llamas al teléfono que llamas, te respondía una persona, y lo añoramos tanto...

—¡Oh, sí...! ¡Total! Odio los contestadores.

—Yo también he de confesarte algo...

—¿El qué?

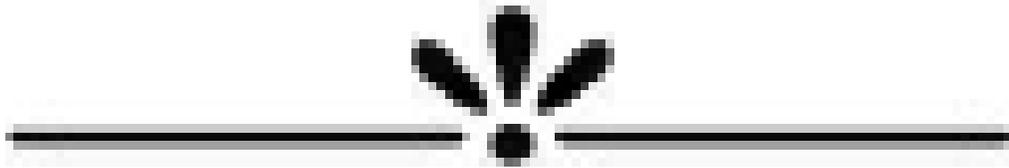
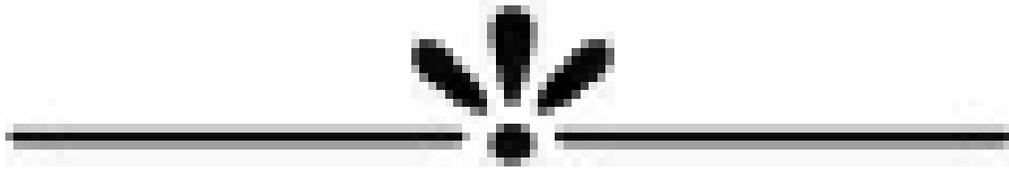
—Que a mí no me dan miedo los bichos, de pequeña hasta los coleccionaba —sonríe Carol.

Roa suelta el volante, da dos palmadas y eleva los puños al aire:

—¡Toma! Nos sabes la alegría que me da que digas eso...

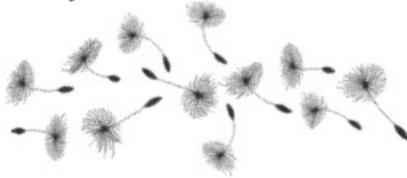
Carol se ríe, no a carcajadas, no se siente todavía tan a gusto, pero por un momento se le

olvida que está hablando con Roa, uno de los fantasmas de su pasado.



3. Fragmento de la canción *Madre Tierra (Oye)* de Chayanne.

Capítulo 7. Puro teatro



Carol no se puede creer que su madre la haya apuntado, sin preguntarle, a teatro. No es justo.

—Hija, tienes que abrirte, eres tan introvertida que así te va, todas mis amigas me han dicho que actividades como el teatro vienen bien para vencer la timidez...

Y así, con esta charla típica y tópica, dio por zanjado el tema y ya lleva medio trimestre compartiendo espacio los martes y jueves a las cuatro de la tarde con gente de todo el colegio incluidos los de último curso, como Lola y Roa... Odia la heterogeneidad.

Cuando le vio aparecer casi se desmaya y sobre todo cuando él se acercó a ella, le descolocó el pelo y le dijo:

—¡Anda, qué bien que estés aquí!

Ella apenas pudo responderle, de todas las personas que hubiera imaginado nunca habría pensado en Roa. Si ese chico estaba todo el día con un balón en los pies, ¡qué demonios pintaba en teatro! Como si le leyera la mente, le dijo:

—La verdad es que me encantan estas clases, son lo más. Te ríes mucho, ya lo verás.

—A mí me ha apuntado mi madre, me da un poco de vergüenza esto del teatro.

—¡Bah! Ya verás cómo te lo pasas genial, tenemos muy buen grupo.

—¿Y tú eres? —se acercó Lola cruzando los brazos y tocándose la cara con un dedo.

—Es la hermana de Alberto... cuidadito con ella —dijo y se ganó una mirada iracunda.

—Soy Carol —se presentó, porque mucho se temía que él desconocía su nombre.

—Bienvenida a teatro —le dijo mascando cada sílaba Lola, como si un hilo invisible le tirara del labio inferior y ella luchase por moverlo—. Vamos a presentarnos al nuevo profe, cari, quiero que sepa desde el principio quienes tienen que ser los actores principales.

—Somos como los Pitt, Carol... —bromeó Roa y antes de ser arrastrado por su novia le susurró—, que no te imponga Lola, es maja cuando la conoces. —Y se marchó guiñándola un ojo.

Y así lleva ya más de diez encuentros. Roa intenta ser simpático con ella, pero a la que le dice dos frases, Lola se aparece, se planta como si hubiera que regarla porque no abre la boca y al minuto se marchan con alguna excusa.

Han decidido interpretar *Los Pelópidas*, una especie de drama griego en versión comedia de Jorge Llopis. Carol no se entera de mucho, pero las opciones eran esa, *El sueño de una noche de verano* y *La venganza de Don Mendo*. Carol prefería esta última, pero lo han votado y ha ganado el drama griego por ser muy coral. De todas formas, entre que el lenguaje es un poco antiguo y que a ella le cuesta concentrarse con tantos estímulos, es normal que ande un poco perdida. El profesor, Lorenzo, es simpático y tiene más paciencia que un santo.

Hoy les acaba de dar los papeles y para alimentar a su terror casi todas las escenas las comparte con Roa. Lo sabe porque han leído el texto en alto y van siempre juntos. A Lola le ha

tocado el papel de Menestra, la protagonista femenina, tiene un monólogo de una página y hay que reconocer que lo hace muy bien.

La clase casi ha terminado, Carol guarda sus cosas en la mochila y se alegra de que sea la última clase y ya pueda irse a casa, está cansadísima y tiene un montón de deberes que hacer.

—Oye, lees muy bien —escucha una voz a su espalda.

—¿Eh? —Carol se da la vuelta y se encuentra con Lola—. Gracias, tú también, enhorabuena por el papel.

—Vas a compartir escena con Roa —sonríe—, a ver si le ayudas. Entre nosotras —se acerca a su oído—, se le da un poco mal esto.

Carol ni dice ni hace nada, piensa que es mejor así.

—¿Qué años tienes, Carolina?

—Ca-catorce y llámame Carol, por favor.

—Pues lees muy bien para tu edad.

Carol cree arrugar el ceño, ¿para su edad?, ni que acabase de entrar en el colegio.

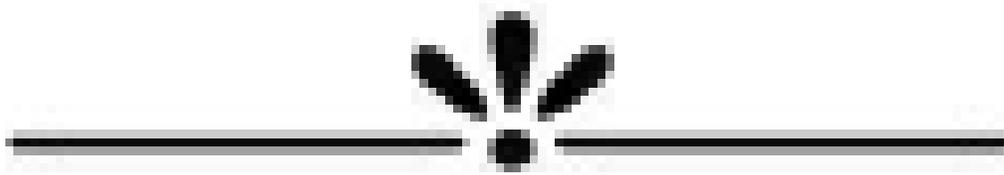
—Me gusta mucho leer, será eso.

—Oye, aunque el profesor se vaya, nos ha dejado quedarnos en clase una hora más para ensayar, pronto será el festival, ¿te quedas?

Y por mucho que le apetezca escaparse no le puede decir que no a Lola, así que asiente, se resigna, vuelve a sacar el libreto y sonríe sin mucha gana.

Lola da palmaditas al aire y grita al resto de la clase:

—Vamos, chicos, ¡a ensayar!



No hizo falta hablarlo más, aquello se convirtió en costumbre, después de la clase de teatro con el profesor, todos los jueves se quedaban a ensayar un rato más. No era mal grupo, Roa tenía razón, el problema no era ese, el problema era ella y sus inseguridades. No se sentía cómoda con gente mayor, le temblaba la voz, el cuerpo no le respondía y todo un concierto de voces en su cabeza le gritaban que iba a hacer el ridículo espantoso en cualquier momento. Como si ella fuese una hormiga y ellos unos elefantes pesados a punto de aplastarla sin percatarse, así se sentía. Asentía, sonreía y hablaba lo menos posible para pasar desapercibida, aunque cada minuto su interior siempre la fustigaba con imágenes de ella burlada por todos.

Y no es que se portasen mal con ella, nada qué ver. Lola la había adoptado como su pupila y, aunque saltaba a la vista que era fría y calculadora como una primera dama de instituto americano, si Lola te aceptaba te convertías en intocable. El caso es que algo le decía que su afecto no era sincero, quizás los gestos, o las sonrisas torcidas o que cuando Carol se atrevía a hablar, Lola, el cien por cien de las veces, la interrumpía... hasta llegaba a pensar que sentía celos, porque si Roa se le acercaba, ella se presentaba.

Esa tarde era finales de noviembre, el tiempo después de una semana de lluvia y frío les había concedido una tregua y habían decidido ensayar en el patio, aunque las nubes grises vaticinasen

tormenta. Estaban todos muy dispersos, los chicos se habían hecho con un balón y las chicas hablaban sobre cotilleos del colegio. Carol no deseaba nada más que poder irse de allí de una vez. El día había sido un poco raro y tenía que digerirlo en casa. Roa se había puesto a su favor delante de Lola. Ambos estaban ensayando su escena juntos y Roa le había dicho algo divertido a Carol y ella reía, cuando se apareció por la espalda Lola y les recriminó que no ensayasen.

—Lola, hay que relajarse un poco, ¿no crees? Carol y yo nos sabemos muy bien el texto, no te rayes.

—¿Dispersarse con una niñata de catorce años? ¿En qué estás pensando, cari?

—Pues que cuando hablas, todo el mundo te oye, ¿sabes? Y las niñatas de catorce, como tú las llamas, no son sordas y se pueden ofender.

—Perdona, Carol, no quería ofenderte, es que mi novio está hoy un poco atravesado.

—A veces pienso que las niñas de catorce años son más maduras que tú, Lola. Déjame un poquito tranquilo hoy, ¿vale?

Y se marchó y el ambiente se había espesado desde entonces, por eso los chicos preferían dar patadas a un balón. Carol, que sentía que no pintaba nada, se atrevió a decir:

—Yo casi que me voy a ir a casa, tengo muchos deberes que hacer.

—¡Ohh, no te vayas Carolina! —la apremió Lola—, íbamos a hacer una Ouija.

—Ya, qué pena, pero es que tengo mucho lío.

—¡No, no! No te puedes ir, tenemos que ser cuatro, por favor.

Otra de las chicas sacó de su mochila un tablero y una vela aromática. Carol había escuchado muchas veces a Lola hablar de ese tema, siempre estaba con lo mismo. Ella no creía en esas cosas, pero no le convencía, aun así, no pudo decir que no y se sentó en el rincón del patio que habían elegido para llevarlo a cabo, como un cachorrito indefenso. En ese lugar, decían que hacía años había fallecido un profesor de un infarto y se contaba que vagaba su alma desde entonces.

Cada chica se sentó a un lado del tablero y pusieron un vaso bocabajo. Lola comenzó a recitar una oración extrañísima, mientras encendía la vela, invocando a espíritus buenos y consejeros. Carol solo pedía que todo fuese un cuento chino y que el conserje del colegio las pillase y las mandara para casa, porque seguía convencida de que aquello era un error garrafal, pero sus músculos le impedían levantarse e irse.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó al aire. Entonces Carol imitó el gesto de las otras chicas y posó un dedo sobre el vaso. Y no tardó ni un segundo en irse al SÍ...

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lola.

El vaso se fue desplazando letra a letra hasta formar el nombre FELIPE. A las chicas le dio la risa, no era un nombre muy del más allá.

—¿Eres un espíritu burlón?

Y el vaso fue al NO.

—¿Eres un buen espíritu?

Y el vaso fue al SÍ.

—¿Falleciste en este lugar?

Y el vaso viajó al SÍ.

—¿Eres el profesor?

SÍ.

Carol miraba para los lados, estaba convencida de que era Lola la que movía el vaso, pero tenía que aparentar que se lo estaba creyendo.

—¿Tienes algo que contarnos?

Entonces el vaso se salió del tablero y se situó frente a Carol.

—¿De nuestra amiga Carol?

Y regresó al SÍ.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lola.

El vaso fue al abecedario y deletreo la palabra AMOR.

Carol quería morirse de un infarto ahí mismo, al igual que lo había hecho el supuesto Felipe.

—¿Carol, estás enamorada de alguien? —le cuestionó Lola directamente a ella.

—No, yo no —contestó Carol lo más rotunda que pudo.

El vaso se movió enérgicamente al SÍ.

—¿Nos miente Carol?

Y el vaso no se movió del SÍ.

Carol levantó la cabeza y miró a Lola y vio en ella algo que no le gustó nada. Venganza.

—¿Y de quién está enamorada?

El vaso primero fue a la R, luego a la O, y terminó en la A.

—¿De Roa? —preguntó Lola entre risas con sus amigas.

El vaso se posicionó en el SÍ.

—¡Eso es mentira! —dijo Carol al borde las lágrimas—. ¡Lo estáis haciendo vosotras! ¡Yo no estoy enamorada de nadie!

—¿Ah, no? Demuéstranoslo... ve ahora mismo y dale un bofetón a Roa.

—¡¿Qué?! ¡Ni hablar!

El vaso volvió a moverse y deletreó la palabra MENTIRA.

—¡No es mentira!

El vaso deletreó DEMUÉSTRALO.

Carol estaba en una encrucijada, no entendía cómo había accedido a aquello, sabía que todos se iban a burlar de ella hiciese lo que hiciese y no quería volver a ser el hazmerreír, otra vez no... y le daba más miedo Lola. Así que se levantó, y anduvo hacia donde jugaban los chicos. Roa había ido a buscar el balón al lado del campo, donde los árboles y Carol fue hacia allá. Él la vio llegar y supo que algo le sucedía porque tenía la cara empapada en lágrimas.

—¿Qué?, ¿qué te pasa, Carol? —le preguntó cuando la tuvo delante—. ¿Te han hecho algo las chicas?

—Perdóname, de verdad, yo no quiero, pero... —le dijo a duras penas.

—¿Qué pasa?

—Déjame pegarte una bofetada y me iré, pero por favor no te enfades.

Roa miró al fondo y vio las risas de todos.

—Vale, vale, no llores más. Pégame, yo fingiré que me has dado muy fuerte y luego te das la vuelta todo lo digna que puedas, coges la mochila y te vas, ¿vale?

Carol asintió, levantó el brazo y justo cuando le iba a golpear un tremendo rayo aterrizó en los pinos haciendo temblar hasta el suelo. Carol gritó asustada y se resbaló hacia el cuerpo del chico, él la acogió entre sus brazos y entonces, sin esperárselo, vieron como uno de los árboles se desplomaba hacia ellos. No les dio tiempo a escapar y rodaron por el suelo siendo aplastados por el pino. Carol cerró los ojos y gritó hasta la extenuación. Sintió que iba a morir. Cuando volvió a abrir los ojos Roa estaba encima de ella protegiéndola con su cuerpo y por encima de ellos un montón de ramas de la copa del árbol.

—¡No os mováis! ¡No os mováis! —escuchaba gritos.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Creo que sí, no lo sé. ¿Y tú?

—Sí, tú no te muevas. Creo que estoy atrapado.

Empezaron a notar como los chicos movían las ramas de los árboles para intentar sacarlos. Una lluvia torrencial comenzó y en seguida se notó empapada. Sentía cómo el peso del cuerpo de Roa la aprisionaba y a pesar de llover a mares él la cubría para taparla.

—Creo que tengo aplastada una pierna...

—¿Por mí?

—No, por el árbol... ¡ahhh, me está haciendo polvo la rodilla!

Seguían escuchando un sinfín de voces de los demás para que no se moviesen. Los gritos de Lola destacaban sobre los demás. Roa hizo un gesto con los ojos gracioso.

—Menos mal que se me ha caído el árbol contigo, si llega a ser Lola me quedo sordo. ¡Ah, joder, cómo me duele la pierna!

—¡Sacadlos de ahí! —escuchó a Lola.

—¡Tened cuidado, tengo una pierna aplastada! —les gritó Roa.

Carol se concentró en su cuerpo, todo lo sentía en su sitio y podía moverse.

Un trueno ensordecedor se apropió del momento y después gritos, entre ellos los de Roa porque del susto los que estaban intentando levantar el árbol lo habían tirado sobre él de nuevo.

—¿Puedes rodar, pequeña? —le preguntó él cuando se le pasó el dolor.

Ahora ella se sentía un poco más libre, con la nueva caída la habían liberado.

—Sí, creo que sí.

—Pues sal de aquí.

—¿Cómo?

—Rodando.

—Pero puede que te haga más daño.

—O que nos haga a los dos. No me lo perdonaría... sal, peque.

—No. Se puede desestabilizar el árbol.

Roa la miró.

—¿En serio tienes catorce años? Carol, peque, sal, esto pinta mal...

—No —se negó rotunda.

—¿No lo entiendes? No quiero que te haga daño.

—Sí, y yo no quiero que te haga a ti.

Silencio alrededor. Sus ojos se acercaron, las respiraciones aceleradas se hicieron una. Él transmitía decisión, ella miedo y algo surgió entre ambos, una complicidad, una chispa...

—¡Sacad a Carol! ¡Tirad de ella! ¡Se está mareando! —gritó Roa

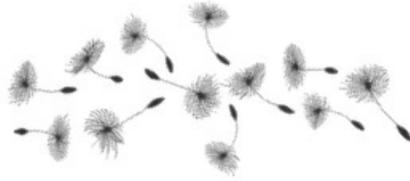
—¡No, no! ¡Estoy bien!

—¡Sacadla! —ordenó con una potencia que nunca le había escuchado. Enseguida sintió varios brazos tirando de ella, las lágrimas de Carol caían a raudales, presentía que algo malo iba a ocurrir si se separaban. Lo sabía.

—¡Te va a caer todo el árbol!

Y así fue. Justo al sacar su cuerpo y gritar esto el tronco del pino se derrumbó sobre la pierna de Roa y el aullido de dolor se le clavó en el alma para siempre.

Capítulo 8. La verdad se abrirá un hueco



Ha habido ratos de silencio, algo incómodos, pero pocos, Roa es un gran conversador y saca temas hasta de los quitamiedos de las carreteras. Han hablado de sus carreras profesionales, también han sacado el asunto de sus manías para poder hacer la convivencia más cómoda y luego han ido anotando la lista de la compra para adquirir víveres. La idea es que van a comer casi siempre en la caravana, excepto en algunos restaurantes de parada obligatoria que les han indicado en el itinerario. En el trabajo que van a hacer han de anotar todos los gastos, y cuanto menor sea el presupuesto mejor para ellos, más ganarán; el gobierno plantea un viaje *low cost* para todos los bolsillos, obviando el tema autocaravana que si la tienes que alquilar te sale mínimo cien euros al día.

Parece que están de acuerdo en la cuestión del presupuesto, ambos opinan que tampoco van a pasar penurias y que, si les apetece comer en un restaurante y se les sale de madre, no lo reflejan y punto, pero ya son mayorcitos para andar de mochileros.

—Oye, si no es indiscreción, ¿cuántos años tienes?

Carol se guarda para sí que tres menos que él, porque es lo que se lleva con su hermano y le dice:

—Treinta, acabo de hacerlos.

—¡No los aparentas!

—Gracias. ¿Y tú?

Roa gira la cabeza unos instantes separando su mirada de la carretera y suspira de una forma que Carol no sabe cómo interpretar: o este hombre hace muchos gestos o Carol tiene tanto miedo de que la descubra que cualquier cosa llama su atención.

—Treinta y dos, pero en unos días es mi cumpleaños —dice concentrado en la carretera.

—¡Anda! ¿Te pillaré aquí?

—Sí, mi cumpleaños es dentro de poco más de una semana.

—¡Vaya! ¡Qué pena que no puedas celebrarlo con tus amigos!

—Bueno, ¿quién sabe? Lo mismo en una semana te conviertes en mi mejor amiga y estoy tan feliz. —Vuelve a mirarla unos instantes, los suficientes para que lo vea mordiéndose el labio.

La saliva de Carol se espesa y le cuesta tragar para poder responderle, quizás el culpable real sea el corazón, que se ha dilatado tamaño pelota de fútbol al ver este nuevo gesto tan sexy, y no le permite a su esófago menearse ni un milímetro, ni a sus pulmones respirar.

—O tu peor enemiga... —consigue recuperar el hilo de la conversación.

Roa se ríe.

—No creo, no suelo tener enemigos. Soy bastante paciente, aunque hay quien me acusa de pasota...

«Si yo te contara la de veces que te he odiado», piensa Carol para sí.

—¿Qué quieres decir? ¿No eres de enojo fácil? ¿Hombre escultura?

—¿Escultura?

—Sí, frío, impávido como una estatua de mármol.

—Se nota que eres escritora —se ríe Roa—, pero sí, enfadarse es muy aburrido. Aunque no es cuestión de ser impasible y de que me importe un pito el mundo, es más asunto de prioridades, prefiero otorgarles a las cosas la importancia que tienen y no embarrarme si no me apetece ponerme botas.

—¿Cómo?

—Pues eso, que si el asunto que pudiera ofenderme no me va a quitar la vida, ni la de mis seres queridos, prefiero ignorarlo.

—Pero eso te puede convertir en alguien tan indiferente que se aprovechen de ti.

—¡No! No te equivoques, soy bastante cabezón, lo único que no discuto, pero si opino algo no me convence de lo contrario ni Dios.

—Creo que te pillo... yo tampoco soy de discutir, pero hago lo que me sale, me digan lo que me digan.

—¡Eso es! Mi tema es que yo no me ofendo con facilidad y eso es innato, al no molestarme vivo mucho más tranquilo.

—Ya, claro...

—He conocido a mucha gente que se altera por todo y no son felices, ni consiguen lo que quieren porque pierden el tiempo reivindicando.

—Sí, y yo...

—Oye, cambiando de tema... No sé cómo preguntarte esto sin que suene raro. —Roa se muerde la punta de la lengua y echa el cuello para atrás. Carol se siente hipnotizada con ese amplio abanico de muecas.

—Dime...

—¿Eh? Vamos a ver, ¿has visto que solo hay una cama?

—Sí, lo he visto.

—Pues quería saber, pero que no —chasquea la lengua—, que no te lo tomes según suena... joder, parezco idiota.

—Un poco, te reconozco.

—Gracias por la ayuda... A ver, vamos a compartir cama, aunque es enorme y no va a haber problema, pero me gustaría saber si tienes novio —Roa cierra los ojos arrugando la nariz—. ¿Ha sonado muy mal?

Carol se ríe, esta vez de verdad, sin recuerdos dolorosos, se ríe porque tiene que reconocer que él es auténtico y que no había conocido a nadie tan sincero y tan simpático. Roa dice lo que piensa, eso creía de pequeña y ahora lo confirma.

—No a todo. No ha sonado mal y no tengo novio.

—Vale, era para protegerme las espaldas, a ver si iba a venir un hombre en mitad de la noche a partirme la cara... —Ahora sonrío a la carretera—. Yo tampoco tengo novia, así que tranquila.

—Gracias por la información.

—¿Y cómo alguien como tú no tiene pareja?

—¿Y cómo soy?

—¿Cómo que cómo eres? Salta a la vista, ¿no?

—No —resopla Carol—, no sé a qué te refieres.

Roa arruga la frente y la mira de reojo.

—No sé, desde mi punto de vista y sin querer parecer un cromañón, aunque creo que lo voy a

parecer, y cruzo los dedos porque no seas de Femen, yo te diría que eres muy guapa, vamos a mí me parece que eres preciosa. Y olvídale, vale... a veces hablo de más, olvídale, por favor —canturrea a todas miras avergonzado.

El corazón de Carol se para, luego se acelera y más tarde vuelve a pararse. ¿Le ha dicho que es muy guapa, preciosa?

—Estoy contigo... hablas de más. Me recuerdas a Pepa pig.

—¿Por?

—Porque te encanta meterte en los charcos —bromea Carol consiguiendo destensar el ambiente —. Gracias por llamarme guapa, no lo pienso olvidar.

Roa se carcajea y a Carol le parece que tiene una sonrisa preciosa y que su dentadura, una de las manías de la periodista, está en su sitio y con un esmalte en un rango cromático bastante aceptable.

—Bueno, entonces, si has aceptado mi opinión de buen grado, ¿me respondes? ¿Cómo no tienes pareja?

—Cuestión de idoneidad, creo yo. No se me ha aparecido el idóneo.

—Bonita forma de describirlo...

—¿Y tú? Ya que estamos tan personales...

—Pues similar, he tenido relaciones largas, pero al final todas cojeaban por algún lado y también es verdad que me he dedicado más a mi profesión.

—A mí me ha pasado igual y bueno, soy bastante tímida, que tampoco ayuda.

—¿Tímida? No sé, ahora ya creo que no, conmigo estás hablando mucho.

—Ya, bueno, es que eres tan sociable que me empujas a mí a serlo, pero si fueras callado no habríamos hablado más de dos frases.

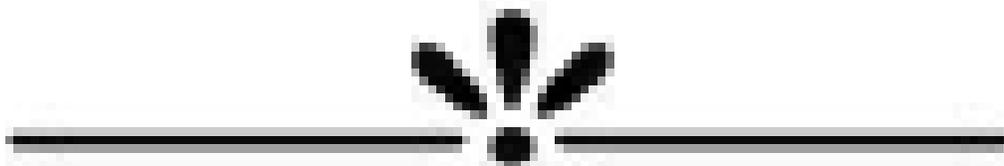
—Pues me alegro, la verdad es que parece que nos conocemos de algo, ¿a qué sí? —Roa la mira un segundo y después vuelve la mirada a la carretera, lo suficiente para provocarle otra extrasístole a Carol.

—Ya... sí, es verdad.

El GPS les interrumpe para indicarles una salida, están llegando a su primer destino y han introducido las señas de un Mercadona. Carol le dice:

—Roa, espera un momento que revise la lista y apunte unas cosas en mi ordenador, que tengo muy mala memoria y luego para redactar me tengo que apoyar en mis notas.

—Vale, me callo —le guiña un ojo y Carol no puede más que sonreírle. Si le llegan a decir hace un día que se iba a sentir hasta a gusto con él, le habría llamado loco a cualquiera. Pero estas horas en la carretera le han hecho recordar el carácter tan afable que tenía él. Siempre la saludaba y la sonreía en el colegio, hasta el accidente, después casi dejó de verlo porque él tuvo mucha rehabilitación y ella sufrió tantas burlas que le situó a él en el centro de la diana de sus males, pero si es sincera apenas si se volvieron a ver.



Ya han llegado al primer estacionamiento de Lekeitio, es un área de autocaravanas gratuito, pero está tan lleno que casi no encuentran sitio, menos mal que ha salido una. El hueco es bastante reducido. Carol no puede disimular su decepción, ella pensaba que iba a dormir en un lugar más pintoresco, rodeada de naturaleza y no de caravanas, que si se deja llevar hasta le parece similar a las favelas de Brasil, ¡si no puede abrir la ventanilla del todo porque choca con la de al lado!

Después de guardar toda la comida y Carol su ropa, Roa le ha explicado asuntos varios de la caravana: cómo ver si están bien de niveles de agua, cómo saber si la nevera está funcionando tirando de gas o de luz. Resulta que hay aguas grises y aguas negras. Las grises son las que se acumulan del fregadero y la ducha y las negras son las del retrete. El retrete... es minúsculo, apenas caben sentados.

El asunto retrete es el más incómodo. Está pegado a la cama, si quieres aislarte tienes que cerrar una puerta y es entonces cuando el hueco se convierte en ridículo y asfixiante. Te sientas, mueves una palanca, Roa ha bromeado comparándolo con meter primera, haces tus necesidades, tiras de la cadena —que es un botón—, sin columpiarte para no llenar de una vez el poti, y quitas primera retornando la palanca a su posición inicial. La palanca abre el agujero por el que nuestros desechos caen al poti y cuando terminas lo cierras. En teoría el poti, que es un cajón con ruedas que vacías en los lugares indicados para ello o eres el cerdo más cerdo del universo, le debes echar un líquido azul que degrada la materia orgánica y elimina los olores. El olor es entre afrutado y químico.

Carol no es nada asquerosita, pero pensar en que sus cacas se van a juntar con las de Roa y alguien las va a tener que sacar, es tan paranoide que a veces hasta se pellizca para convencerse de que no está inmersa en una pesadilla. Y ahora tiene un problema: se hace pis, mucho pis y no quiere ni pensarlo.

—Roa... —dice con tono preocupado—, me hago pis.

Él, que está terminando de preparar su cámara, la mira y le dice:

—Venga, Carol, tú puedes. Te acostumbrarás antes de lo que crees.

—No es eso, un poco sí, pero ¿te importaría salirte fuera? Me da mucho corte.

Roa la mira con las cejas elevadas y una sonrisa en la boca.

—Vale, sí, sí... te espero fuera.

—Gracias.

Roa abre la puerta y antes de salir le recuerda que abra la palanca. Carol que no aguanta más le dice que sí y nada más desaparecer él va al pequeño retrete.

Escucha desde fuera:

—¡Tú, puedes!

Pero ahora no está para bromas. El olor afrutado desde su punto de vista en nauseabundo, quizás por lo que representa.

Carol cree que ha sido el pis más largo de su historia, no terminaba nunca. Cierra la palanca al levantarse, se viste y entonces ve el botón de la cisterna y se da cuenta de que no ha tirado, vuelve a abrir la palanca, y al estar de pie ve el agujero y lo que hay en él... ¿una caca? ¡Pero si ella no...! ¡Buajjjjj, es de él! ¡Está viendo una caca de Roa! Le entran unas ganas de vomitar del demonio, pero hace un esfuerzo sobrehumano porque tendría que vomitar ahí y eso sería tan asqueroso que tendrían que ingresarla por deshidratación, porque sabe que una vez que empezara no podría parar. Se concentra en pensar en práctico, pulsa el botón de la cisterna, se agacha para cerrar la maldita palanca de una vez y sale corriendo del baño sin ni siquiera lavarse las manos. Ya se dará con gel hidroalcohólico.

—Es asqueroso —dice mientras abre la puerta y se encuentra con Roa que mira las fotos de la cámara.

Él sin darle importancia le responde:

—Te acostumbrarás.

—Yo no pienso vaciar eso, te saco todos los escarabajos y hasta culebras, pero por favor no me pidas nunca que vacíe eso.

Ahora sí Roa levanta la cabeza y la mira sonriente:

—Acepto.

—Gracias.

—¿Nos vamos? Quiero hacerle unas fotos a la playa...

—¿Has dicho playa?

—He dicho playa —le repite.

—Espera que me ponga el bañador.

—No hace mucho calor, ¿no?

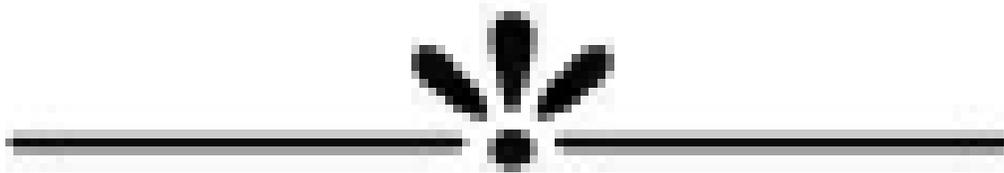
—Tú no me conoces, si hay agua yo me baño —le dice Carol.

—Ya, tú lo que quieres es hacer pis en el mar —la señala con un dedo.

Carol se ríe.

—Espera que me ponga el bañador y coja mis cosas, ¿vale?

—Sí, pero entonces yo también... tú vístete en la habitación y yo en el saloncito, ¿ok? —le pregunta Roa mientras sube a la caravana y pasa tan cerca de ella que siente todo su calor corporal, el espacio es muy reducido. Demasiado.



Lekeitio es un pueblo marinero de Vizcaya al que merece la pena dedicarle un tiempo. Han paseado por sus calles adoquinadas, con antiguos palacetes y casas de pescadores con balconadas de madera. El casco antiguo de corte medieval es encantador y así puedes recordar el pasado pesquero y artesano de este pueblecito entre iglesias, casonas, palacios y conventos. Pero siendo de Madrid, y esta su primera parada, no han podido resistirse a la playa, cualquiera del centro de la península les entendería. Hay una estrecha relación entre ser del interior y añorar el mar, como un amor platónico, o a distancia, que con el paso de los años se agrava. Lekeitio posee dos playas, la de Karraspio e Isuntza. Esta última, de arena muy fina, es en la que se han sentado para disfrutar del mar. A sus espaldas una basílica les sorprendía por su tamaño y frente al mar una pequeña isla, la de San Lorenzo, a la que solo se puede acceder con la marea baja, que no era el caso.

Cuando alguien del interior pisa la playa por primera vez en meses, siempre le sucede lo mismo, su memoria le empuja por ese túnel en el que se amontonan los acontecimientos vividos desde la última vez. Es como una confesión, como si el mar te preguntara si ha merecido la pena tu existencia desde que no os veis, como un abuelo ajado y sabio que te pide, porque te quiere, que le relates lo que a él ya no se le permite vivir y así tú concluyas tus propias reflexiones.

Carol ha rememorado a Bea y a Ricardo, siempre fieles, todo el trabajo que ha estado haciendo, sus programas en la radio, también su nueva relación con su hermano Alberto, las cenas con amigos en su casa, el viaje al norte de Italia, el sexo liberador con Hugo, las peleas con su madre y el problema actual con su padre, y al final de todo, la última escena que le ha programado su viaje mental ha sido cuando Roa y ella se han cruzado en la autocaravana para ponerse el bañador y no ha habido ni un centímetro de su piel que no vibrase de emoción.

Pero han venido a trabajar. Carol va haciendo fotos, videos, apuntando notas y grabando audios en su móvil y Roa se toma su tiempo para hacer máximo tres fotos del lugar en cuestión, alegando que odia la gente que dispara a todo lo que pilla, sin detenerse a respirar la imagen, a que suceda algo que te haga apretar el botón. Se han congeniado bien, por lo general les han llamado la atención las mismas cosas y los dos, puede que por ser el primer día, han respetado los espacios del otro, y si Carol se detenía a leer un cartel para documentarse, Roa la esperaba sin presionarla, e igual al contrario.

Después de la parada en la playa, sin baño, porque ya era tarde, se han dirigido al faro de Santa Catalina a media hora del pueblo y han disfrutado del atardecer en una cafetería. Su primera puesta de sol, juntos... realmente no, porque Roa salió con su cámara para tomar la mejor imagen y Carol llamó a su madre.

Encarni sigue en shock y Carol no sabe qué decir para animarla. Tampoco es que ella lo haya digerido del todo. Su padre, a pesar de todas las ausencias, siempre había sido su ejemplo a seguir, un trabajador incansable que conseguía el éxito con mucho esfuerzo y dedicación y no por la vía zafia y rápida. Su madre, que siempre se le había asemejado a una estatua fuerte y estática, hoy parecía desmembrada y sin su talante habitual le costaba hasta reconocerla, tanto que no sabía ni cómo hablarle.

A la única conclusión que han llegado es que se han propuesto no adelantar acontecimientos, ni ir aireando el asunto con sus amigas. Encarni ha dicho que si le preguntan se hará la sueca y si algo sabe ella es fingir que es nórdica.

Antes de colgar, regresa Roa y se sienta en la mesa. Carol se despide de su madre con voz atribulada porque capta su malestar y, en parte, le gustaría estar allí con ella, o no, porque de sobra sabe que su madre no se abriría y acabarían discutiendo por cualquier nimiedad.

—¿Todo bien? —le pregunta él mientras guarda su cámara con mimo. Carol va advirtiendo que es muy cuidadoso y protege su equipo escrupulosamente. Tiene unas manos bonitas, de dedos largos y palma ancha, con apariencia suave.

—Sí... bueno, ya sabes, líos familiares —escurre el tema, sumergiendo su cabeza en el último trago de su té (sin canela).

—No sé, no me has hablado de tu familia —dice mientras apoya los codos en la mesa para fijar la mirada en ella, con ese gesto típico que te dice que es todo oídos.

—¡Ufff! Nos acabamos de conocer, todo a su tiempo —se escapa Carol.

Roa tuerce el gesto y la estudia con lo que Carol aprecia que es una sonrisa forzada, aprieta los labios y su mandíbula chasquea. Justo cuando va a hablar suena su teléfono, lo mira y no lo coge. Carol le interroga sin necesidad de hablar.

—Ahora le llamo, es Alberto, vamos yendo para el pueblo, ¿ok? —dice y ella se atraganta con su propia saliva. ¿Por qué ha dicho Alberto como si ella lo tuviese que conocer? ¿Lo sabrá?

—¿Alberto? —le pregunta mientras se levanta y coge su bolso de playa, dándole la espalda.

—Sí, mi amigo Alberto, es como mi hermano —le oye.

—Ahhh. —Las alarmas se activan y le cantan por soleares, algo le dice que está sonando raro, pero toma dirección a la puerta sin mirar atrás y mientras saca su móvil para mandar un mensaje

a su hermano. No sabe cómo no lo había pensado antes.

«A ti yo te mato. ¿Lo sabías? Más te vale no decirle a Roa quien soy».

Parece que su hermano, que suele ser un lince con el móvil, lo lee.

«¿En serio? ¿No te ha dicho nada? Me tenías en ascuas, llevo todo el día esperando que me contaras».

«¡Eres un cabronazo!, ¿qué me tiene que decir?».

«¡Qué eres mi hermana!».

«¿Y cómo lo va a saber? ¿Se lo has dicho?».

«Yo no le he dicho nada, pero te va a conocer, díselo ya».

«¡No escurras el tema!, ¿desde cuándo sabes que era él el fotógrafo?».

«Seguro, seguro, desde ayer y te lo iba a contar, pero con lo de papá se me fue. Lo siento».

Carol está tan concentrada tecleando en su móvil que se tropieza con una piedra del camino, Roa la sujeta por el codo.

—Ten cuidado. Estoy observando que cuando estás con el móvil te olvidas de todo tu mundo de alrededor, como antes...

—Sí, perdona, vigila que no me caiga, porfi, es que estoy en una conversación importante — le responde de seguido sin apenas prestarle atención.

—¿Y por qué no llamas y así puedes hablar y mirar por donde pisas? —Carol ahora sí le atiende y le ve poniendo morritos, es bastante irresistible. Si él fuera otro hombre podría acercarse a ese rostro de burla, plantarle cara, estamparle un beso de película y ablandar esos voluminosos y picarescos labios, porque a ella no le pone esos morritos nadie tan sexy y sale incólume, pero él es Alan Roa y no se le ocurre ni por un segundo atreverse.

—No, mejor así, prefiero *whatsapp* —le sonríe forzada, ignorando su anterior pensamiento, y regresa a su pelea telefónica, por alguna razón que desconoce Roa se ríe a carcajadas.

«No te creo, tú lo sabes de antes. Prométeme que no le has dicho a Roa que soy tu hermana».

«Te lo prometo, Carol, sabía que igual le escogían, pero hasta ayer él no me lo dijo. Pensé que nada más verte te reconocería».

«Pues no lo ha hecho».

«Un día de estos me preguntó por ti».

«¿Eh? ¿Por qué no me lo dijiste?».

«Porque era un tema tabú, ¿recuerdas?».

«¿Y qué le dijiste?».

«Que te iba bien, poco más. Carol, en serio, dile quién eres».

«No, ¿no te das cuenta que es más fácil si somos desconocidos?».

«¿Por qué? ¿Por no hablar de un accidente de hace mil años en el que ninguno tuvo la culpa de nada?».

«A mí me resulta mejor así, Alberto. Por favor, cuando le llames no me delates. ¿Ok?»

«Pero ¿cómo voy a hacer eso? ¡Es absurdo!».

«Alberto, por favor».

«No te prometo nada... es que es ridículo».

«Tú ignora mi existencia, habla con él y no le preguntes por la compañera».

«¡Tarde! Ya le he preguntado, ¿cómo pretendes que parezca normal que mi colega se va a marcar un viaje con una tía quince días y no le pregunte sobre ella?».

«¡Joder, Alberto!, ¿qué le has preguntado?».

«Nada, cosas nuestras, pero claro, yo pensaba que se había dado cuenta de que eras tú».

«¿Qué le has preguntado?».

«¡Qué pesada! Que si iba a tener buen viaje y me ha contestado que muy bueno».

«¿Eh? ¿Y eso qué tiene que ver conmigo?».

«¡Coño, Carol, todo! Nos referíamos a ti».

«¿Desde cuándo los hombres habláis en clave?»

«Desde que la mujer de la que hablan es la hermana de uno de ellos».

«¡Pero él no lo sabe! ¡No me ha conocido! Te habría puesto algo. Llámale de nuevo y miro a ver qué cara pone».

«Esto no tiene ningún sentido... Es majo, ¿a qué sí?».

«Sí, de momento sí, es facilitador».

«Te lo dije... Carol, por favor, pasa de las chorradas, es un tío genial».

«Bla, bla, bla... Llámale».

Carol guarda su móvil y se sitúa al lado de Roa. Este la sonrío.

—¿Ya? ¿Asunto resuelto? ¿El cohete ha llegado a Marte? —se burla.

—Sí, Houston me ha dado el positivo, han llegado sanos y salvos.

—Menos mal, por tu intensidad diría que iban a estallar en pedacitos.

—Sí, perdona... me abstraigo un poco, ¿no? Pues cuando me veas escribiendo... —Carol se hace una coleta, ha entrado en calor de la mala leche que le ha puesto su hermano y cuando su cuerpo bulle, su melena a la altura de los hombros se le hace insoportable.

—Yo diría que sí —le guiña un ojo—, pero bien, no te preocupes, soy un hombre de recursos y mientras tecleabas a la NASA he buscado un sitio donde cenar ahora en el puerto.

—¡Qué bien! Tengo mucha hambre.

—He leído muy buenas críticas.

Roa no hace un amago por continuar el camino y sí por mirarla sin reparos. Carol se ruboriza, siente fuego en sus mejillas.

—¿Qué? —le dice presa de los nervios por esa mirada inquisitiva.

—Nada, estás aún más guapa con el pelo recogido... ¿te han dicho alguna vez que te pareces a Natalie Portman?

Carol afirma como puede, avergonzada porque el rubor ahora es tomatada de toda la cara y la coleta, que ha sido mala idea, lo evidencia aún más.

—Sí, también me dicen a Keira Knightley, ya me has dicho dos veces que soy guapa, se me va a subir a la cabeza —dice usando todas las herramientas que le ha enseñado Ricardo para salir airosa de sus propios atolladeros mentales.

—Y es el primer día, vas a pensar que soy un baboso. No te parece mal, ¿no?

—No, tonto, un cumplido es de agradecer, pero para que te quedes más tranquilo, porque yo creo que me estás buscando y no vas a parar hasta que te lo diga... tú tampoco estás mal.

Roa rompe a reír y se lo contagia a Carol, pero les interrumpe el teléfono de Alan de nuevo.

—Voy a cogerlo, no sé qué querrá.

—Sí, sí, sin problema.

—¡Hola Albert! —dice al descolgar con tono jocoso. Carol hace un estudio de mercado de las expresiones de Roa y no percibe nada anómalo.

—...

—Aquí, en Lekeitio, un pueblo muy chulo. Vamos ahora a cenar.

—....

—Bien, Carol es muy maja, un poco payaseta. Espera que pongo el altavoz.

Carol se tropieza del susto y da gracias al brazo libre de Roa porque casi cata el suelo y se

deja las rodillas, de nuevo, el primer día.

—Y también un poco torpe —dice Roa.

—¡Hola, Carol!

—Hola —responde tímida a su hermano—. Quita el altavoz si quieres, no pasa nada.

Alan la ignora.

—¿Qué tal por ahí?

—Todo en su sitio. No te he quemado la casa.

—Me fio de ti.

—Te tengo que contar algo, Alan, ayer viví una jodida pesadilla.

—¿Y eso?

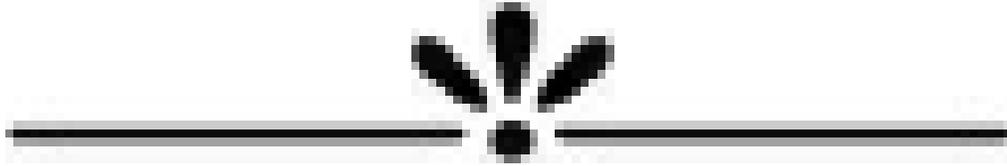
—Mi padre, tío, que le están investigando.

—¡No me digas!

Carol gesticula con las manos a Roa para que le haga caso.

—Yo casi que voy más rápido y os dejo hablar a solas.

Y sin darle tregua echa una carrera y se adelanta, sobre todo para respirar con normalidad, porque se iba poner azul de la apnea, y contar, necesita contar hasta dos mil mínimo.



La cena a base de raciones de pescado ha sido deliciosa y más porque ha estado maridada con un txakoli de la zona muy refrescante. Ella le ha contado curiosidades de este famoso vino de origen vasco, como que es un vino de año, por lo que es mejor consumirlo en el año de su cosecha porque no envejece bien y que cada vez se está poniendo más de moda por su carácter afrutado y ácido a la vez.

El pescado era tan fresco que sabía todavía a mar, poniendo el telón de fondo a un día de reencuentro con la costa maravilloso.

Son las diez de la noche y ha refrescado un poco. Mientras se acercan caminando a la autocaravana los problemas de logística que Carol ha estado ignorando todo el día ahora resurgen emponzoñando su aparente calma. «Solo hay una cama, solo hay una cama», se le repite como un politono *reggetonero* que te taladra y aturde.

Aceleran el paso porque Carol empieza a tiritar, sin poder asegurar que no sea de nervios, pero Roa lo ha percibido y le ha pedido que se den más prisa porque no la quiere constipada desde el primer día.

Por fin llegan al área de autocaravanas. Está lleno y sin embargo reina el silencio, había imaginado que se iba a encontrar un macro botellón, pero no es el caso, ni se le acerca. Roa saca las llaves y abre, dejando que pase primero Carol.

Cuando entran, Roa se lanza a explicarle cómo asegurarse de que está todo cerrado, echa las cortinas que hay en la luna delantera y corre las persianas que hay en todas las ventanas, tanto en las laterales, como en las del techo, para que no entre luz por la mañana. Como hace fresco optan por no abrir las ventanas, ni dejarlas abatidas. Carol presiente que él también está un poco

nervioso y lo quiere enmascarar con este momento didáctico de cómo pernoctar en una caravana y ha sido tan forzado que más parecía estar grabando un video de YouTube.

Pero llega el momento de la verdad, la noche se les ha echado encima. Carol se siente agotada, quiere ponerse el pijama, leer un rato para relajarse y dormir. El espacio se estrecha por segundos y cree que en esa enorme cama es donde más lejos puede estar el uno del otro. Como si le leyera el pensamiento él le dice que si quiere se vaya a dormir ya, que tiene cara de cansada...

Carol acepta y da dos pasitos, con solo dos ha llegado a la zona habitación... lo de irse a la cama como tal es erróneo, sería más correcto decir «pum y salta a la cama». Coloca la pequeña escalera para subir y abre el armario del lateral donde ha guardado su pijama de pantalón corto y tirantes que ahora aprecia ridículo, pero que ayer ni pensó en que igual se sentía incómoda con algo tan minúsculo. Han quedado que ella dormirá en el lado derecho. Roa, que guarda su ropa en el armario de debajo de la cama, asoma la cabeza y la avisa de que va darse una ducha. No pasaría nada si la ducha no fuese transparente y estuviese en el área del dormitorio, donde ella se encuentra ahora mismo. Viendo la cara de estupor que pone Carol, Roa le dice:

—Mira, Carol, es tontería... si tú quieres descansar, no te salgas de la cama porque yo me vaya a duchar. No pasa nada, de verdad. Más tarde o más temprano me vas a ver desnudo y yo a ti.

—Hombre, pues preferiría evitarlo...

—¿Por qué? Somos adultos y esto es muy pequeño, yo creo que es mejor comportarse con normalidad, pero si te quedas más tranquila no me quitaré el bañador.

—No, no, dúchate como quieras, faltaría más, yo no pienso mirar.

Roa arruga la nariz...

—Pues tú te lo pierdes.

Carol le lanza una almohada.

—¡Depravado!

Roa se ríe.

—En serio, llámame fresco, pero es que yo no tengo ningún problema con los desnudos y al final nos vamos a ver.

—Pues yo ya te digo que si yo no quiero, no me ves, soy lo contrario a ti, me llaman doña pudorosa.

—¿Ah, sí? En ese caso que cada uno haga lo que le plazca. Estamos en nuestra casa, ¿no?

—Hombre, mientras no te pasees en bolingas y con ello me refiero a que plantes tu culo desnudo en el mismo sillón en el que yo me sentaré después...

—Siempre con unos límites, me refería —aclarando entre risas—. Tranquila, me pondré pantalones, no te quiero contagiar nada.

La cara de Carol se arruga desde la frente a la barbilla de puro asco.

—¡Puajjjj!

—No tardas ni un segundo en visualizar, me troncho —le dice carcajeándose—. Pero la parte de arriba... ¿puedo?

—Eres de los que va sin camiseta hasta en diciembre, ¿a qué sí? —se lamenta en alto.

Roa asiente con movimientos firmes de cabeza.

—Te prometo que es entrar en casa y es lo primero que hago, me molesta. No estoy cómodo.

Carol resopla, no entiende cómo le ha podido cambiar tanto la vida en horas. Está con Roa, aquel chaval de instituto del que estaba prendada hasta la médula, discutiendo las normas de la convivencia y decoro, sin hablar de lo realmente importante, que es quienes son.

No puede más, siente que va a explotar. Se deja caer en la cama, coge una almohada para

cubrirse la cara y le responde:

—Mira, Roa, ve como quieras, dúchate, paséate sin camiseta, duerme en bóxer, haz lo que te dé la gana, somos mayores. Por hoy ya no puedo negociar más, estoy agotada, quiero ponerme el pijama en la intimidad y dormir, ¿vale? Hasta no me voy a hacer mi limpieza de cutis de lo cansada que estoy y lo hago todas las santas noches. —Pone carita de pena para destensar el discurso—. Poco a poco esto se hará normal, no queremos construir Roma en un día.

—Carol, Carol... está bien, descansa. ¿Quieres que te prepare algo calentito?

—¿Un Cola Cao? —se le abren los ojos de par en par y hasta se le hace la boca agua.

—Marchando, ponte tu pijama, y en un rato te lo traigo.

—Gracias...

—De nada, glotona.

—¡Roa! —se levanta Carol de golpe y le pillta justo quitándose la camiseta tirando de la espalda... se le hace la boca agua, ¡qué sexy, por dios!

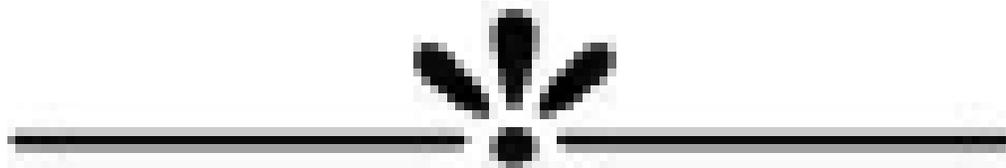
—¿Qué?

—No le echas canela.

—¿Al Cola Cao?

—Bueno, por si acaso, nunca sabes cuando estás delante de un mini masterchef.

—¡Oído-cocina! ¡Sin canela, pues!



Roa cumple su palabra, se ducha desnudo, Carol no puede evitar mirar de refilón, pero sin recrearse, y más tarde le trae un Cola Cao calentito.

—Gracias. Eres un sol. —Se incorpora en la cama para beber. Un tirante de su estúpido pijama se resbala por el hombro y siente los ojos de Roa detenerse justo allí.

Él termina de subir la escalera, desnudo de cintura para arriba, y Carol no hace ni el amago de no perderse en su tórax, que apunta que es del tamaño perfecto para apoyarse y dormir toda la noche sobre él, secundados por unos abdominales marcados, pero sin ser un cartel de gimnasio. Tiene el cuerpo perfecto porque es natural, con vello incluido. Roa sonrte con aires de seguridad.

—¿De qué te ríes? —le reprocha ella.

—De que tu pijamita me va a dar la razón.

—¿Qué razón?

—Que al final nos vamos a ver desnudos. Llevar eso y nada...

—Es un pijama de verano.

—Lo sé y lo agradezco. Voy a soñar con él toda la noche.

Carol le vuelve a tirar una almohada. Él se ríe, mientras se tumba al otro lado de la cama y se cubre con una sábana.

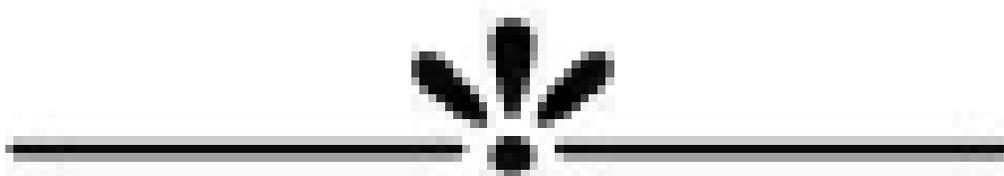
—¡Dios, qué bien! Estoy muerto —dice y después hace un quejido de placer rotundo que Carol no cree que pueda olvidar jamás.

—¡Que descanses!

—No lo dudes, y tú.

El silencio se instaura. Carol se termina la bebida y deja la taza en una de las estanterías que hay en los laterales. Se tumba de lado y vuelve a coger su ebook. Está leyendo el último libro de Kate Danon y, aunque es precioso y está enganchadísima, cree que un libro tan romántico en estos momentos no es la mejor elección.

De refilón mira a Roa y diría que ya está dormido. Descansa con los brazos para arriba, a ambos lados de la cabeza. Le llega su magnífico olor y su respiración acompasada. Ahora que puede despacharse a placer le contempla con detenimiento. Este hombre desprende algo que ella no puede ignorar. Si se tocan, vibra, si la mira, vibra, si sonrío, vibra, es como que con él está más viva. Hace memoria, el día ha sido muy divertido, se descubre pensando que el viaje le parece una idea no tan descabellada, que con él se siente más real y aunque le asusta, estaba un poco cansada de tanto control. Carol, en un ataque de felicidad, se dice que va a disfrutar del día a día, que puede que sí sea asunto del destino, que se deben una explicación, y le da la razón a su hermano, tiene que decirle quién es, ahora bien, ¿cómo?



No recuerda haber dormido tan bien en meses. Carol se acurruca y disfruta de ese cuerpo tan cálido que la tiene abrazada y respira acompasado a ella. Su espalda se deleita con la piel desnuda y ardiente de ese torso masculino, se siente segura y protegida.

¿Ehhhh? ¡Un momento! ¿Qué, qué está pasando?

Carol abre los ojos asustada y no tarda ni un suspiro en darse cuenta de su circunstancia. Está en la autocaravana y el cuerpo de Roa descansa pegado al suyo, acaramelado, estrechándola como si fuesen una pareja de enamorados, los expertos lo llaman hacer la cucharita. Ella lo ha visto muchas veces en la tele, pero nunca lo había practicado porque generalmente le agobia, y sin embargo apostaría, por el entumecimiento de su piel, que lleva así toda la noche.

No sabe qué hacer, si se mueve le podría despertar y entonces se haría real algo que solo ha sucedido en sueños y es totalmente inconsciente e inocente. No tiene la menor importancia... no, pero el corazón le está latiendo a doscientos por minuto y juraría que hasta se oye, le va a despertar.

Para su temor siente como el esqueleto de su compañero de cama se despereza y la abraza aún con más fuerza, vuelve a emitir un quejido de placer como el de anoche y toda Carol se abrumba al advertir como los labios de Roa se hacen un hueco entre su melena y recorren con pequeños besos su hombro desnudo (el tirante de su pijamita ha vuelto a las andadas). Ella es una viga de hormigón, no mueve ni un músculo, tal es su quietud que percibe hasta un aspaviento en su compañero de cama y juraría que se acaba de dar cuenta, porque la incursión por su hombro ha cesado y ahora él tampoco respira. Se ha dado cuenta, sí. ¡Qué bochorno! Por alguna extraña razón le entran ganas de reír, es que es muy ridículo todo...

—¿Quién se levanta primero y hace como si nada? —le oye con voz carrasposa—, yo creo que no puedo...

Carol ya no logra contenerse más y estalla en unas carcajadas lentas de esas de energía mañanera.

—¡Madre mía! —dice él—. Yo no consigo reírme, estoy en shock.

—Te acabas de despertar, yo llevo unos minutos.

—¡Joder! ¿Te he dado besos en el hombro? Dime que lo he soñado.

—No lo has soñado.

—¡Ay, por dios! Perdona... es que hueles a melocotón y me encantan los melocotones — suena tan avergonzado que Carol no puede parar de reírse.

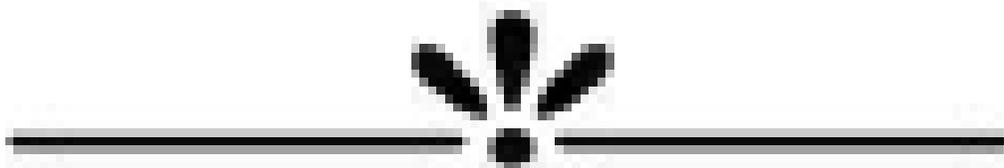
—Venga, va, yo me levanto... Tú retira el brazo despacio, yo me incorporo como si tú siguieses dormido y preparo un café mágico de esos que hacen que te olvides de lo que ha pasado por la noche.

—¿El famoso café mágico?

—Sí, ese... y luego saldré a hacer un poco de pilates y cuando vuelva a entrar tú y yo tan amigos, ¿vale?

—Copio y pego. Quiero café doble, no va a ser fácil olvidar esto.

Roa retira el brazo, tosiendo impostado, provocando más risas en Carol y se aleja resbalando su cuerpo por el colchón. Carol intenta no ahondar en la sensación de vacío que la asola. Se levanta sin mirarle, se coloca los tirantes del pijama, busca en uno de los armarios su ropa de pilates, baja las escalerillas y las retira para poder abrir la puerta del mini baño. Aunque no le mira, siente un par de ojos sobre ella. Se encierra en el baño y se contempla. Para su alegría tiene buena cara, ha descansado como una bebida. Ahora tiene que hacer pis, él lo va a oír... otro momento para olvidar, como todos los despertares sean así, no pasa de los treinta.



Lleva practicando pilates desde hace años, por su escoliosis, pero la sesión de hoy, en un parque que había al lado del parking, ha sido muy gratificante, sobre todo porque no se le iba la sonrisa de la boca. De vuelta, con su esterilla en la mano y relajada por sus diez minutos extra de meditación, piensa en cómo se va a comportar cuando vea a su compañero de viaje. Tiene que hablar con él. Debe decirle que ella es la hermana de Alberto. Su hermano tenía razón, es un gran tío, hasta piensa que podría convertirle en uno de sus mejores amigos, si no fuera por todas las cosquillas que siente si la mira, pero obviando eso, jamás, excepto en contadas ocasiones, se ha sentido tan a gusto con un hombre.

Como si hubiera abierto la compuerta de esos recuerdos que tenía prohibidos, recapitulándolos, ahora constata que él siempre fue bueno con ella, que la protegió de su madre, de Lola, hasta con su cuerpo para que el árbol no la dañara. Y ella nunca le llamó para preguntar qué tal estaba, excepto cuando fue al hospital, pero él no lo sabe.

Un nuevo temor le nace y limita su determinación, ¿y si él le guarda rencor y cuando se entere de quién es cancela el viaje? Él le dijo que no solía enfadarse, que era una pérdida de tiempo, pero esto... tuvo que dejar de jugar al fútbol, para lo que había nacido. Puede que la odie, pero su

hermano le ha dicho que él le ha preguntado por ella. Con todo un fuego atemorizado en la garganta llama a su hermano Alberto. Él descuelga a los tres tonos.

—¡Buenos días, Carol! —la saluda con voz animada—. ¿Qué tiempo hace por el norte?

—Buenos días. Nublado.

—Típico... ¡Qué madrugadora! No son ni las nueve.

—Pues ya he hecho hasta pilates.

—Bueno, ¿qué tal? Cuéntame, me tienes enganchado a esta nueva serie.

—¿Qué serie?

—La tuya y la de Roa... ¿nuevo capítulo?

—Tú estás fatal...

—¿Qué tal habéis dormido?

—Pues por lo visto, abrazados.

—¿Qué? ¿Ya os habéis acostado? ¡Hermanita, eres más rápida que yo mismo!

—¡¿Qué?! ¡¡Nooooo!!, ha sido un sin querer, muy cómico todo. Tu amigo estaba avergonzado y yo he huido a hacer ejercicio.

—¿Habéis dormido abrazados sin daros cuenta?

—Sí.

—¡Me encanta esta serie! ¡Los protagonistas son lo más! ¡Qué giros!

—Vete a la mierda un rato, anda... oye, te quería hacer una pregunta, pero primero cuéntame qué tal papá y mamá.

—¡Ufff! Esto es menos divertido. Ayer conocí a una de las abogadas de papá, por cierto, un bombón, y me dijo que está jodido. Cree que esta semana le van a abrir una causa y saltará a la prensa.

—¡Madre mía! ¿Cree que puede ir a la cárcel?

—Quizás, pero me dijo que va a intentar negociar... yo no sé.

—¿Y mamá? ¿La has visto?

—No, iré hoy a tu casa. Ayer tuve muchos entrenamientos, estoy a tope, tu amiga Bea me ha mandado un montón de clientes. Conoce a media ciudad.

—¡Qué bien! Bea es lo más. Cuida de mamá y de papá, ¿vale?

—Sí, claro, no te preocupes. ¿Qué me ibas a preguntar?

—¡Ah, sí! Estoy pensando en decirle la verdad a Roa.

—Estoy seguro de que lo sabe, Carol.

—No, no lo sabe.

—¿Duerme abrazado por error y no me llama para contármelo? Lo sabe. Roa y yo hablamos de esas cosas.

—Pues yo creo que no te ha llamado porque es muy pronto o porque no le ha dado importancia. Bueno, da igual, a lo que voy es que ahora creo que me porté mal con él, nunca le llamé para saber qué tal estaba y no sé si me echa las culpas o me odia un poco.

—¿Me estás preguntando si Roa te odia?

—Algo así, sí.

—No, no te odia.

—¿Estás seguro?

—Roa es muy perezoso para eso. ¿Te he dicho alguna vez que es la mejor persona que conozco? Jamás me ha hablado mal de ti y hasta creo recordar que cuando tuvo el accidente me preguntaba por ti, por cómo lo estabas llevando.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Casi, es más, dejó a la Lola por lo que te estaba haciendo...

Una bola del tamaño de un alud se instaura en ambas gargantas, pero los dos hacen como si nada.

—¿En serio?

—Creo recordar que discutieron y él la mandó al carajo, al fin. Mira qué era petarda a veces...

—¡Alberto!

—¡¿Qué?!

—No hables de ella así. Era tu amiga.

—Y una petarda.

—Ya, pero...

—Ya, pero nada. Es lo que hay. Y con respecto a Roa, lo mejor es que hables con él.

—Ahora me da vergüenza, Alberto.

—¿Mi hermana una cobarde? Habla con Ricardo, anda, que te envíe algún truco de psicólogo.

—¡Buena idea!

—Te dejo, Carol, luego me cuentas, viene mi primer cliente.

Carol se despide y acto seguido llama a Ricardo. Su amigo terapeuta, que desconocía toda esta coincidencia, al principio se asusta, pero al ver la actitud positiva de la chica se calma. Él también cree que debe asumir la verdad y plantarle cara al pasado. Si Roa es tan comprensivo como parece lo va a llevar bien y el viaje no se les hará cuesta arriba. Cuantas más espirales tenga su telaraña más difícil será despegarse de ella, partiendo de la base de que se empezó a tejer hace muchos años ¿Cómo desvelarle quién es? Pues Ricardo le ha aconsejado que no tarde, y que lo haga con tono despreocupado, realizando alguna actividad, quizás mientras cocinan...

Carol toma nota, se despide de su amigo, otro que se ha hecho fan de la serie y le ha rogado que le vaya contando, y camina pausada hacia su casita con ruedas.

Al llegar se encuentra la puerta abierta y a Roa sentado en la escalerilla tomando un café. Se miran, él sonríe con toda su guapura al cien por cien, y ella resopla. Es que es tan sexy que se debería hacer autorretratos desde que se levanta hasta que se acuesta y dejarse de paisajes. No puede existir mujer en el mundo que sea inmune a esos ojos. Pero es el conjunto, el pelo, la mandíbula, los hombros rectos, la actitud corporal, es un compendio de estar bien hecho de la cabeza a los pies.

—¡Buenos días! ¿Qué tal ha dormido usted? —teatraliza Roa.

Carol resuella divertida mientras observa cómo Roa estira un brazo y saca otra taza y la tiende hacia ella.

—Lo acabo de calentar, es un café mágico. Lo he preparado con tu leche de avena. —Le guiña un ojo.

Ella vuelve a sonreír y toma la taza.

—Muchas gracias.

—¿Qué tal el pilates?

—Muy bien, lo he hecho en el parque de al lado y genial.

—Un día me apunto... me mola el pilates.

—¿En serio?

—Sí, he hecho poco, pero ya te dije que me gusta todo lo que sea deporte.

—Se te nota —al momento Carol se lamenta de haber dicho eso, ahora no sabe cómo seguir —, tienes el cuerpo muy definido.

—¿Eso es un cumplido?

Carol eleva las cejas como toda respuesta.

—A ti también se te ve el cuerpo definido, sí, sí, muy, muy definido. —Carol advierte su tono jocoso y señalándole con el dedo le dice:

—Toda esa actitud tuya de cortejo cutre no ayuda en nada a que un hombre y una mujer desconocidos que viajan juntos en una autocaravana lo hagan en paz y en buena armonía.

—¿Cortejo cutre? —se ríe—. Acabas de herir mis sentimientos. Yo me pensaba un galán.

Carol siente una pierna cansada y antes de darse cuenta la apoya en la escalera en la que está sentado Roa, entre sus rodillas. Y sorbe su taza para acabarse el café e irse a duchar pronto.

El fotógrafo ni corto ni perezoso suelta su taza, coloca sus manos en el gemelo de ella y lo comienza a masajear.

—¡Ufffff! —exhala ella de gusto. No hay nada que le guste más que un masaje en sus piernas.

—Tienes buen gemelo... ¿Sales a correr?

—No, lo odio.

Roa sonríe y se concentra en comprimir y descomprimir sus manos alrededor de la pierna de Carol. Ella no puede más que cerrar los ojos y sentir las riadas de sano placer en su circulación. Él termina y tira de su otra pierna para que la suba, ella obedece y al segundo su otro gemelo se convierte en la envidia del resto de su cuerpo.

—¡Uhhmm! ¿A qué se debe esto?

—A que me caes bien y he dormido de escándalo.

—¿No lo vas a dejar pasar?, ¿vas a sacar el tema todo el día?

—No, no —expulsa una risotada—, el café mágico es maravilloso. Pero he de decirte algo y espero que no te lo tomes a mal...

—¡Madre mía! Miedo me das... —Abre los ojos y se encuentra con los de él que la miran fijamente. Un duende saltarín se sube a una cama elástica en su estómago y aprovecha para darlo todo.

—Carol...

—¡Qué!

—Creo que lo que ha pasado esta noche es culpa mía.

—Bueno, no pasa nada.

—Si te tengo cerca mi cuerpo reacciona raro.

—¿Raro?

—Sí, necesita tocarte, en plan bien, no me malinterpretes, no en plan meterte mano, es como un instinto de protección a una amiga.

—Ah.

—¿Ves?, has subido la pierna y mis manos se han puesto a masajearte sin apenas ser consciente.

—Muy bien, ¿y cómo me tengo que tomar esta información, compañero?

—Pues natural, si te toco, tú bien, no le des importancia. Mis amigos me dicen que soy un tocón, y si lo hago contigo, eso es que has pasado a mi lista de colegas.

—¿Todo esto es para decirme que te caigo bien?

Los ojos de Roa miran a la derecha pensativos y luego retoman la atención a ella.

—Sí —responde rotundo.

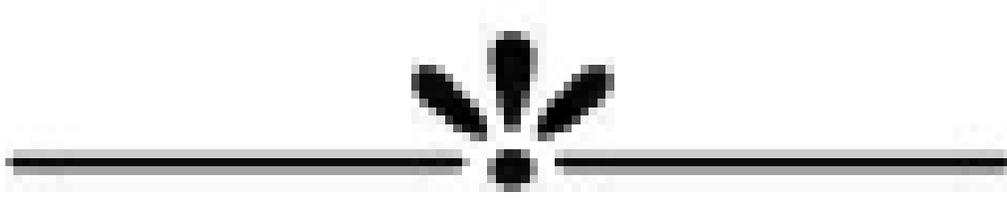
—Muy bien, me voy a duchar, amigo. Dile a tu cuerpo, ese que reacciona raro cuando estoy cerca, que se quede fuera de la autocaravana, por si las moscas.

El fotógrafo sonríe.

—Se lo digo, sí, sí... hay que curarse en salud. Si te viera desnuda no sé... —Caro le mira estupefacta—. Me callo, me callo, oh, oh, Pepa pig ha vuelto —habla con voz robótica—, estoy

en un charco, me callo.

Roa se levanta de la escalera, dejando pasar a una Carol risueña. Desde luego, Roa aburrido no es.



Lo de la mini ducha es de nota también, apenas sale con fuerza y solo se ha podido echar champú una vez en el pelo porque se habrían quedado sin agua al aclarárselo. Encima se le ha olvidado dar al calentador y se ha duchado con agua fría, pero no quería pedir ayuda a Roa. Cuando se seca y escoge un look de pantalón vaquero corto, camiseta de tirantes de algodón gris con la bandera de USA y zapatillas de montaña, y se hace su rutina diaria de crema y maquillajes, advirtiéndole que ayer por la noche se la saltó, sale afuera para que los pocos rayos de sol que atraviesan las nubes le sequen el pelo. Justo se cruza con una chica de la caravana de al lado que entra con una bolsa de la compra. Se saludan. Han dormido a poco más de un metro y no les había puesto cara a sus vecinos.

Busca a Roa, está sentado cerca, en un banco, mirando su cámara. Ya está vestido con un pantalón corto de montaña y otra camiseta de manga corta, le ha escuchado trastear mientras ella se maquillaba en el baño. Le saluda y se sienta a su lado. Al subírsele el pantalón Carol ve las cicatrices en la rodilla de Roa; levanta la cabeza, rápido, para que él no note su estupor.

Él le enseña varias de las imágenes que sacó ayer y Carol por primera vez entiende su éxito. Son buenísimas y distintas a lo que suele ver ella en guías. Capta momentos, en algunas sale gente, en otras solo naturaleza. Ayer, mientras estuvieron sentados en la playa, unas diez chicas del club náutico que había al lado portaron una barca para llevarla al mar, las instantáneas de Roa son realistas, cercanas, hablan por sí solas. Carol le halaga y él sonríe tímido, ella anota que él no se siente cómodo ante los piropos. Roa, cambiando de tema, le dice que ha pensado que hoy podrían pasar el día en un camping tranquilo que tiene buenas reseñas en Mutricó y así decidir hacia dónde ir el resto del viaje. A Carol le parece bien.

Cuando van a abrir la puerta de su caravana escuchan gritos justo en la de al lado. Los dos se detienen y se giran. Por lo que parece son un hombre y una mujer, pero sobre todo le chilla él a ella, insultándola de todas las maneras posibles. Carol recuerda que se acaban de cruzar y era una un poco más joven que ella. Él la llama como mínimo golfa y todos sus sinónimos y le recrimina haber tardado mucho; ella solo le responde que está loco y que se relaje, pero él la amenaza, literal, con meterle una hostia.

Roa mira a Carol un poco preocupado.

—Se le está yendo un poco de las manos al tío, ¿no?

—Así como tres pueblos.

—Creo que debería intervenir.

Carol le mira asustada.

—¡Uffff, qué violento, madre mía! —alcanza a decir.

En ese momento oyen como un golpe fuerte y a la chica gritando que le suelte. Carol ve como

Roa aporrea la puerta para que le abran. Instantes después lo hace un chico fuerte, de esos armarios cuatro x cuatro, con barba de leñador, cejas profundas y con una cara de bestia parda muy inquietante. Carol emite un pequeño resuello y Roa que lo percibe se sitúa delante de Carol protegiéndola con su cuerpo.

—¿Qué coño quieres? —le hostiga con voz ronca y hostil y con los ojos fuera de sus órbitas del estado en el que se encuentra.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —le responde muy serio Roa sin amedrentarse por tener delante a Hulk.

—¡Te importa a ti mucho lo que pase aquí dentro! —le insta el animal de bellota, con una mirada de loco que da miedo al miedo.

—Pues sí, chaval, sí me importa porque he escuchado un golpe y cómo discutías con alguien.

Carol ve como se acerca gentecilla a cotillear.

—Estoy bien, perdonad, no pasa nada. —Oyen la voz de una chica que se asoma a través del energúmeno de su novio. Desde esa corta distancia parece que a ella le sangra la nariz y que tiene la cara marcada por un golpe. Carol emite un gemido impresionado, no se puede creer que esté viviendo un momento tan turbio.

—Métete dentro —le grita el chico y la empuja tan fuerte que escuchan cómo el cuerpo de ella golpea el suelo.

Roa sube las escaleras, intentando apartar al chico que es dos veces él y recibe un empujón que le tira hacia fuera y aterriza en el cuerpo de Carol, que chilla asustada. Pero Roa no se amedra y esta vez se dirige con mucha más fuerza hacia la caravana vecina, tirando del chico para bajarle de la escalera y, al lograrlo, el agresor se lía a palos con el fotógrafo, que le responde como puede.

Unos muchachos de otra caravana vienen corriendo a separarles y Carol escucha a Roa gritarle

—¡Carol, entra a por la chica!

Ella obedece y la encuentra tirada en el suelo llorando y con un tremendo golpe en la frente.

—Ven conmigo —le dice mientras la intenta incorporar. La chica se deja hacer y se apoya en el cuerpo de Carol para bajar los escalones de la caravana. Carol, mientras sale, ve que todavía no han podido separarlos y conduce a la herida al banco donde antes estuvieron sentados ella y Roa.

Una pareja de jubilados se acerca a ellas y le dicen que ya está al venir la policía. La chica se echa a llorar con fuerza y Carol la abraza. Después la mujer le dice que es enfermera y que le deje verle las heridas. Carol, que es toda adrenalina, aprovecha para buscar a Roa.

Ya les han separado, menos mal. El energúmeno continúa expulsando perlas por su boca al verse reducido en el suelo por tres chavales y Roa está sentado en el hueco entre las caravanas con la nariz sangrante, el rostro extenuado y la camiseta hecha jirones. Varias personas le rodean para que el agresor no se acerque a él. Carol se hace un hueco y se agacha a su lado.

—Pero ¿qué has hecho? —le dice con el corazón en el pecho a punto de llorar al encontrarle en tal mal estado.

—Estoy bien, tranquila, pequeña...

Ella le toca la cara con suavidad mientras le mira. Sus ojos chocan y esta vez se toman un tiempo para hablarse. El alrededor no existe, no hay sirenas, ni gente, ni carreras, ni gritos, solo dos pares de ojos reconociéndose y haciendo temblar sus mundos.

Una lágrima rueda por la mejilla de Carol.

—Chsss, tranquila, peque... ya está.

Él la está hablando como aquella vez hace tantos años, la ha vuelto a llamar peque... ella está tan sobrepasada que no es capaz de filtrar lo que sale por su boca:

—Me has vuelto a proteger con tu cuerpo. —Otra lágrima desvergonzada rueda por su cara.

Roa intenta sonreír, pero le debe doler la nariz, así que sin dejar de mirarla le responde:

—Y lo volvería a hacer mil veces, Carol, mil veces.

—Espero que no tengas que volver a hacerlo, no sales bien parado.

—¿Lo dices por mi nariz o por mi rodilla?

Carol cierra los ojos y aprieta los párpados. Se acabó. Tenía razón su hermano, él lo sabía. Y entonces hace algo que jamás imaginó cuando fantaseaba con una supuesta conversación entre ellos, nunca se vio abrazándolo con fuerza y rogándole perdón.

—Perdóname, perdóname... no tenía que haberme dejado sacar, por mi culpa, por mi culpa te rompiste la rodilla y tuviste que dejar el fútbol.

Y se da cuenta de su verdad, de por qué no quería saber nada de él, de la auténtica razón por la que le echaba todas las culpas de sus males. Había escondido muy al fondo, entre capas y capas de vacío reproche, su sentimiento de culpa. Porque ella le apreciaba y con cada noticia que recibía sobre las operaciones a las que se hubo de someter, sufría, y como no se atrevía a verle, prefirió enmascararlo. Hasta hoy.

Roa le acaricia el pelo y susurra que esté tranquila. Carol respira hondo y se separa. Le mira, él le hace un gesto algo cómico sobre el espectáculo dramático que siguen dando.

—Luego hablamos, peque, ¿vale?

Carol asiente tímida. Roa le pide que le ayude a levantarse y por los gemidos de dolor el agresor le ha hecho bastante destrozo.

—Estoy para tirar, ¿quién me mandará a mí meterme con una apisonadora?

Carol le sonrío con pena, Roa saca fuerzas para atraerla a su cuerpo. El corazón de ella se detiene, no puede ni mover un músculo, siente como el rostro de Roa se acerca al suyo, cierra los ojos, los suaves labios de él aterrizan en su frente y la besan fuerte mientras sus manos le acarician el pelo. Es el beso más dulce que le han dado en la vida. Carol se separa, vuelve a sentirse esa niña, pero esta vez sin miedos, y le mira agradecida.

—¿Ves?, mi cuerpo tiene que tocarte y ya ha pasado a los besos, estoy lanzado. Voy a tener que hablar con Alberto.

Carol sonrío y le propina un amago de puñetazo en el abdomen a lo que él exagera doblándose un poco.

—Es la adrenalina...

—¿Cómo está la chica? —le pregunta cuando se incorpora.

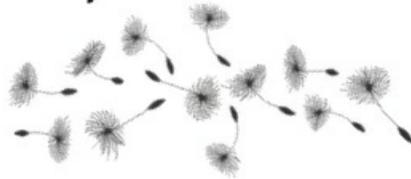
—Bien, como tú, sangrando, pero bien, ¿quieres verla?

Roa asiente y le dice antes de echarse a andar:

—Carol, prométeme que nunca permitirás que nadie te trate así.

Ella se queda estupefacta, ¿quién es ese hombre?, ¿cómo ha podido negarle durante tantos años? Carol le dice que sí y cogiéndole de la mano le conduce al banco de los heridos, donde la mujer enfermera está curando a la chica y a verle llegar se lleva las manos a la cabeza.

Capítulo 9. Invisible



No quiere ir al colegio.

No quiere ir al colegio.

Si pudiera ser invisible.

Le ha pedido, llorado, rogado a su madre, que la quite de teatro, pero solo ha obtenido por respuesta que ha de afrontar sus problemas y que tiene que dar gracias por estar sana y salva.

Eso es mucho decir, sana sí está, salva lo duda.

Ya ha transcurrido una semana desde el accidente y los rumores han corrido por los pasillos como la alarma del recreo. Ella está endemoniada y por su culpa Roa casi muere aplastado por un árbol. Ella mintió, esa mocosa babeaba por Roa y por no admitir la verdad un rayo cayó sobre ellos, se ha contado todo tipo de mentiras, algunas tan dañinas como que fue ella la que abandonó el árbol a su voluntad a pesar de que Roa le gritaba que no se moviera. Esa es la que más le duele.

En su taquilla del gimnasio todos los días encuentra notas, del tipo mentirosa, asesina, amiga de los fantasmas y en su mesa el otro día le escribieron con rotulador «lo vas a pagar».

Cada vez que sale por el pasillo o entra en el comedor se hace el silencio y las risas y las murmuraciones se elevan para aplastarle a ella el ánimo de que algún día todos lo van a olvidar.

Las noticias que le llegan de él es que le tuvieron que operar de urgencia la pierna, pero que es muy probable que cuando baje la inflamación le intervengan de nuevo.

Carol no puede olvidar la imagen de él cuando sus amigos consiguieron retirar el pino. No respondía, se había desmayado, pero ella pensó que estaba muerto y por los gritos que daba Lola no fue la única. La ambulancia tardó en llegar unos minutos, los más largos de su vida, sobre todo cuando Lola se giró como endemoniada buscándola y con paso decidido fue hacia ella y zarandeándola le gritó:

—¿Cómo has podido hacerle esto? ¡Niñata! ¡Tú tienes la culpa! ¡Cómo le pase algo te vas a enterar, bicho raro!

Las separaron, alguien le dijo que no se preocupara y la abrazó mientras lloraba, pero ya no recuerda quién. Y gracias a Alberto se ha ido enterando del estado de Roa. Los primeros días le tuvieron sedado por el dolor, pero, aunque ya está despierto, sigue en el hospital.

No logra concentrarse en clase. Lenguaje le suele gustar, pero hoy es imposible, en el patio se han reído de ella varias chicas y al salir del baño estaba escrito en el espejo:

Te vas a enterar niña endemoniada.

Ya no sabe si es miedo lo que siente, nervios o ganas de llorar. Lo que sí es que a veces le cuesta respirar, como si el corsé que llevaba hace unos años le estrujara de nuevo, y tiene la piel sudorosa y las palmas de las manos la pican a rabiar. Donde más segura se siente es en su casa, allí se pone los cascos a tope e intenta no pensar en nada. Se le ha quitado el hambre, en su tripa

ha anidado el vacío y no hay forma humana de vencerlo. Es pensar en comida y le dan náuseas, cuando baja a comer remueve el plato para que su madre no se dé cuenta e ingiere como máximo dos cucharadas.

En las profundidades de su mente Carol fantasea con que se convierte en gigante y todo el colegio la tiene miedo y la respeta, pero la mayoría de las veces sueña con que se pone una capa de invisibilidad y pasea tranquila como una más.

Sabe que puede hablar con el orientador del cole para pedir ayuda, no es tonta, pero prefiere esperar a que los días pasen y no dar más razones para que la llamen loca.

Hoy es martes, la siguiente clase es la de teatro y no se ve con fuerzas para ir. Lleva toda la mañana con una idea en la cabeza...

Llega al hospital. Sabe cuál es la habitación de él porque se lo escuchó a Alberto. Quiere aprovechar que todo el mundo está en el colegio para que no la puedan molestar. Solo quiere pasar, decirle que lo siente y que gracias por haber arriesgado su vida por ella, no hacía falta, ella no es tan importante como él.

Cuando encuentra el pasillo su corazón late con fuerza y sus pies se frenan. No puede hacerlo, no se atreve... pero él, él sí habría ido a verla, lo sabe, y añadir la cobardía a su lista de defectos se le hace ya insoportable. Cada vez que se acuerda de cómo la salvó, ese chico es un héroe y ella es enana a su lado.

Un hombre abre la puerta del pasillo y la mira sonriente mientras le sostiene la puerta:

—¿Vas a entrar? —le pregunta.

—Sí, gracias —dice y accede. Con cada paso su estómago le duele más y más, pero ya está decidida, no ha llegado hasta allí para nada. Roa ocupa la habitación 302. La puerta está entreabierta, cuando la va a desplazar escucha unas voces y a alguien llorando.

—Tranquilo, cariño, verás cómo no es tan grave, tú eres muy fuerte. —Es una voz de mujer.

—No, mamá, me lo ha dejado muy claro —identifica la voz de Roa como la que llora—, no voy a volver a poder jugar al fútbol.

—Cariño, los médicos siempre se ponen en lo peor, ya lo sabes.

—Mamá, ¿qué voy a hacer? —llora con más fuerza.

—Luchar, cariño, tú eres un campeón, eres un valiente, llora hoy todo lo que quieras y mañana a luchar, ¿me oyes? Estoy tan orgullosa de ti, cariño...

—Me he jodido la vida.

—No digas eso, hijo, eres muy joven, tienes toda la vida por delante y si no puedes jugar al fútbol ya encontrarás otra cosa y la disfrutarás igual o más. Tú vas a conseguir todo lo que te propongas porque tienes talento, cariño, y porque te lo mereces. Piensa que ese árbol podría haber aplastado a la hermana de Alberto.

—Lo sé, mamá, y no me arrepiento, no es eso, solo estoy triste... ¿por qué tuvo que venir esa niña justo en ese momento? Yo habría continuado mi camino y el árbol no me habría caído encima.

—Ya no tiene sentido viajar al pasado, hijo... Solo te va a desesperar. Pasó y pasó, punto.

—Y lo peor es que me vino a dar un bofetón, mamá...

—Eso no me lo has contado, ¿qué le habías hecho? ¡Por Dios, cariño, es una niña, dime que no...!

—Cosas de Lola, mamá... algo le dijo, la pobrecita venía llorando.

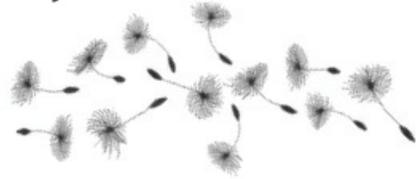
—Esa novia tuya es un bicho, no me gusta nada.

—No es mi novia, ya no. Le dije hace unos días que no quiero verla, que me deje en paz.

Carol entiende ahora toda esa inquina hacia ella. Ahora no se atreve a entrar... La justificación

encuentra una salida para no ser valiente: Lola. Es mejor que no, como Lola se entere de que han hablado puede hacerle la vida aún más imposible y total, él la ve como a una niña indefensa y pequeña, tampoco echará de menos sus disculpas... Carol deshace el camino y abandona el hospital con determinación, pero arrastrando una mala sensación en el cuerpo, no sabe que se le adosara al alma durante muchos años y le limitará su autoestima puede que para siempre.

Capítulo 10. ¿Tienes sal?



Alicia viaja con ellos. La chica a la que su hermano casi mata a golpes ha aceptado el ofrecimiento de Roa de llevarla a Bilbao, donde vive.

No era su novia, como en un principio pensaron, son hermanos y él tiene brotes psicóticos desde hace unos años. Habían decidido viajar unos días por la costa en la caravana de sus padres y todo iba bien hasta que él mintió y dejó de tomarse la medicación. Ella venía constatando que él estaba cada vez más acelerado, hasta que esta mañana, al venir de hacer la compra, le pilló hablando solo y entonces la tomó con ella como si fuese su pareja. Ella, ya más calmada, aunque ha llorado hasta la extenuación, les ha agradecido que hayan intervenido porque cree que su hermano podría haberla matado.

A él se lo han llevado sedado en una ambulancia para ingresarle en psiquiatría en Bilbao. Ver cómo Alicia se despedía de su hermano con cariño, le ha dejado el cuerpo descompuesto a Carol, y por primera vez ha empatizado con la situación de tantas y tantas familias que conviven con la enfermedad mental. Donde la escala de colores pasa del negro al blanco en segundos y hay toda una gama de grises en el día a día, ya que no te sientes del todo a salvo si convives con un psicótico, pero tampoco quieres (ni puedes) institucionalizarlo, porque debe hacer vida independiente y normal. A veces las disyuntivas a las que te somete la vida son muy amargas.

Otro médico exploró a Roa y a Alicia y no diagnosticó nada más grave que contusiones, pero sin ninguna fractura, ni desviación del tabique nasal; paracetamol para el dolor y ron para olvidar... El viaje continúa, Roa no lo ha dudado ni un momento y ha sido él el que se ha ofrecido a llevar a Alicia, aunque se tuvieran que desviar un poco del camino. Además, se ha empeñado en conducir él.

En el viaje Alicia les cuenta que es fisioterapeuta y logopeda, que trabaja con daño medular y que es una apasionada de su trabajo. Es una chica encantadora y se siente tan agradecida, que no cesa de decirles que tienen una fisio para lo que quieran y que los llevará en su corazón para siempre. Roa bromea para restarle importancia y así llegan a Bilbao. Sus padres la esperan en la puerta de casa y cuando se baja los tres se abrazan entre lágrimas. Roa y Carol permanecen dentro de la autocaravana conteniendo la pena. Esta familia lo tiene difícil, la enfermedad mental grave es como un huracán, lo destroza todo. Los padres de Alicia se acercan para agradecerles haber cuidado de su hija y les invitan a comer, pero optan por rechazar la propuesta porque quieren llegar pronto al camping y ordenar sus ideas.

De vuelta a la carretera, camino a Mutricó, ninguno de los dos habla, en parte porque están perdidos en sus pensamientos, y también porque la adrenalina se ha regularizado, no sin antes poner las cartas sobre la mesa, y se ve que ni Carol ni Roa quieren desvelar ahora su baza en la partida.

Los aturdidos pensamientos de Carol saltan de una cosa a otra, pero cada vez que se acuerda de lo valiente que ha sido él se siente orgullosa y le hace recordar aquella conversación que

escuchó a hurtadillas hace muchos años. Es ella la que rompe el silencio:

—Eres muy buena persona, Alan Roa, te lo tengo que decir.

Él sonríe negando con la cabeza.

—Soy normal, no exageres.

—Tenía razón mi hermano, eres un gran tío —dice y cree arrepentirse al instante porque acaba de abrir el libro por el capítulo oculto.

—¿Alberto habla bien de mí? —le pregunta con normalidad—. ¡No creo! —Sonríe mirando a la carretera.

Carol le mira. Le van a salir dos buenos moratones en la nariz y en el ojo y tiene otro golpe en el cuello y, sin embargo, sigue siendo el hombre más atractivo que recuerda haber tenido delante. Desde siempre, es el número uno de su top ten personal. Sonríe. ¿Es posible sentir tanta admiración por alguien al que antes de ayer prefería ignorar? Carol cree que acaba de derribar el muro que le quedaba por solucionar de su infancia, ese capítulo al que no quería dar nombre, y ahora sí lo admite, fue una cobarde y va a tener que cargar con ello. Porque ella se veía inocente, el mundo estaba contra ella, era más cómodo recordarse en el papel de la víctima y obviar que, aunque nunca se vistió de verdugo, tampoco lo hizo todo bien.

—Fui a verte, Roa... —susurra.

—¿Cómo?

—Que fui a verte al hospital, una semana después del accidente de tu pierna.

Carol cree verle tomar el volante con más fuerza. Roa se muerde el labio inferior y mantiene el silencio, intuye tensión, pero ella ya no quiere callar.

—Estabas llorando hablando con tu madre y me acobardé.

Roa la mira, resopla y eleva las cejas antes de devolver su atención a la carretera. Y ella, que ya va descifrando su amplio código gestual, entiende que a él no se le hace tampoco nada cómodo hablar de tema.

—¿Cuando me dijeron que me olvidara del fútbol? —dice serio.

—Sí. No tuve valor para llamar a la puerta, iba a hacerlo cuanto te escuché... Y ya nunca me atreví a hablar contigo del tema, fui una cobarde, perdóname, Alan.

—Eras muy pequeña, Carol, eras una niña...

—No tengo excusa, pero me sentía tan mal.

—Normal, Lola se encargó de joderte la existencia, lo sé...

—¡Uffff! —interrumpe el resquemor.

—La dejé, ¿sabes? Justo después del accidente rompí con ella. No la aguantaba más.

—Sí, lo sabía, creo que por eso me hizo la vida aún más imposible en el colegio.

—Puede ser... Lo siento mucho. Siento todo lo que te hicieron y aquello... ¿En serio quieres hablar de esto, Carol? Se me hace incómodo de pelotas.

—Tú siempre fuiste muy bueno conmigo.

—Vale, quieres hablar de esto... —vuelve a resoplar—. ¿Sabes? Con los años tuve la sensación de que yo podía haber frenado lo que te hicieron y lo que conllevó, pero estaba tan ofuscado con mis mierdas... Lo siento mucho, ahora estás bien, ¿verdad?

—Sí, ya sí, guardo alguna que otra inseguridad, pero sí. ¿Y tú? ¿Te queda algo de aquello?

—Del accidente el día de la tormenta, dolor de rodilla cuando va a cambiar el tiempo —sonríe—, y bastante rabia y pena por todo lo que te sucedió después y no frené.

—Tampoco tuviste tiempo, bastante liado estuviste con tu rehabilitación como para preocuparte por mí y, si te sirve de consuelo, creo que poco podrías haber hecho, ella y su séquito encontraron en mí a la víctima perfecta.

—Con lo bonita que eras, Carol, no entiendo cómo se empeararon contigo.
—¿Yo? ¿Bonita? ¡Te equivocas de persona!
—Te recordaré yo... esos ojos, la luz que desprendes, Carol. ¿Sabes? El otro día, nada más verte, supe quién eras por tus ojos, ellos te delataron.
—¿A qué día te refieres?
—A hace una semana en el restaurante, obvio.
Carol se ríe, han estado haciendo el tonto varias horas seguidas.
—¿Y tú?
Carol asiente.
—¡Vaya dos!
—Sí... ¿y tú por qué no dijiste nada cuando me viste aquí? —le pregunta Carol.
—Porque intuía que a ti te resultaba difícil y soy *asegurola* por naturaleza... me parecía divertido, pero hoy te lo iba a decir, ¿eh? Ya no aguantaba más.
—Y yo —reconoce Carol.
—Y ahora que ya sabemos de dónde venimos te quiero preguntar una cosa.
—Dime.
—¿Está todo bien entre nosotros?
—Por mi parte sí.
—Por la mía también, Carol, y no sabes la alegría que me da. Quiero conocerte más.
—Y yo a ti, pero después de esta conversación... —Carol resuella azorada.
—¿Qué? —la interrumpe Roa, que ha percibido el cambio de tono.
—Aquello pasó, y tú sabrás gran parte, no sé si todo, tampoco me apetece entrar en detalles.
—Vale. —Carol levanta la mano para que le deje hablar.
—Lo que quiero decirte es que ahora tienes delante a la Carol adulta con casi treinta años y no esa niña, por lo que no quiero que sientas lástima por mí.
—¿Lástima?
—Sí, Roa, lástima. Todavía me cruzo con gente de aquella época y me miran con cara de pena, «mira, la chica a la que le hicieron aquello y por su culpa...».
—No sigas... no fue tu culpa.
—Bueno, pero si eso es lo que te incito, si es por eso por lo que te alegra estar conmigo, para ayudarme, para ser el protector que en su día no fuiste y que no te tocaba ser, que conste, es mejor que lo dejemos aquí.
—Lástima está en las antípodas de lo que siento por ti, Carol.
—Solo guardo a Bea y a Ricardo, mi terapeuta, como amigos del pasado, creo que hasta mi antigua separación con mi hermano era, en parte, por eso. Yo ya no soy esa niña, pero en sus memorias sí.
—Es horrible cómo algo puede marcarte de por vida...
—Sí, es como un tatuaje en sus mentes. Ya no en mí, que he conseguido superarlo, pero cuando ellos me miran con esa cara de lástima retrocedo y escuece. Quiero que me veas como a la Carol que tienes delante, y si no puedes, es mejor que me lo digas desde ya.
—Carol, no te voy a mentir, me da pena aquello, entre otras cosas, y rabia, furia e incomprensión. Te vi en aquel restaurante y me llamaste la atención desde esa distancia, y fue por lo que reflejas ahora, no me dio tiempo a viajar al pasado. Es que siempre he sentido una conexión contigo, cuando tu hermano me hablaba de ti, algo me hacía sonreír. No sé, nunca me has sido indiferente, hasta cuando eras una niña. Me acelero, me pones nervioso y eso solo me pasa contigo.

—¿En serio?

—Sí, Carol, y no quiero que te lo tomes en plan declaración de amor porque no lo es.

Carol se ríe por no llorar. Había sonado tan bonito...

—Ya, ya...

—No quiero confusiones, sobre todo porque primero me tendré que aclarar yo. Me generas muchas cosas, pero te prometo que ninguna es pena.

—¿Cosas agradables?

Roa la mira unos instantes y sonrío.

—Creo que estoy hablando de más, peque... ¿y tú? ¿Qué sientes?

—Que no se me ocurre nadie mejor con quién hacer este viaje.

—Pues no sé, después de lo de hoy creo que estoy en situación de decir que tú y yo atraemos a los dramas.

Carol se ríe.

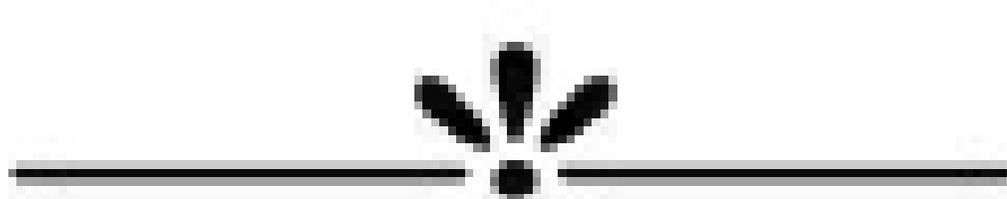
—Roa...

—¿Qué?

—¿Nos olvidamos del pasado? No me hace bien recordar...

—Sí, claro, normal, pero si tienes necesidad de hablar, estoy aquí y he venido para quedarme.

—Gracias



Ya instalados en el camping Gadona de Mutrico, se preparan una merienda potente, porque a las cinco ya no se le puede llamar comida.

Esto se acerca más a lo que ella imaginó cuando supo que iba a viajar en autocaravana por el norte de España. Aparcados en una pradera, vaquitas a lo lejos, y el mar cantábrico de fondo. Esto sí. Su caravana tiene toldo en un lateral y lo han abierto para poder comer frente al mar sentados en sus sillas de camping.

Quizás porque es su primera vez, o tal vez porque sea más curiosa de lo que creía, pero Carol no puede evitar mirar a los camperos que hay a su alrededor. Justo debajo, el camping es escalonado, hay una pareja que rondará los cincuenta que también tienen extendido el toldo y mientras la mujer lee una revista, él toca la guitarra, pero mirando una tablet, por lo que entiende que está siguiendo alguna clase *on line*.

A su lado, a mucha más distancia que anoche, hay una familia rubia con dos niñas, que tienen más pinta de suecos que de vascos y llevan desde que han llegado sentados en una mesa jugando a un juego.

Se respira serenidad, pausa, tiempo libre y Carol lo agradece infinito. No suele no hacer nada, siempre está ocupada con algo y lleva más de una hora, mientras Roa ha entrado para echarse un rato y descansar los golpes, mirando a un lado y a otro sin, ni siquiera, sacar el móvil. Y no siente que esté perdiendo el tiempo, por primera vez cree que lo está ganando.

Está tranquila y animada por su nueva relación con Alan Roa. No sabe cómo va a poder fingir

que se le cae la baba cada vez que mueve un músculo, o cuando le ve sin camiseta, pero lo intentará. De todas formas, por lo que está viendo a él le resbala un poco todo, tanto lo bueno, como lo malo. Mientras hablaban con la recepcionista del camping, a ella le salían flechitas con corazones de los ojos y él a su rollo. No conoce a nadie que lleve con tanta naturalidad el éxito.

Son la seis de la tarde, él le ha pedido que le despertara, pero al entrar y verle tan profundamente dormido, cambia de planes y decide dejarle una nota e irse ella a dar un paseo a la playa. Intenta hacer el menor ruido posible y o lo logra, o Roa ha caído desmayado porque no mueve ni un músculo.

La recepcionista le explica cuál es el mejor camino para bajar a la playa y le advierte que para volver es un poco duro porque es todo subida, pero Carol está decidida a darse un baño, grabar un vídeo de la playa y leer un rato tostándose al sol.

Y eso hace. La playa de Saturrarán se asienta entre montañas verdes a su espalda y rocas que sobresalen del mar, arena fina dorada y poca gente. Siente envidia por vivir tan lejos de este paraíso donde sus elementos favoritos de la naturaleza, el mar y la montaña, se funden y uno no sabe a dónde mirar. Ahora sí, saca el móvil y graba un vídeo de la playa para la guía. El trabajo es el trabajo, pero ya con el móvil en la mano llama a su padre.

No suele hacerlo, hay un código no escrito en su familia que reza que si llamas a casa es para hablar con mamá y se le hace raro marcar a su padre, pero necesita saber cómo está. Como se temía, él es más parco en palabras que un juez, y como la conversación no avanza y él alega tener mucho trabajo en menos de dos minutos cuelga.

Después llama a Bea y esta vez recibe lo contrario, una receptora entusiasta que la escucha atenta y solo la interrumpe para soltar toda una amplia gama de interjecciones. Le ha contado todo, todo, y Bea le ha respondido al terminar el relato que disfrute, solo eso. Ninguna burrada y eso le sorprende tanto que Carol le pregunta:

—¿Estás sola?

—No —se ríe su amiga.

—¿En serio?

—Sí y con el altavoz puesto. Tenía las manos ocupadas, ya me entiendes. —Oye sus risas y las de un hombre.

—¿Me estás diciendo que tu compañía ha escuchado todo?

—Sí, y le ha gustado mucho...

—¡Bea! ¡Dime que no te lo has montado mientras yo hablaba!

—Me acojo a la quinta enmienda.

—¡Te odio infinito, Bea!

—Tranqui, Carol... tu voz es como un arrullo.

—¡Tú, el que me estás oyendo sin mi permiso, más te vale que lo olvides todo!

Escucha un forcejeo y varios chssss hasta que un hombre le responde:

—Va a ser que no, hermanita... pero te prometo que no se lo contaré a Roa.

—¡Ahhhhhh! ¡Sois unos cerdos, los dos! —le grita al teléfono y cuelga con rabia. ¿Cómo es posible? ¡Se han saltado todos los límites del decoro! ¡Arjjjjjj!

La gente de su alrededor la mira, el chillido se ha debido oír hasta en el camping. Carol no levanta la cabeza, busca en su bolso su ebook y tumbándose bocabajo intenta distraerse con *Mi suerte eres tú*, de Kate Danon.

Y lo logra, la historia es preciosa. Leer en la playa es uno de sus momentos favoritos de la vida: el sol en su piel, el arrullo de las olas y la mente ocupada, son pequeños instantes de felicidad total. Una nube le roba el sol y la hace sentir un poco de frío. ¿Desde cuándo las nubes

ríen?

Carol levanta la cabeza y ve unas piernas musculadas con cicatrices en una rodilla, sube por un abdomen marcado, unos pectorales de envidia y un rostro tan masculino que hasta los moratones le dan un toque y entonces piensa que es la mejor nube que le ha quitado el sol en su vida.

—Si que te abstraes tú en la playa, ¿no? —sonríe y Carol ahora se da cuenta de que añoraba esa voz burlona.

—¿Llevas mucho rato?

—Pues algo, me ha dado tiempo a hacer fotos y a tomarme una cerveza en el bar, pero te veía tan a gusto que no te he querido molestar.

Carol se incorpora para quedarse sentada en la toalla y Roa se coloca a su lado en la arena. Va en bañador con una mochila, que parece pesada, colgada de un hombro.

—Me encanta leer en la playa.

—Ya, normal, a mí me encanta sentarme a mirar las olas, o a la gente, puedo tirarme horas.

—¿No te gusta leer? —le pregunta asustada.

—No mucho, tengo mis momentos, pero no soy un lector voraz.

—¡No, por dios! ¡Leer es lo más!

—Ya, bueno... no te digo que no. Quizás es que nunca le he encontrado el momento. A ver, que sí leo, tengo mis autores cliché y a esos nunca les fallo.

—¿Quienes?

—A Reverte, Zafón y Aramburu.

—Me flipa Aramburu.

—Es un jodido maestro... ya. ¿Y tú qué lees? —le pregunta él.

—De todo, pero en verano me apetecen libros más románticos y lo reconozco sin prejuicios. Mis compañeros de la radio se ríen de mí, me llaman romántica confesa, con el que estoy ahora es precioso.

—¿Y en invierno? ¿Qué lees en invierno?

—Pues normalmente novela, pero más compleja, aunque me das un thriller tipo Carmen Mola y lo devoro.

—No sé de quién hablas.

—Ya te los dejaré.

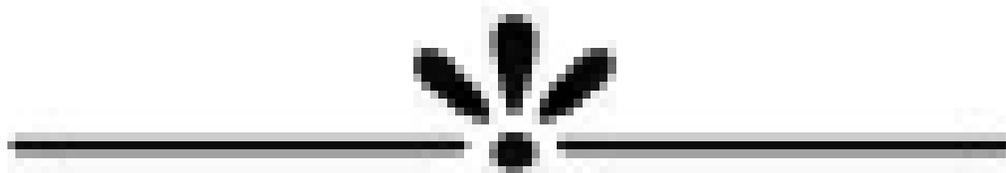
—Vale.

—En el programa de radio nos regalan muchos libros, ya te buscaré alguno, si quieres...

—Claro. ¿Me cuentas algo de ese programa de radio tuyo?

—¿Mío? No, que colaboro...

—Pues de ese.



Efectivamente, como auguraban, la subida al camping ha sido tan dura que Carol se ha ido

directamente a las duchas de las instalaciones porque ha sudado lo más grande. Y se pensaba ella que estaba en forma... aunque su compañero de fatigas también ha resoplado lo suyo. Eso le ha gustado, que no finja ser inmune a las cuestras, que es muy de hombres eso de aparentar que no pican las subidas y se detienen solo para que las mujeres cojan aire.

Cuando regresa feliz como la famosa perdiz por poderse haber duchado con una potencia de agua aceptable, se encuentra la mesa de fuera preparada, con la cena hecha y una velita encendida. Roa debe de estar dentro. Carol entra para dejar su bolsa en el sillón y al mirar a la izquierda se topa con unos glúteos desnudos y ya no puede ejecutar nada más. Ella misma se delata:

—¡Oh, dios mío!

—¡Joder!

Carol cierra los ojos, pero como el fundido a negro de los directores, en su cabeza el fundido es al culo de Alan, no existe nada más en su pantalla mental.

—¿Qué haces desnudo? —le regaña tapándose la cara con las manos.

—¡Pues vestirme! ¡Me acabo de duchar! ¿Y tú por qué eres tan silenciosa?

—¡Si quieres me pongo un cencerro como las vacas!

Carol nota la presencia de Roa muy cerca, su increíble aroma a desodorante, su calor, sus manos intentando retirar las suyas de su cara y todo en ella se acelera. Carol le facilita la labor y abre los ojos. Y lo que ve la hace volar a ese cielo azul de Heidi y sonreír como ella cuando ve subir a Pedro. Roa con el pelo mojado, desnudo de cintura para arriba, con toda su atención prestada a ella. Los ojos negros con las pestañas pegadas por la humedad le confieren un toque infantil y las magulladuras de malote de *Rebeldes*. La saliva se espesa y más cuando las manos de él terminan en sus mejillas y sus pulgares la acarician sin desconectar la mirada.

—Perdona la escenita —le dice muy bajito sin dejar de atravesarla con sus pupilas.

¡Las manos! Le pican las palmas de las manos, como cuando actuaba no sabe dónde colocarlas, de repente le sobran, vamos, no, ellas quieren tocarle y fuerzan tanto, claman sentir la piel desnuda de él con tanta fuerza, que no se puede resistir y se atreven a apoyarse en los fornidos hombros.

Algo hace clic.

Roa la atrae hacia él o duda de que sea ella la que ha dado un paso para situarse a centímetros de su boca, está perdiendo la cordura, la energía que hay entre ellos fundiría todos los metales de la caravana si quisieran. Esto ya no es cosa suya, Roa la mira con deseo, no es cariño, no es fraternidad, no es protección, es lascivo y consigue que ella se multiplique por mil y olvide la cobardía.

Él mueve la cabeza muy despacio, como si fuera un lobo a punto de comerse a su presa y la oliera sin retirar la hipnosis de sus ojos, gira el cuello para acoplarse a su boca y hace que choque su punta de la nariz con la de ella. Un calambre de placer la asola. Carol, totalmente perdida en sus ojos y en el contacto, repite el movimiento deslizando su nariz por la de él, suave, con los labios entreabiertos, retándole y ofreciéndose, las dos cosas.

Bailan, sus rostros se tantean, se olfatean, se acarician con un nexo de unión común, la mirada.

Una mirada de descubridor, del que avista tierra después de meses y meses de tormentas en el mar.

Y la otra mirada le responde como una investigadora obsesionado con el experimento que tiene entre manos.

Unos pulgares que acarician y atrapan el rostro de la mujer más pura de su vida.

Unas manos que sienten los latidos acelerados en el pecho de él.

Y se acercan y casi, pero se separan, cada vez más hoy y menos pasado. Juegan, se sonríen en corto, encendidos, se preparan para sentir los labios del otro en los suyos, a la siguiente ola que los desafíe, como si fuera el primer beso de su vida, tan tentador que se haría imposible rechazarlo.

Más y más cerca...

Magia.

—¿Perdonad, tenéis sal? —escuchan una voz desde la puerta.

El cuerpo de Carol se estira y se despierta. Roa se echa para atrás y aparta las manos del rostro de ella.

—No me chingues... —murmura con cara de cabreo y sorteando el rostro de ella para asomarse y conocer al mismo demonio.

—¡Ay, perdón, no quería interrumpir, es que no tenemos sal...! —les dice una adolescente un tanto avergonzada.

Carol, que en ese momento se da cuenta de que Roa está prácticamente desnudo, se da la vuelta enérgica y le cubre con su cuerpo.

—Tranquila, no pasa nada. Espérame un momento que ahora la saco.

La joven, que ha pillado la indirecta, se aleja de la puerta y la pierde de vista. Carol toma aire, su corazón se le va a salir del pecho. Necesita unos segundos para volver en sí, aunque sabe que el temblor por el cuerpo le va a durar horas.

Siente como Roa le da la vuelta y al segundo le tiene de frente, mordiéndose los labios con empeño hasta que le tiende un salero.

—Dale el jodido salero tú porque yo no respondo.

Carol, que de repente se encuentra con este Roa que desconocía, hace que su mente se aclare para advertir la escena pasada. No puede más que agarrar el salero y después doblarse de la risa frente a él, mientras le escucha relatar:

—¿En serio? ¿Tenéis sal? ¿Hay algo más puto típico? —refunfuña más alto de lo normal haciendo que Carol se incorpore para taponarle la boca porque les puede oír.

—Calla —le reprende.

—No puedo, te lo juro que no puedo, ¿de verdad? ¿Quién es el guionista de esto?, ¿que si tenemos sal?, ¿hay un truco menos anticuado que ese?

Las carcajadas de Carol resuenan por todo el coche. Lloro de la risa.

—Espera, payaso —le dice alejándose de él. Carol sale, mira para los lados y encuentra a la adolescente a unos metros de distancia con cara avergonzada. Camina hacia ella con una sonrisa en la boca.

—Gracias y perdona —le dice—, mi madre me ha dicho que viniera a pedirlos, te acababa de ver pasar...

—No te preocupes, no pasa nada, de verdad —la intenta sosegar.

—Ahora te lo traigo y te lo dejo en la mesa de fuera, ¿vale?

Carol acepta y deja a la chica y a su sofoco marchar y ahora es ella la que tiene que afrontar su propio bochorno, claro que es pensar en cómo ha dejado a Roa y de la risa se relaja. Aun así, prefiere no entrar y esperarle sentada en la mesa.

Se está haciendo de noche y apenas se aprecia el mar a lo lejos, ya se confunde con el cielo. Qué frágil es esa línea en la oscuridad, casi igual de débil que su propia contención. Casi pierde el sentido solo por tocar el pecho de Roa, pero él también, él quería besarla y eso nunca lo va a olvidar, Alan Roa quería besarla. Pase lo que pase, eso ha ocurrido.

¿Y si no ha sido por el momento? ¿Y si vuelve a ocurrir? ¿Está preparada para liarse con él? Eso podría ser devastador... todo lo que siente con él es tan enérgico que el vértigo acecha en una esquina. Porque está segura de que no sería sexo sin más y cuando acabase el viaje, sus sentimientos podrían estar desatados y volverlos a guardar en una cajita no sería asunto inocuo. Pero es tan partidaria de vivir... solo que él se escapa de sus planes, jamás... Ella es previsora, todo lo planea, excepto con este viaje que desde el principio se ha mostrado mucho más flexible y lo está disfrutando. Quizás sea eso, tiene que relajarse y divertirse más con lo espontáneo.

Una tos en su espalda la abstrae de sus pensamientos. Se da a vuelta y ve a Roa, ya vestido, con una sonrisa cómplice preciosa, sobre todo porque la convierte a ella en partícipe de su mundo.

—¿Quieres que te saque una chaqueta? Está refrescando.

Carol arruga la nariz y eso es suficiente para que él entienda que sí.

—¿Dónde las tienes? —le escucha gritar desde dentro.

—¡En el armario de la derecha! —responde ella.

Pronto sale él orgulloso y mientras que se sienta a su lado le da la chaqueta.

—Tu derecha es mi izquierda.

—¿Qué?

—Que lo que tú llamas derecha, yo llamo izquierda y que en tu armario de la izquierda solo había ropa interior, muy bonita, por cierto, pero no ayuda en nada...

Carol se tapa el rostro y ahora es él el que se ríe.

—Perdona...

—Perdóname tú a mí por lo de antes.

Carol no le responde, aunque ha sentido a su ilusión caer por un precipicio.

—Me refiero a la sarta de insultos que han salido por mi boca, me he dejado llevar...

Carol se apoya en el pequeño reposabrazos de la silla y le mira.

—Has estado muy gracioso, me podría estar riendo un año, te lo prometo.

Él sonríe.

—Pues yo no, me parece zafio y manido... Carol, han interrumpido lo que podría haber sido el beso más memorable de nuestras vidas para pedirnos sal. No me hace gracia. —Le guiña un ojo, pero ella ya no ríe, él lo está admitiendo, no se esconde, como podría ser lo propio para continuar la velada más cómodos.

Ella le responde con una mirada silenciosa mientras se muerde los labios y se rasca la nuca. Él cambia el gesto, se nubla, parece preocupado.

—Carol...

Ella le interrumpe, para no darle espacio.

—Siempre hago planes, Alan... todo este viaje es una locura para mí, incluido tú. Y puede que sea lo mejor que haga en meses o lo peor, pero creo que quiero dejarme llevar.

—Brindo por ello, pequeña.

—No quiero que digas que ha sido un error, Alan. Para una vez que soy espontánea me dolería escucharte decir que ha estado... mal, porque puede que vuelva a mi rigidez y desde hace unas horas me he percatado de que no soy del todo feliz y que esta nueva versión mía me gusta.

—No pongas en mi boca lo que yo no he dicho, Carol —le responde él todo lo serio que puede ponerse alguien como él—. No ha sido un error, el error ha sido no cerrar la puerta. —Carol sonríe—. Para la próxima tomo nota.

—¿Das por sentado que habrá una próxima? —le pregunta ella con tono de sorpresa.

—¿Lo dudas? —le contesta él chulesco.

—Hace unas horas me dijiste algo como que lo de tu necesidad de tocarme, que no era una declaración de amor...

Roa hincha los carrillos y después suelta el aire fuerte mirando al cielo.

—Que me perdone Alberto por esto que voy a decir... Carol, yo solo sé que me atraes mucho, que te busco desde siempre y he tenido la sensación de que me iba a quedar con esa duda, y que ahora te tengo y es como un regalo que me ha hecho la vida, porque ahora comienzo a entender por qué me sentía tan fascinado por ti.

—¿Fas-ci-na-do?

—No me da vergüenza repetírtelo. Me fascinabas cuando era joven, tu cara, tu concentración, tus ojos, tus escasas sonrisas... y ahora más porque ahora sé el amor que le pones a las cosas, y que cuando estás callada tu mente bulle y que cuando sonrías dices más cosas que todos los politólogos del planeta juntos. Me fascinas, Carol, y por ello deseo besarte a todas horas, desde que me levanto hasta ahora mismo, y algo me dice que cuando lo hagamos, todo va a cambiar.

—Ya... y da miedito.

—Un poco, pero sé que vamos a encontrar el momento perfecto para saltar al vacío juntos y... ¿verdad? —Roa se calla, su impulso se frena porque quizás ha hablado de más. La mira.

—Roa. Alan —Carol lleva una mano a su cabeza y le acaricia el pelo—. Yo solo te puedo decir que para mí es como un sueño todo.

—Y no quieres despertar, ¿verdad?

—No.

Roa le aparta la mano de su pelo para entrelazar los dedos y mirar sus manos juntas.

—Mi pequeña... seamos amigos esta noche, ¿vale? Cuéntame más cosas de ti, quiero saberlo todo, porque cuando saltemos no voy a poder parar de besarte.

—Si dices cosas así no me concentro... haces trampas.

Roa se ríe.

—Soy un poco ñoño, lo sé, nunca me había escuchado a mí mismo diciendo cosas así, te lo prometo.

—Pues son las cosas más bonitas que me han dicho en mucho tiempo.

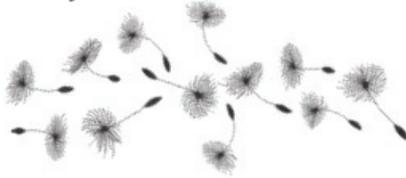
—¡Joder! Eso hay que arreglarlo.

—Aunque soy más de actos... Y ahora, quiero cenar, esta empanada tiene una pinta de morirse. ¿Nos llamamos de una vez y comemos?

—Comemos, sí, comemos.

Y mientras ellos disfrutaban de esas primeras horas de felicidad mutua, no tan lejos hay quien sufre y espera que ocurra un milagro para salir de ese infierno en el que habita.

Capítulo 11. Mi heroe



Déjala en paz, su hermano le ha dicho a Lola que la deje en paz justo cuando iba a subir las escaleras y ella y sus amigas no le permitían el paso. Y solo eso, el tono pasivo agresivo que ha usado Alberto, ha servido para espantarlas. Ella se ha dado la vuelta para mirarle y él la ha ignorado y ha subido sin darle ni la más mínima importancia.

¿Por qué no la ayuda siempre? ¿Es tan difícil? Para eso se supone que tienes un hermano mayor, ¿no? Le dan mucha envidia algunas amigas tuyas que se quejan de que sus hermanos las vigilan todo el rato y no las dejan hacer nada. Alberto ni la mira... y le haría tanta falta.

Está agotada. Todos los días la esperan a la entrada y a la salida para burlarse de ella, de que está endemoniada, de su aparato, de lo plana que está, es como si esas brujas se hubieran metido en su cabeza y conocieran todos sus complejos. Y lo peor de todo es que el espíritu se está contagiando y ya hasta los compañeros de su edad se burlan de ella. Le han vuelto a quitar el bocadillo varias veces y, excepto Bea y cuatro más, casi nadie la habla. Es mejor no acercarse a ella por si te puede salpicar la onda expansiva de la nuclear Lola.

Entra en clase. Hoy puede sufrir lo indecible porque Bea tenía consulta en el dentista y no iba a venir. El día va a ser muy largo y encima examen...

Se sienta en su mesa. Tiene examen de historia hoy a penúltima hora y está muy nerviosa. Ella preferiría quitárselo al principio y así olvidarse, pero le quedan dos clases y el recreo. Lo bueno es que se pueda quedar en el aula a repasar y no salir al patio, por lo que no le va a dar opciones a Lola de amargarle la vida.

Efectivamente, la dejan quedarse a estudiar y Carol y unos pocos más no salen al patio, entre ellos el chico nuevo, Diego. Se sienta en su misma fila y juraría que le ha pillado varias veces mirándola, pero ella últimamente prefiere agachar la cabeza, no quiere más enemigos.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Carol levanta la cabeza y ve a Diego. Es un chico alto, algo encorvado, con el pelo corto y unos labios muy carnosos. Es bastante guapo.

—Sí, dime —responde tímida.

—Te llamas Carolina, ¿verdad?

—Sí, pero prefiero Carol, porfi.

Él sonrío y cree ver en él sinceridad, pero fíate tú...

—Carol, es que las veces que te he escuchado en clase veo que sacas buenas notas y que eres bastante lista... —Carol cree que se le abre la boca de la impresión ¿le están diciendo un piropo?

—Y yo soy un poco zoquete, ¿me podrías ayudar con el examen de hoy?

—¿Cómo?

Diego toma asiento a su lado con total confianza y la mira aliviado.

—Pues dime qué suele preguntar la profesora y si me aclaras un poco lo de la revolución

francesa te invito luego a una Coca-Cola.

Carol se coloca sus pulseras de nudos que ella misma ha confeccionado y le dice que sí con la cabeza, arrastrando un poco su silla para darse espacio.

—Molan tus pulseras, ¿las haces tú? —le pregunta.

—Sí, aprendí hace unos años, me relaja mucho hacerlas —lanza su respuesta automática, todavía no se cree que ese chico se haya acercado a ella. Siente varias miradas posadas en ellos.

Diego la sonríe y Carol casi se convierte en mantequilla y se resbala de la silla. Es muy guapo, tiene un aire chulesco, pero a la vez introvertido, que le gusta mucho. Y lo de sus labios... nunca se había fijado tanto en la boca de un chico.

—¿Llevas desde siempre en este colegio?

—Sí.

—¿Y qué tal es?

—Bueno... no está mal. No tengo con qué comparar, tampoco.

—Pues yo sí, he ido ya a varios.

—¿Y eso?, ¿te expulsan? —le pregunta sin saber si alegrarse o patalear por acercarse a otro malote.

—¿Qué? ¡Nooo! Jajajaja —se ríe—, ¿por quién me tomas? Soy un poco zoquete, pero no un macarra.

—Ah, perdón —dice intentando esconder su alegría.

—Mi padre viaja bastante, a ver si esta es la definitiva.

—¡Anda! ¡Qué guay! A mí me encantaría viajar, ¿y dónde has estado?

—Fuera de España en Chicago y en Londres, y en España en Barcelona y en Valencia.

—¡Jo! ¡Qué envidia! —se lamenta ella.

—¿Qué dices? A mí me das envidia tú, es un coñazo tener que empezar de cero todos los años: amigos nuevos, método nuevo... estoy bastante harto.

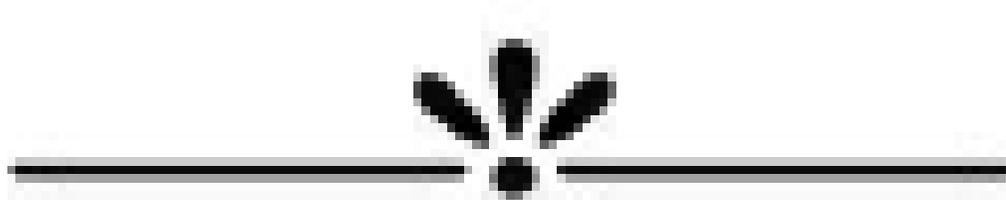
—¿Y de dónde eres?

—De aquí, de Madrid, por eso creo que esta vez sí que va a ser la definitiva.

—Pues me alegro... —le sonríe.

—Y yo —le dice sosteniéndole la mirada. Tiene unos ojos muy alegres, aunque sean marrones, quizás porque sus pestañas son muy largas. Carol siente en su estómago mariposas, y no quiere, pero hacía tiempo que no hablaba con un chico tan guay—. Bueno, ¿nos ponemos a estudiar?

—Sí, claro, ¿qué es lo que no entiendes?



Carol termina de repasar el examen. Le ha entrado todo lo que sabía y cree que ha contestado muy bien, pero aun así busca que no haya faltas de ortografía y esté todo correcto. Cuando lo da por bueno, recoge su mochila, se la cuelga, y va hacia la mesa de la profesora a darle su prueba. Se pueden ir a casa, les han dicho que el profesor de inglés está malo y no tienen clase la última

hora.

Al abrir la puerta se encuentra de frente con un rostro que la mira. Ella se recoloca la mochila.

—¿Qué tal te ha salido? —le pregunta Diego.

—Bien, bastante bien —responde Carol con una sonrisa—. ¿Y a ti?

—Mucho mejor de lo que esperaba y todo gracias a ti, has dado en el clavo —le sonrío y ella vuelve a derretirse—. Y como te he prometido antes, ¿nos tomamos una Coca-Cola?

Los nervios de Carol se elevan a la enésima potencia. ¿De qué puede hablar con él? Casi mejor que se vaya a casa antes de que la conozca bien y se dé cuenta de lo simple que es y de que por eso se ha ganado estar en el grupo de los *corquis* del colegio.

—No sé... —responde, sin embargo.

—No puedes ponerme excusas, teníamos clase ahora... ¡venga, vamos! —Él arranca a andar y ella le sigue. Justo cuando están bajando las escaleras se topan con la culpable de todas sus pesadillas y su séquito. Toda la buena onda que tenía hoy se destroza porque Diego va a ver quién es ella realmente y va a huir como hacen todos. Bueno, casi mejor, así no se hacía ilusiones...

—¡Oh, ya te vas! ¡Qué pena! ¿Tienes que planchar mucha ropa con tu pecho plano? ¿O tienes dentista?

Su nuevo compañero, que las había ignorado, se detiene tres escalones por debajo de ellas y se gira para mirar la escena con cara de incompreensión.

Carol no sabe qué hacer, si calla se burlan y si habla también; opta por esquivarlas y bajar otro escalón.

—Te estamos hablando, niña endemoniada. ¿O ahora también eres sorda?

Carol baja otro escalón y en ese momento siente un empujón y si no es porque Diego la detiene con su cuerpo se hubiera dado una torta de campeonato. No puede ocultar las lágrimas.

—¡Pero cómo eres tan torpe! ¡Casi te matas! ¡Mira, por dónde vas! —se ríe la bruja.

Y entonces él hace algo que nunca podrá olvidar, la toma de la mano con fuerza y le pregunta:

—¿Estás bien, Carol?

Ella asiente y tira de él para salir de allí.

—¡Oh, oh! ¡Nuestra niña se hace mayor, ya tiene novio! ¿Tú estás seguro, chavalito, de estar con ella? Mira que si estás a su lado puede que te quedes cojo de por vida.

Carol contempla como Diego las mira con desprecio por unos segundos y después continúa su camino junto a ella sin soltarle de la mano hasta que las pierden de vista. Ella no sabe si le pica más la palma de la mano o los ojos por las ganas de llorar que tiene.

Salen del colegio en silencio y cuando doblan la esquina, él le dice mirándola:

—¿A qué ha venido eso?

Ella solo puede elevar los hombros, si habla se va a echar a llorar y le daría tanta vergüenza que no podría soportarlo.

—He estado en muchos institutos, Carol, y en todos hay gente como ellas. No se lo permitas.

Ella baja la cabeza al suelo. Su sueño de tener un nuevo amigo se desvanece por la culpa de Lola, la odia, la odia más que a nada.

—Tienes que enfrentarte a ellas.

—No puedo —le responde desde su yo más íntimo.

—¿Por qué? ¿Porque son mayores? No las dejes.

—No es tan fácil...

—Ya me imagino y de eso se valen, pero hay que hacerles frente.

—Sí, claro.

—De ti depende, tía. Ya sé que acabo de llegar y no tengo ni idea de cómo funcionan aquí las cosas, pero es que esto ya lo he vivido más veces y siempre es lo mismo. Y al final es tan sencillo cómo tomar las riendas y denunciar, no vale con intentar pasar desapercibido, eso las alimenta.

—No puedo denunciar, no eso no. —Carol se imagina a sus padres en el colegio montando la de Dios es Cristo y sabe que estaría señalada para lo que le queda de instituto.

—Pues ya sabes... con agachar la cabeza no sirve. Eres mucho más lista que ellas, aprovéchalo.

Carol sonríe.

—¿Les explico historia?

Diego también.

—Seguro que falta les hace, pero me refiero a que uses esa cabeza tuya para darles en toda la cara. Vamos a tomar algo y si me cuentas de qué va la historia te doy un par de ideas.

—¿No quieres irte? Mira que si te ven conmigo...

—No pienso irme, es más, no me importa que me vean con la chica más guapa de todo el colegio.

—No te burles —se aleja Carol unos pasos.

—¡Ey, ey, ey! No me burlo. Estás muy buena y porque sé que ahora necesitas más un amigo que otra cosa, pero si no te estaría tirando la caña ahora mismo.

—¿Has visto mi aparato?

—Ese desaparecerá más tarde o más temprano, pero el color de tus ojos no y molan mucho.

Carol se sonroja. Nunca antes un chico le había dicho cosas así, tan directas.

—¿Has salido con muchas chicas? —Al instante se da cuenta de que no debería haber preguntado eso, es ridículo.

—Tengo quince años, no me ha dado tiempo...

—¿Quince años?

—Sí, he repetido curso por tanto viaje. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Que si has tenido muchas parejas?

—¿Yo? —se señala—. Yo no.

—Mejor.

—¿Por qué?

Diego camina un poco rápido, es de zancadas grandes, ella le sigue, pero su mochila pesa mucho. Él se ríe y no la contesta.

—¿Mejor, por qué? —le repite.

—Pues porque me estabas esperando a mí —responde sacándola la lengua y Carol por segunda vez en su vida se llena de mariposas.

Capítulo 12. De principes azules



Carol se despierta con una sonrisa feliz. Hacía tanto que no soñaba con él y ha sido un sueño precioso. Ahora sí. En su adolescencia le lloró mucho. Como la memoria es caprichosa, hay días que sus recuerdos para con él son todos dulces, reprimiendo el drama de su marcha, y se le queda tan buen sabor de boca... Es que fue su primer amor, su primer beso, con él descubrió la confianza entre ella y un chico, el hallazgo de lo que te podía estimular solo una caricia... hacía mucho que no pensaba en Diego, quizás el estar de nuevo con Roa le ha hecho evocar aquellos destellos de luz en una época de sombras. Personalmente, Diego le iluminó el camino, se lo dejó todo preparado, como la pista de despegue de un avión, listo para que ella supiera cómo continuar con su vida y después... se ha acostumbrado a pensar que voló y ella tuvo que aprender a vivir sin él. Le recuerda como algodón, como esa colchoneta que sabes que te espera mientras caes. Sus suaves manos, el olor a suavizante de su ropa, sus mensajes descifrados, su gran apoyo, fue tan bonito... Diego no vino para quedarse, lástima, fue alguien de paso. Hay personas que nunca deberían desaparecer de tu vida, sobre todo cuando son los que te la han salvado. Él lo arriesgó todo por ella; perdió. No se quiere poner triste, cuando le piensa de más, los momentos malos encuentran el hueco por el que volver y las paredes de su estómago se pegan, provocando un vacío de culpabilidad que duele. Abre los ojos. De nuevo, alguien la tiene adherida a su cuerpo y respira en su nuca. Ha vuelto a pasar, se acostaron cada uno en un extremo del colchón y la noche los ha atraído.

La noche se deslizó hablando y cuando empezó a refrescar se metieron en su pequeña casa y se acostaron. Esta vez sí que se aplicó su rutina diaria de desmaquillante, limpieza e hidratación, más que por su cutis, por conservar algo de su esencia; a veces con esos pequeños rituales diarios conectas contigo mismo y meditas si va todo bien. Mientras, él le volvió a preparar un Cola Cao. Hablaron de todo y de nada, sin querer evitar mirarse a los ojos. De su viaje, de que él no es un loco de la improvisación, pero tampoco tan estricto como ella, y de su vida, de sus trabajos, de sus amigos, su familia. Carol se durmió y ya no recuerda en qué momento.

La luz se cuela por la ventana del techo, olvidaron cerrarla anoche. Despereza su cuerpo y siente que él se despierta porque emite un ronquidito de placer que ya escuchó ayer. Al contrario que la mañana pasada, esta vez él la atrae más hacia sí y huele su cuello ronroneando.

—Buenos días, pequeña, ¡Dios, que bien hueles!

—Buenos días —le dice ella con voz pastosa e intenta no sobresaltarse cuando la mano que la abrazaba ahora sube y baja por su hombro y el brazo, dejándole un reguero de caricias exquisitas y la piel de gallina a su paso. Un contacto nuevo a añadir a su cuaderno de experiencias extrasensoriales con Roa.

—¿Has dormido bien?

—Mucho... ¿y tú? —Carol se empieza a sentir ridícula hablando a la pared, pero no quiere

darse la vuelta, no sabe qué podría pasar ni si está preparada.

—También, aunque el despertar es aún mejor.

—Eres un poco fresco tú...

—Pues mira, justo eso es lo que no estoy ahora mismo, te lo puedo asegurar —se ríe y Carol también. Roa la gira con fuerza y al instante está frente a él con sus piernas entrelazadas. Todavía le cuesta creerlo.

—¡Oh, por favor! ¡Cómo puedes ser tan guapa por la mañana! —exclama y coge una almohada para golpearla con ella en la cara—. ¡No eres humana! ¡Te acabo de pillar!

Carol se troncha de la risa intentando quitarle la almohada y más tarde él se sube encima de ella para hacerle cosquillas.

—¡Confiesa ahora mismo! ¿De qué planeta eres?

—¡Suéltame, idiota! —logra decir entre carcajadas sin intentar profundizar en que él solo lleva un pantalón corto de chándal y está encima de ella.

—¡Confiesa! ¡Dime la verdad! Nadie puede despertar así de lozana.

—¡Pilar Rubio, sí! —se cachondea Carol.

—¿Tú te has maquillado?

Las manos de Roa viajan por todo su cuerpo y ella se retuerce de la risa. Cuando él decide parar, se recuesta a su lado, de perfil, mirándola.

—Te juro que no he visto a nadie con una cara tan bonita como la tuya.

—Pues debes de mirar poco por ahí... porque soy de lo más normalito. Muchos dirían que estás equivocado.

—Mejor para mí.

Se miran. Un impulso de Carol le lleva a acariciar la cara de él con deleite, la sombra del pequeño hematoma que le ha salido por debajo del ojo, su nariz, la barba de varios días, se concentra en la profundidad de sus ojos. La sonrisa perfecta y sexy de él la anima a no apartarse.

—Todavía no me lo creo —se confiesa.

—¿El qué?

—Que tú y yo estemos aquí, así... durmiendo juntos.

Ninguno abre la boca, se están inspeccionando e imitándose como espejos. Él sonríe, ella más; ella arruga la nariz, él también. Roa pone morritos, ella le sigue. Las agujas del reloj pierden su liderazgo, no importa el tiempo, solo el aquí; dos personas que abren sus candados, esos que atesoraron con tanto recelo durante su vida para no destapar su alma y poner en juego al corazón.

Carol se incorpora, ordena su respiración y se recoloca el pijama.

—Creo que me voy a hacer pilates, ¿te vienes?

—No, mejor otro día.

—Vale.

—Voy a comprobar el itinerario y vaciar las aguas de la caravana. ¿Te quieres venir? —le pregunta con tono sarcástico.

—No, mejor otro día —le guiña un ojo ella.

—*Touché*. ¿Desayunamos luego en la cafetería?

—Perfecto —le dice ella sonriente, escogiendo su ropa de deporte y bajando de la cama con energía.

—Me quedaría aquí en la cama todo el día, también te lo digo.

Carol coge todas sus cosas y le pregunta consternada, dándose cuenta de lo poco atenta que ha sido:

—¡Aysss, es verdad! ¿Te duele algo? ¿Tienes dolores?

—Estoy bien, tranquila.

—Vale —le sonríe—. Voy al baño, pon música anda, para que no se me oiga dentro... voy a hacer pipí, no... bueno, que pongas música.

Roa resopla.

—¿Y qué pongo, heavy metal? —bromea.

—Lo que tú consideres. Alan... —le dice antes de meterse en el mini baño.

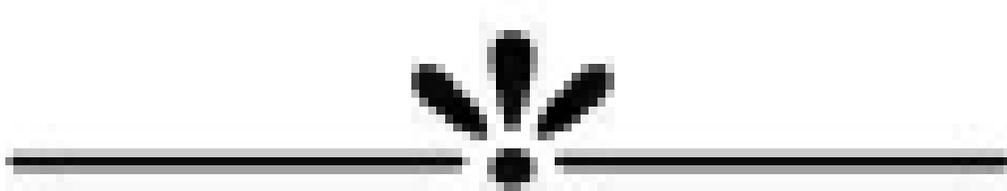
—¿Qué? Por cierto, me gusta que me llames por mi nombre, en ti suena chulo.

—Antes no sabía cómo te llamabas...

—Todo el mundo me llama Roa, sí... ¿qué me ibas a decir? —responde buscando en su teléfono algo que poner.

—Que gracias por uno de los mejores despertares de los últimos tiempos —le dice antes de desaparecer en el mini baño.

Roa se queda impactado y sonríe como un bobo, pero eso Carol no lo ve, ni el gesto de victoria que hace con el brazo. Encuentra la canción perfecta: *Cuando te despiertas*, de Despitaos... «que quiero saber a qué sabe tu piel cuando te despiertas». Él también cree que es uno de sus mejores amaneceres.



Ni los 241 escalones de San Juan de Gaztelugatxe, ni el paseo por Castro Urdiales, ni la llegada al camping por la tarde a Santoña, les han mermado las ganas de hablar. Carol cree que hasta le duelen las cuerdas vocales de tanto usarlas. Él es un pozo de historietas de todos sus viajes. Ha vivido por temporadas fuera de España, sobre todo en EEUU, y tiene cientos de anécdotas con sus amigos, los americanos. Roa dice ser un fan de su filosofía de vida, de sus ganas de agradar, de su patriotismo pelicularo, y de su acatamiento. Le ha confesado que le encanta la música country y que es la que escoge cuando hace deporte.

Ella ha grabado muchos videos que ha ido subiendo a sus historias de Instagram y anotado sus impresiones, y él ha tomado fotos espectaculares. Carol alucina con la capacidad que tiene para escoger el escenario o el protagonista perfecto y aprovecharse de las circunstancias, de la luz, de la niebla, de una nube. Roa suele hacer presentaciones en galerías, pero de lo que más gana es de vender sus fotos por internet en web de imágenes. Podría no haberle salido bien, no es una vida sencilla, pero a él le ha funcionado, y, por lo que le cuenta, no le va mal.

El camping de Santoña está frente a la playa, al lado del penal del Dueso, y como deciden visitar el centro del pueblo tienen que rodear esa interminable cárcel para llegar, pero las ganas de tomarse unas anchoas les alientan el camino.

Llegan justo a tiempo de hacer una excursión en barco por la bahía de Santoña y ver sus marismas, Laredo y el espectacular faro del caballo, uno de los más bonitos de España. El guía les cuenta que para llegar a pie hay que subir cuatrocientos escalones y esa escalinata fue construida por los presos del penal en el siglo XIX. Aunque está atardeciendo y el sol no brilla

en el agua, se quedan extasiados por el color cristalino del mar, que más parece Menorca que el Cantábrico. Lo malo es que en la vuelta Carol se mareo a lo grande y consigue a duras penas no vomitar. Tras bajar del barco y para que se le pase el mal cuerpo a Carol, se sientan en un banco que hay en el paseo frente a la bahía.

Roa tira de ella para que se tumbe, apoyando la cabeza en sus piernas, y ella le obedece. Ni cuando era una adolescente se ha expuesto tanto en público, pero el mareo es tan considerable que prefiere no pensarlo y dejarse llevar por las caricias de Roa en su cabeza.

Él le pone un casco inalámbrico y una voz rota le asalta, no tarda en reconocerle, es el cantante de *Before you go*, Lewis Capaldi. Cierra los ojos. No hay familias paseando que puedan pensar en que ya son mayorcitos para tumbarse en un banco, ni jóvenes que se burlen de ellos por carcas. No hay nadie o sí, pero Roa logra que no le importe.

Se siente protegida, admirada, comprendida, escuchada. Se siente mejor. Se siente valiente y sobre todo expectante. Cada rato con él es un recuerdo definitivo. Y es Roa, el chico porque él que su infancia se complicó hasta el punto de tener que ir al psicólogo, es ese Roa, el que con solo intuirle regresaban todos sus fantasmas, y hoy, ahora, los destroza a golpe de sonrisas y de complicidad. Y, maravillas del destino, parece que él está en la misma posición que ella, por cómo la mira, por cómo la toca y por cómo actúa. Con él ve posible cumplir el lema que le ha inculcado Ricardo desde que se conocieron en la consulta: *«Carol, olvida que antes. Es imposible surcar nuevos mares con el ancla echada, así solo podrás nadar en círculos. Carol, olvida que antes. Antes ya no es la actualidad, antes ya pasó, y pudo ser doloroso, trágico y hasta con ínfulas de eterno, pero cada segundo te separa más de ese antes. Otórgales el valor que poseen a las agujas del reloj y corta la cuerda de esa pesada ancla, porque el ahora es lo que importa y es el que puede ayudarte a navegar a un mar feliz, a tu cachito de mar»*.

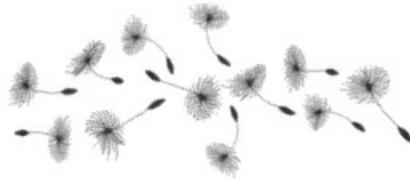
Y si se es sincera, necesita aliviarse, perderse, arriesgar, mandar al carajo a sus fantasmas. Si se es sincera, necesita llegar a su cachito de mar y cree que nunca ha estado tan cerca. Si se es sincera, necesita sentirle con tantas ganas que se olvida, de forma innata, de todos los antes.

Carol se incorpora despacio y se sienta. Le devuelve el casco. Se levanta situándose frente a él y tira de sus manos para erguirle. Después se gira y con los brazos de Roa sobre sus hombros y cogidos de las manos, caminan pegados hacia donde acaba el paseo. Ahí cara al océano, Carol vuelve a darse la vuelta para verle de frente. Él sonrío, clavando sus hoyuelos en su voluntad, y ella se acerca hipnotizada. Su nariz retoma el juego del otro día, acariciándole la mejilla, buscando contacto. Vuelven a bailar anhelantes, pero ella está decidida, la esperanza le impide pensar en nada más que en besarle y así, muy despacio y muy de a poco, junta sus labios con los de él por primera vez.

Éxtasis. Su cachito de mar...

Mientras, algo más cerca que ayer, alguien odia a los príncipes azules y a las princesas idiotas.

Capítulo 13. Nunca me han besado



Carol no suele creer en el destino, pero las pocas veces que lo hace es para reprocharle que se porte tan mal con ella.

Ahora su amiga Bea va a faltar un mes a clase porque tiene la enfermedad del beso y es altamente contagiosa. ¡Un mes entero! ¿Y por qué no ha enfermado ella? Eso le vendría genial, dejar de ir al colegio, a teatro, olvidarse de Lola y quizás Lola de ella. No lo entiende. Aunque si es del todo justa, esta última semana no ha estado sola casi ni un momento. Diego, el nuevo, la acompaña a muchos sitios y eso le está dificultando la misión destructiva a Lola.

Excepto en teatro. Diego no está apuntado y allí se las tiene que comer con patatas. En la última clase, cada vez que ella tenía que actuar, se reían para desconcentrarla y la pisaron varias veces sin que se diera cuenta el profesor. Cuando recogió su mochila, estaba toda empapada de agua, con los libros y los cuadernos mojados. Y lo peor fue al salir, que la empujaron cuando bajaba las escaleras y casi se tuerce un tobillo.

Lo vieron varios compañeros. Nadie dijo nada. Normalmente suelen tener cuidado para que sus maniobras pasen desapercibidas para el resto, pero esto lo presenciaron varios porque salieron de clase todos a la vez. Cuando Carol voló en los últimos escalones, algunos miraron hacia arriba para entender, pero al ver a Lola al principio de la escalera, siguieron a lo suyo y ni le preguntaron si se había hecho daño.

Esa tarde había quedado con Diego a la salida para ir a una bolera que hay cerca y se lo contó porque él intuyó algo al verla salir cojeando. Intentó convencerla para que se lo confesara a sus padres, y cuando estaba decidida y llegó a casa, sus padres celebraban que a Alberto le habían fichado en el Castilla del Real Madrid y ella se negó a fastidiar la celebración.

Es sábado y como Bea no puede salir ha quedado con Diego a solas. Y está nerviosa. No es lo mismo verse obligatoriamente en el cole que una cita. Encima no sabe qué ponerse, entre diario usa uniforme y hoy su armario no le ofrece nada con lo que verse medianamente aceptable. Para más inri le ha salido una espinilla enorme en la barbilla. Sus granos suelen ser la mar de oportunos. Al final decide ponerse unos vaqueros ajustados con una camiseta blanca y unas zapatillas tenis del mismo color. Y se suelta el pelo, siempre lo lleva con coleta en el cole. Se lo ha secado con el secador para darle algo de volumen a su melena lisa castaña.

Sus padres, que ignoran que ha quedado con un chico, ni la miran al salir, lo cual le alegra porque le ha cogido prestado un pintalabios a su madre. Con el corazón un poco acelerado, toma el autobús para ir al cine del centro donde han quedado.

Llega quince minutos pronto, Carol prefiere eso que ser impuntual, pero ahora la espera puede que se le haga agónica, no entiende por qué está tan nerviosa hoy si le ve todos los días, tiene que relajarse. Se acerca a la cartelera del cine tan concentrada en el asunto y convencida de que aún es pronto para que Diego haya llegado, que da un salto del susto cuando le oye decirle cerca de su oído:

—Sabía que ibas a llegar antes.

Carol se da la vuelta y le sonríe intentado calmar la tembladera de sus labios, pero cuando se da cuenta de lo sexy que está con una cazadora de cuero y una camiseta negra estampada con una tabla de surf y el pelo algo más peinado que en los días de diario, pierde, totalmente, la voz. Diego es muy atractivo. Le recuerda a Juan Diego Botto en *Historias del Kronen*.

—Estás muy guapa, Carol. Cada día te pareces más a la de *Piratas del Caribe*.

—¿Qué dices? ¡Mira qué pedazo de grano me ha salido! —Al instante se arrepiente de su sinceridad, pero está tan nerviosa que no mide.

Diego se ríe y la da un pequeño empujón.

—¡Eyyy!

—Vas a tener que ir aceptando los cumplidos sin fastidiarlos luego tú. Estás guapa con el pelo suelto, y aunque tienes una espinilla muy propia de nuestra edad, no me había dado cuenta hasta que me lo has dicho.

—Ya... ahora no vas a poder parar de mirarla. —Pone morritos condescendientes Carol—. Mejor será que me vaya a mi casa —bromea.

—Para que estemos de igual a igual, mira —Diego se señala un grano en la sien bastante evolucionado—, yo también apporto un granito.

—De granito nada, es más grande que el mío. —Le empuja ahora ella simulando estar ofendida.

—¿Qué dices? —exagera él—, lo mío es una montañita, tú tienes el Teide.

—¿El Teide? ¡Tú, flipas, chaval!

Y así, Carol se da cuenta de que Diego ha conseguido que se le pasen los nervios y la normalidad que han adquirido en las últimas semanas se haga patente. Los dos son de bromear, de intentar ser ingeniosos y de hacerse reír. Pero él la gana, nunca había conocido a nadie tan perspicaz, las pilla al vuelo.

Diego se calla y vuelve a mirar con una gran sonrisa que ilumina la tarde nublada de otoño.

—Sigo pensando que estás muy guapa —asiente con la cabeza—. Me gusta tu look informal.

—Y a mí el tuyo.

—Aunque con la faldita del uniforme también estás muy buena... tus piernas son...

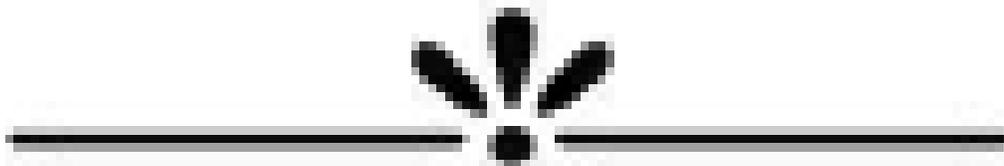
Carol vuelve a empujarle.

—¡Calla, ya! ¡Pesado!

—Mira que eres agria... porque te tengo que querer, que si no...

A Carol se le cae la baba con esto último y como si se convirtiera en una gatita, le da un pequeño zarpazo con una uña en la nariz. Él la agarra la mano y entrelaza los dedos a los suyos para después llevarse las dos manos unidas a la boca y darle un beso en los nudillos. Sin soltarla caminan hacia la taquilla. A Carol, aunque le van pareciendo normales estas muestras de cariño con él, se le acelera el corazón y cree que tiene que retumbar por todo el cine.

Eligen ver *Big fish* de Tim Burton.



Salen fascinados con la película y no paran de hablar de ella hasta que llegan al restaurante japonés que Diego ha elegido para cenar. Carol nunca ha probado el sushi, pero como confía en él a pies juntillas, acepta e intenta olvidar que va a comer pescado crudo.

Le encanta todo lo que pide él: *edamame* de entrante, los mejores *noodles* que ha comido en su vida y el sushi que pensaba que era otra cosa y le explota de sabores en la boca. Aunque es un poco caro y tiene que tirar de ahorros merece la pena. Pero a la hora de pagar Diego no le deja hacerlo y ella se enfada, no es muy amiga de esos gestos antiguos de caballeros de otra época.

—No lo hago por ser caballero, Carol, de verdad —le dice cuando salen del japonés—. Lo hago porque mi padre me da mucha pasta y qué mejor que gastarla contigo.

—¿Eres rico? —le pregunta ella que jamás había contemplado esa opción, pero ahora que lo piensa suena bastante viable porque él lo paga todo y siempre lleva zapatillas de marca.

—Yo no, mis padres bastante.

—¿Qué son?

—Para empezar, pero esto te lo digo una vez y por favor no me des la barrila con ello, mi padre es marqués.

—¡¿Qué?!

—Sí, hija, sí, es marqués.

—¿En serio?, ¿estás de broma? No me lo puedo creer.

—Es verdad...

—¿Entonces, tú?

—¿Yo, qué?

—Pues no sé, que qué eres tú.

—Pues qué voy a ser, el hijo del marqués de Arjona.

—¿El marquesito? ¿El marqués junior? ¿Algo así? —frunce el ceño Carol.

—¡Vete a la mierda! —le responde divertido Diego ya fuera del restaurante y, sin pedirle permiso, la vuelve a coger de la mano para comenzar a caminar juntos—. Yo no soy nada, mi padre es diplomático y por eso viajamos mucho. Tiene bastantes casas por ahí...

—¿Conoces al rey?

—No, yo no.

—¿Y tienes sirvientes en tu casa? En plan *Downton Abbey*.

—No flipes, tía... somos gente normal, mi casa es moderna, a ver si vienes, no vivo en un castillo y solo tenemos tres contratados de personal del hogar.

—¿Solo tres? ¡Qué poco! —se burla Carol.

—Pues sí, tenías que ver a las fiestas que me han llevado a veces mis padres, fliparías. Pero a mi madre le mola cocinar y es una mujer muy normal, mi padre es un poco más elitista.

—¿Sí? ¡Qué bien! Lo de ir a tu casa lo dejamos, ¿vale? Bastante tengo con que me machaquen en el cole.

—Mi padre nunca te trataría mal, es buen tío, solo que le gusta estar rodeado de gente culta y con expectativas, tú le gustarías, eres muy lista.

—Una erudita, así me va.

—Eres la más lista de clase y lo sabes. No te hagas de menos, anda, conmigo no.

—Pues tú tampoco eres tonto y sin embargo te presentaste a mí como un zoquete.

Diego se para y la mira sin soltarla.

—Eso era para hablar contigo. Me lo inventé.

—¿Y por qué querías habla conmigo?

—¿Te lo tengo que explicar, en serio?

Carol esta vez se pone más seria.

—Pues no me importaría...

—¿Qué quieres que te expliqué, Carol?

—Pues no sé... esto, tú y yo... ¿qué? ¿qué somos?

—Somos amigos, ¿no? —La mira con una actitud un poco dubitativa.

—Ya, pero...

—¿Pero qué?

—Tú siempre me das de la mano y yo con mis amigos no voy así.

Diego sonrío.

—Eso es porque yo camino muy rápido y cuando me quiero dar cuenta te llevo cien metros de distancia.

—¡Ah, vale!

Diego la mira serio.

—¿En serio te has creído eso?

Carol sube los hombros.

—Sí que andas rápido, Diego.

—Ya, pero no te doy la mano por eso, Carol. Ven, entremos en el parque y sentémonos en un banco.

Carol le sigue al banco más cercano. Diego mete las piernas entre las tablas y se sienta a horcajadas, Carol lo hace normal, pero él coge su pierna sin pedirle permiso, la introduce entre las tablas y así quedan los dos frente a frente.

—Bueno, tú dirás... —emite ella algo nerviosa. Ahora ya no puede volver atrás, pero se arrepiente infinito de haber sacado el tema.

—Carol, no quiero ir rápido contigo, eso es lo único que sé, porque me importas más que mucha gente que conozco hace años, pero pensaba que sabías que me gustas, que eso lo tenías claro.

Ella no sabe qué decir y prefiere no responder, a sí misma se dice que a veces sí lo pensaba y otras veces se contradecía imposibilitándose el gustar a alguien.

—¿Y yo? ¿Te gusto, aunque sea un poquito?

Carol afirma muy suave con la cabeza, pero si se dejara llevar gritaría como una poseída que está por él desde que le vio y que piensa en él a todas horas.

—¿Y me lo puedes decir con palabras? —le susurra.

Ella niega muy rápido con la cabeza. Él se ríe.

—¿Ahora eres muda?

Carol afirma con mímica. Ella mira a los lados. Son las diez de la noche, como hace fresco el parque está vacío, excepto por algún grupo lejano que se escucha, pero no se ve. Es el momento perfecto para... Y lo dice.

—Nunca me han besado.

Los ojos de Diego pestañean muy rápido y después se detienen y la miran diferentes, con algo que ella nunca le había visto. Él tira de las rodillas de ella para acoplarlas por encima de las suyas, pero manteniendo la distancia en ciertas zonas sensibles.

—Ya va siendo hora, ¿no? Tienes casi quince tacos.

—Yo creo que sí, pero estoy súper nerviosa, es una chorrada ocultártelo.

—Yo también estoy nervioso, Carol. Mira. —Él la coge la mano y la sitúa en su pecho, a Diego le va el corazón incluso más rápido que a ella. Eso le hace sonreír.

—Pero si tú tienes experiencia, has besado a muchas, ¿por qué estás así? —espeta.

—Ninguna de esas muchas, que no son tantas, eran tú.

Carol se calla y le mira.

—¿Y si lo hago mal?

—Aprenderemos juntos.

—Tú ya sabes.

—No, yo no sé besarte a ti, que es lo que importa.

—¿Y si no te gusta?

—Tranquila, me gustará.

—¿Y mi aparato?

—¿Y si te callas y me besas? —le dice con tono gracioso pegando frente con frente y Carol cree que se le sale la garganta por la boca con solo ese contacto. Entonces, él cuele la mano a través de su pelo y la sitúa en su nuca para acariciarla y acercarla más a él. Ella ya no puede con tanta tensión, parece que es que va a tirarse de un décimo piso. Entonces, en un arranque de valentía, acerca despacio sus labios a los de él y le asaltan tantas sensaciones bonitas que se olvida de los miedos. Es tan íntimo que su interior graba cada segundo. Los labios de Diego son muy carnosos y ella se pierde en el placer que le proporciona con cada roce, con cada pequeño mordisquito, hasta que él logra que ella abra un poco más la boca y cuele la punta de la lengua dentro de ella. Algo que hace unos meses le parecía asqueroso, la acaba de excitar tanto que ha emitido un pequeño gemidito y más cuando él se ha animado y la ha subido a su cuerpo agarrándola del trasero, pero apartando las manos enseguida de allí.

Carol está sentada a horcajadas encima de él y ya no puede apartar su boca de la suya. Se atreve a poner en acción su lengua y tocar la de él. El ramalazo de placer es tal, que Carol hace un esfuerzo por no gemir. Diego lleva sus manos a ambos lados de la cara de ella y la gira un poco para poder acceder mejor y ahora sí que se cuele en su boca con más rudeza, encaja a la perfección los labios y deja que sus lenguas bailen desinhibidas al son que ellas quieran.

Carol cree que va a estallar como un volcán de todas las sensaciones que se le han despertado.

Carol se olvida de todo.

Carol sabe que desde hoy su deporte favorito va a ser besarle.

Por una inercia muy animal ella mueve la pelvis para rozarse con él. Diego aprieta su boca aún más y baja sus manos al trasero para atraerla. Ella siente a través del vaquero un bulto muy duro entre las piernas de él, eso significa que él está excitado, no es tonta... pero no puede parar de rozarle, está perdida.

Es Diego el que, instantes después, deshace el beso y separa un poco el cuerpo de ella.

—Para, para que me matas, Carol... No soy de piedra.

Ella siente un vacío desconocido, también frío de anhelar ese calor tan delicioso que tiene el interior de Diego.

Él la baja de sus piernas poniéndole cara de pena y ella esconde la cabeza tímida. Ahora cree que se ha comportado como una caliente...

—Yo, perdona, es que me he dejado llevar, yo no sabía que...

—¿Que besar es muy excitante?

Carol sin levantar la cabeza le dice que sí.

—Pensaba que era romántico y ya —se atreve a añadir—, perdóname.

—¿Qué te perdone por qué?

—Pues por ... jo, pues eso, es que no sé...

—Carol, —le levanta la cabeza situando su dedo índice en la barbilla y cuando lo logra le

atraviesa la mirada—, ha sido genial, más que genial, ha sido la hostia de beso, pero si te me pegas tanto —le señala con los ojos el interior de sus piernas y Carol se pone más roja que un tomate—, pierdo el control. Carol, yo... yo no soy virgen.

—¿Qué? ¡Pero si tienes quince años, tío!

—Ya, pero en EEUU van más adelantados, y a principios de año pues me enrollé con una mayor y pues eso... que no soy virgen. Y no fue la única.

—Esto no me hace sentir mejor —le espeta ella preocupada, volviéndose a esconder en su hombro.

—¿Qué yo no sea virgen?

—¡Bingo!

—¿Y qué más da?

—Hombre, pues que tú tienes mazo de experiencia y yo acabo de besar por primera vez.

—Y he tocado el cielo.

—Ya, pero —responde lanzada hasta que advierte lo que él le ha dicho—. ¿Te ha gustado? —levanta la mirada.

—A mí, mucho, mucho más que mucho, ¿y a ti?

—También. Mucho.

—Pues ya está.

—¿Ya está qué?

—Que me beses otra vez y te calles.

Carol se ríe a carcajadas.

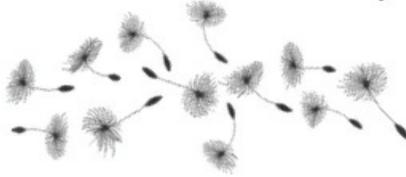
—Eres el tío más loco que me he echado a la cara.

—Eso será porque lo que estoy es loco por ti.

Carol le sonrío feliz. Y se atreve a darle un pequeño pico y luego otro, y otro hasta que otra vez se pierden en probarse, y si no se llega a oír pitar un coche muy alto no se dan cuenta de que son las doce y Carol va a llegar muy tarde a su casa.

Ya en su habitación, tumbada en la cama, feliz por haber sorteado la inminente bronca de sus padres, adelantándose a ella con una excusa perfecta culpabilizando al autobús, algo en su interior hace clic. Ha sido una tarde preciosa, divertida, extraña y memorable. De su pelo le vienen ráfagas del olor a suavizante de Diego y cientos de mariposas revolotean en su estómago alteradas. Así es como debería sentirse siempre, feliz, relajada, con ganas de explorar el mundo, y no culpable por un accidente fortuito. Se acabó, algo en ella ha cambiado. No va a tolerar ni una falta de respeto más. Ya no le van a afectar sus burlas, porque hoy ha descubierto que puede gustarle a alguien de verdad. Lo va a hacer por ella y por él, porque Diego es tan guay que no se merece tener una amiga tan cobarde.

Capítulo 14. Encuentros inesperados



Cabárceno. Roa no lo conocía y, como a ella hace dos años, le enamoró. Todo. De primeras el entorno que es incomparable, después que los animales viven en régimen de semilibertad con mucho espacio y varias especies juntas y, por último, los espectáculos con animales, sobre todo el de aves rapaces, que consideraron el mejor que habían visto en su vida.

Ese día lo pasaron trabajando, Carol tenía concertadas varias entrevistas con trabajadores del parque de la naturaleza y Alan se perdió en captar imágenes, que no es fácil cuando el modelo es un león que no se mueve de su sitio ni con cien millones de moscas saltando sobre él, y la jirafa se va a la otra punta nada más verte llegar. Solo coincidieron en los espectáculos, en la comida y por la tarde que quedaron para montar en el teleférico o telecabina, donde ambos sufrieron algo de vértigo, pero mereció la pena por las vistas, el paisaje kárstico del parque y sus formaciones, y con avistar a los animales desde el cielo.

Carol lo apuntó en sus notas como «visita imprescindible». Roa le dio la razón y ambos coincidieron en no entender como no es mucho más famoso en el mundo. Más tarde fueron a un camping en Cóbreces, un pequeño pueblo con un encanto especial y un área de caravanas muy barato y cómodo. Entrenamiento para sus ojos y su visión de lejos, que no alcanzaban a ver el final de aquellos infinitos prados verdes. Frente a ellos, el pueblo, con un *skyline* muy autóctono, destacando la abadía de *Santa María de Viaceli* de estilo neogótico y de color azul pastel, y la parroquia de *San Pedro Ad Vincula* pintada en color tierra.

Incentivados por la dueña del área, que les indicó que a las nueve de la noche los monjes cistercienses de la abadía cantaban la salve con cantos gregorianos, fueron y se quedaron extasiados. Carol se sintió tan en paz que se prometió guardar esa sensación para el estrés del invierno y Alan de extasiado casi se queda dormido, asunto con el que bromeó ella todo el resto del día. Fue la guinda perfecta para una jornada diferente.

Cenaron en el merendero del camping, escuchando los cencerros de las vacas de los prados colindantes y se acostaron pronto porque se sentían agotados. Ninguno quiso hablar del beso la noche anterior, ni tampoco por la mañana cuando volvieron a amanecer abrazados.

Carol no se sentía mal, ni incómoda, y creía que Alan tampoco, pero es como que sin hablarlo hubiesen negociado un pacto lícito de ir despacio, de no correr, de conocerse, porque este viaje era por trabajo y como profesionales debían vivirlo así.

Después de su clase de pilates matinal, esta vez frente a la panorámica de Cóbreces, se fueron de paseo por el acantilado de El Bolao y su senda costera. Caminaron cerca de dos horas, escuchando el rugir de las olas chocando con la roca. Roa, poco amante del silencio, le habló de su amistad con Alberto, de sus aventuras juntos y de todo lo que quería a su hermano y ella le confesó que hasta hace unos meses le sentía un total desconocido.

Más tarde fueron a la playa de Luaña, donde Roa había alquilado, mientras ella hacía pilates, dos tablas de surf en una escuela y a Carol no le quedó otra que intentarlo, pero a la que pudo se

escapó a relajarse a tomar el sol y a leer. Mucho mejor plan que darse de cabezazos contra el agua.

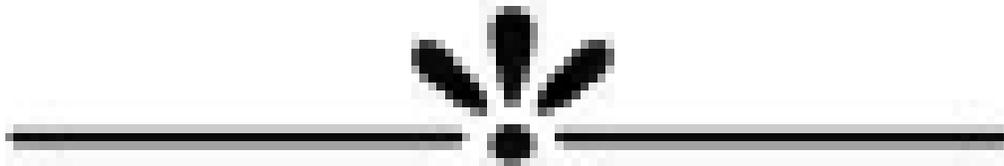
Al subir al pueblo pasaron por el horno de pan y Carol se quedó maravillada porque era el típico lugar de toda la vida, que huele a harina y a pan caliente y que el lugareño te invita a entrar a verlo. Un horno desde dentro sin decoración, tan natural que te apetece comprar de todo. Eligieron pan, la quesada y unos croissants, porque ella es de la teoría de que una panadería se mide por la calidad de sus croissants, y nada más salir constató que era nivel *champion*, como bien dictó su instinto.

Comieron en el merendero de camping, con el hilo musical de los cencerros y las risas de los niños que jugaban en el prado. Se despidieron de la amable y acogedora dueña y coincidieron en que se hubiesen quedado más días allí, pero el gobierno les pagaba por visitar y recomendar muchos sitios.

Por la tarde, visita obligada a San Vicente de la Barquera, compra de palmeras gigantes en Unquera y parada en Panes, un área totalmente gratis, que aunque era como un aparcamiento había bastante espacio y el entorno se veía bonito.

Sacaron su mesa y su silla para cenar una ensalada de pimientos y anchoas, y estuvieron hablando con los vecinos de al lado, una pareja de amigos con una camper con solera que querían llegar hasta Finisterre y que terminaron siendo unos compañeros estupendos de velada y jugaron a las cartas.

Carol se acostó antes, se sentía agotada, pero muy tranquila. La comodidad de tener la cama al lado es algo que le estaba empezando a enamorar de su viaje en la autocaravana, eso y él, sentirse acompañada por alguien tan especial. Una persona que hace amigos con una facilidad pasmosa, que encuentra broma en cualquier cosa y que torna los problemas en aventuras. Alguien que la abraza solo con mirarla, y la mira mucho; alguien que es tan facilitador que una vida con él sería de mantequilla; alguien que cambió su pasado y empezaba a asumir que ha venido para trastocar su futuro. Anoche se dijo que no pensaba ponerle trabas, porque si algo había deseado en su subconsciente, desde que era pequeña, era tener permiso para amar a Roa.



Por fin están llegando al camping *El Cares* en Santa Marina de Valdeón, en León. Por fin, porque el viaje ha estado plagado de curvas y porque unas nubes negras les acechan desde hace media hora y a Carol no le gustan las tormentas.

Una desapacible nube negra les quita toda la visibilidad, y aunque son las cuatro de la tarde más parecen las doce de la noche. El camino se cierra. En una curva en el pueblo Carol se baja para indicar a Alan y no chocar la caravana, y más tarde en el camino que ya baja al camping también. Un trueno ensordecedor los sorprende cuando le está dando las indicaciones y se agacha del susto. Empieza a diluviar y la golpea un viento de ráfagas en todos los sentidos, loco, que la empapa a olas. Roa baja la ventanilla para preguntarle si está bien, pero ella no responde. Presta toda su atención a un aullido cercano. No, parece un llanto. Sí...

Corre hacia donde le parece oír el llanto de un niño sin preocuparse de la lluvia y al girar la curva se encuentra con dos niñas pequeñas empapadas, dadas de la mano, frente a ella, como si la esperasen. Una llora desconsolada. El corazón de Carol pega un brinco.

Carol se acerca a ellas y las intenta cubrir con su cuerpo al escuchar otro terrorífico trueno.

—¿Os habéis perdido? —les pregunta chillando.

—No, —le responde la más serena—, es que a mi hermana le dan miedo las tormentas —grita la cría de unos cuatro o cinco años que es completamente igual a la otra.

Carol se agacha y se pone a su altura. Los ojos de la niña la sorprenden, son parecidos a los suyos, color miel, y cree vislumbrar todo el terror que siente en ellos.

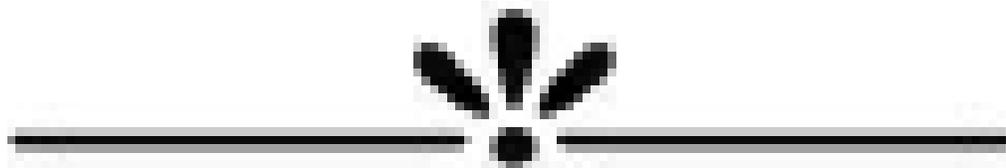
—Tranquila pequeña, a mí también me dan miedo. ¿Estáis en el camping? —le pregunta a la más resuelta.

—Sí —le contesta.

—Nosotros vamos para allá, subid con nosotros en la caravana, venga, y cuando escampe vamos juntos. ¿Vale?

Las dos niñas dicen que sí y sin pensarlo coge a la que le da miedo en brazos y a la más valiente le da la mano y corre con ellas a refugiarse.

Roa, que la ve llegar con las niñas, les abre la puerta de la caravana y busca toallas para secar a las tres mujeres que están poniendo todo perdido de barro y agua.



Es más granizo que lluvia y no para, parece que va a aplastar la caravana. La visibilidad es nula y como no hay nadie detrás, Roa no hace ni el amago de arrancar. Enciende la calefacción porque las tres damas que ahora habitan con él tiritan a destajo. Cuando se fija bien se da cuenta de que sobre todo tiritan una de las niñas y Carol, a la otra se la ve estar más atemperada. Roa se acerca a ella.

—¿Tú no tienes frío?

La niña, sin bajar la cabeza, le dice que no. Roa siente un escalofrío que no logra comprender, pero es que la pequeña tiene una mirada directa, que no es nada propia de alguien de su edad.

Carol sigue secando a la otra niña, mientras que estornuda sin parar y Roa intenta hacer lo propio con la otra, pero la niña da un paso para atrás:

—No hace falta. Puedo sola.

—Ya, ya veo... ¿qué edad tienes?

—Cuatro. Soy mayor.

Roa sonrío. Esta niña tiene algo que da escalofríos y a la vez te hace reír.

—Sois gemelas, ¿verdad? —pregunta Carol.

—Sí —responde la portavoz.

—Yo soy Carol y él es Roa. ¿Cómo os llamáis?

—¿Es tu novio? —le pregunta la tímida.

Carol levanta la cabeza y Roa se ríe.

—Somos amigos —decide Carol porque ve que él no tiene prisa por responder.

—De momento —le interrumpe él—. Somos amigos de momento.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué os vais a enfadar pronto? —cuestiona la más habladora.

Roa sonriendo responde:

—No, no, para nada, eso quiere decir que igual en unos días sí que es mi novia.

La niña, que no sonrío ni aun que la hinchen a caramelos, le insta:

—¿Y por qué no lo es ya? No lo entiendo —niega con la cabeza.

Carol mira a Roa con el gesto forzado de ocultar la risa y le ruega con la mirada que no siga por ahí.

—¿Cómo os llamáis vosotras?

—Yo soy Noa y mi hermana es Valiente, pero la llamamos Val.

—¿Qué nombres más preciosos, chicas! —dice antes de estallar en otra ráfaga de estornudos.

—¿Tan rápido te constipas? —le pregunta Roa en tono guasón.

—No es eso, tonto el haba, es que huele a algo raro, me pica la nariz...

Roa frunce el ceño incrédulo.

Otro trueno irrumpe muy cerca y Val y Carol dan un pequeño gritito y se abrazan. Alan y Noa, bautizados como los valientes del grupo, las miran sin inmutarse. No es más que una tormenta.

—Os voy a preparar un Cola Cao calentito, sentaos —anuncia Roa.

Mientras él hace lo anunciado, Carol, ya con algo de calor en el cuerpo, departe con las chicas. Sin duda la que más habla es Noa, Val es más tímida, y se esconde bajo la resolución de su hermana. Carol cree entender que no son huéspedes, que realmente viven en el camping todo el año y que estaban de paseo cuando les ha sorprendido la tormenta.

Roa les acerca los chocolates calentitos y se baja para ver si el trayecto que les queda hasta el camping es sencillo.

—¿Estáis bien? ¿Necesitáis algo? —les pregunta ella.

—No, gracias. Está muy rico —responde por segunda vez Val en voz baja.

—Va a ser tu novio —le dice Noa con rotundidad.

—¿Ah, sí? ¡Qué bien! Porque la verdad es que es muy guapo y me gusta mucho —les dice para normalizar.

—Y es bueno —continúa—. Tú le gustas mucho, mucho.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Noa sabe muchas cosas, es muy lista... —tercia su hermana.

—¡Anda, qué bien! ¿Y qué más sabes?

—Pues que... Vas a estar preocupada por él.

—¿Y eso?

—No te lo puedo decir.

—¿Por qué?

—Yo podré ayudaros.

—Seguro que sí.

—Acuérdate.

—Vale. —Carol da un sorbo a la bebida. Algo en Noa es especial, es una niña intensita, sus padres tienen que estar encantados.

Val permanece callada bebiendo a sorbitos. Esta otra es lo contrario a su hermana. Carol ha conectado con ella desde el primer momento, se la ve una niña increíblemente tierna y dulce.

—Carol... —duda Noa.

—¿Qué, pequeña?

—Es que... ¿te puedo pedir una cosa?

—Sí, claro. ¿Quieres que llame a tus padres?

—No, no es eso. Es de las cosas que sé...

—¡Ah!, ¿esto de las adivinanzas?

—Sí.

—¿Qué más sabes?

—Que tú la puedes ayudar.

—¿A quién?

Noa no responde y mira a Val.

—¿En qué? Dime. Por supuesto.

—No, aún no, cuando yo te ayude a ti.

—Pídeme lo que sea, de verdad... No hace falta.

—No funciona así. ¿Me prometes que tú la vas a ayudar?

—Pues claro, a las dos...

Noa se lanza a su cuerpo y la abraza con fuerza.

Carol se siente bien. No sabe qué ha hecho, pero esa niña lo necesitaba y ahora parece mucho más tranquila. Para matar el tiempo, y no echarle cuenta a la tormenta, juegan al veo-veo hasta que Roa regresa y les indica que ya ha avisado en el camping y que como ya no llueve tanto van para allá.

Cuando llegan, todavía la visibilidad es escasa y Alan aparca en el hueco que le han propuesto, pero sabe que luego tendrá que colocarlo mejor. Lo importante es llevar a las niñas con su madre, pero cuando las van a coger en brazos para llevarlas Noa se niega y les dice que no hace falta que ya van ellas solitas. Decidida coge la mano de su hermana y caminan hasta la tienda que hay en la entrada del camping, donde Roa les ha dicho que las esperaba su madre.

—¿Qué monas son? —frunce el ceño Alan.

Carol ríe.

—Noa es bastante auténtica, yo creo que está pasada de imaginación y la otra, Val, es tiernísima, pero se esconde. Me ha recordado a mí.

Roa la mira, se acerca a ella y la abraza de lado.

—Estás muy sexy vestida con mi ropa. —Carol estaba tan mojada que se quitó el pantalón y se puso una sudadera de Alan—. ¿Te imaginas que tenemos gemelas?

—Es mucho imaginar...

—¿Por qué no? —bromea—. ¿No quieres ser madre?

—Después de lo que pasé en mi infancia, no lo veo claro, no.

—Pues yo creo que te pega mucho, y si vas a ser madre no pienso permitir que sea con otro que conmigo, ¡ea! Ya lo sabes.

Carol se ríe.

—Pareces un muelle, vas a saltos. Aceleras, me asustas, frenas, me voy a consumir... —desprende en alto cuando su intención era guardárselo para sí.

—¿Qué te consume? ¿Que no nos hayamos vuelto a besar y sin embargo te diga que quiero tener hijos contigo?

—Por ahí vas bien.

—Carol —Roa gira su cuerpo para mirarla de frente—, lo sé. No me digas por qué, pero lo sé. Cuando he regresado y te he visto jugando con las niñas, ha sido como un deja vú, pero al revés, sé que viviremos algo así.

—¡Otro adivino! Estáis todos muy adivinos hoy...

—¿Quién más?

—Déjalo... Roa, esto va en serio, yo no sé si quiero ser madre.

—Carol, esto va también muy en serio, me importa un pito. Yo solo quiero besarte. ¿Puedo?

—¿Me vas a pedir permiso siempre que quieras besarme? Es muy aburrido.

—No, esta es la única vez, chica exigente —le guiña un ojo—. Pero si me dices que sí, ese sí vale para siempre y solo para mí. ¿Lo tomas o lo dejas?

—¿Ya me estás poniendo límites? —le sonrío.

—No, no te confundas. Me estoy desnudando, Carol. Estoy loco por ti de una manera hasta infantil. Y si te digo que solo me besarás a mí es porque de tanto que voy a besarte no vas a tener ganas de un labio más.

—¡Uhhmm! Esa frase la subrayaría en un libro.

—Te dejo citarla cuando nos escribas, porque digo yo que escribirás nuestra historia, ¿no?

—¡Pero si acaba de empezar!

—Carol, no, nuestra historia comenzó hace muchos años, en tu piscina, cuando me diste con una pistola de agua en la cabeza, y en teatro cuando ensayábamos nuestra escena, y en el patio cuando me castigaba a mí mismo por mirar a la hermana pequeña de mi amigo, y debajo de ese árbol cuando te tuve tan cerca que no podía respirar. ¿Sabes una cosa? Ahora ya sé por qué nunca he tenido una relación seria.

—¿Por qué?

—Porque no estaba preparado, porque mi interior no te olvidaba, porque sabía que cuando tú me mirabas nada era comparable, creo que mi alma estaba aguardándote.

—¿Lo puedes repetir? Voy a subrayarlo de nuevo.

Roa se acerca y casi rozando los labios le dice:

—Si me dices que tú no sientes algo así dejo de darte titulares.

—Yo solo quiero que me beses de una maldita vez, charlatán.

Roa se aparta y la mira algo serio, pero en dos segundos Carol entiende que lo que ve no es seriedad, es deseo. Él tira de ella, abre la puerta de la autocaravana, sube casi arrastrándola y al entrar cierra, la apoya en la puerta y sin volver a mencionar palabra alguna, su boca la aplasta con tanta fuerza que ella cree fundirse con el mobiliario, y si no es porque sube las piernas a su cintura se habría sentido más pequeña que un chihuahua.

Nada que ver con el beso de la otra noche que fue suave y romántico, este es urgente y demandante. Más peligroso y mucho más increíble. Roa sabe a menta y se mezcla con el chocolate de ella, Carol descubre que nunca ha probado nada tan delicioso. Y quiere más. Lo quiere todo. Se acabó el ir despacio, ella no suele tener mucha paciencia en estos temas, y con Roa se le hace más imposible que nunca. Tanto que sin saber cómo le acaba de arrancar la camiseta y ya puede tocar su piel, ese abdomen marcado y el tórax tan definido que parece una escultura de Miguel Ángel. Roa continúa besándola por el cuello, el lóbulo de la oreja, la barbilla, mientras que ella le desabrocha los pantalones para poder colarse y tocar por debajo del bóxer su fabuloso culo.

—Tengo la sensación de que me estoy quedando desnudo —le susurra lamiéndole el cuello.

Carol se ríe y le baja el pantalón hasta por encima de las rodillas y encarama con más alevosía sus piernas en él. Ahora la decisión de llevar solo la sudadera le parece que es la mejor de su vida porque puede sentirle perfectamente.

Roa, que pilla la directa, sin dejar de besarla, acaricia sus piernas desnudas hasta llegar a su trasero, sobarlo y apretarlo con tanta fuerza hacia él que Carol ha estado a un newton de estallar.

—Vamos a parar, pequeña, por favor, no quiero que nuestra primera vez sea así.

—¿Qué? ¡Qué le den! Ya lo haremos bonito, pero por favor, Alan, necesito sentirte dentro de mí, ¡ya! ¡Y tomo anticonceptivos!

Carol le muerde el labio inferior y después le besa con ardor para que no le queden dudas del deseo que siente por él.

Roa la mira. Está tan guapo con ese gesto desenfadado, el pelo descolocado, la respiración acelerada y los ojos brillantes que ella le ruega:

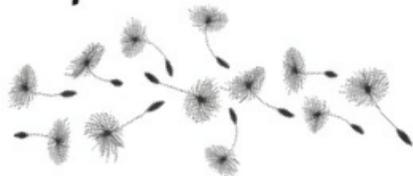
—Por favor, Alan, dentro ¡ya!

Mientras que dice, «*tus deseos son órdenes para mí*» se baja el bóxer, después le aparta la braguita y despacio, pero certero, se cuela dentro de ella y solo con eso y una mirada cómplice y anhelante entre los dos, logra que Carol estalle en mil pedazos. Jamás se había sentido tan unida a nadie. Jamás. Unas lágrimas de felicidad se resbalan por su mejilla y mojan la cara de Roa. Él se preocupa, pero ella le dice que está bien, que es de alegría. Sin casi salir de ella, con las piernas encaramadas a su cintura van a la cama. El ejercicio para subir la escalera de esa guisa, unidos y el con el pantalón por las rodillas es de récord güines y la risa se hace un huequecito entre todo el deseo acumulado de años. Porque había mucho deseo pendiente, pero también muchas risas.

Así en la cama, mientras la empuja con una cadencia tan profunda y pausada que Carol cree desmoronarse con cada embestida, terminan de desnudarse. A la vez que sus cuerpos se deleitan, sus miradas encajadas se dicen que nunca habían sentido una conexión tan fuerte con nadie y que es tan alucinante que no van a poder parar de repetirse en lo que les queda de vida.

Mientras, muy cerca, hay alguien que rechaza que entre un hombre y una mujer puedan pasar cosas tan placenteras y bonitas como lo que está sucediendo ahora mismo en la caravana de los nuevos. Entre un hombre y una mujer siempre hay gritos y reproches.

Capítulo 15. Ansiedad



El primer día le sucedió en la ducha del colegio después de la clase de gimnasia. Sintió que su caja torácica no se expandía, hasta intentó recordar si se había llevado algún balonazo jugando al vóley, porque el aire le entraba en sorbitos pequeños y rápidos. Se tuvo que agachar, agarrarse con fuerza las rodillas y con la cabeza entre las piernas conseguir respirar y enlentecer su corazón que galopaba sin control.

No hubo ningún detonante. Eso fue lo raro. Clara, una compañera de su clase que es muy maja, la escuchó y la ayudó a ponerse en pie, a secarse y a vestirse apartadas del resto para que no se diesen cuenta. Le dijo que eso a su madre le pasaba y que estaba segura de que eran crisis de ansiedad. Juntas fueron al orientador del colegio, pero en ese momento no estaba y poco a poco se le pasó. Diego no se dio cuenta y ella no se lo contó.

Días después, tras salir de la clase de teatro, ignorando las burlas de Lola y su séquito, mientras iba camino de casa sintió como que todo el mundo la miraba raro, que se daban codazos a su paso, que se reían de ella y el aire, otra vez, dejó de entrar en sus pulmones como si también se burlase de ella. Esta vez, en vez de agacharse salió corriendo y al llegar a casa fue directa a la ducha para ver si con el calor y el vaho se abría su caja torácica. Poco a poco lo logró. No se lo contó a nadie, porque en su interior sabía que todo era producto de su imaginación y que nadie la había estado señalando.

Ayer, mientras paseaba con Diego por un centro comercial, al verlo tan lleno de gente tuvo un amago y le pidió que se fueran. Él la miró raro, pero asintió. Y centrándose en él, en besarle, en escucharle y mirarle a los ojos logró que el aire circulara y se le pasó.

Diego es el chico más auténtico que ha conocido jamás y no quiere espantarle con sus movidas. Es auténtico, no solo por cómo viste, ni por su peinado, ni por la música que escucha, es auténtico porque le dan igual los demás, tiene opinión sobre todo, y respeta lo que ella opina aunque sea distinto. Y no le quiere perder, si él se entera que ella se está volviendo loca la dejará y ahora la rompería en mil pedazos.

Hoy se ha decidido, porque no quiere ser alguien tan asustadizo, ya que una cosa es que llore cuando le hacen algo, pero otra es que llore porque sí. Por la noche le asaltan las pesadillas del momento vivido con Roa, el sonido de su pierna rota, la tormenta, los gritos de Lola, espíritus burlones que chillan más que el viento y se ríen a carcajadas de ella. A Carol ahora le da miedo dormir.

Llama a la puerta.

—¿Sí? Pasa.

Ella respira hondo y accede al despacho.

—Uy, perdona, estaba buscando al orientador —dice al toparse con un chico muy joven.

—Perdonada, pero soy yo —le sonrío tan amable que Carol le imita por contagio.

—¿Tú? ¿Y Felipe?

—Está de excedencia, yo soy el nuevo. Pasa, ven... —El chico que acabará de cumplir veinte años camina hacia ella—. Soy Ricardo, ¿y tú?

—Carol...

Lo segundo que le llama la atención es que es muy alto y bastante guapo, y que desprende una seguridad que para ella la querría. Tiene los ojos azules oscuros y unos hoyuelos súper favorecedores cuando sonrío.

—Muy bien, Carol, cierra la puerta, pasa y siéntate.

Carol le hace caso.

—Eres muy joven, ¿no?

Ricardo se ríe, mientras toma asiento frente a ella.

—Sí, acabo de cumplir veintidós.

—¿Y ya eres orientador?

—Sí... —Se rasca el pelo que tiene largo con coleta—. A ver, Felipe es mi padre, y lo he tenido fácil.

—¡Anda, qué bien! ¡Qué suerte!

—Sí... bueno, háblame de ti, ¿suele verte mi padre? Es por si te tengo ficha abierta o algo.

—No, es la primera vez.

—Mejor. —Sonríe tan cálido que no hacen falta chimeneas con este chico—. Así somos nuevos los dos. Cuéntame, Carol, ¿qué necesitas?

—¿Necesitar? ¿Eh? O sea, nada, no es por cosas del cole, es más mío... —se pone nerviosa—. Igual no puedes ayudarme, es que es un poco loco...

—Soy un crack en cosas locas. Tú dime.

Carol le mira, no sabe si decirlo en alto, si lo hace no habrá escapatoria, puede, incluso, que llamen a sus padres, pero quizás no, y no sea tan grave. Es que le está matando la incertidumbre. Un bloque en la garganta le imposibilita hablar, coge aire hondo, mira a las paredes con estanterías llenas de archivadores. No puede ser a la primera que le pase esto, seguro que en esas carpetas hay más gente como ella.

—Tranquila, Carol... Sé que puedo ayudarte.

—Últimamente me pasan cosas raras —logra decir.

—¿Cosas cómo qué? ¿Un poco más específica?

—Pues que siento que no me entra el aire sin estar constipada ni nada y el corazón me late muy rápido.

—Ah, bueno, eso no es tan raro...

—¿No? —Levanta la cabeza Carol para comprobar si él dice la verdad.

—No, para nada. ¿Y te cosquillea todo el cuerpo, hasta los ojos?

Ella asiente.

—¿Te sucede mucho?

—No, tres veces. Desde hace unas semanas.

—¿Te puedo preguntar si ha habido algún cambio importante en tu vida?

—¿Qué es importante?

—Lo suficiente para que te suceda cuando recabas en ello.

—No... estoy con un chico, por primera vez, pero es muy guay. Él no tiene la culpa...

—¿Y quién la tiene según tú?

—Creo que unas chicas, se meten conmigo por algo que pasó, lo que sucede es que no puedo respirar cuando estoy tranquila, no cuando ellas me insultan.

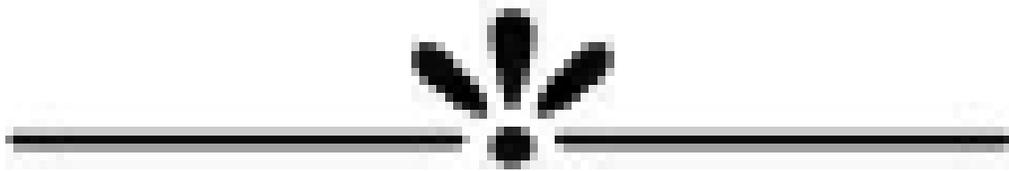
—A veces ocurre, no es de extrañar. Carol, ¿puedes contármelo todo desde el principio? Creo

que sí te puedo ayudar, pero necesito que seas muy sincera. Te prometo que, de aquí, de lo que hablemos tú y yo, no saldrá nada.

—¿Nada? ¿Y si ves que estoy loca no se lo dirás a mis padres?

—No estás loca, eso es obvio. Creo que tienes ansiedad y vamos a tratarla con terapia y la mejor terapia es saber qué la provoca.

—Vale...



Carol y Bea están llegando al metro donde han quedado con Diego. Bea, por fin, está recuperada y ha vuelto al cole esta semana con una pinta fantástica porque ha perdido peso y le ha crecido el pelo un montón. Las dos intentan ocultar su nerviosismo con risas tontas y bromas típicas, hasta hablan más alto de lo habitual, pero es la primera vez que se deciden a ir a una fiesta del colegio y se han arreglado a conciencia para ello. Toda la semana buscando vestidos, estudiando revistas de maquillaje, peinados, que al final han conseguido un look bastante aceptable, o eso creen ellas. A ver qué opina Diego, que se ha negado a verlas antes.

Bea ha optado por un vestido negro corto ajustado al pecho y con tul en la falda y unas botas motoristas y Carol ha preferido un pantalón estrecho con tu top dorado de tirantes que deja ver su tripa y su espalda. El pelo se lo han alisado a conciencia, pero Carol se ha hecho una cola de caballo muy estirada y Bea lo lleva suelto.

Carol está feliz, por fin le han quitado el aparato de arriba, y aunque le queda el de abajo, apenas se le nota si no sonrío a tope.

—¡Fiu, fiu! —silba Diego en broma nada más verlas aparecer y parece quitarles cien kilos de peso de encima—. ¡Estáis buenísimas!

Bea se ríe y Carol recoge las babas que se le han caído del suelo al encontrarle tan guapo con una camisa azul oscuro abierta combinada con un vaquero negro, y el pelo recién cortado.

Diego primero saluda con dos besos a Bea y ella toma algo de distancia para dejarles espacio. Carol le sonrío antes de besarle en los labios y dejarse abrazar por él.

—Estás muy guapa, mucho...

—Y tú —responde ella de seguido, tan feliz que quiere immortalizar este momento. Las manos de Diego bajan por su espalda semidesnuda y acaban justo encima de su culo. La sensación ha sido tan ardiente que ella cree que se le ha debido quedar la marca de sus dedos grabada.

—Me vas a matar con este top, pero creo que nunca te había visto tan bonita, se te ve radiante, Carol.

—Gracias —le responde ella con una gran sonrisa, orgullosa de que su novio sea tan guay que use palabras como «radiante» y le queden bien.

—Te quiero siempre así.

—Lo intentaré, pero eso es porque estoy con mis personas favoritas del mundo, tú y Bea.

Diego la besa despacio y a sorbitos.

—Hoy lo vamos a pasar guay.

—Eso espero.

—¡Carol! —la llama Bea. Ambos se separan para oírla. Ella vuelve a acercarse y les dice bajito.

—Acabo de ver a Lola y su pandilla, yo creo que camino de la fiesta... si quieres nos lo saltamos —la preocupación es evidente en el tono de su amiga.

—No, tranquila, Bea, últimamente pasan de mí —contesta intentando sonar serena—, además ya no me importa.

—¿Seguro? —le pregunta su amiga con tono desconfiado.

—Sí, de verdad. Ricardo, el orientador, me ha ayudado un montón y desde que estoy con Diego no se me acercan.

—Les dan miedo mis músculos —bromea él.

—Además, seguro que se emborrachan tanto que ni me ven —añade Carol.

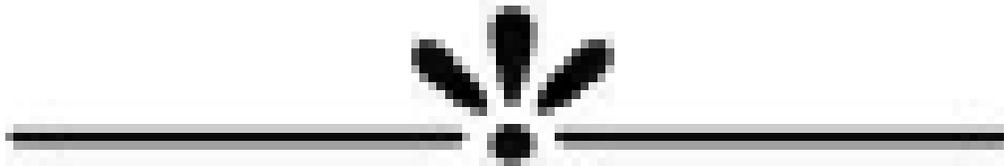
—Vale, vale, pero si te dicen algo nos vamos y punto. Son unas gilipollas. —La abraza su amiga—. Estoy harta de que te traten tan mal, ya no pienso callarme.

—¿Y que la tomen contigo?

—Pues así tocan a dos, e igual no dan para tanto.

Diego y Carol se ríen.

—Chicas, nadie nos va a amargar la fiesta, estaos tranquilas.



Roa llega a la discoteca. Está algo cansado, la sesión de hoy de rehabilitación ha sido mortal, pero su amigo Alberto le ha insistido tanto que no ha podido negarse. Además, es la última fiesta del año y por fin acaba el instituto. El dinero que recauden es para el viaje fin de curso y eso sí le apetece. Ha sido un último trimestre atípico, desde el accidente no ha vuelto a pisar por allí, excepto para los exámenes finales. Las operaciones, la rehabilitación, la poca adaptabilidad del colegio para ir con muletas le ha valido para estudiar con apuntes y libros que le mandaban y al final cree haber sacado buena nota media. Se merece un respiro... no ha sido un año fácil.

Mira a su alrededor, nunca había estado en este local. Tiene una pista central y en torno a ésta, pequeños reservados con sillones rojos. Huele un poco raro, como a humo mezclado con ambientador barato. Al fondo está la barra, donde encuentra a Alberto escoltado por tres chicas de su curso. Roa camina despacio, todavía cojea si va más rápido. Les saluda a todos. Nada más verle un montón de gente se le acerca para preguntarle, y sentándose en un taburete que le presta su colega, les responde con bromas para restarle importancia y dejar de ser el centro de atención. No le gusta hablar de él, se siente incómodo, y eso que en su vida no ha solido pasar desapercibido, sobre todo cuando jugaba al fútbol, por eso cuando venían a adularle, él lo solventaba con un chiste y cambiaba de tema. A su amigo Alberto sí le gusta, en cambio, ser el protagonista; por eso se llevan tan bien.

Se crea un debate de cuál va a ser el destino del viaje de fin de curso. Unos prefieren

Mallorca, en plan relax y fiesta, y otros Europa. Desde su posición se ven las escaleras por dónde entra la gente de la calle y como si la presintiera, mira justo cuando baja Lola con sus amigas y sus miradas se topan. Roa siente un pinchazo de culpabilidad. La última vez que se vieron fue en el hospital y él perdió los nervios. No se arrepiente de lo que le dijo, pero sí de las formas. Fue muy desagradable con ella y aunque se lo merecía por mala pécora no se siente orgulloso.

Ella no puede ocultar su sorpresa al verle, la conoce desde hace muchos años y descifra todos sus gestos sin romperse la cabeza. Es transparente para él. Observa como al bajar cuchichea con sus amigas y se deciden a acercarse a ellos. Roa se recompone en el taburete y se convence a sí mismo de tener un trato cordial.

Como si fuera una bandada de pájaros y ella fuera la punta de la flecha que suelen dibujar en el cielo, Lola y sus amigas se presentan ante él. Está muy guapa, es innegable que ella es la chica más sexy del colegio, pero también la más tonta. Una pena, porque con su belleza podría conseguir mucho de lo que se propusiese, el problema es que no se propone nada. Tampoco su vida ha sido sencilla, crecer sin madre y con un padre que trabaja tanto que ni duerme en casa...

—¡Qué sorpresa verte aquí! —le dice mientras le da dos besos. Huele muy bien, ella siempre usa el mismo perfume. Hubo un tiempo que a él le encantaba...

La gente, que sabe de su historia, se hace a un lado para prestarles intimidad.

—Sí, ya... Alberto me ha convencido para que me dejara ver. ¿Qué tal estás, Lola?

—Bien, contenta. He aprobado todo.

—Enhorabuena... ¿Vas a hacer selectividad?

Lola coge un mechón de su pelo y le da forma con los dedos. Roa sabe que es una de sus armas de seducción. Es curioso cómo antes eso le ponía a cien y ahora es inmune. Quizás es porque sabía que, si ella le hacía ojitos, es que tenía ganas de marcha y su cuerpo se anticipaba; ahora no se acostaría con ella ni en broma, es como si le hubieran inyectado la vacuna anti Lola. Algo en su cabeza hizo clic el día del accidente y todo lo que antes había tolerado se le atragantó de golpe. No se siente orgulloso tampoco, él sabía que con ella no iba a llegar muy lejos, pero le ponía mucho y eso le servía para enfriar su alta temperatura corporal de adolescente calenturiento; tampoco le prometió nunca nada, pero ella decía que le quería y en ese momento él tenía que haber cortado la relación. Ella se apoyaba en él para salir de sus movidas en casa, de las discusiones con su padre y con su hermana pequeña. En fin, de todo se aprende.

—No creo... sabes que no se me da bien estudiar.

—Bueno, al final has aprobado, no se te dará tan mal —la intenta animar por ser cordial.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

—Creo que audiovisuales...

—¿No querías INEF?

—Ya, se me han quitado las ganas.

—¡Qué tonta! No te he preguntado. —Se ruboriza—. ¿Qué tal estás, Roa?

—Tranquila, mejor... pero de momento voy a pasar del deporte y me gusta mucho la fotografía.

Ella asiente. Se les acaba la conversación, tampoco es que antes hablaran como teleoperadores, eran más táctiles... Mira a la escalera y las personas que ahora la ocupan. Se le abre la boca de la impresión y Lola lo nota. Se da cuenta de su error muy tarde, pero no lo ha podido evitar. El cambio es tan espectacular que le ha impactado. La hermana de Alberto baja enfundada en un vaquero ajustado y un top cortito que le marca la figura como nunca... y ya no es una niña.

No sabe qué le pasa con ella. Jamás se ha roto tanto la cabeza con algo. Alan se considera

alguien práctico, si algo le produce dolor de cabeza lo arrincona y al final se esfuma, pero a Carol no consigue desdeñarla. Está totalmente prohibida, es pequeña y es la hermana de Alberto, y sin embargo, cada vez que la tiene delante se olvida de todo lo malo y solo piensa en formas de mantenerla a su lado y de que no se vaya.

Al principio pensó que era ternura, la veía como a un ternerito indefenso ante los leones y leonas del colegio, poco a poco fue notando que sus ojos la buscaban. En teatro pudo conocerla algo más, inconscientemente estaba deseando que llegaran las clases para acercarse a ella y protegerla, obviando que con esa actitud la enfrentó a la peor fiera del colegio: a Lola. No se lo perdonará jamás.

—¡Vaya! Se ha atrevido a venir la idiota esa.

—Lola, te pido por favor que pares. Es una niña. Sé que estás acosándola.

—¿Yo? ¿Acosando a esa niñata? Estás muy equivocado. Solo la estoy poniendo en el lugar que la corresponde.

—¿Y cuál es?

—¡Te rompió la pierna! Por su culpa ya no puedes jugar al fútbol —se ofusca.

—Fue un accidente, y si es cuestión de echar culpas igual te tienes que mirar el ombligo, tu juegucito de la ouija tuvo mucho que ver. Déjala en paz, te lo pido por favor.

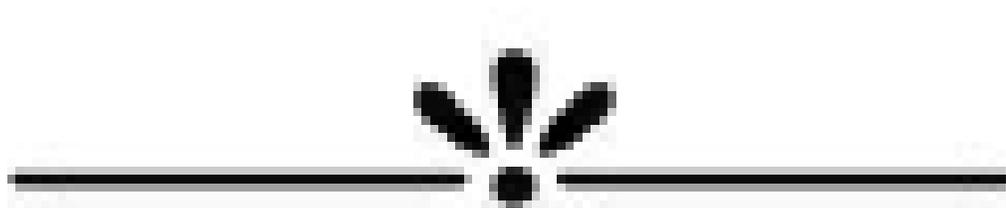
Ella asiente y sonrío.

—Vale, vale... no pienso perder el tiempo con ella, tampoco te creas que lo hago, ¿eh? No vayas de Robin Hood que no te pega.

—Yo no voy de nada... solo déjala tranquila.

—¡Qué si, pesado!

Lola se marcha de su lado, estira su espalda, se tensa con ella. No la soporta. Sus ojos, que van por libre, buscan a Carol. No la ve. Intenta volver al grupo y prestar atención a las anécdotas que están contando de los profesores.



Clara, Carlos y Javi, unos compañeros de clase, se unen a su pequeño grupo y se van a la pista a bailar. Clara practica danza y se le nota, baila con mucho estilo. Bea y Carol hacen lo que pueden y los chicos son un desastre los tres. Se ríen con las tonterías de Diego. Carol se lo está pasando muy bien, aunque de refilón le ha parecido ver a Lola, pero le ha dado la espalda; ojos que no ven, corazón que no siente. Tiene un poco de calor, decide ir a la barra y pedir ya la consumición que venía gratis con la entrada. Se lo dice a los chicos y nadie más la quiere todavía. Diego se ofrece a acompañarla, pero estima que no es necesario.

Justo cuando está llegando, se abre hueco entre la gente y le ve. Es él. No hay duda. Ha venido y está guapísimo. Su cuerpo, desacostumbrado ya al efecto que solía ejercer antes, sufre un colapso: las rodillas se le doblan, se bloquean, su corazón galopa, y el estómago es una centrifugadora. Casi le había olvidado. Él, que está en un grupo con su hermano, gira la cabeza y su mirada y la suya chocan. Del reconocimiento pasan a la sorpresa y segundos más tarde a la

incomodidad. La boca de Roa se inclina de un lado y sonrío, Carol no se mueve ni un centímetro, a pesar de que su cuerpo entero tiembla por completo, más tenso que un cordero en Navidad.

Se fija en él, como si tuviera que escribir una descripción de su físico y su mente fuese una de esas poderosas de espías que en segundos sabe hasta de qué color lleva los calcetines. A Roa siempre le mira más, se queda con cada detalle, por tonto que sea. Antes, de tanto estudiarle, sabía los días que se afeitaba, cuándo iba al peluquero, incluso cuándo estrenaba zapatillas o camiseta del uniforme. Como una psicópata de manual. Se ha entrenado mucho en observarlo y su mente le registra cada cambio.

Le conoce, con un gesto divertido, le está invitando a que se acerque, sus acuciantes ojos sobre los de ella actúan como pan caliente, imposible de rechazar. Toma aire. Respira e intenta animarse con el típico «tú puedes», que es el «no hay huevos» de las chicas. Camina, un paso, otro, cada vez más cerca. Se deben oír los latidos de su corazón. «Tranquila, es solo un chico», le dice para alentarla su raciocinio, «¡y una mierda!», le contradice la oposición. Llega a su lado, sonrío como puede y no como desearía, y aparta su mirada fijándola, sin saber por qué, en la pierna. Se arrepiente instantes después, por lo que sube la cabeza y le presta atención de nuevo al rostro. ¿Será posible que no sabe qué hacer con ninguna parte de su cuerpo? Le sobran las manos, las piernas le continúan temblando y duda hasta de su postura.

Para él es más fácil, con sonreír lo tiene todo hecho. No puede haber nadie en el mundo inmune a esos labios en forma de arco iris invertido. Nadie.

—Hola... —casi le susurra.

Roa gira su taburete dando la espalda a los demás.

—¿Qué te ha pasado, Carol? —es lo primero que le dice.

—¿Cómo? —le pregunta ella consternada, no sabe a qué se refiere y se asusta. Igual le reprocha que no haya ido a verle, pero sí que fue solo que...

—Has crecido mucho, ya no —titubea— ya no estás tan niña. —Arruga un milímetro el ceño al decir esto, acto que para otro pasaría desapercibido, pero para la experta en Roa no.

—Lo normal, ¿no? Algún día tenía que suceder... y dentro de unos años seré una mujer. —De verdad que ignora de dónde ha salido ese sarcasmo, pero da las gracias a quien le corresponda por hacerla parecer un ser pensante y no un saco tonto de babas.

Roa ríe.

—Estás muy, pero que muy guapa, como llegues a mujer a este ritmo te voy a tener que pedir el teléfono.

—Lo tienes, viviré en mi casa todavía. —¿Acaba de coquetear con Roa?

Él abre mucho los ojos y el arco iris se invierte todavía más dando jaque mate a su ingenio.

—Esperaré a los dieciocho, el día de tu cumple te llamo, resérvame la tarde. —Le guiña un ojo.

—Para eso tienes que saber en qué fecha cae.

Roa le señala a Alberto.

—No me será difícil. ¿Me guardas la tarde, pues?

—Suena a me concedes el primer baile de las películas de época.

—¿Me lo concedes, pues?

—Tú llama...

—Contaré los días.

—Pues te queda rato, voy a cumplir quince.

—Soy consciente.

—¿Y qué haremos? Para saber cómo vestirme ese día —le pregunta poniendo los brazos en

jarras.

—Me quedan unos años para pensarlo, pero puedes escoger esto que llevas hoy, seguro que vale. Estás muy guapa.

—Gracias... ¿cómo estás tú? No has venido al colegio en todo este tiempo.

—Bien, mejor, con la rehabilitación como era por la mañana no podía ir al insti, pero he aprobado todo, el año que viene a la universidad.

—¡Qué envidia me das!

—Bueno, tú disfruta de estos últimos años, son los mejores, ya lo verás.

—No sé yo, pero lo intentaré. Roa, lamento mucho lo que pasó, fue todo por mi...

—¡Ey, Carol! —la interrumpe su hermano apoyándose en el hombro de Roa—. ¿No vas a tener frío hoy con esa ropa? ¿Te han dejado salir así de casa?

Roa le golpea con un codo.

—¡No seas abuelo, macho! Tu hermana está perfecta y a ti te da una rabia que te mueres, porque si no fuese quién es, le tirabas la caña.

—¡Arjjjj! —exclaman los dos emparentados a la vez, provocando una carcajada de Roa.

—Hermanita, pórtate bien, te estaré vigilando. Roa, ¿te pido algo?

—No, gracias.

Alberto desaparece de la escena y vuelven a quedarse solos entre un mar de gente.

—Voy a pedirme una Coca cola —le aclara ella y apoya medio cuerpo en la barra para que la vea el camarero. En esa posición puede oler su perfume y sentir sus ojos clavados en ella, le acaba de ofrecer un vistazo top de su trasero en pompa. Traga saliva y al hacerlo advierte que se ha espesado en estos últimos minutos. ¿De verdad pensará todo eso que ha dicho o era un coqueteo tonto?

Siente una mano en la espalda y mete un respingo olímpico. ¿Roa le está acariciando la espalda? Cuando advierte un aliento en su cuello se gira impresionada y lo entiendo todo. Es Diego.

—Me pides a mí otra, me ha entrado sed —dice y después la besa suave en los labios. Ella se deja hacer, es un manojo de nervios —. ¿Estás bien? —le pregunta.

—Sí, sí...

—¿Segura?

—Sí, Diego, estoy súper bien, es que me has asustado.

—Ok. Voy al baño, ¿te espero en la pista?

—Sí, ahora voy.

—Perfecto —responde y vuelve a besarla esta vez algo más intenso—. Ummm, ¿te he dicho que me encanta tu nueva boca?

Diego se refiere a lo de su aparato y aunque se lo agradece, por primera vez le separa. Diego la mira extrañado

—Mi hermano está ahí mismo —le señala con la cabeza y de pasada mira a Roa y todo apunta a que no se ha perdido ni un segundo de la escena romántica.

—Ahhh, entonces me voy —dice y huye entre risas tal cual ha enunciado.

Carol vuelve a medio subirse en la barra para lograr que el camarero le preste atención. No lo consigue. Si supiera silbar con los dedos lo haría. No quiere girar el cuello y sin embargo... lo gira. ¡Maldito sistema autónomo! Roa la mira serio. Ella sube los hombros.

—¿Es tu novio?

—Sí... algo así.

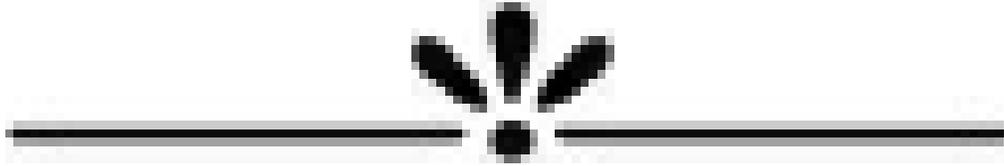
—¿Algo así?

- Tengo catorce años —aclara—, novio es mucho correr.
- Ya veo. Espero que se porte bien contigo y que te trate como mereces.
- Es muy majo, sí —es lo único que su mente colapsada puede responder.
- Me alegro.

Por fin el camarero se acerca. Le pide los dos refrescos y le observa mientras los prepara para no tener que afrontar una nueva conversación. Cuando los sujeta en las manos, se despide:

- Espero que te vaya muy bien, Roa.
- Lo mismo te digo, Carol —le responde clavándole los ojos, pero se esfuerza en desconectar y escapar como si la vida dependiera de ello. Se va.
- ¡Carol! —le oye y se da la vuelta.
- ¿Qué?

—Feliz cumpleaños —no lo dice en alto, pero lo vocaliza y ella le entiende perfectamente. Se queda paralizada unos segundos con los dos refrescos en las manos, anonadada, feliz, enganchada a esa riada de alegría que le produce el que él sepa de ella, que no la ignore, que incluso la vea lo justo para coquetear con ella. Y aunque lo hará con muchas, hoy a ella eso le hace sentirse especial.



Está enfadado y no puede negarlo.

¡Es una niña, joder! ¿Qué cojones está haciendo fijándose en esa niña? ¡Es la hermana de Alberto, para ya! Y sin embargo no puede. Cada beso que se da con su «algo así como novio» le amarga más la noche. Y se ve que llevan tiempo, él la manosea con mucha confianza, saltándose las primeras líneas rojas que suelen marca las chicas de su edad. Él la ha tocado varias veces en zonas cubiertas por la ropa y ella le responde de igual forma.

Ahora se han alejado de su grupo y están sentados en unos sillones dándose el lote sin reparar en nada. No, ya no es una niña. ¡Se caga en todo!

- ¿A qué viene esa cara? —le pregunta Alberto que acaba de regresar de la pista.
- Nada... me duele un poco la rodilla, creo que me voy a ir.
- ¿Ya? Pareces un ermitaño...

El putito «algo así como novio» le mete la mano por el top a Carol y desde donde está ve como le acaricia el pecho.

- ¡Joder! —bufa.
- ¿Qué pasa? —le pregunta Alberto.
- ¡Mira a tu hermana, tío! ¡Está dando el numerito con ese niño!
- Alberto mira donde le indica su amigo y su cara se convierte en poema.
- ¡No me jodas! ¿Pero, quién es ese?
- Algo así como su novio, me lo ha dicho antes.
- ¿Qué hago? ¡Vaya, tela!
- ¿Qué vas a hacer? Ir allí y meterle un soplamocos al idiota ese.

—¿Y por qué? No veo yo que la esté obligando... Ni que tú ni yo hayamos hecho eso y más.

—Ya, ¿pero delante de todo el colegio, macho?

—Ya... vale, voy, pero vente conmigo.

—¿Yo?

—Sí, tú, por si se me va de las manos, que no quiero joderla, últimamente Carol está mejor y no la quiero ridiculizar, tú eres más condescendiente.

—Yo no pinto nada.

—Más de lo que crees pintas tú, a ver si te piensas que soy gilipollas.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?

—Mira, Roa, somos colegas desde pequeños, te conozco más que a nadie.

—¿Y?

—Lo de ir de hermano mayor defensor a mí no se me da bien, no es mi papel, por lo que no te voy a echar a los leones... tranquilo.

—Sigo sin cogerte.

—Lo que tú te quieres coger es a mi hermana, pero espérate unos años y ya os casáis.

—De hermano mayor no tienes precio, no... ¿Cómo puedes hablar así de ella?

—Me ha quedado feo, sí, pero eso no quita que sea verdad. La miras y se te cae la baba, cada vez que me preguntas por ella te tiembla la voz... ¿Y qué quieres que te diga? Me molas como cuñado, pero dentro de unos añitos. Mientras déjala, que es libre, y se divierta. Ella está loca por ti desde enana, no te lo pondrá muy difícil.

—No sé qué decirte.

—No tienes que decir nada.

—Vale, quizás seas mejor hermano mayor de lo que crees...

Alberto sonríe.

—Venga, ven, nos sentamos frente a ellos y toso en plan ¿os lo estáis pasando bien?

Roa se ríe y acepta. No llevan a cabo el plan, nada más acercarse Carol les pillan y se baja de las piernas del chico.

—Hola, soy Alberto, el hermano de Carol. No nos han presentado.

—Soy Diego —le responde muy convencido—. Perdona si te ha molestado...

—No, tranquilo, estáis en vuestro derecho de quereros, pero mejor que lo hagáis en sitios más íntimos, ¿no, hermanita?

Carol, blanca como la pared, mira al suelo. Roa empieza a arrepentirse de haber provocado una situación tan incómoda.

—Voy al baño —se levanta y se esfuma sin mirar a nadie.

Alberto le mira, sube los hombros y le dice al oído:

—Asunto resuelto, me voy a la pista.

—Yo me quedo aquí.

—Un placer conocerte, Diego. No sé qué estás haciendo, pero mi hermana está mucho más feliz, sigue así y ni se te ocurra putearla, que este te mata —dice mientras señala a Roa y después se va.

Diego le mira apesadumbrado y Roa a él. Le partiría la cara ahora mismo, pero nadie lo entendería.

—¿Qué? —le reprocha muy chulito. «Que no me caliente, que pillan», piensa.

—¿Te vas a poner en plan gallito conmigo, Diego? Porque ya te vale, tío.

—Ya me vale el qué.

—¿Era necesario enrollarse con ella?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Tienes algo que contarme?

—No, yo no, ¿y tú?

—Yo no tengo por qué darte explicaciones.

—Pues yo creo que sí, te dije que la cuidases, no que le metieses la lengua hasta la campanilla. Bonita forma de cuidar tienes tú.

—¿Es acaso de tu propiedad? Me dijiste que le echase un ojo, se lo eché y me empezó a gustar. No es un rollo, Carol es mucho más para mí.

—Mi madre me ha contado lo que te ha pasado, por qué has perdido un año escolar.

—Eso a ti no te importa.

—Más de lo que crees, porque como le hagas daño...

—Eso no va a pasar.

Roa se levanta y se acerca a él con tono retador.

—Diego, no me esperaba esto de ti... y sabes que siempre te he tenido aprecio.

—Y yo a ti.

—Más te vale que te controles.

—Alan, mira, yo solo la estoy ayudando a ser quien debe ser, porque Carol estaba oculta y es muy bonita. Tú mismo me lo dijiste. A cualquier señal de que me tenga que ir, se lo explicaré, me marcharé y ella lo entenderá. Pero yo también quiero ser feliz, me lo merezco.

—Lo sé y yo no te lo niego, claro que lo mereces... pero me lo podías haber avisado.

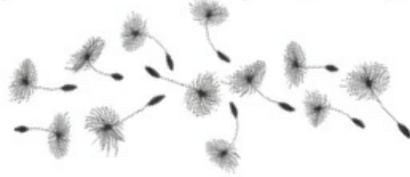
Roa le da unos toques en la espalda y se despide. Ya no le queda nada qué decir.

Ninguno se ha dado cuenta de que alguien ha seguido muy de cerca los movimientos y se ha enterado de las dos últimas conversaciones de Roa. Alguien a quien le acaban de dar la razón y trama qué hacer con ella. Porque a ella no se le pasa por delante, porque en su casa puede que la ignoren, pero en la calle, no, ella es la reina. Ni Roa ni cualquier iluso la va a ningunear. Sabía que los celos que sentía por esa cría no eran infundados. Le dan tanta rabia las niñas como Carolina, con una familia perfecta, una casa preciosa con piscina, una cara de muñeca de cuento, de no haber roto un plato nunca... y unos padres que se preocupan por ella...

No hay peor cómplice de una diva que la envidia. Se va a enterar la cría esa.

¡Como que se llama Lola que se va a enterar!

Capítulo 16. Camping mágico



El amanecer enroscada en su cuerpo es tocar el cielo con las manos, saltar entre las nubes, beber de la lluvia recién vertida... hablando de otra manera menos celeste: despertarse sabiendo que el cuerpo que la rodea es el de Roa le provoca más dicha que si un estudio de Harvard anunciase que los donuts adelgazan. Sentirle dentro de ella ha sido, sin lugar a dudas, el mejor momento de su vida. Y da igual que el día se haya despertado anubarrado, para Carol brilla el sol porque la noche pasada le ha regalado a su interior una guirnalda led de 12 metros con categoría A+++ que la ilumina mucho más que las insulsas mascarillas de vitamina c por muy *trendy* que sean. No se ha mirado al espejo, pero sabe que está radiante.

Ha dormido apoyada en su pecho desnudo, como en las películas donde las actrices tienen cuellos elásticos incontracturables. Ahora levanta el edredón nórdico y mira por debajo. Se ríe. Al igual que ella, él está completamente desnudo y despierto. Muy despierto. Una mínima mueca en su boca se lo corrobora. Nadie sabe verle como ella, le ha mirado tanto...

Sin preámbulos, como muerta de sed a jarra de agua fresca, se monta encima de él y le introduce dentro, casi todas sus células gritan un *Oh my God!* ceremonioso, pero a algunas un poco más deslenguadas se les ha escuchado emitir un *fuckin you* tan soez como literal. Apoya las manos en el pecho de Alan, mientras él arquea la espalda para profundizar más en ella, pero no la toca... sigue jugando a estar dormido. Perfecto. Ella manda. Lo toma. Sale y entra en él, como la mujer intensa que es, abriéndose cada vez más, contrayendo su sexo para abrasarles de placer, moviendo la pelvis en círculos para que no quede ningún rincón sin sentirla, tomándose su tiempo para volver a deslizarse. Es tan inmenso lo que siente que se olvida de quién es; no, es más que no le importa ninguna otra cosa en el mundo, nada que no sea su cuerpo. Es perder el sentido y a la vez sentir al cien por cien. Los gemidos de ambos se adelantan al canto del gallo, es muy pronto, pero para ellos no, ha tardado tanto en ocurrir que cada segundo que se esfuma en esa cama es un gracias por esta nueva oportunidad.

Un sueñecito más tarde es él el que se hace dueño de la situación y toma a Carol desprevenida y adormecida, con la sensación de haber soñado con lo mismo. Hasta al principio confunde la realidad con lo onírico, pero cuando abre los ojos y le ve se da cuenta del momento, del ahora, de que él frunce el ceño, de que la empuja con fuerza, con mucha fuerza, con tanta como si hubiese esperado años y años en poder hacerlo y eso le enrabetase. Ella grita en la última estocada y entonces él abre los ojos, la mira, se queda quieto, respirándola, atento, con los ojos hasta llorosos, al igual que ella, ahítos de sensaciones difíciles de gestionar y que solo pueden expresarse con la física de las lágrimas. Más despacio retoma el movimiento y Carol se pierde en un orgasmo increíble, imposible de olvidar. Alan le sigue instantes después.

Son las diez y están exhaustos. Desde las seis de la mañana no ha dejado de llover y de tronar. Por primera vez a Carol le ha convenido la tormenta, así no se escuchaba lo que sucedía dentro de su casa con ruedas y paredes indecentes de plástico.

Permanecen abrazados, mirando las gotas caer en la ventana del techo.

—Vamos a tener que comprar esta caravana —le dice Roa dándole un beso en la frente.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Me niego a que nadie más haga el amor aquí, sería un sacrilegio.

Carol se ríe.

—No te rías, tengo dinero ahorrado, aunque no me vendría nada mal un poco de colaboración.

Estos cacharros son carísimos.

—Me apunto.

—¿Sí? Lo estoy diciendo en serio, aunque suene a broma.

A Carol le viene un recuerdo...

—¿Te acuerdas de aquella vez en la fiesta del instituto que me dijiste que me ibas a llamar por mi cumpleaños?

—Pues claro que me acuerdo, iba en serio.

—No me llamaste.

—Sí lo hice, pero te habías marchado.

—¿Cómo? —Carol se levanta de la impresión.

—Me tiré todo el día dudando, al final, a las siete me decidí a llamarte y tu madre me dijo que habías salido a comprar, que te llamara a tu teléfono móvil que te acababan de regalar. No me atreví y a cambio te envié un mensaje.

—¡Ahhhh! ¡Fuiste tú el del mensaje ese raro! Lo leí por la noche...

—Sí, fui yo.

—Te hice caso, quería pensar que eras tú. Sabía por mi hermano que estabas de Erasmus.

—¿Miraste el cielo a las doce? Te escribí algo así... ¿No?

—Me escribiste, literal: feliz cumpleaños, a las doce de la noche mira al cielo conmigo y pide un deseo. Ojalá se cumpla, algún día...

—Sí, eso fue —afirma Roa entrecerrando los ojos, como si eso le teletransportase al pasado

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunta Carol.

—Porque estaba hechizado, como ahora... no sé qué tienes, Carol, pero siempre he sentido que eres parte de mí, que no te podía dejar pasar, aunque fueses intocable.

—¿Intocable?

—Menor de edad, hermana de mi mejor amigo...

—Ya, claro... Puestos a ser sinceros lo mío es peor: yo estaba loca por ti como una fan, te lo prometo, hubiese forrado las paredes y las carpetas con tu cara y me daba tanta vergüenza...

—¿Te acuerdas de la fiesta? ¿De todo?

—No sé... ¿a qué te refieres?

—A que tenías novio y te vi besándote con él, fue la primera y única vez en mi vida que he sentido celos. —Roa lleva una mano a la frente de Carol y la baja por su pelo mientras la mira con dulzura—. Tu hermano se dio cuenta ese día de lo que sentía por ti.

—¿Alberto lo sabía? ¿Qué dices?

—Tu hermano es más perceptivo de lo que crees.

—¿Y qué te dijo?

—Algo así como que esperara unos años.

Los pensamientos de Carol regresan a esa fiesta, y a Diego. No puede ocultar la consternación.

—Sé que él fue... —le dice Roa.

—¿Te refieres a Diego?

—Exacto.

Carol no responde. Es un tema tabú que ha escondido en el fondo más fondo de su armario mental, entre hordas de opacas bufandas de lana. De Diego no se habla.

—Fue tu primer amor, ¿verdad? —le susurra interrogante.

Una lágrima resbala por su mejilla. Quizás porque el ambiente está cargado de las emociones de la noche, quizás porque aunque sea uno de los pesos pesados que han marcado su vida y ha ocultado a los demás, a él le da la clave de la cerradura con solo pronunciar su nombre, y quizás sea porque sí, porque Diego fue su primer amor adolescente, intenso, apasionado, sincero, aunque con un pero importante, que Roa es y ha sido su cien por cien y en aquella época también. Porque a veces evocaba su rostro cuando estaba con Diego y eso le duele por injusta y le hace culpable de aquello que pasó.

—Sí —responde ella al fin—, Diego...

—Carol, tengo que contarte algo.

—Dime...

—Yo le conocía.

—¿A Diego?

—Sí, es mi primo. Un primo lejano.

Carol no puede ocultar su asombro.

—Y hay más... cuando me enteré de que iba a ir a nuestro colegio le dije que te cuidara, que te echara un ojo. Me daba mucho miedo Lola.

—¿En serio? —Carol hace memoria y le empiezan a cuadrar algunas cosas, como la rapidez en presentarse a ella, aunque...

—¿Pero no sabías lo suyo? —le cuestiona.

—Sí, pero no pensaba que era tan grave. Muchas veces me he sentido el culpable de todo lo que pasó, es algo que arrastro desde siempre.

—Te entiendo, yo también.

—¿Tú? Tú precisamente no tienes culpa de nada.

—¿Eso crees? Porque yo veo que tengo la culpa de todo. Si yo no hubiera existido, nada de aquello habría sucedido... —Otra lagrima se cuele en la fiesta de recuerdos.

—No, pequeña, eso no es así. Tú existes y tenías que existir, no puedes hacerte cargo de la maldad o inmadurez de Lola. Ella fue la culpable, no tú.

Más húmedas invitadas saltan de sus ojos. Las escenas de esa noche se encienden como anuncios publicitarios indeseados en cascada. Sucedió hace muchos años, pero los recuerdos son tan vívidos que hasta puede oír las alarmas de las ambulancias y la policía; también oler el aroma a sangre que lo tiñó todo de horror.

Roa la abraza y le susurra palabras tranquilizadoras.

—¿Y si estamos malditos? —le llora ella.

—¿Cómo?

—El espíritu, la tormenta, aquello... Todo para que no estuviésemos juntos, ¿te das cuenta?

Roa se pone algo nervioso y por primera vez Carol lo advierte.

—¡Ni se te ocurra pensar en eso! Tú y yo teníamos que haber sido mucho antes, y ella lo evitó y casi lo consigue. No es cosa del destino, Carol —suenan algo enfadado.

—Ya, si yo no creo en esas cosas...

—Pues no lo pienses más, por favor —la interrumpe ofuscado.

—No te enfades, anda... —le dice ella besándole en los labios con una naturalidad sorprendente.

—¡Joder, Carol! No me asustes, en serio. No puedo perderte.

—Me acabas de encontrar, seguro que no sería tan malo —vuelve a besarle.

—Cuando encuentras algo que has buscado toda la vida, la pérdida debe de ser apocalíptica. Me estoy desnudando, Carol, como nunca lo he hecho, jamás me he expuesto tanto. Sé que voy a mil por hora y tanta velocidad te puede agobiar, y lo peor es que no tengo ni puta idea de donde están los frenos. —Carol se ríe—. En serio, si tú no entiendes nada de esto, por favor, te pido que me avises porque de la hostia que me puedo dar no me repongo en la vida.

Carol le mira y no se lo cree, de estas veces que te sientes tan feliz que hasta da miedo que estalles en pedazos como una supernova. Es Roa, es ella... Juntos, desnudos en cuerpo y con sendas almas en pelotas tiritando de fiebre.

—Roa, cuando tú te has subido al coche yo ya me había puesto el cinturón. Llevo preparada para ti desde que te vi por primera vez. No me asustas, me tientas.

Se miran.

Roa la sonrío. Ha estado fina con lo del cinturón.

Carol le sonrío. Le ha dicho que no puede perderla.

Es curioso como cada uno retiene lo que le viene en gana. Lo más curioso es que no lo van a olvidar nunca, este momento es de esos que protege tu memoria con poliespán, como niño Jesús del belén.

Parece que la nube de la tormenta se marcha y un rayito de sol se cuele por la ventana de la caravana. Carol, que se da cuenta de su total desnudez, se cubre con la sábana rápido. Roa que lo advierte, le pregunta:

—¿Qué haces? ¿Te estás ocultando de mí?

Carol resopla.

—Soy un poco pudorosa, ya te lo dije.

—Carol, te he lamido entera, conozco ya tu cuerpo...

—Ya, en la batalla se me quitan las tonterías, pero así en frío, me da cosa que me veas desnuda, llámame loca.

—¿Tienes complejos? —le pregunta él como si estuviese chiflada.

—Hombre, pues alguno, claro...

Roa se incorpora antes que inmediatamente, en toda su desnudez, y bajando de la cama se sitúa frente a ella, en el pequeño hueco entre la ducha y el aseo. Carol le mira tumbada, alcanzando a ver hasta su cintura.

—Me llamo Alan Roa —le dice y Carol arruga el entrecejo porque no entiende lo que está haciendo él—. Tengo el pelo intratable, va a su bola, y este rizo de aquí —sopla y el mechón que siempre le cae sobre la frente salta hacia arriba—, es anárquico total y no hay gomina, espuma o cera que se haga con él. Tengo la nariz grande y un orificio diferente al otro, y ahora no vas a poder parar de fijarte.

Carol sonrío extasiada.

—Mis dientes incisivos están separados y de pequeño me daba complejo y mis hoyuelos cuando sonrío, son unas arrugas que me hacen parecer más viejo de lo que ya soy.

Roa eleva los brazos y dobla los codos, como un forzudo, y continúa:

—Mis brazos están firmes del deporte y la escalada, pero me gustaría estar más fuerte, y mi pectoral es plano como una tabla.

—¡Mentira! —le dice ella. Roa le giña un ojo sonriente.

—Me gustaría no tener vello, pero para eso hay que depilarse y soy muy vago para eso. De tripa no me puedo quejar, los hay a mi edad más barrigones.

Carol se ríe y Roa se da la vuelta.

—Mi espalda no me la veo, pero termina en un culo del que estoy bastante orgulloso, de tanto andar entre piedras está durito. —Carol se incorpora un poco en la cama para alcanzar a verlo y se ríe por lo bajini. Roa se da la vuelta y mira hacia abajo, una erección se presenta entre ellos. Roa sube los hombros.

—Y este... este normalmente va por libre, podría ser más grande, o más grueso, pensarás, pero sería injusto, porque desde hace unas horas se ha vuelto un fan incondicional tuyo y ha decidido obedecerte solo a ti, con tus virtudes y tus defectos. Y lo curioso es que es la primera vez que él y yo nos ponemos de acuerdo. Yo soy así, Carol, tal y como me estás viendo ahora, ¿me tomas o me dejas?

—Ven a la cama, anda —se ríe Carol.

Él no la obedece y tira de sus piernas con fuerza y luego forcejea hasta conseguir bajarla a su altura, tan desnuda como está él. Cuando ella le va a besar, él la frena.

—Antes nos lavamos los dientes, ¿no? Apestanos un poquito...

Carol le golpea el pecho entre risas y él la coge por detrás, pegando su torso a la espalda de ella, para dar dos pequeños pasitos hacia el aseo.

—Uhhmm, me encanta esta postura —gime él en su oído.

Cuando terminan de cepillarse los dientes, con los cuerpos pegados y sin dejar de mirarse al espejo, él le dice:

—No quiero complejos entre nosotros.

—Vale...

—Para mí eres la mujer más bonita que he visto nunca y jamás quiero que te tapes ante mí, no me prives de tu cuerpo.

—¡Qué vaaaleee, pesado! Yo no sabía que tú estabas tan loco —se sincera dándose la vuelta para besarle. Roa forcejea para impedirselo y la vuelve a enfrentar al espejo—. ¡Pero bueno, que ya nos hemos lavado los dientes!, ¿ahora qué pasa?

—Que te he dicho que me encanta esta postura y te pienso disfrutar así, o muero...

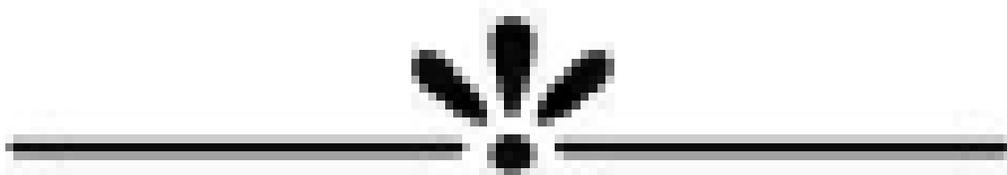
Carol se espanta.

—¿Aquí? ¡No cabemos!

Roa la toma por la cintura para doblegarla ante él y colarse en su hendidura sin preámbulos. Carol apoya las manos en el diminuto lavabo para no caerse.

—Ya buscaremos mejores sitios —dice con voz ronca él—, pero verte gozar frente al espejo se me ha hecho imposible de rechazar.

Mientras, muy cerca de ellos, alguien se vuelve a esconder de los gritos de quien le impide contar la verdad y tiembla, como es costumbre.



La tormenta ha vuelto, por lo que no hacen ni el amago de moverse de la cama. Carol está

medio dormida, dejándose llevar por las caricias que le está haciendo Roa en su tripa. Están en modo cucharita, agotados pero ansiosos de retomar fuerzas para volver a perderse.

—¡Socorro! ¡Ayudaaaa! —escuchan fuera y su burbuja de gofre con vainilla, caramelo, leche condensada y para aderezar, nata montada, se agria por los gritos y el escándalo tras la puerta.

Roa, más rápido que un silbato, salta de la cama y se viste de cintura para abajo con una urgencia de superhéroe, que hasta le hace sospechar a Carol de haber pasado la noche con Clark Kent.

Al abrir la puerta distingue una mujer a unos cincuenta metros pidiendo ayuda con una expresión tan desencajada que Roa se lanza y corre hacia ella. Parece estar sola en mitad del camping con un bebé en sus brazos. Llueve como si las nubes quisiesen desaparecer para siempre y todo el universo se estuviese empeñando en ello.

Hay momentos en la vida que las palabras no son necesarias, que el entendimiento llega antes que las preguntas y que se actúa porque estamos programados para intervenir cuando realmente se nos necesita. Y este es uno de ellos.

Cuando está llegando se da cuenta de que hay un hombre en el suelo, apoyado en el tronco de un árbol, a cubierto de la tormenta, con la mano en el pecho.

—Carlos, Carlos... —le señala ella entre sollozos angustiosos—, ayúdame por favor, por favor.

Roa corre hacia el hombre, tiene los ojos abiertos de más y la palidez, casi fantasmagórica de su piel, le otorga visos de ser grave.

—Me duele el pecho, me quema y no puedo respirar bien —le dice antes de que Roa pregunte nada, con un esfuerzo hercúleo, como si a cada palabra Hacienda le quitara años cotizados.

Justo en ese momento aparece Carol.

—Llama a una ambulancia, Carol —le apremia Roa intentando aparentar la calma que desearía sentir—. Tranquilo, tranquilo, ahora vendrán. ¿Te has tomado algo?

—No, nada... ha sido de repente —le contesta el hombre arrastrando las palabras cada vez más—. Tranquilízame a mi mujer, por favor, es muy nerviosa... Se está empapando y mi hija también.

—Tú céntrate en ti, en respirar... ¿Se te pasa? —le pregunta Roa.

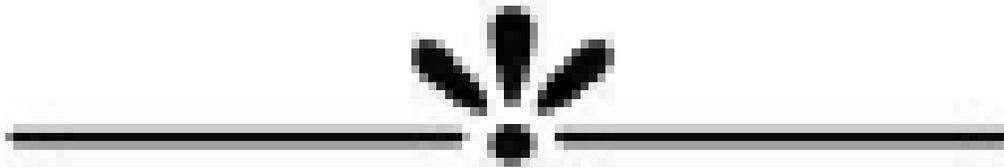
—No, es muy intenso, yo creo que es un infarto. Mi padre murió de uno.

—No pienses eso, ¡venga! —dice agachándose para ponerse a su altura y poder transmitirle algo de calor tocándole un hombro.

Carol se le acerca, Roa detecta algo que le hace levantarse y caminar hacia ella. Ella le cuenta que las ambulancias pueden tardar más de una hora porque el camping tiene difícil acceso y están ocupadas.

Después del susto inicial, impera la lógica y Roa corre a la tienda a preguntar y encuentra en la tienda a alguien que le presta su coche. Entonces deciden que lo mejor será que le lleve Roa y Carol se quede con la mujer, Amanda, y la bebé.

En menos de un minuto se han marchado. Carol mira la estela que ha dejado el coche con la bebida en brazos. Después del shock, anima a Amanda a caminar hacia la cafetería del camping donde les espera la dueña.



Se sangra más gota a gota durante horas que a raudales en un minuto; la angustia funciona igual. No hay manera de relajar a Amanda. La ausencia de noticias es tan desesperante que hasta Carol se advierte muy nerviosa, pero intenta aparentar que no, tarea ardua complicada y que se está alargando tanto en el tiempo, que no hay actriz en el mundo que sostenga este papelón.

Saben por Alan que ya han llegado al hospital y que han ingresado a Carlos en urgencias, pero que no han salido para decirle nada. Carol ha intentado darle conversación y la dueña del camping, Sonsoles, también, pero no funciona, la pobre mujer está descompuesta. Al menos la bebé, Laia, se ha dormido después de tomar la teta de su madre y eso ha ayudado a un clima más sereno, porque la bebida tiene tres meses, pero llora como el taladro de tu vecino y los berridos impregnaban al salón de esencia de estrés cien por cien natural.

Amanda les ha confesado, entre lágrimas, que estaban discutiendo cuando él se ha llevado la mano al pecho y que se siente muy culpable. No para de repetir que como le pase algo no se lo va a perdonar nunca, que se han tomado una semana de vacaciones para intentar conectar con su pequeña y su nuevo modo de familia, pero que no lo estaban logrando en un espacio tan pequeño como el de su caravana y ahora esto...

Les ha contado que los dos son abogados y se conocieron en su despacho, y que, aunque en su trabajo hay mucho estrés, el bebé lo está superando con creces. Que se quedaron embarazados cuando llevaban apenas seis meses de relación y que por la edad que tenían, rondando los cuarenta, decidieron arriesgarse, pero el cambio ha sido tan radical que ahora no saben cómo darle sentido a todo.

Una de las niñas del otro día entra en la cafetería y tras quitarse un chubasquero se sienta en una mesa pequeña de Ikea que está a un lado del salón sin decir nada. Sonsoles la mira con ternura y les dice:

—Perdonad, el deber me llama.

Carol y Amanda permanecen sentadas. Carol mira sin parar el móvil por si recibe algún mensaje, pero el único que parece estar activo es su hermano Alberto que la está friendo para contarle algo en referencia a su padre y le escribe que es mejor que le llame, pero Carol no quiere dejar sola a Amanda por nada en el mundo.

Carol observa cómo Sonsoles sirve el desayuno a la niña con una rapidez digna de una rutina diaria y cómo la pequeña se bebe la leche con pajita y sin rechistar. Por la actitud debe de ser Val, la que era más tímida. Apenas ha levantado la cabeza de la mesa y no la ha visto. Sonsoles le sirve una tostada con mantequilla y justo cuando le va a abrir la mermelada, suena el teléfono del local y se va para descolgar. Carol distingue cómo la pequeña no puede abrir el envase y como no hay nada que le guste menos que una tostada fría, se levanta y cuando se quiere dar cuenta le está untando el pan.

—¡Buenos días, peque!

La niña la sonrío todavía con cara de dormida.

—Eres Val, ¿verdad?

La menor asiente sorbiendo la leche.

—¡Menudo día de lluvia más feo! Esta noche hemos tenido otra tormenta... ¿Has descansado bien?

—Sí —le responde muy bajito—. Me he abrazado a Botellita.

—¿Quién es Botellita?

—Un reno mágico, me lo regalaron mis padres y me hace ser valiente.

—¡Jo! ¡Pues yo quiero un reno mágico para mí!

—Si quieres algún día te lo dejo...

Carol se ríe.

—No te preocupes, peque, pero muchas gracias.

—Claro, tú le tienes a él...

—¿A quién?

Justo en ese momento sale Sonsoles y las interrumpe, y cuando ella le va a decir lo bonita que es su hija por el ofrecimiento tan dulce que le ha hecho, le suena el móvil y corre hacia la mesa donde está Amanda con el teléfono en la mano para que descuelgue.

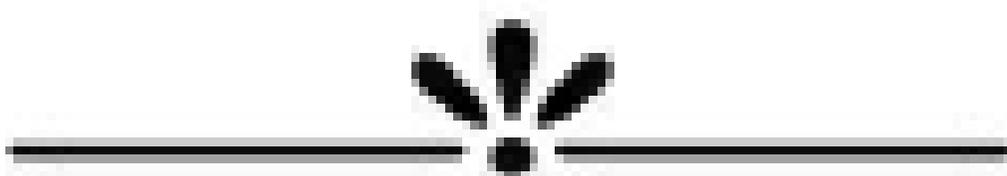
—Pone que es Roa —le dice angustiada.

Carol contesta con nervios, pero al sentir la voz de Alan se calma. Por el tono no parece que le vaya a decir algo muy malo.

—Ha tenido un ataque de ansiedad, el corazón está bien.

—¡Aysss, menos mal! —se alegra Carol—. Espera que conecto el altavoz y se lo explicas a Amanda.

—Amanda, estate tranquila, han descartado que sea de origen cardiaco, piensan que ha sido un ataque de ansiedad y he podido verle y ya está mucho mejor. —Mientras le escuchan, Carol le da la mano y nota cómo ella se la aprieta. Se miran. Se acaban de conocer, no ha sido en las mejores circunstancias, pero algo le dice a Carol que acaba de hacer una amiga para siempre.



Por la tarde, por fin, escampa y cuando van a salir a dar un paseo y destensar los músculos, se les aparece Sonsoles, la dueña, proponiéndoles un paseo en caballo junto a Carlos y Amanda, guiados por Quique, la pareja de Sonsoles, al que no habían visto hasta ahora.

Carol hace años que no monta a caballo y Roa tampoco, pero aun así aceptan porque les parece divertido y diferente. A Amanda y Carlos, Sonsoles les ofrece quedarse con Laia, y los recientes y angustiados padres tras dudar unos segundos le dicen también que sí. Juntos caminan hasta las cuadras donde Quique, con tono serio, les recomienda en qué caballo montar.

El paseo por el valle es magnífico, sobre todo porque el telón de fondo son unos riscos infinitos que les hacen pensar lo pequeño que es el hombre. Por momentos trotan siguiendo el curso del río. Quique, un guía un poco parco en palabras, les habla de la flora y la fauna de la zona. Es gallego por los cuatro costados, no lo puede ocultar el muchacho, pero se hace entender

a su forma.

Se nota que Carlos y Alan, después del incidente de por la mañana, han entablado una amistad basada en el susto común, y Carol y Amanda ídem de ídem, por lo que al llegar y *arrumacar* a su bebida, deciden quedar para cenar juntos en la cafetería.

Carol y Roa ayudan a Quique a llevar los caballos a la cuadra. Al llegar escuchan a este con mal tono increpar a alguien:

—¿Qué haces aquí? ¡Te he dicho cientos de veces que no te acerques a la cuadra, cría del demonio!

Carol se queda descompuesta y al mirar ve a la pequeña Val, colorada y compungida, que no responde a su padre y sale corriendo.

Quique, que se da cuenta de que tenía espectadores, se excusa alegando que además de ser peligroso para la pequeña estar sola con los caballos, siempre llega a casa perdida de barro. Alan le sonrío, a Carol no le sale, el tono ha sido tan feo que no lo puede olvidar así como así, además de que al referirse a la niña como *cría del demonio* le ha hecho recordar aquella época en la que día sí y día también recibía ese cruel apodo.

De camino a la caravana lo discuten, saben que no están en condiciones de opinar porque no son padres, pero se prometen que, si algún día lo son, usarán otra estrategia para educar a sus hijos, a sabiendas de que es muy fácil opinar desde la grada.

Carol recuerda que tiene que llamar a Alberto y le pide el teléfono a Roa, el suyo lo dejó cargando en la caravana. Roa saluda rápido a Alberto cuando descuelga y se despide para irse a duchar.

—Ya sabe que eres quien eres, ¿no? —da por sentado su hermano.

—Obvio. Ya sabe muchas cosas... y yo.

—Uhhmm... ¿el qué?

—Pues por ejemplo que en aquella fiesta del colegio le diste permiso para estar conmigo cuando fuéramos mayores.

Alberto se ríe a carcajadas.

—¡Madre mía! ¡Pues sí que habéis hablado! No recordaba aquello. Es que ponía una carita cuando te miraba... y tú a él. Siempre me sentí un poco Cupido con vosotros.

—Eres un romántico... a ver si te aplicas la lección para ti.

—Para eso tendré que encontrar a mi primera dama.

—¿Y Bea?

—¡¿Bea?!

—¡Ey, ey! Deja de hacerte el loco, sí, Bea, ¿qué pasa con ella?

—Pues que... ¿Tú no vienes de montar a caballo?

—Sí. ¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que tu amiga es un caballo salvaje.

—¡Como Spirit, no te digo! No digas chorradas.

—No son chorradas, Bea no quiere una relación. ¿Quién es Spirit?

—Una peli y no, Bea huye de las relaciones, que no es lo mismo.

—Bueno, pues yo también.

—¡Ah, eso es otra cosa! ¡No eches balones fuera, amigo!

—La que echa balones fuera eres tú, que me estás liando para no contarme por qué me ha parecido escuchar un beso cuando mi colega se ha marchado a duchar.

—Si que tienes el oído fino tú...

—Para lo que me importa, soy un murciélago.

Carol se ríe de las ocurrencias de su hermano.

—Bueno, dime... —le insta Carol.

—No, dime tú, ¿estáis juntos?

—Eres muy pesado y muy cotilla. Vete al Sálvame.

—Doy por afirmativa la respuesta. Carol...

—¿¡Qué?!

—Estáis hechos el uno para el otro.

—Eres más cursi que un repollo con lazo.

—Di lo que quieras, pero no la cagues. Os quiero a los dos mucho y me jodería que no supierais ver la oportunidad que se os ha prestado.

—Hablas como si alguien lo hubiera trucado, ha sido casualidad.

—¿Y si sí?

—Pues estaríamos en Navidad y esto sería una peli navideña, pero por lo que veo a mi alrededor estamos en pleno verano, así que no.

—Da igual, yo lo que quiero es que tú sepas ver lo buena gente que es mi colega, porque te prometo que no hay nadie como él.

—Ya me voy dando cuenta... Bea también es muy grande.

—¡Qué pesadita!

—Le dijo el jamón al tocino.

—Carol... papá está jodido.

—¿Cómo?

—Le van a imputar.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho su abogada. Es cuestión de días.

—¿Y eso qué supone? ¿Va a la cárcel?

—Si el juez lo estima así, sí, pero en principio por un caso como este no, porque no hay riesgo de fuga, ni reiteración delictiva, y varios factores más. Tendrá que pagar una fianza y la obligación de acudir al juzgado los días 1 y 15 de cada mes.

—¡Madre mía! ¿Y el juicio? ¿Cuándo será?

—No lo sé, lo que sí, es que los casos de corrupción son con jurado popular.

—¿En serio? ¿Y qué sabe la gente de corrupción? ¡Ay, por favor! ¡Qué pesadilla!

—Bueno, tú tranquila. Vayamos paso a paso.

—¿Y cómo está? Yo le llamo, pero no me lo coge.

—A mí tampoco, ayer fui a verle. Habla de todo, menos de eso. Tiene cara de cansado, pero sabes que papá está envasado al vacío, es hermetismo puro.

—Sí, y yo la verdad es que nunca he hablado mucho con él, ahora no me sale... siempre me he relacionado más con mamá. Tú tenías más conexión con él.

—Para hablar de deportes, no te creas...

—¿Y mamá?

—Hoy he ido con ella al hipódromo. A su bola, como Los Pecos. Ya la conoces... que nadie vea.

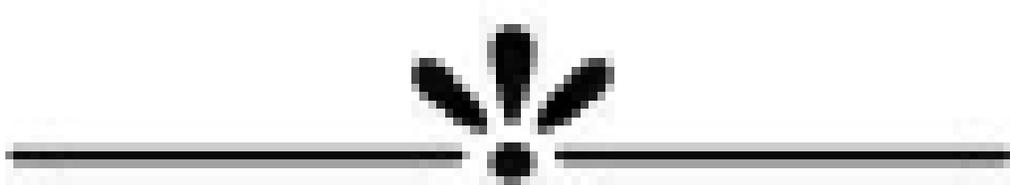
—Sí, aparentar felicidad.

—Está en shock todavía, no ha asimilado nada.

—Normal. Oye, te estás comiendo todo el embolado tú solo, esta te la debo.

—Carol, es mejor que sea así, yo soy un relajado de la vida y aunque la situación es peliaguda, a mí nada me quita el sueño, tú eres más emocional...

- No sé yo... algo te afecta, no te hagas el duro.
- Tú no te preocupes por nada y disfruta del viaje.
- En unos días estaré por allí.
- Lo sé... Dale recuerdos a mi colega.
- Sí.
- Y disfruta.
- Gracias, Alberto.



En la cafetería del camping, mientras esperan a sus nuevos amigos tomando una copa de vino, Carol le cuenta de seguido todo el asunto de su padre, aunque él ya es conocedor de gran parte por lo que le ha explicado Alberto. Necesitaba desahogarse y Roa la escucha atentamente, sin soltarle la mano, acariciándola. Algo que puede parecer simple, pero que a ella le sirve para sentirse acompañada, como en una burbuja de esas de nieve de los niños, protegida por su cúpula. Al lado de Roa cree que le va a resultar más sencillo afrontar las desgracias. Porque con él es feliz cien por cien, sin aristas. No hay peros. De momento, claro.

Y entonces echa para atrás en el tiempo y se ve a sí misma contemplando a una pareja en un restaurante desde el escaparate. Fue un momento inocuo, hace cinco años, no sabe por qué se paró, pero sus pies se detuvieron y añoraron lo que esa pareja desprendía: armonía. Hoy tacha esa casilla de cosas por hacer en su vida, hoy, de la manera más natural, ella ha interpretado una escena similar con Roa y siente que puede que sea la primera de muchas. Porque cuando un enigma encaja lo sabes antes de comprobar la solución.

Como la cafetería se encuentra más llena de lo que pensaban, deciden esperar fuera, en la terraza, con su segunda copa de vino. Ya es tarde, el sol se ha escondido, la luz del crepúsculo envuelve el paraje de magia, y el frescor que emana la naturaleza invita a respirar en silencio y a detener los pensamientos. Carol recuerda el calor de Madrid y opina que la vida en la gran ciudad está sobrevalorada en muchos sentidos. De la mano se dirigen a tomar asiento en una mesa frente al pequeño parque, donde una de las niñas, Val o Noa, está columpiándose con un gatito sobre su regazo. Ambos caminan hacia ella para saludarla.

—¡Qué gato más precioso! ¿Es tuyo? —le pregunta Carol. La niña responde con la cabeza que sí. Vuelve a ser Val—. ¿Y tú hermana?

La pequeña vuelve a contestar con gestos que no sabe.

—Es un poco tarde, ¿no te vas a la cama? —le pregunta Roa.

Val continúa muda como un retrato. Un olor a canela tostada les invade, Carol estornuda, su alergia abarca niveles insospechables. Deben de estar cocinando postres. Por su espalda se les aparece la hermanita, Noa, que se monta en el columpio sobrante y les saluda, esta sí, usando la voz.

—¿Os gusta nuestro camping? —les pregunta.

—Sí, mucho —responde Carol forzando su entusiasmo.

—Vivís en un sitio precioso, pequeñas, sois muy afortunadas —les dice Roa.

—Llueve mucho, es un rollo —habla, por fin, Val, que parece que con su hermana gana seguridad en sí misma.

—A mi hermana no le gusta mucho...

—¿Y a ti?

—A mí no me importa. Me da igual.

Roa se ríe.

—Eres muy pequeña para que te dé igual —le dice.

—¿Me columpias? —le pide con voz tímida Val a Carol.

—¡Claro, peque! Pero, ¿no os tenéis que ir a la cama? No quiero que os regañen vuestros padres.

—Nuestros padres no nos ven —dice Noa.

—¿Cómo que no? Les acabo de saludar en la cafetería, pueden salir en cualquier momento —dice Roa.

—Ya, pero es que...

—No nos van a ver —Noa interrumpe a su hermana—, están trabajando y además nos dejan acostarnos tarde.

—Pero se pueden enfadar...

—Siempre están enfadados, ¿qué más da? —añade Val con pena.

Roa y Carol se miran. Son las diez y media y aunque es verano, no es la mejor hora para que unas niñas anden sin sus padres. Asunto que tampoco les concierne, pero Carol recuerda el incidente en el establo y, sin saber por qué, decide echar un capote al padre de las criaturas.

—Sí, tu papá te ha regañado antes en el establo, pero lo hace por tu bien, es peligroso estar sola con los caballos. A veces los mayores parecemos muy enfadados, pero es porque nos da miedo vuestra seguridad.

—¿Tienes hijos? —le pregunta Noa.

—No, no... —responde Carol un poco avergonzada.

—Tú vas a ser muy buena mamá —afirma con rotundidad la niña.

Carol se echa a reír.

—Ni siquiera sé si lo voy a ser, pero gracias, me acordaré de tus palabras.

—Sí lo vas a ser...

—¡Anda, pues qué bien! Se me había olvidado que te encanta predecir el futuro, ¿y por qué crees que voy a ser buena mamá? —le sigue el juego mirando a Roa. Él le saca la lengua divertido.

—Porque tú sabes escuchar a los niños, ves más allá... a mi hermana Val le gustas.

Las mejillas de la otra pequeña toman inmediatamente el color de un tomate de huerta. Carol, que había parado de columpiarla, se agacha frente a ella y le acaricia las rodillas. El gato sale disparado a donde quiera que vayan los gatos cuando huyen.

—Tú también me gustas a mí, pequeña. Tú y yo conectamos.

Val, sin que nadie se la espere, se lanza a abrazar a Carol con una fuerza insólita.

En ese momento llegan Amanda, Carlos y la bebida y las dos pequeñas salen corriendo como si fuesen desnudas en plena Cabalgata de Reyes.

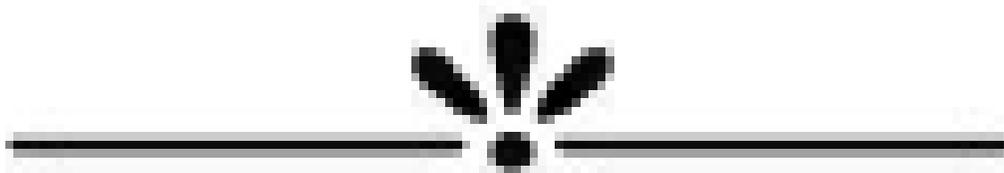
—A mí estas niñas me dan cosilla, llámame loco —le susurra Roa a Carol en el oído y esta le responde con rayos en los ojos.

—Son monísimas. Me muero de amor con Val.

—Ya lo veo, ya...

Sus nuevos amigos toman asiento en la mesa y pasan un rato estupendo, eso sí, rotándose entre los cuatro a la pequeña Laia, que va de brazo en brazo porque llora a la que intuye carro, como si estuviese programada para reventar cualquier amago de fiesta parental.

Muy cerca de allí alguien duerme, pero le despiertan los gritos. Otra vez.



Carol y Roa deciden quedarse dos días más en el camping, hasta que mejore el tiempo. Si tienen que alargar más el viaje pues así harán, pero les ha encantado el sitio y saben que con sol podrán describirlo mucho mejor. Además, por la costa anuncian alerta naranja, con lo que no tiene sentido partir para allá; el norte es lo que tiene.

La noche se les complicó a besos y se durmieron muy tarde, pero, aunque cansada y como con agujetas, Carol se siente enérgica. Hoy ya puede confirmar lo que le pareció antes de anoche, que Roa es el mejor amante que ha tenido. Parece que sabe qué decir y cómo actuar en cada momento para volverla loca. Y eso que todavía le duelen los golpes que le dio en el camping el enfermo psiquiátrico y Carol no le puede besar con toda la energía que le sale y se tiene que contener, una pena... porque besarle es sinónimo de descontrol puro y duro.

Roa se ha marchado hace un rato para aprovechar para hacer una excursión programada a una vía ferrata que hay muy cerca y a Carol, solo con ver el puente tibetano del comienzo, le entró la flojera y optó por saltárselo. Sin embargo, Carlos, su nuevo amigo, que encima ha descubierto que Roa es fotógrafo y él es amateur, le ha acompañado en la aventura con la promesa de una máster class uno de estos días. Por tanto, Carol después de remolonear un rato en la cama, y tomarse un café recién hecho por su compañero de aventura, lee una nota en la puerta del baño que dice:

«Todos esos años te he esperado y ha merecido la pena. Nunca me he sentido más despierto durmiendo tan poco».

Suspira en alto y se lleva la mano al corazón emocionada. Esto se lo tiene que contar a Bea. También, que antes de irse, Roa echó su perfume a la almohada y le susurró que era para que no le echase de menos.

Su amiga se alegra tanto por la nueva versión de Carol y Roa que le pide todos y cada uno de los detalles, y, obvio, Carol se los da. Por el contrario, ella no suelta ni prenda sobre Alberto.

Después decide irse a las duchas para poder asearse con un caudal aceptable, el de la caravana es un chorrito para salir del paso. Allí conoce a Ani, la mujer que limpia los baños, que resulta que también es masajista y esteticien y como tiene la mañana libre concreta una cita con ella para hacerse una limpieza de cutis y un masaje relajante en media hora. La vida es para vivirla y más en sus pseudovacaciones.

Pues resulta que la mujer tiene unas manos mágicas y el masaje le viene como anillo al dedo. Su cuerpo está recibiendo tantos estímulos últimamente que o todo le vale o es otro golpe de suerte lo de esta mujer, porque casi se duerme como entre algodones.

Ani y ella se toman después un zumo en la terraza de la cafetería. Son las doce de la mañana, aunque no brilla el sol, no llueve, y de vez en cuando un rayito escurridizo se cuele por entre las nubes y como girasoles cierran los ojos para disfrutarlo. Carol se detiene a mirarla en esos recesos, es bajita, pero con una figura preciosa, con esa postura erguida y elegante que destilan las antiguas bailarinas. Luce una melena espesa rizada por los hombros y unos ojos aguamar sinceros, pero tristes. Su mirada te cuenta que ha visto cosas que preferiría olvidar y su aura también desprende que es una mujer que ha resurgido.

Ani le detalla, entre pausas, porque es de esas personas que hablan lento y pausado, que en invierno vive en Madrid y que trabaja aquí porque ama el lugar y la conexión con la naturaleza. Es una mujer muy espiritual, profesora también de yoga, pero si tiene que limpiar los baños porque no hay otro que pueda hacerlo pues lo hace sin más problema, eso lo dice con una sonrisa resignada. Se dan los teléfonos, es muy probable que la llame para concertar más citas con ella y se lo diga a todos sus compañeros, además siempre ha querido mejorar en yoga.

Una de las niñas baja las escaleras de la cafetería y Ani la llama:

—¡Buenos días Val! ¿Cómo está la princesa del camping?

Carol la mira sonriente. Resulta obvio que se ha vestido ella sola, lleva la camiseta del revés, y las chanclas colocadas en el pie equivocado. Val tiene una cara de despistada muy graciosa, como si siempre estuviese a punto de dormirse. La niña se les acerca con ese halo tímido suyo y abraza a Ani y después mira a Carol con cariño.

—¡Hola, mi vida! ¿Ya has hecho los deberes?

La niña afirma con la cabeza. Carol se da cuenta de que lleva una carpeta y un estuche de Frozen.

—¡Muy bien! Verás qué bien este año, se van a dar todos cuenta de lo lista que eres.

El gatito que el otro día estaba con ella columpiándose se cruza y Val sale en su busca corriendo.

—¡Lo que le gustan los gatos a los peques! —se ríe la esteticien.

—Sí, es verdad... ¿No tienes hijos, Ani?

El rostro de Ani se ensombrece y Carol se arrepiente de haber preguntado algo tan indiscreto.

—Tuve, pero murió al nacer. Muerte súbita.

Carol se lleva la mano a la boca del impacto. Es horrible.

—Lo siento mucho.

—Tranquila, tranquila, ya está casi superado. Desde entonces vengo a este camping, ¿sabes? Me quedé embarazada aquí y me transmite calma, por eso trabajo en este lugar los veranos... Siento que es dónde debo estar.

—¿Y el padre? Perdona, no, no...

—Tranquila. —Ani posa una mano sobre la de Carol—. Es un mal hombre, estoy mejor sin él. Va en mis genes.

—¿El qué?

—Elegir a los malnacidos. Los he tenido de todos los colores, así que estoy mejor sola.

—¿Qué años tienes, Ani? Eres poco mayor que yo...

—Treinta y siete.

—Eres súper joven.

—Lo sé, pero he sufrido lo mío...

—¡Cuánto lo siento! —Carol aprieta la mano de Ani—. Por lo que cuentas te ha tocado una vida cuesta arriba, pero yo te veo muy fuerte.

—Pues sí. Tengo mis caídas, no te creas. ¿Sabes cómo logro sobrevivir? De la gente, de

conocer otras personas, en mi trabajo me cuentan muchas cosas y me sorprende al descubrir que no soy tan desgraciada. No es que me lucre de las desdichas, también de lo bueno.

—Cuando menos te lo esperes tendrás tu golpe de suerte.

—Ojalá —ríe—. ¿Tú has tenido el tuyo?

Carol lo piensa y con una pizca de miedo responde:

—Pues creo que sí. Lo acabo de tener. El hombre que me acompaña en el viaje.

—¿El que se llevó en coche a Carlos, el del infarto?

Carol asiente.

—Se le ve muy buen hombre y, si me permites, es muy atractivo. Desprende una luz muy bonita.

—Le conozco desde pequeña y hasta ahora, nada.

—¿Y eso?, ¿cómo os habíais dejado escapar?

—¡Ufff! Mi infancia y mi adolescencia fueron complicadas.

—Pues si te hace bien este chico agárrate fuerte a él, pero sin perder tu identidad, siempre tú por delante.

—Por supuesto.

—Estoy harta de ver a mujeres atormentadas porque sus hombres las han anulado. Trabajo con grupos de mujeres maltratadas. Les doy yoga.

—Eres todo un hallazgo, Ani.

—Lo que soy es una amargada. Te veo tan enamorada y me da envidia, pero ya no confío en los hombres.

—Normal, poco a poco. Tú y yo nos vamos a ver en Madrid, ¿a qué sí?

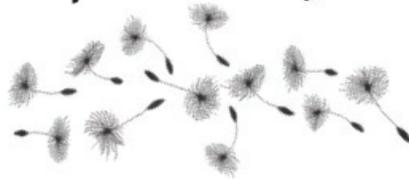
—¡Pues claro! —sonríe Ani.

—Este camping es mágico, estoy haciendo más amigos aquí que en toda mi vida.

—¿Entiendes ya por qué repito todos los veranos?

—Lo voy pillando, sí —responde Carol cerrando los ojos aprovechando otro rayito de sol que ha sorteado las nubes.

Capítulo 17. Acúfenos



Carol se mira al espejo. Quince años. Ha sobrevivido. Su reflejo sigue proyectándole a una chica muy delgada, sin curvas, con el pelo demasiado liso, espinillas y aparato, aunque ya solo en la dentadura de abajo, lo que es todo un logro.

También ve a una chica que saca buenas notas y de eso está orgullosa. No necesita estudiar mucho para obtener sobresalientes, compañeros suyos dicen estar toda la tarde estudiando para ir pelados, ella cree que es que no están atentos; ella si se sienta, se sienta y no se distrae, a veces es cuestión de atención.

De tanta natación para corregir su escoliosis sus músculos se ven fibrosos, aunque todavía es un poco bicho-palo, sin curva alguna, pero está delgada, solo le faltaba tener sobrepeso, ya sí que la calaña del colegio no la dejarían en paz.

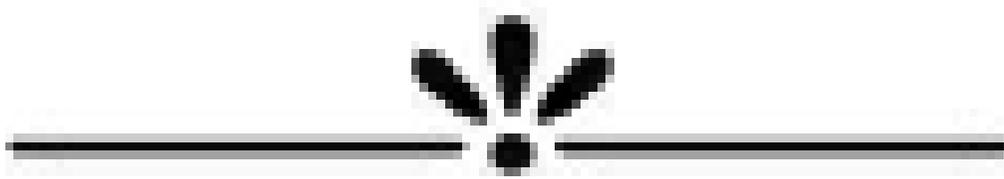
Se acerca más al espejo. Sonríe. Está ganando en autoestima, gracias a Diego y, sobre todo, a Ricardo, que sabe cómo hacerle cambiar el punto de vista y valorarse. Y eso que no habla mucho, deja que ella sea la que se enrede, pero de repente le formula preguntas que nadie le ha cuestionado y la hacen pensar. Ya no ha vuelto a tener ansiedad, fue ponerle nombre y desaparecer.

El curso con sus exámenes finales está al caer y se nota un poco estresada, pero bien, solo que se le está haciendo larguísimo. Necesita que llegue el verano, tener todo el tiempo del mundo para tumbarse en su piscina y leer. Lo único bueno es que Lola y compañía ya han acabado, para tener tiempo para hacer la selectividad, y excepto en teatro, ya no van por el colegio. Felicidad plena. Nadie se mete con ella desde que está con Diego y Carol no sufre lo increíble, como antes, cuando entra al colegio.

A veces piensa que cuando sea mayor se va a dedicar a luchar contra el *bullying*, que no va a permitir que ningún niño pase por lo que ella ha pasado. En ocasiones, se encierra en su habitación y juega frente al espejo a que es una abogada como las de la tele y está en un juicio acusando a los maltratadores. Es como catártico. Se venga. Y cree que de mayor podría serle útil a los demás, porque ella lo ha vivido en primera persona. Todavía recuerda el día en que le bajó la regla por primera vez en el patio y todo el mundo se rio de ella; de primeras no se echó a llorar, resquicios de orgullo supieron poner el freno de mano al bochorno que la embargaba, tampoco en el baño cuando se encerró con Bea, ni al volver a clase con el pantalón de gimnasia... Se derrumbó en la ducha, en secreto, y después bajó a cenar como si nada. Ese día habían llamado a su hermano para hacer las pruebas en el Real Madrid, y el ambiente era tan célebre que ella no quiso fastidiarlo. Como siempre, Alberto esto, Alberto lo otro, Alberto hace...

Termina de vestirse. Como el tiempo es caluroso elige un short vaquero y unas converse. Han quedado varios de su clase para hacer botellón en un parque cercano. El hermano mayor de Bea les va a conseguir varias botellas. Carol no cree que beba, no le sienta bien, pero le apetece salir de la rutina y estar con Diego, sobre todo eso. Es el chico más guay de su clase, en dos meses se

ha convertido en el líder y el ambiente de su aula ha cambiado. Porque es muy buena gente y todos quieren ser como él.



Lo estaban pasando fenomenal y no entiende qué es lo que ha sucedido para llegar al desagradable escenario que presentan ahora, a punto de pelearse con unos chicos que han aparecido de la nada y se han empezado a meter con ellos, por ellas.

Clara, Bea y Carol están atónitas. Se fueron a hacer pis a unos arbustos lejanos y cuando regresaban, un grupo de cinco chicos con malas pintas les salieron al quite, con groserías machistas de patriarcado siglo diecinueve. Ellas apuraron el paso, ignorándolos y regresaron con Diego, Carlos y Javi. Y entonces, los macarras, con más ganas de gresca que de barra libre de cerveza, tornaron la estrategia y empezaron a meterse con los chicos, alegando que los habían mirado mal y que por eso les iban a partir la cara.

Y ahora se ha formado un corro y el más idiota de los macarras está frente al líder de ellos, ¿quién es su líder? Pues Diego, porque a Carlos y Javi no les llega la camisa al cuerpo y no han abierto la boca, pero como Diego sí les ha contestado que les dejen en paz y que se vayan a hacer el tarugo a otro planeta, pues la han tomado con él y ya están puños en alto en el centro del corro.

Carol se pone muy nerviosa, tanto que desconecta de todo, no oye ni los gritos agudos de Bea y Clara, ni las consignas de batalla de ellos, solo ve a Diego a punto de ser golpeado y siente tanta injusticia que le entra como un huracán desde las puntas de los pies hasta la cabeza y se lanza a parapetar el primer puñetazo con su cuerpo. Y lo consigue.

Cuando el abusón dispara su primer gancho hacia la cara estupefacta de Diego, Carol se cruza y recoge el puñetazo con su mejilla derecha e inmediatamente siente que el cerebro se despega de su sitio y cae al suelo.

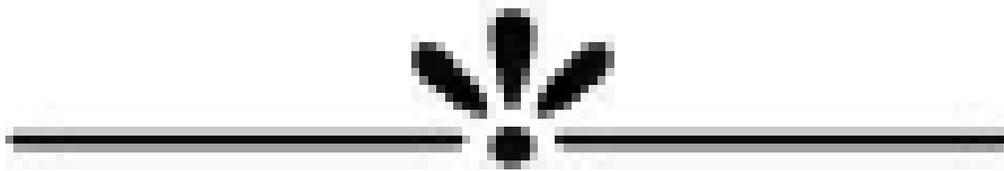
Un «piiiiiiii» penetrante en sus oídos le imposibilita escuchar la algarabía, pero no le impide ver la secuencia que ha propinado con su majadería. No le impide ver a un Diego desencajado lanzarse como abducido a por el otro y pegarle puñetazos cual boxeador profesional.

Sus amigos intentan levantarla del suelo, la llaman a voces, pero ella solo puede prestar atención a algo... la furia de Diego. Es otra persona. No consigue verlo todo, sus amigos lo tapan con sus cuerpos en su ejercicio de alzarla, pero por lo poco que capta Diego reparte puñetazos a diestro y siniestro con una violencia aterradora.

Carol, ya en pie, pero sin escuchar nada más que ese acúfeno desagradable, empuja a Carlos y a Javi para que paren a Diego. Un Diego que está pateando al último de los macarras que le queda, el resto han huido como ratas. Pero no pueden, Diego no parece él, no los escucha, se escapa de los intentos de agarre de sus acobardados amigos y continúa pateando al chaval que yace en el suelo.

Carol grita «¡basta!» con todas sus fuerzas y las chicas y ella corren a frenarle. Entre todos lo logran y tirando de él lo alejan. Diego pelea para poder zafarse y lo consigue a bastantes metros de distancia de la víctima. Cuando parece que va a ir a por él de nuevo, sucede algo que Carol no

podrá olvidar en su vida: Diego mira al ensangrentado chico que está recobrando fuerzas para intenta escapar, y después con los ojos a modo platos e idos, Diego levanta las manos al aire como si estuviera la policía, pálido y con un gesto contrito y algo más humano que el de antes. Segundos más tarde parece que cae en lo que ha hecho y sus manos vuelan a ambos lados de su cabeza para sujetarle los pensamientos arrepentidos, grita como un poseído y sale corriendo sin que nadie pueda darle alcance. Tampoco lo intentan.



A Carol le faltaba que al llegar a su casa hubiera una fiesta. Se le había olvidado por completo. Su madre la ha organizado a última hora, como despedida de las familias del colegio de la clase de Alberto, y aunque se lo comentó durante la semana, tampoco su madre le ha insistido mucho. Sabe que ella no es muy de saraos.

Y no, no tiene el cuerpo para fiestas. Físicamente se encuentra bien, y aunque el golpe en la mejilla se le sigue notando, no cree que le deje un gran hematoma, pero, de momento está rojo tomatazo. El problema es más psicológico. Ignora dónde está Diego. No responde ni a las llamadas ni a los mensajes. Y ella, por primera vez, no sabe muy bien qué sentir por él, su pensamiento va a ralentí, cuesta arriba, pesa como en un día lento de niebla. Por una parte, está orgullosa porque plantó cara a los violentos, cosa que sus otros dos amigos no hicieron, cargándole toda la responsabilidad a él al exponerle como el líder de su grupo, pero, por otro lado, la imagen de él golpeando con tanta saña al chico que ya estaba en el suelo, le desagradaba tanto que incluso le repugna y daría lo que fuera por poder olvidarla. Carol odia la violencia, no la justifica con nada. Lo que ha visto en Diego hoy... no quiere llorar. Se pone muy roja y su madre le va a preguntar.

Antes de entrar al salón, pasa por el aseo y se suelta el pelo para intentar cubrir el daño. Lo mejor será que haga acto de presencia, salude a los invitados, y después se suba a su habitación con un buen arsenal de queso para tragar las penas.

Entra en el salón. Hay mucha gente entre este espacio y el jardín. Es una fiesta en toda regla. Los padres beben copas de vino y comen de bandejas que hay repartidas por varias mesitas, formando tres o cuatro corrillos ruidosos. Al fondo ve a los compañeros de Alberto que están sentados en las hamacas de la piscina.

—¡Carolina! —la presenta su madre y por la cara que ve se ha dado cuenta del enrojecimiento de su mejilla—. ¡Por fin llegas, hija!

Mientras Encarni se acerca a ella, Carol observa como el resto de padres sonrío y después siguen a lo suyo, sin reparar en una adolescente insignificante con un principio de moratón en la cara, pero su madre nada más llegar, la agarra fuerte del codo y le susurra:

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Nada, que me he caído, pero estoy bien.

—¿Dónde te has caído? ¿No tenías otro día para caerte?

—Al salir del bus y no, no lo he elegido... tú me dirás.

—Mira, qué eres torpe, hija. Vete al botiquín, tengo árnica, échate para que no te salga hematoma.

—Vale, mamá. ¿Puedo subir a mi habitación? Me duele un poco la cabeza.

—Tómate una aspirina también.

—Vale, gracias mamá —le da un beso—. Mamá... ¿Hay queso?

—Sí —le sonrío—, en la cocina te he guardado una bandeja para ti, pero primero saluda a tu hermano y a sus amigos.

—¡Mamá!

—Carolina, no seas desagradable... Además, ha venido Roa, y ese chico se merece que le agradezcas lo que hizo por ti, me ha contado su madre que está deprimido porque ya no puede jugar al fútbol.

El estómago de Carol da un vuelco. No sabe cómo no había caído. Obvio que iba a estar Roa, es el mejor amigo desde pequeños de su hermano. Su madre la empuja hacia la terraza y Carol da pequeños y cortos pasos, con la cabeza escondida para intentar pensar cómo saludar. ¡Qué vergüenza! Ella nunca ha hablado con tantos mayores. Y entonces escucha la voz de su madre pronunciar.

—¡Alberto, ha venido tu hermana! Quiere saludaros.

Carol si tuviera concha como los caracoles hibernaría en ese preciso instante. Prefiere morir a levantar la cabeza, pero conoce a su madre y va a seguir insistiendo, así que aúpa unos centímetros la frente y levanta la palma de la mano derecha mirando al suelo.

—¡Hola a todos!

—¡Hola! —escucha a varios, entre ellos Alberto y también oye los pasos de su madre alejándose. Eso la anima a estirar un poco más las cervicales y enfrentar al grupo.

—¿Va todo bien, Carol? —le pregunta su hermano.

—Sí, sí... mamá... ya sabes.

Se escucha alguna risita comprensiva. Hay más o menos siete chicos y dos chicas. Lola no. Fue su única petición de cara a la fiesta.

—¿Qué te ha pasado en la mejilla? —Escucha una voz muy familiar que le hace temblar de pies a cabeza—. Tienes un golpe.

—Nada, que me he caído —responde a esa voz y sin pensarlo antes, mueve la cabeza hacia él. ¡Ohhh! ¡Cómo puede ser tan espectacularmente guapo! Se le había olvidado.

—¿Y solo te has golpeado en la mejilla? No tienes ningún golpe más ni por las piernas, ni en los brazos —lanza Roa con voz sospechosa.

—¿Te has pegado, hermana? —le cuestiona ahora Alberto.

—No... es que...

Carol ve como Roa se levanta y en dos zancadas se coloca frente a ella, dando la espalda a todos.

—¿Quién te ha pegado?

Carol le mira, él le está clavando sus ojos, no hay forma de no responder, se siente gusanito frente a la mejor manzana del planeta, quieta, estupefacta, ardiendo, tímida, deslumbrada...

—Ha sido sin querer... —logra ejecutar.

—¿Quién te ha pegado? ¿Tu novio? —le repite con un tono brusco sacando unas conclusiones que despiertan del país de las maravillas a Carol.

—¿Ehhh? —se recupera del letargo made in Roa—. ¿Qué? ¿Diego? —Vale, acaba de admitir que es su novio, pero ¿y por qué le importa eso?, claro que es su novio, o era...—. No, no, Diego no. Bueno es que...

—Explícate —le insta con unos modales tipo poli malo del FBI.

—Estábamos en el parque, un idiota iba a pegar a Diego, y yo me he puesto en medio.

—¿Y por qué te has puesto en medio?

—Porque era injusto...

—¿Seguro?

—¿Como que seguro?

—No sé, nadie pega a nadie por nada.

—Pues en este caso sí.

—¿Y tu novio ha dejado que te pongas en medio?

Carol se enfada. Roa no es nadie para cuestionar a Diego de tal forma.

—Por supuesto que no, él no lo sabía, ha sido un segundo. Y, además, ¿a ti que más te da? —le responde conteniendo las lágrimas.

—Es verdad. —Escucha la voz de Roa más suave, retomando el papel del tipo amable y bueno al que le tenía acostumbrada—. Perdona, peque... no quería asustarte.

—No me has asustado, pero...

—Ya, es solo que me he preocupado de más, perdona...

De pronto le viene la frase que le ha dicho su madre y que no echó cuentas antes, que Roa estaba deprimido.

—¿Tú estás bien? Se te ve cansado... —afirma ella. Tiene unas pequeñas ojeras y nadie conoce tanto su rostro como ella. Le ha mirado mucho.

—Sí, peque... Todo bien —suena tan a frase hecha que Carol entiende que es el momento de retirarse, pero Roa se le adelanta, la sonrío y tal cual vino se va.

El resto del grupo sigue a lo suyo. Alberto, ahora sí, se levanta y se acerca a ella.

—¿Estás bien?

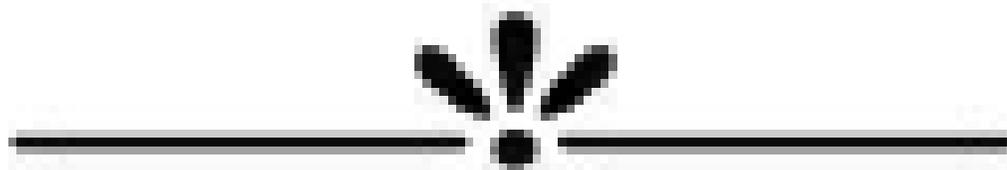
—Sí, sí...

—Aprovecha ahora que mamá está hablando para huir. Yo te cubro si viene.

Carol le mira y sonrío. Por primera vez siente que Alberto la entiende y sabe que quiere irse de allí.

—Gracias. —Ella le hace caso y parte veloz hacia la cocina.

—¡Carol! —le llama Alberto—. Tómate algo para que no te duela la cara mañana, ¡anda!



No hay mal que el queso no cure, siempre ha sido su lema y el de su padre, pero últimamente no le funciona tan bien como cuando era más pequeña. Se ha duchado, se ha hinchado a queso, y, sin embargo, los recuerdos vapulean cualquier amago de sueño. Primero Diego, luego Roa...

La fiesta todavía continúa abajo. Siente unos golpes en la puerta, pero nadie abre. Carol se levanta, es raro, su padre y su madre habrían entrado, pero le extraña que sean ellos.

Vuelven a llamar.

—¿Quién es? —pregunta ella, mientras que se levanta y se mira en el espejo. No se ha puesto

ni el pijama, lleva una camiseta de tirantes que apenas le cubre las braguitas.

—Abre. —Escucha la voz de un chico apremiándola a que se dé prisa. ¿Roa? ¡Ayyyyy, Dios! ¿Qué querrá?

—Entra... no tengo pestillo.

Y el pomo se mueve, la madera se entorna, y se aparece él...

—¡Diego! ¿Qué haces aquí? —se lleva la mano a la boca del susto. Diego entra acelerado y cierra la puerta.

—Quería verte, me he colado cuando unos salían, ¡menudo fiestorro han montado tus padres!

Carol vuelve a tener delante a su Diego, a su chico, a aquel que ella conoce y corre a abrazarle.

—¿Dónde estabas? ¿Dónde estabas? —le reclama—. Te hemos buscado por cielo y tierra. ¿Estás bien?

Diego no la responde, pero porque la besa. Y no es un beso loco, es suave, es acariciador, responde por sí solo. Carol asciende sus manos al pelo de él y le acaricia y le acerca a ella. Necesita olvidarlo todo.

—¿Por qué te metiste en medio, Carol? Casi me muero del susto... ¿Te duele? —le pregunta con los ojos chispeantes.

—No, no me duele.

Diego respira hondo.

—¿Por qué te metiste en medio?

—No lo sé... fue muy rápido y era tan injusto. No lo pensé.

—Pues deberías haberlo hecho —le dice algo enfadado.

Carol le besa ahora para que se calle y cuando sus bocas permiten a sus lenguas juntarse, todo se desborda y las hormonas adolescentes toman el papel principal en la habitación. Diego la empuja a la cama y se tumba encima de ella sin parar de besarla en la boca, en el cuello, en la oreja.

Carol gime y se arquea. Siente tantas cosquillas en su piel que parece que la han enchufado a la luz.

Ambos están acelerados. Han sido muchas emociones. Diego suele ir muy despacio con ella. Lo han hablado muchas veces, todavía siente que es pequeña y que no está preparada para cruzar la frontera, pero está casi desnuda, con una camiseta arrastrada a la altura del ombligo y una pequeña braguita. Su cuerpo se está dando cuenta de lo que es estar tremendamente excitada.

Entonces le viene la imagen de él golpeando al otro chico y se frena.

—¡Diego, para, para!

Él salta para atrás y se pone de rodillas en la cama con cara preocupada.

—¿Te he hecho daño? ¡Perdona, perdona!

—No, no es eso...

Carol se incorpora, se recoloca la camiseta y se sienta frente a él con las piernas cruzadas. Diego la imita.

—Es que... Diego, ¿qué te pasó en el parque? No parecías tú.

Él carraspea y ella comprende su turbación. Diego la mira, baja la cabeza y juega con la sabana de la cama, Carol entendería que no quisiese hablar, debería haber esperado a otro día, es tonta.

—Si que era yo, Carol... era yo.

—Ya, pero....

—Carol, tengo un problema con mi ira, deberías dejarme ahora que es pronto...

El corazón de ella se para, literal.

¿La quiere dejar? No, él no puede abandonarla...

Las lágrimas contenidas que llevaban toda la tarde amenazando invaden sus ojos.

—No, no digas eso Diego. Yo te quiero... —es la primera vez que se lo dice. Lo había pensado millones de veces, pero no se atrevía y ahora va y se lo dice a la desesperada.

Diego le sujeta la cara con ambas manos y le clava la mirada

—Y yo a ti, Carol. Te quiero tanto que me jode que me hayas visto así.

—No importa. Si nos queremos nada importa. Lo superaremos.

—Carol, lo hago por ti... ¿No me has visto? Pierdo el control.

—Pero conmigo no, a mí me ayudas, yo te necesito, si me dejas me harás más daño. —Las lágrimas lo mojan todo.

—Chsssss. —Diego la abraza y la consuela—. Yo quiero estar contigo, pero no puedo hacerte daño.

—Lo harás si me dejas —espeta ella secándose las lágrimas.

—Yo no te dejo, quiero que lo hagas tú... por tu bien.

—Mi bien eres tú, Diego. ¿No te das cuenta? ¿Ahora que tienes un problema quieres que huya con todo lo que me has ayudado tú antes?

—Carol, este problema no es nuevo... te lo he ocultado.

Carol le oye, quiere hacerlo, pero está tan asustada porque teme por su relación, que no alcanza a digerir lo que él le intenta explicar. Es como si desde su ingle derecha alguien le clavara un cuchillo desgarrándola hasta su esternón y queriéndole perforar el corazón, y en el espacio que abre se cuela un vacío hiriente y desolador. Solo quiere besarle, que no se vaya, que la vuelva a tocar como hace unos minutos. Ella, a la desesperada, se encarama a su cuerpo y se lanza a su boca. Después de un beso alterado e inseguro, ella le empuja y él queda tirado encima de la cama y ella sobre él. Entonces hace algo que ha visto en cientos de películas y que no se imaginaba en ella. Se quita la camiseta y se queda desnuda, enseñándole sus pequeños pechos, que normalmente le avergüenzan, pero que por la cara que él pone no deben de estar tan mal. Diego la atrae hacia él.

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida, Carol...

Eso es lo que quería escuchar. El cuchillo que le resquebrajaba el pecho comienza a desaparecer.

—Y tú en la mía —le responde ella besándole, pero anestesiada por la sensación de su desnudez rozando el torso encamisado de Diego.

—Eres preciosa —le dice mientras sus manos viajan por la espalda de ella—. Y muy suave... ¡qué suave eres, por favor!

Carol sonrío y armándose de todavía más valor tira del dobladillo del suéter de él para sacárselo por la cabeza. Diego se incorpora un poco y en dos segundos está desnudo de cintura para arriba. Ella se tumba sobre él. La sensación de su piel en la suya, de sus pechos sobre el suyo, de sus respiraciones aceleradas que pugnan por acompañarse, es tan desbordante que oculta sus gemidos en el cuello de él.

Diego la acaricia y la besa el hombro.

—Carol... ¡Dios! ¡Uffff, eres tan bonita! Pareces de seda.

—Y tú, tú eres el mejor... Tu piel y la mía... es increíble —alcanza a decir.

—Ya, es mágico. Tú y yo, Carol, tú y yo tenemos una conexión extraterrestre.

—¿Nos fugamos a otro planeta?

—Si es contigo, me voy al fin del mundo, pero sin ropa. —Diego le guiña un ojo, ella se ríe.

Se besan. Con todo. Con la boca, con las manos, con la mirada. En algún momento han girado las tornas y él yace ahora sobre ella.

—Carol, tendríamos que hablar antes...

Ella alza la cabeza y le besa por respuesta.

—Carol... —suenan con un poco de vergüenza en la voz.

Ella se asusta.

—¿Qué?

—¿Tú te tocas?

—¿Cómo?

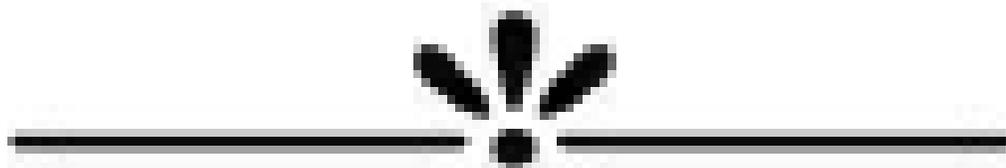
—Que si te tocas. —Y le apunta con su mirada a la entre pierna.

Carol frunce el ceño.

—¿Tú qué crees? Tengo quince años, no diez —le regaña en broma.

—¡Joder! ¡Nunca lo hablamos! ¿Y yo que sé? Carol —se pone algo serio—. ¿Quieres que te toque yo? Te prometo que no voy a pasar de ahí, pero me encantaría hacerte...

Carol le deja callado al coger su mano y llevarla hacia su braguita.



Diego la ha obligado a ponerse un pantalón largo y una camiseta y él se ha vestido. Están tumbados en la cama, abrazados, hablando en susurros, aunque los de abajo no los oyen; son cerca de las once y los decibelios van en aumento en la fiesta.

Carol se siente muy bien. Es genial. Inolvidable.

Aunque también, si se es sincera, hay algo que le amarga la sensación. Ha sido precipitado, ella pensaba que él iba a dejarla, por eso se quitó la camiseta y todo se aceleró. Ella quería avanzar un poco más, también es verdad, solo se daban besos, pero es que el paso ha sido de gigante... pero es Diego, le ha dicho que la quiere y ella a él, por primera vez.

Se advierte más unida a él que a nadie en el mundo. Y eso que solo ha disfrutado ella, porque él se ha negado a que ella le tocara. No hay ningún chico mejor que él, otro habría ido a lo suyo... está harta de oírlo por ahí. Tiene compañeras que ya han perdido la virginidad con los que creían sus novios y luego ellos las han dejado. ¡Buajjjj! Ella, después de lo de hoy, no quiere ni pensar en que otro chico la toque. Ella va a estar siempre con Diego.

Más ahora que se ha abierto en canal y llorando le ha contado aquello que le había ocultado: su problema con la ira. En América envió a un chico al hospital, estuvo a punto de ingresar en un psiquiátrico y lleva yendo al psicólogo varios años. Dice que cuando le pasa se vuelve loco, que lo ve todo rojo y no escucha ni a nada ni a nadie. Y que si hoy no llega a ser porque ella le gritó «¡basta!» hubiera seguido. Se lo ha contado entre lágrimas porque se avergüenza.

—¿Sabes lo que es sentir que te quemas por dentro y tu cuerpo necesita soltar todo ese fuego? Pues algo así. El problema es que el cerebro se me escapa, toma el poder y solo quiere hacer daño, golpearlo todo. Me convierto en alguien muy malo.

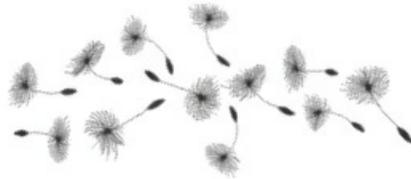
—Pero tú eres bueno, Diego.

—Me esfuerzo en serlo, Carol, quizás mi auténtica naturaleza sea la otra.

—No...

Poco después Diego se marcha. Carol le ha prometido ayudarle. Sabe que él lo va a superar, porque no hay nadie más bueno que Diego.

Capítulo 18. La vida es un brindis contigo



Carol regresa del pueblo, Santa Marina de Valdeón, a media tarde. Ha dado un largo paseo hasta llegar hasta allí y caminar por sus escasas calles, fotografiando los hórreos que se levantan en ellas.

Compró queso azul en una tienda pequeñita del pueblo y ha conseguido que se lo envíen a su padre a su casa. En varios de sus viajes lo ha hecho. Sabe que a su padre le fascinan, al igual que a ella, todo tipo de quesos y en los duros momentos que está viviendo hará buena cuenta del queso azul típico de la zona. Para ella también ha cogido y ha seleccionado dos vinos de una bodega de León que le encanta y no suele encontrar, Leyenda del Páramo. Ha escogido *El Aprendiz* tinto y el blanco, probó el blanco hace unos meses, inolvidable, con una entrada en boca fresca, hasta tropical y a la vez equilibrada, vamos que en cuanto lo ha visto ni se lo ha pensado.

Son cerca de las seis de la tarde. Las nubes van borrándose y se ha quedado una tarde bastante amigable. El camping permanece en silencio, la gente estará echando la siesta o de excursión. La paz que respira al entrar y verse rodeada de esos riscos y de la montaña la envuelve. Este viaje es muy diferente a todo lo que ha hecho, siempre corriendo, de un sitio a otro, lanzando reseñas sin parar y, sin embargo, aquí va a otro ritmo, disfrutando del reloj y no peleando contra él. A veces vamos tan rápido que se nos olvida poner la pastilla del lavavajillas y los platos salen medio sucios; con detenimiento no hace falta que gastes abrillantador, el planeta brilla por sí mismo, es cuestión de atención.

Al llegar a su caravana se encuentra con un Roa concentrado en su móvil, escuchando algo con unos cascos de diadema. No la ve y ella aprovecha para contemplarle. Las marcas de la agresión van desapareciendo y vuelve a ser el hombre más guapo de su mundo. Todavía le parece mentira el grado de cercanía que han alcanzado estos días. Siempre le vio tan como de Marte, tan inaccesible, tan imposible de alcanzar que se tiene que pellizcar para tomar tierra.

Sin que él se dé cuenta todavía, abre una silla y se sienta a su lado. Ahora sí, él la advierte y gira su sempiterna sonriente boca hacia ella. Los pajarillos les cantan baladas de amor, lo promete, no están en su cabeza, es la conjura de las aves, ningún entorno se corona más romántico que el de la propia naturaleza.

—No te he visto llegar —le dice mientras con sus ojos negros la repasa de arriba a abajo sin pudor, como el guerrero que valora la armadura de su oponente.

Carol sonrío, ya se ha excitado solo con eso... Y él la entiende, lo sabe, le hace un guiño para que dejen pasar el calentón y disfruten de la tarde fuera, bajo el toldo. Parece ser que Roa también la ha mirado mucho porque interpreta a la perfección cada gesto de ella.

—Estabas comiéndote el móvil, luego dices de mí... ¿Qué ves que no se puede escuchar y luego me lanzas esas miradas lascivas?

Roa se ríe, desenchufa los cascos y le tiende el teléfono.

—Míralo tú misma.

Carol agarra el móvil fingiendo miedo para continuar la broma y mira la pantalla.

—¿Qué es esto? —pregunta.

—Viena.

Carol asiente con la boca abierta.

—¿Y qué más?

—Su orquesta filarmónica dirigida por Gustavo Dudamel.

—¿Te gusta la música clásica? —le pregunta Carol, percatándose ahora de que los pajarillos que escuchó hace un momento entonando baladas no era más que la música que proyectaban los cascos... Debería mirarse el azúcar, exhala caramelo a cascoporro y se va a intoxicar. Está en ese momento en que hasta un gusano le parece un animalito adorable, verídico, que es que se ha cruzado con dos gusanos enlazados por el camino y casi se emociona porque iban juntitos, como los gnomos David y Elisa, convertidos en árboles, unidos para siempre, el matrimonio más feliz y olvidado de la gran pantalla.

Roa la mira, ella sabe que él está pesando una buena respuesta.

—La música clásica está en todo, Carol, no puede no gustarte, no puedes no sentirla, otra cuestión es que te escapes, pero si te sientas, si le das la oportunidad, te transporta y te juro que te reubica y te hace alcanzar emociones inexpresables con palabras.

—Qué intencito te has puesto, ¿no?

Roa sonríe.

—Escucha... —Roa busca un vídeo en su móvil—. Este es Gustavo Dudamel, dirige a la orquesta sinfónica de Viena en el *Adagio for strings*, una maravilla, verás.

Cuando la melodía empieza a sonar y se ve al director y a la orquesta en unos jardines, frente a cientos de espectadores y reconoce la música, Carol se calla. Le evoca momentos tristes, es melancólica, pero luminosa.

Una de las niñas acude a la llamada de la música y con unos ojitos pedigüeños se sienta en las piernas de Carol a ver el vídeo. Por la forma de comportarse sabe que es Val.

Casi diez minutos permanecen los tres absortos escuchando la pieza del concierto. Carol y Val mirando el vídeo emocionadas, y Roa a ellas, hasta les hace fotos con su cámara. Porque apenas pestañean y por lo que aprecia en la pequeña, esa niña ama la música. Jamás había visto a un enano estarse tan quieto durante diez minutos sin ser dibujos animados, bebiéndose la pantalla, con un brillo alucinado en los ojos.

Cuando el director deja de mover la batuta y el público aplaude, ambas levantan la cabeza y sonrían, a la vez, totalmente acopladas.

—¿Te ha gustado, Val? —le pregunta Carol con voz amable.

—Sí, mucho. Yo quiero...

—¿Qué quieres? —le insta Roa—. Quieres que te lo ponga otra vez.

Ella asiente. Roa lo reinicia y Carol la baja de sus piernas para cederle la silla y coger ella otra. Val apoya sus brazos cruzados en la mesa, la cabeza sobre ellos y no le quita ojo al vídeo, como si fuese la misma Elsa de *Frozen* hablándole a ella directamente.

Carol y Roa la contemplan embelesados.

—Carol... —habla en voz baja.

—¿Qué cuqui es esta niña... Dime.

—Te va a sonar raro y demasiado profundo, pero veros a las dos tan atentas, disfrutando del adagio... creo que es un momento que no voy a olvidar nunca. De los más bonitos de mi vida. Lo he tenido que fotografiar.

—Ya te he visto haciéndonos un robado —bromea Carol.

—Sí, es que me alucina este director, le sigo de siempre, y a ti también te sigo de siempre —le guiña un ojo—. ¿Te ha gustado?

—Sí, claro.

—Pero es que mira a la peque... está flipada y verla contigo, no sé, tenéis un rollo, una conexión que no sé explicar y que me intriga. Soy un poco raruno con estas cosas, ¿a que no lo sabías?

Carol eleva los hombros, sonriente.

—Algo me dijo mi hermano de que crees en la magia, espíritus y esas cosas.

—Crear... pero me mola, soy un *Milenario*⁴. Este camping tiene un aura especial. ¿Tú no lo notas?

—Puede ser, no te lo niego, es hechizante, y las relaciones que creas con la gente son más profundas. Aquí viene Alex de la Iglesia y le inspira una película, fijo.

—El camping, nunca podrás escapar —dice dibujando el slogan en el aire—... lo veo. Pero, en serio, hay momentos que tienen más importancia de la que le das a priori, que estaban predestinados, y este es uno de ellos, no me digas por qué, pero lo sé.

—Ya sabía yo que no podías ser perfecto, estás *tocao* del ala.

Roa abre la boca como si fuera un león y la atrae hacia él para morderla y hacerle cosquillas. Cuando consigue zafarse, a Carol se le ocurre una cosa y habla entusiasmado:

—Quizás Val sea músico de mayor y será gracias a este momento.

Carol aprieta los labios y oscila la mano en señal de no conformidad plena.

El vídeo vuelve a terminar. Val se levanta de la silla y los mira más contenta de lo que es habitual en ella.

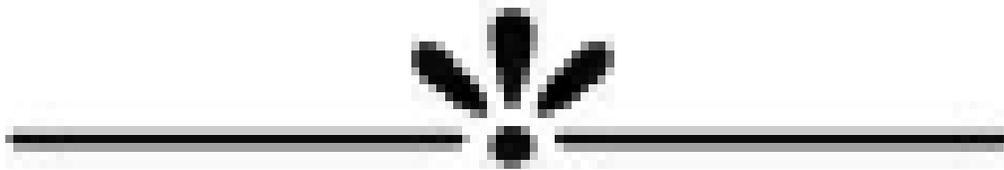
—Yo quiero hacer eso —dice señalando el móvil con su vocecita pequeña.

—¿Quieres tocar algún instrumento? —le pregunta Carol muy despacio.

Ella asiente y se va, el gato ha vuelto a cruzarse frente a ellos, y donde va el gato, va Val.

—Pues ibas a tener razón... —le dice Carol.

—Me gusta esa frase —bromea él.



Carol y Roa pasan el resto de la tarde trabajando a la sombra del toldo de la caravana, escuchando música, concentrados en sus ordenadores y acariciándose a cada rato como dos gatitos remolones.

Roa le ha mostrado fotos de su aventura de por la mañana en la vía ferrata y, aunque bastante dura y no apta para gente con vértigo, parece feliz de haberse dejado la adrenalina en ese itinerario endemoniado de puentes colgantes y tramos en vertical para escalar.

Él ha buscado nuevos destinos y ella información relevante sobre ellos. Han decidido hacer la Ruta del Cares por la mañana y partir por la tarde a una zona de escalada que hay en Maraña. Sus nuevos amigos, Carlos y Amanda, se apuntan a la escalada.

Carol le propone a Roa pedir la cena a Sonsoles y cenar solitos en la caravana. Tienen comida en la nevera, pero desde donde están les llega un aroma a rico de la cafetería, que lo que sea que estén cocinando, lo quiere. Roa acepta encantado.

Nada más abrir la puerta escucha una pelea. Mira a los lados, no hay nadie, proviene de la cocina. Incomodidad plena. A Carol le ponen muy nerviosa estas situaciones y hace ruido con una silla para que se den cuenta quienes pelean de que no están solos. Nada. Tose. Tampoco. ¡Vaya, por Dios! Mejor, se va.

—Deja de gritarme, por favor. —Escucha a una mujer e instantes después reconoce a Sonsoles. Sus pies detienen su inminente huida.

—Siempre llegas tarde, a todos lados, siempre... con tus risas, con tus gilipolleces y me dejas a mí a cargo de todo. Esto sale a flote por mí y lo sabes.

—Yo trabajo mucho.

—A eso le llamas trabajar, a joder por ahí, ¡venga, que te den por culo!

La puerta de la cocina se abre y sale Quique con tan malas pulgas que ni repara en ella. Después escucha llorar y aunque nunca antes lo habría hecho, en este sitio todo se magnifica, y se ve cruzando la puerta y abrazando a Sonsoles, con un poco de apuro por invadir su intimidad, pero convencida de que es lo que necesita esa mujer ahora.

Tras el susto inicial, Sonsoles poco a poco se calma. Carol busca en la nevera un vino y sirve una copa, obligando a la dueña del camping a beber a sorbitos para intentar relajarse.

—¿Estás mejor? —le dice cuando ve que la mujer respira hondo y bebe de un trago el contenido.

—Lamento que hayas tenido que presenciar esto...

—Tranquila, eso no es importante, lo es que tú estés bien.

—Ya, sí... es que tiene muy mal carácter y su deporte favorito es reprochármelo todo.

—Si luego te pide perdón...

—¡Ja! Quique pedir perdón, en la vida. A mí se me pasa y punto.

—¿No lo solucionáis?

Sonsoles la mira con un rostro hasta diría que enfadado.

—Mira, Carol, entiendo que quieras ayudar, pero no. Esto no es como en la tele, las relaciones no son mágicas, ni hay príncipes azules, ni fogosas reconciliaciones, ni hostias. Quique se enfada muchas veces con razón, soy un desastre y aunque las formas le fallan, sé que lo hace por mi bien y el de todos. Tiene mucha carga...

—Bueno, sí... como tú veas. Yo no me quiero meter, no os conozco.

—Es que no quiero que te lleves una imagen mala de él por lo que has visto, suficientes enemigos tiene ya.

—¿Enemigos? Yo no voy a gastar energía en eso, no os conozco, de hecho, venía a decirte que mañana nos vamos ya.

—Perfecto, te haré la cuenta, entonces —responde con tono brusco.

—Fenomenal. Gracias —responde Carol dándose la vuelta para salir de ahí y el ambiente hostil que se ha creado.

—¡Carol!

—Dime —se da la vuelta.

—Perdona, tú has sido muy amable, es solo que has venido en el peor momento y la he pagado contigo.

—Tranquila, lo entiendo. —Sonríe.

—Val lamentará que te vayas, te ha cogido mucho cariño. La he visto varias veces contigo y

esa niña no suele acercarse a los turistas, es muy tímida.

—Sí y yo a ella. Por cierto, nos ha dicho que quiere tocar un instrumento.

—¿Cómo que os ha dicho? —se sorprende.

—Pues eso, esta tarde vio un concierto de música clásica y luego nos dijo que quería hacer eso.

—¿Os los señaló?

Ani entra en la cocina saludando efusivamente y al ver la cara consternada de su jefa mirando a Carol pregunta qué ocurre.

—Carol me está contando que Val les ha dicho que quiere tocar un instrumento —enuncia con intriga en la voz.

—¿En serio?! ¿Cómo os lo ha dicho? —la interroga ahora Ani.

—Pues cómo nos lo va a decir, hablando, esta tarde... ha dicho: yo quiero hacer eso, tal cual. ¿Qué hay de raro?

Sonsoles se lleva la mano a la boca con emoción y se da la vuelta para que no la vean.

Ani sorprendida le aclara:

—Carol, Val no habla. No emite sonidos. Nadie sabe por qué.

Carol se queda impactada, y hace un esfuerzo por recordar si la niña habló o se lo pareció, pero no, ella les dijo que quería hacer eso y ha escuchado su voz otras veces, está segura.

—Os prometo que yo he hablado con Val. Tiene una voz fina, preciosa y perfecta. No es la primera vez que me habla.

Ani corre a abrazar a Sonsoles.

—¡Ves! ¡Te lo dije! Es un bloqueo... se está recuperando.

Cuando Carol sale de la cafetería se siente indispuesta, mareada y con un principio de cefalea importante. Al llegar a su caravana Roa le pregunta por la cena y Carol le dice que más le vale que se hinchen a queso porque es lo único que puede calmar su conmoción, después le relata todo lo acontecido y Roa también afirma convencido que ha escuchado hablar a esa pequeña.

Cenan a la luz de las estrellas, poco a poco a Carol se le quita el dolor de cabeza y disfruta de la cercanía y las bromas de su chico. Él le enseña fotos de sus viajes, ella de sus hoteles favoritos a los que quiere ir con él. Después él se pone un poco serio y hablando del posible bloqueo que puede tener la pequeña Val por lo que sea, le explica que la peor época de su vida fue cuando le dijeron que no iba a poder jugar al fútbol más. Confiesa que se encerró en sí mismo, que no le apetecía hacer nada, solo estar tumbado en el silencio de su habitación. Perdió su habitual buen rollo y su familia se angustió cuando observó que dejó de comer. Le salieron calvas en la cabeza, que él se autoprovoó porque se arrancaba él mismo el pelo, pero nunca se lo reconoció a nadie. Dice que el autoinfligirse daño le hacía volver en sí mismo. Estaba totalmente bloqueado, no sabía qué hacer. Entonces la vida le pegó una torta de realidad, después de lo que le pasó a Lola, despertó, se hartó de compadecerse y pidió ayuda. Estuvo yendo al psicólogo y resurgió de su depresión unos meses después de empezar la carrera.

Carol le abraza. Su vida tampoco ha sido fácil. Los dos tienen cargas pesadas a sus espaldas y muchos traumas aparentemente superados.

Roa abre el vino que compró Carol, *El aprendiz*, llena las dos copas y brinda.

—Carol, porque me hace tan feliz estar contigo que asusta, un poco —sonríe—, y a la vez me entran ganas de espachurrarte.

Carol se ríe. Después le besa y para relajar el ambiente le habla del vino. Él la escucha, atento, y tras un espacio en el que ambos disfrutaban de su copa mirando al cielo, Roa rompe el silencio.

—Me encanta que compartas conmigo tus hobbies, tus gustos, lo friki que eres con la comida, o con el vino.

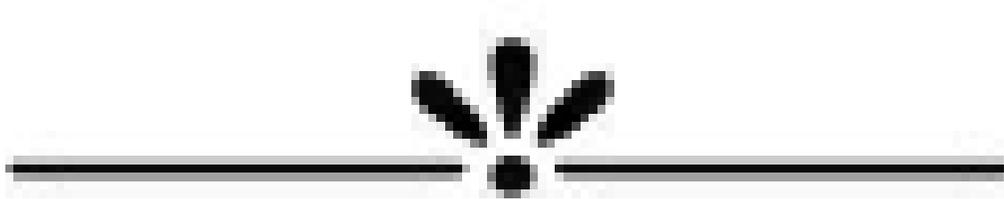
—Y a mí escucharte hablar a ti de música, de deportes o de fotos.

—Es que es eso, me he pasado años buscando darle sentido a mi vida, corriendo de un lado para otro y resulta que era mucho más sencillo.

—¿Sí? Explícate.

—Pues que no necesito premios, ni reconocimientos, ni adrenalina, ni victorias, eso no me completa, sin embargo, tú sí, estar contigo aquí, bebiendo, hablando, sin más... Era mucho más sencillo —reconoce y levanta la copa frente a ella—. Carol, ahora sé que mi completa felicidad depende de ti, que se reduce a este brindis contigo.

Ella se queda sin habla. Es lo más bonito que le han dicho jamás. Es para hacerse un tatuaje.



Mientras Carol ejecuta su rutina nocturna de limpieza de cutis, Roa le habla desde la cama.

—Es mejor que nos vayamos mañana, este camping se nos va de las manos.

Carol se ríe.

—¿No te gustaba tanto Cuarto Milenio? Ahora que tienes un caso, ¿huyes?

Carol sale con su ridículo y minúsculo pijamita de verano y se sube a la cama. Roa pone cara de estar hambriento y se lleva la mano al corazón como si le fuera a dar un infarto.

—En otro momento me habría intrigado, te lo juro, pero es que mis niveles de detective están saturados, no doy abasto.

—¿Y eso? —le pregunta Carol entre risas, porque Roa le está arrancado los tirantes a mordiscos.

—El detective que llevo dentro está ocupado intentando darle nombre a esto que siento por ti —le dice mientras avanza desde su clavícula a su ombligo.

—Uhhmm... ¿deseo?, ¿puede ser eso?

Roa se detiene, la mira como si hubiese descubierto el origen del coronavirus, y le dice con tono peliculero:

—Eres buena, eres muy buena.

Carol se ríe a carcajadas por lo que dice y por las cosquillas y mordiscos que vuelven a atacar su cuerpo.

—¡Y tú eres muy tonto!

—Este tonto está loco por ti —le dice sujetándole las manos por encima de la cabeza y clavando sus negros ojos en los de ella—... y pienso demostrártelo ahorita mismo.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Carol.

—¿Te doy miedo? ¿Te estoy agobiando? Con todo lo que te he contado antes...

Carol ve la duda en sus ojos y se lanza a besar su boca con ardor.

—Alan corre todo lo que quieras, no te preocupes por mí, hoy sé lo que ya intuía de pequeña, que he nacido para adorarte.

Roa la besa con dulzura, saboreándola agradecido.

—¿Me adoras?

Carol le contesta que sí.

—Yo te *readoro*, hasta la luna y vuelta. Cuando se acabe este viaje tú y yo seguiremos, ¿verdad?

Carol le mira y le emociona que él le pregunte eso con un cierto matiz asustado.

—Yo sí quiero, además, nos íbamos a comprar la caravana, ¿no?

—Es verdad... Es que no quiero que creas que yo solo te quiero... es decir, que no te puedo..., ¡joder! ¡no me sale!

—¿Que quieres estar conmigo?

—Sí, eso, pero de momento solo para siempre.

—¿Solo?

—Sí, es que lo de infinito ya sabemos que no porque agobia, pero para siempre está bien.

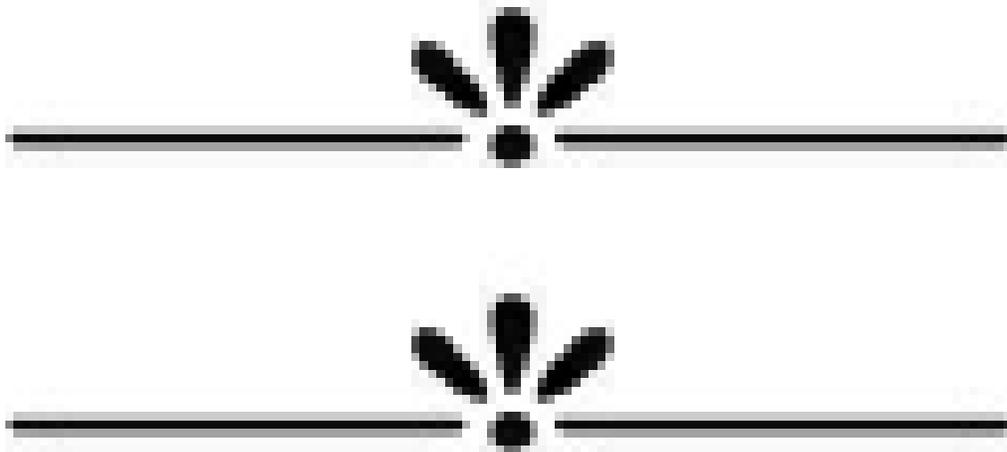
Carol se ríe.

—Eres muy payaso.

—Pero este payaso habla en serio. No te quiero perder, Carol. Y tendré que hacer viajes largos y tú, pero sé que podemos disfrutar de la vida mucho más si estamos juntos y los dos convencidos, ya nos iba tocando... Lo sé desde hace años, pero se nos puso tan difícil. Desde que te dije que no te hurgaras el grano y tú me tiraste una Coca Cola al pie.

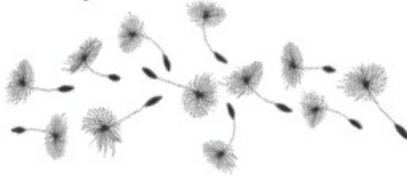
Carol le abraza con todas sus fuerzas y se le escapan unas lágrimas de felicidad. Era él, siempre ha sido él, Alan Roa, su amor platónico de la infancia. Y está dispuesta a apostar por él. Por segunda vez en su vida, se va a dejar llevar, claro que espera que esta vez salga mejor, porque Diego fue muy difícil de superar...

Cerca, muy cerca de esa caravana alguien intuye que esa pareja va a sufrir un varapalo muy pronto, algo que les robará toda la felicidad, al igual que se la robaron hace años. Y no puede hacer nada para evitarlo. La suerte está echada.



4. Nombre que reciben los seguidores acérrimos de Cuarto Milenio.

Capítulo 19. El vacío



Carol se despierta sobresaltada. Se ha quedado dormida mientras leía y ni sabe qué hora es, pero la sensación es pesada y presagia una siesta larga de esas que se comen el día. Le cuesta ubicarse. Poco a poco se va haciendo presente y su cuerpo se activa. Está en Maraña, Roa se ha ido a escalar con Carlos y ella le ha dicho que iba a leer un rato y marchaba, pero la siesta se le ha echado encima. Entre la excursión por la mañana por la maravillosa Ruta del Cares y que no había dormido mucho porque se rindieron cerca de las dos de la mañana y se despertaron antes de las siete con las mismas ganas, no podía con su alma; es imposible tener tan cerca a Roa y no subirse a su cuerpo, ya hasta bromean que cuando vivan juntos van a dormir en habitaciones separadas o las ojerás les llegaran al subsuelo.

Es tan sexy todo él. Esos ojos. Sonríe. Le hace reír mucho, como nunca, quizás. Roa es de caras, todo lo gesticula, como un mimo, y le resulta tan gracioso... pero el sexo con él es de otro planeta, en tres días ha llegado a un nivel de confianza que no ha tenido con otros chicos ni de cerca. Hay muchas manos, muchas bocas, y muchas pieles, Alan parece ser su complemento perfecto, sabe qué le gusta, cuándo y de qué forma, sus cuerpos se acoplan, encajan como dos piezas de puzle extraviadas y los besos, esos besos que son el preámbulo, el hilo conductor, el desenlace y el epílogo de sus encuentros.

Se levanta y va hacia el minúsculo baño a lavarse la cara. Es curioso cómo se ha acostumbrado al pequeño espacio y ya no le resulta incómodo, es más, hasta podría decir que le gusta porque se da cuenta de los privilegios que disfruta en su adosado en Madrid. Aunque no es de noche opta por hacer su rutina nocturna de limpieza e hidratación porque últimamente le da pereza entretenerse en eso cuando él está con ella. Es como que cada segundo que pueda pasar con él no quiere malgastarlo, ¡cómo si fuera a esfumarse! Y no, él ya se lo ha dicho: quiere seguir con ella cuando el viaje acabe y ella tiene claro que también. Su estómago pega un brinco. Roa, tiene una relación con Roa...

Suenan varios «bip» en su teléfono. Se sorprende al ver que es Ani, del camping. No pudo despedirse de ella. Le envía una foto, cuando se descarga Carol se lleva la mano al pecho. Son Ani y Val, poniendo morritos:

«Nos acordamos de ti. Un besazo para la periodista más molona».

Carol ni se lo piensa y les graba un vídeo diciéndoles que lamenta no haberse despedido de ellas y que las añora, sobre todo a la pequeña.

Y es verdad. Ahora se percató de que ha soñado con la niña, es más, ha sido una pesadilla porque estaba el padre de la criatura chillándola como la noche anterior gritaba a Sonsoles. Le da pena... Ahora entiende cuando las niñas les confesaron que sus padres siempre estaban enfadados. Es tan injusto, hay a quién le encantaría ser padre y no puede y otros que lo son y no hacen ni un mero esfuerzo en ello. Crecer escuchando a unos padres gritarse puede que te traume

de por vida las relaciones. Le recuerda a una canción de La oreja de Van gogh que trata el tema, *Galerna*.

Ha sido una siesta amarga, en lo que a sueños se refiere, porque también le ha traído a Diego. Su última imagen de él. Será normal, pero estar con Roa le está desenterrando muchos recuerdos de su infancia y de Diego. Creía que lo tenía superado, pero esa herida nunca ha terminado de cerrarse del todo, sangrará por siempre, porque nunca supo con qué cubrirla. No hay tiritas para una conmoción tan grande.

Una vez lista, camina hacia la montaña que hay frente a ella y donde se divisa a varios escaladores en diferentes vías.

Carol lo graba y hace fotos del lugar. Hay un albergue con parking para caravanas, pero estaba lleno y han preferido no esperar y hacer acampada libre justo en frente. España es tan amplia. En menos de una hora, y todavía en la provincia de León, el paisaje no tiene nada que ver, aquí es más árido, mientras que en el camping del Cares el verdor era el auténtico protagonista del paisaje.

En el cielo sobrevuelan varias rapaces enormes que pueden ser buitres o águilas, en otra vida se promete aprender más de botánica y de aves, en esta ya no le da.

Carol escucha a un bebé llorar y reconoce a Laia, esa niña llora por sistema, pero esta vez le ha venido muy bien para llegar hasta ellos, como la sirena que ayuda a un náufrago a pisar tierra.

—¡Carlos, estate atento porque me llevas muy suelto! —le escucha decir a Roa al llegar. Él está arriba, muy arriba, y Carlos abajo asegurándole.

—Sí, perdona tío... la niña que se ha despertado y me he desconcentrado.

—¿Qué tal se les da? —le pregunta Carol a Amanda mientras ve como ésta, con una mochila porta bebés, la acuna para que se vuelva a dormir.

—Bueno, tu chico es un espectáculo, parece el hombre araña, el mío no tiene ni idea, pero lo intenta. Con tal de no estar con Laia escalo hasta yo —susurra y le guiña un ojo.

Carol sonrío y se cubre con la mano el sol para mirar hacia arriba. Ella ha probado alguna vez en rocódromos, pero nunca ha escalado en roca.

—¿Ya ha subido Carlos?

— Sí, antes... un poco. Ahora está aprendiendo del maestro.

—¿Sabes cómo se llama esta vía? Es que lo necesito para la guía.

—Sí, espera que me lo he apuntado porque me lo ha dicho tu chico, sector Fariña, vía minoría absoluta.

Carol lo anota y graba varios vídeos y hace fotos a Roa y al entorno. La verdad es que, aunque está muy alto, los movimientos son muy seguros y se le ve tranquilo y disfrutando.

Roa llega a la penúltima chapa.

—¡Carlos, dame cuerda que voy a chapar! Esta roca está muy fragmentada, hemos hecho bien en que no subieras más —grita—, es arriesgado.

—¡Pues bájate! —chilla Carol como una madre asustadiza.

—¡Tranquí, cariño! Solo tengo que pasar este desplome con un mono dedo, pero me voy a apoyar en este puente de roca y chim pun.

—¡No te entiendo nada, pero tú ten cuidado!

—Se ha puesto un poco técnico, ¿no? Querrá deslumbrarte —bromea Amanda.

—Mientras que baje sano y salvo a mí me vale, como si habla al revés.

—¡Qué sí, mujer! No veas la que han liado para subir, la de veces que lo han comprobado.

—Eso espero.

Roa hace un amago estirando su cuerpo, pero vuelve a la posición de inicio. Carol sufre en

silencio y decide dejar de mirar.

Y entonces...

Escucha la roca romperse y gritar a Roa:

—¡Carlos!

Carol mira a Carlos y justo le ve golpeándose contra la pared llevado por el impulso del cuerpo de Roa cayendo hacia atrás. Algo malo sucede, nada frena a Roa. Cuando los escaladores no logran un paso se descuelgan, pero quedan enganchados un poco más abajo y esto no está pasando aquí. No. Carlos, usando la fuerza, intenta sujetar la cuerda, pero esta se le escapa de las manos de lo rápido que va. Carol corre para intentar ayudarlo, pero en cuestión de un segundo no hay nada que hacer, Roa choca contra el suelo.

El tiempo se para.

No.

No puede ser.

En sus oídos solo escucha el sonido del golpe. Solo eso. Una y otra vez.

No ha dejado de correr, pensaba que estaba quieta, pero se ve de rodillas en el suelo frente a Alan.

No está bien.

No abre los ojos.

—¡Roa! ¡Alan! ¡Mírame, mírame!

Silencio.

Sin signos de vida. No respira.

—¡Abre los ojos! ¡Abre los ojos! ¡Por favor, por favor! ¡Mírame!

«¡No respira!».

«¿Está bien? Hemos visto la caída».

No, no... no respira, no se mueve, no está bien.

«¡Hay que hacerle la RCP!».

«¡Apartaos!».

«¿Está bien? ¡Oh, Dios mío!».

«Llamad a una ambulancia».

«1, 2, 3, 4, 5...».

«1, 2, 3, 4, 5...».

«¡Vamos, chaval! ¡Vamos chaval!».

—¡Ahhhhhhhhhhhh!

«¿Es su pareja?».

«Llévala de aquí, joder».

—¡Alan, Alan! ¡No, no! ¡Quiero verle, me necesita, él me necesita, joder!

«1,2, 3, 4, 5...».

«¡Ya vienen, ya vienen!».

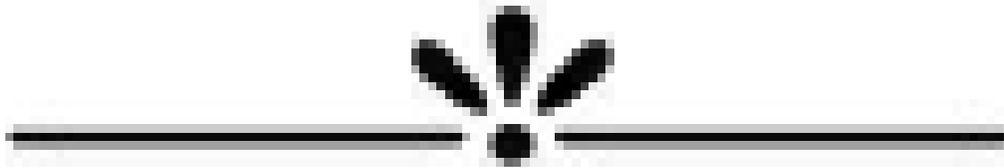
«¡Tiene pulso! ¡Creo que tiene pulso!».

«Da igual, no pares, no pares».

«¡Soy médico, ¿cómo está?».

—Otra vez no, otra vez, no...

En ese mismo lugar hay una mujer que ha retrocedido a su pasado, reviviendo otro accidente, uno en el que Roa la protegió con su cuerpo de un árbol y por ello se rompió la rodilla. Ella no supo qué hacer, al igual que hoy.



El vacío.

El vacío la ha ingerido por completo y resulta que es cómodo, el vacío ocupa aquel reino donde no se necesita nada, donde no se escucha nada y dónde nadie espera que hagas nada. Ni Alberto, que ha aparecido hace un rato y aguarda junto a ella en la sala de espera de quirófano, la presiona. Tampoco la madre de Roa, que ha llegado con una hermana suya, tampoco pregunta nada. Contención, por lo que pueda pasar.

Nadie habla. No tienen nada que decirse. Esperar a que la vida no sea a partir de ahora una basura. Porque Carol solo puede pensar en las trivialidades que le habían preocupado durante el día y desearía poder volver a ellas, echar atrás las agujas del reloj y ser feliz de nuevo, como tanta y tanta gente. Hay que joderse que con todo lo que está inventado exista el ajustador del tiempo, Carol está convencida de que, si se plantease a cada ciudadano del mundo la dicotomía de echar hacia atrás en el tiempo o hacia delante, ganaría la variable viajar al pasado por goleada, porque todos en cierta medida sabemos dónde reside el momento que mejoraría nuestro presente, y, a la vez, a todos nos asusta el incierto futuro.

Alguien salió hace horas para aclarar que habían contenido la hemorragia intracraneal, pero que esperaban a un neurocirujano para operar, que estaba muy grave y se pusieran en lo peor... Que te pongas en lo peor. ¿Se puede saber en qué ayuda esa frase? ¿Te prepara acaso para el batacazo? ¿Te va a doler menos si se cumplen esas agoreras expectativas o es el que las tiene que dar el que allana el terreno para que no le lleve mucho tiempo informarte de la muerte porque ya te lo había avisado antes?

Han dicho algo de anoxia, hidrocefalia, traumatismo muy grave... a Carol siempre le ha interesado la medicina, pero hoy prefiere ignorar. Varias veces les han preguntado cuánto tiempo estuvo parado, y Carol no lo sabe, no es capaz de recordar, es todo un charco de barro mental. La ambulancia no tardó mucho, pero Amanda decía que sí, que diez minutos como mínimo, y eso no es bueno. Las caras que ponen son de que eso no es bueno.

Por cada minuto que ha ido descontando el tiempo, el vacío ha ganado espacio, alejándose de la alegría y de la relación que se prometía junto a él. Por segunda vez en su historia saltaba al vacío en el terreno amoroso y puede que hoy se le haya truncado. Solo sabe una cosa: si Roa se muere, ella... ella ya no puede más.

Carlos entra en la sala de espera. Carol le mira, trae el rostro compungido.

—¡Hola!... —se dirige a Carol—, ¿se sabe algo?

Carol niega en un único gesto indicándole que no le apetece hablar.

—Es Carlos —le presenta a todos—, el chico con el que estaba haciendo escalada.

La madre de Roa mueve la cabeza, pero no se levanta. Alberto sí, le saluda y le da unos golpecitos en el hombro amistosos.

—Siéntate aquí, con nosotros.

—Gracias...

—Le están operando —le informa Alberto—. Llevan un buen rato.

—Ha sido horrible —enuncia Carlos con poca voz—, el golpe ha sido tremendo...

—Ya. No lo entiendo. Roa y yo llevamos haciendo escalada desde hace muchos años. No sé qué ha podido pasar.

—He estado hablando con la guardia civil y creen que no estaba bien puesto el grigri.

—¿Pero no lo comprobasteis?

—Sí, pero yo me lo quité después de comprobarlo para ayudar a Amanda con la niña un momento, mientras que Roa se ponía los pies de gato. Me lo tuve que poner al revés y él no se dio cuenta.

—Cuando él empezó a caer, ¿qué notaste?

—Una sacudida muy fuerte que me empujó hacia la pared. Intenté sujetar la cuerda con mis manos, pero quemaba e iba muy rápido, estaba conmocionado... no sé.

—Pues es muy probable que haya sido eso.

Carlos le escucha y se echa a llorar. Alberto le consuela. Carol se lo agradece porque no está ella para dar ánimos.

—Le he matado yo, es por mi culpa —susurra.

—No está muerto. No hables así —le regaña Carol, que nota que su hermano le toca en la pierna para suavizarla.

—Ha sido un accidente, Carlos. Roa es muy fuerte, ya verás como sale de esta.

—La caída... es que estaba casi al final de la vía.

—Lo sé, pero tú tranquilo, conozco a mi amigo. Por lo poco que me han contado, Alan fue frenando golpeándose contra la pared y eso ha podido salvarle la vida.

—Sí, se dio varias veces antes de caer al suelo.

Carol se sorprende al escucharlos, ella no recordaba eso.

—¿Pensaba que eras su hermano? —le pregunta Carlos a Alberto.

—No, soy hermano de Carol, Roa es mi colega.

—¡Ahh! Carol, Amanda se ha quedado fuera con la niña, hemos traído la caravana, te manda muchos besos y dice que si quieres salir un rato la llames.

—No, prefiero estar aquí.

—Está preparando café.

—Sal y tómate algo, Carol... te aviso si nos dicen algo —le acucia Alberto.

Carol lo piensa y se levanta. Se acerca a la madre y a la tía de Roa, a la que conoce desde pequeña.

—Elisa, ¿quieres que te traiga algo?, voy a por un café.

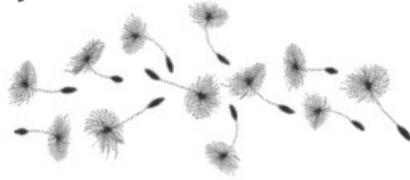
—Sí, bonita, no me vendrá mal algo caliente. Tengo el cuerpo descompuesto.

—Y yo... lo siento tanto, Elisa. —Las lágrimas pugnan por saltar.

—Tranquila, mi hijo se va a poner bien, ya lo verás —enuncia con voz temblona, de esas que exhalan miedo en cada letra.

—Dios te oiga. Ahora os lo traigo.

Capítulo 20. Bomba atómica



Regresa a casa, se le ha hecho tarde, pero en brazos de Diego se le olvida todo.

Diego vuelve a ser el que era, después del incidente del parque tuvo unos días malos, mucho más callado y poco colaborador en clase, como si se quisiera escudar en el silencio para pasar desapercibido. Disfraz de invisibilidad, lo llaman. Pero al final, gracias a ella, le contó a sus amigos más íntimos su problema y estos le apoyaron y le comprendieron. Allí cada cual tiene sus complicaciones: a uno se le han divorciado sus padres y no lo lleva bien, el otro saca malas notas y en su casa le hacen la vida imposible, la madre de Clara vuelve a tener ansiedad y le han diagnosticado un trastorno bipolar... Total, que se ha juntado una pandilla de perdedores del tipo instituto americano, pero por primera vez ella se siente incluida y querida en un grupo. Gracias a Diego, él los juntó. Porque él es pegamento, tiene una energía tan arrolladora que logra que la gente orbite a su son, pero en bien, Diego es bueno.

Ya queda muy poco para el estreno de Pelópidas, en dos semanas. Carol decidió no alargar los ensayos después del horario de clase y se lo dijo, tal cual, a Lola. Ella mascó su chicle, como siempre y le dedicó una pompa por respuesta. Como ya no están por el colegio, su inquina hacia ella se ha enfriado y Carol apuesta que estará buscando una nueva víctima porque se ha aburrido de ella.

Antes de entrar en la cocina escucha la voz de la madre de Roa, Elisa, sollozante. Los pies de Carol se detienen y sin querer evitarlo oye la conversación que tienen ella y su madre, en la que Elisa llora por el estado de su hijo, porque no levanta cabeza, porque cada día está más triste y sabe que la rodilla le duele, pero no quiere preocuparla. Se lamenta también de haber echado de su vida al padre de Roa, eso sí lo sabía ella, que Elisa se quedó embarazada muy joven, su novio la dejó al enterarse, años después regresó pidiendo disculpas, pero ella no quiso aceptarlas y le rogó que no irrumpiese ahora en la vida de ella y de Roa. Por lo visto, ahora es alguien muy rico y Elisa se está planteando pedirle dinero porque le han hablado de un médico en Sevilla que opera esas lesiones con mucho éxito, pero es tan caro que es inviable.

—Voy a tener que tragarme mi orgullo...

—Hombre, pues ya está bien que se haga cargo de su hijo, no lo veas así.

—Pero es que él quiso y yo se lo prohibí, como aparezca ahora y... —solloza.

—Lo pagaremos nosotros, Elisa —escucha a su padre. Carol ignoraba que él también estuviese, no lo había oído hasta ahora.

—No, no... no quiero que penséis que he venido aquí por eso, solo necesitaba desahogarme. Sois mis amigos.

—Elisa, estamos en deuda con tu hijo, salvó a Carolina, si no llega a ser por él, el árbol podría haberla matado, no puedo permitir que no tenga el mejor médico —le dice Miguel Ángel.

—Cariño, estoy de acuerdo contigo, lo que hizo Roa fue... —habla emocionada su madre—, pero ¿nos lo podemos permitir? Últimamente dices que la cosa no va muy bien.

—No, no, que no os voy a dejar que os arruinéis por mi culpa —espeta Elisa.

—No me voy a arruinar, Elisa, trabajaré más, tengo varios ases en la manga para hacerme con unas obras muy importantes y si tengo que invertir en algo es en nuestros hijos, y después de lo que hizo ese chico por Carolina, le considero uno más en la familia. No puedo dormir tranquilo sabiendo que está en mi mano ayudarle.

—Gracias, Miguel Ángel, os lo devolveré, lo prometo, cada céntimo que cueste.

—No hará falta, de verdad.

—Es carísimo.

—Tú tranquila...

Carol decide subir a su habitación para ducharse y hacer tiempo. Se siente súper orgullosa de su padre, es un trabajador inagotable y sabe, porque los ha escuchado, que últimamente las cosas no le iban tan bien como antes, hay una crisis importante, y por eso, que sea tan generoso como para sufragar los gastos de la operación de Roa a costa de trabajar más y más, le hace darse cuenta de lo buena persona que es. Se pide ser así de mayor.

Abre su mochila para sacar la tela con la que se tiene que confeccionar el traje de la obra de teatro, como tienen que ir con túnicas, solo ha de poner unas hebillas para meter una cuerda que sujete en su cuerpo las dos telas que van cruzadas a la cintura, si no en un pisotón las podría perder y quedarse desnuda en pleno escenario. Momentazo a evitar. En su colegio son muy de que cada uno se tiene que confeccionar sus cosas y teatro no podía ser menos. Ya se podían haber comprado unos disfraces y punto, pero no, quieren a alumnos resolutivos y, por lo visto, costureros.

Entre las telas se cae un papel, antes de leerlo ya le hace sospechar que no le va a gustar:

Chica endemoniada, que tus espíritus te devuelvan el dolor que has provocado. Adiós.

Carol hace una bola con la nota como si el papel le ardiese en las manos y lo tira a la papelera. Pero llora. No lo puede evitar. Se le ha descompuesto el cuerpo después de escuchar a la madre de Roa desencajada, saber que él está deprimido y que sus padres puede que se arruinen por su culpa, pues sí, le entran ganas de decirle que ya se siente demasiado culpable como para que se lo recuerden con notitas burdas y cobardes.

Entonces se acuerda de que hoy les han dado el anuario y que Diego había escrito algo en el suyo. Lo abre y busca en la primera página.

Hola Carol.

Este curso ha sido el de los descubrimientos, de momento, el mejor de mi vida y sé que pase lo que pase siempre lo recordaré, porque no podemos saber qué nos deparará el futuro, pero sí qué añoraremos en él de nuestro presente. ¿Que he descubierto?

A ti, Carol.

Que se puede querer con toda el alma.

Que cada día contigo es mágico, tanto que toco el cielo con las manos con solo una sonrisa tuya.

Que las mariposas existen y las traes tú todas.

Que nunca había tenido tantas ganas de conocer cada detalle de alguien y a compartir mis logros y mis fracasos con esa persona. Contigo.

A desearte tanto que me cueste.

Que me encanta comer perritos contigo y ver cómo te pones perdida.

Solo puedo pedir que el curso que viene sea la mitad de especial que este, aunque si es a tu lado será perfecto... encontraremos nuestra canción, nuestra película y nuestro rincón favorito, juntos sumamos al cuadrado.

Bonita, que eres «mi bonita».

Carol se vuelve a emocionar. Diego no teme en expresarle sus sentimientos, es transparente y eso a ella a veces le agobia porque hay algo que él no sabe y que ella no se atreve a contarle, ni a él, ni a nadie.

Roa. Sigue en la mitad de su corazón. Por muy infantil que sea estar amarrada a un amor platónico. Diego es real, Roa no, pero no se desengancha, es como si pendiera de un imperdible muy fuerte imposible de romper. Con el tiempo y la distancia lo conseguirá, o eso apuesta y entonces su corazón será solo para Diego.

En la cena sus padres no hablan de la conversación mantenida con Elisa, pero sí de que Alberto quiere ir a una universidad privada que le facilita el horario con sus entrenamientos, y aunque es cara, tiene muy buena fama. Alberto, como siempre, a su bola, para qué va a elegir él una universidad pública y ahorrarles ese dinero a sus padres, aunque la culpa la tienen ellos por consentírsele.

Carol mira a sus padres, ambos callan, pero afirman. Su padre acaricia la mano de su madre y ella escucha cómo le dice:

—Todo saldrá bien.

Le ha sonado muy raro...

Sus padres no suelen mimarse delante de ellos, y ahora Miguel Ángel vuelve a tomar la mano de Encarni sobre la mesa y la aprieta.

Y entonces su madre interrumpe a Alberto y sus propósitos para enunciar algo que cae como una bomba atómica paralizadora.

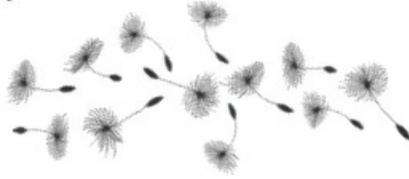
—Chicos, tengo cáncer de mamá. No os preocupéis. Estoy en manos del mejor equipo médico y me operarán la semana que viene. —Después se levanta arrastrando la silla como si la casa estuviera en llamas, y huye entre sollozos que intentan ser disimulados, pero suenan a angustia envasada al vacío a la que se le ha rasgado la contención.

Carol mira a su padre, que se ha quedado embotijado contemplando la estela que ha dejado su madre. Su rostro desvela tanta preocupación y cansancio que un aguijón de miedo pica el corazón de Carol y este sentimiento se postula como el nuevo líder de las emociones de la chica dando un golpe de estado a su rutina.

No puede ser. ¿Cáncer? ¿Y qué se supone que tiene qué decir?

—Mamá... no. —Las lágrimas no le dejan articular ninguna sílaba más.

Capítulo 21. No es casualidad



Cuando Carol regresa de tomar dos cafés con Amanda y llorar entre sorbo y sorbo, permitiéndose el desahogo que necesitaba, se encuentra con una sorpresa que, a priori, no sabe si tildar de agradable o desagradable: han venido sus padres. Los dos. Juntos.

Encarni, nada más verla, se adelanta a abrazarla con fuerza.

—Hija mía, ¿cómo estás? —le pregunta emocionada.

—Bien, mamá... preocupada.

Es cierto que la mente de Carol no está ahora para grandes dilemas, pero desconoce hasta dónde sabe su madre del viaje con Roa y su relación con él. Encarni que cree entender el desconcierto de su hija le aclara:

—Nos ha avisado Alberto y he llamado a papá. Teníamos que acompañar a Elisa y a ti... estarás tan asustada, mi niña.

Carol se deja caer en los brazos de su madre y solloza. Encarni es famosa por su saber estar y por su frialdad y aspereza en ciertos temas, pero en lo que a enfermedades se refiere suele ser más comprensiva y amable, quizás porque ella vivió lo que vivió y eso le hizo ser más empática, a pesar de que, en su momento, ella se cerró cuál ostra y no expresó ni uno de sus temores. El cáncer de mama de su madre pasó de puntillas por su casa, como un mal sueño de esos que a las horas te cuesta explicar.

Miguel Ángel le da un toquecito en el hombro a su hija.

—¿Cómo estás, Carolina?

—Preocupada, papá..., por cierto, ¿qué tal estás?

—Bien, pero ahora yo no soy el importante.

—Yo le he visto caer y cada vez que cierro los ojos escucho el crujido de sus huesos al chocar contra el suelo.

—Roa es un chico fuerte, ya verás como sale de esta —responde su padre como un contestador digital con las frases programadas.

Minutos después aparecen dos médicos y el silencio se mezcla con el aire esparciéndose por toda la sala de espera.

—¿Familiares de... —el facultativo mira en una pegatina que lleva pegada en un guante— Alan Roa?

Elisa y su hermana se levantan. Alberto tira de Carol para acercarla, ella se deja hacer. Le ha molestado que no sepan el nombre del chico al que llevan operando tantas horas y que salgan a informar sin darse cuenta de ello. Alan no es un cacho de carne al que reparar, Alan es la mejor persona que conoce y no se merece esa deshumanización.

—Le llevamos a la UCI, nuestra reanimación no tiene respiradores y necesita de unos cuidados muy específicos —habla el médico más mayor, alto, espigado, con rostro adusto.

—¿Está vivo? —le sale la voz a Carol sin ser consciente de ello.

—Sí —responde el otro cirujano más joven y con un tono más acorde a la situación—. Esta grave, pero vivo y eso en sí es una buena noticia. —Sonríe.

Y aquella sonrisa vale oro. Golpea a ese miedo que se había licuado por toda la sala, y lo golpea de frente. Todos levantan la cabeza y guardan esa sonrisa en su cartera.

—Todavía no sabemos las consecuencias... hemos drenado el hematoma cerebral y va a estar unos días con drenajes. Controlaremos las presiones intracraneales para evitar que tenga más daños, pero no sabemos qué repercusiones tendrá.

—Soy el doctor Pardo, traumatólogo. A ver, son varias cosas: le hemos intervenido el brazo derecho, tenía fractura de cúbito y radio que hemos tratado con osteosíntesis, también se ha lesionado la clavícula derecha por la posición en la caída, hay varias fracturas costales derechas que no hemos intervenido porque se resolverán solas, pero que han provocado un derrame al que llamamos hemotórax y que le impedía respirar con normalidad, pero ya lo hemos resuelto con un drenaje que quitaremos en pocos días —habla el médico simpático—. Todas estas lesiones son limpias y es muy probable que recupere el movimiento total y no revisten de más gravedad.

—Pero también tiene una lesión en la médula, a la altura dorsal, D11- D12 y no nos queda claro si es completa o incompleta, la inflamación de la zona no nos deja objetivarlo ni en el TAC.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunta Alberto.

—Tiene una lesión en la médula. —Hace una parada y los mira a todos—. No tenemos claro si está seccionada al completo, y si así fuera, es muy probable que por la altura en la que está, su familiar no pueda sentir ni mover de cintura para abajo por la afectación neurológica que ello implica.

Si se pudiera grabar la escena, a cámara lenta, con una música dramática tensa y ver cómo cada actor responde de manera distinta ante esta tremenda noticia, esto es lo que se vería:

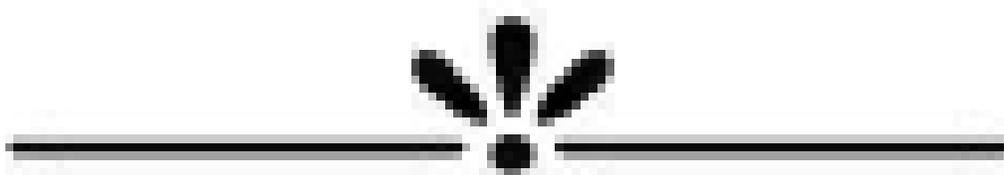
Elisa emite un ruido gutural y se echa para atrás, si no llega a ser sujeta por Miguel Ángel se cae al suelo redonda.

Alberto se gira y abraza con fuerza a Carol, como si quisiera arroparla, cuando en el fondo es él el que no se sostiene en pie.

Carlos se lleva las manos a la cabeza y huye despavorido de la sala, soltando improperios por doquier.

Carol impávida, sus brazos pierden la batalla contra la gravedad y caen a ambos lados del cuerpo, las rodillas flaquean y la saliva no baja, un nudo la ahoga. Intenta apartarse de su hermano, pero no le quedan fuerzas, así que le da puñetazos en el pecho.

Y entonces vuelve a llorar y aquel mantra que antes le parecía mecánico se convierte en el famoso clavo ardiendo al que agarrarse para no caer: «Roa es muy fuerte», «Roa es muy fuerte». Pero también escucha una y otra vez el sonido del golpe, noqueando cualquier ápice de esperanza.



Una semana después.

Carol sale de la UCI. Se siente agotada. Arrastra los pies conscientemente. Es su única forma de gritarle al mundo que sus giros son una mierda y que no puede más.

—¿Cómo está? —le pregunta Bea mientras la ayuda a quitarse la bata de celulosa y los guantes.

—Igual... creen que le van a extubar.

—Eso es que está mejor, ¿no?

—No sé... dicen que respira por sí solo, pero no conecta.

—¿Qué no conecta el qué?

—Él con nosotros. No responde.

—Pero eso será por la medicación, ¿no?

—No... dicen que ya está a dosis bajas, que es probable que esté en coma.

—¿En coma? ¡Joder, tía! ¡Vaya soberana mierda! ¿Pero y saldrá del coma?

—No sé, nadie sabe nada, Bea. Todo el rato repiten que es pronto, que es pronto, que hay que esperar por el edema... Y yo te juro que voy a entrar en combustión espontánea si espero más. Está lleno de tubos, de sondas, con la cabeza rapada... Hoy no parecía él, hoy que encima es su cumpleaños —estalla echándose a llorar.

—Tranquila, mi niña.

—Le han afeitado, sin preguntarle... porque no le pegan los apósitos.

—Bueno, pero es normal, ¿no?

—No, Bea, ¿no lo entiendes? No es normal que con treinta años te afeiten.

—Bueno, claro, pero es que...

—Bea, está muy malo. Yo sé que a él no le importaría, porque no se enfada por nada, pero es que la persona que yo he visto tumbado en esa cama no era Roa y hoy mucho menos. Sin su barbita...

—Venga, salgamos a que te dé un poco el aire, anda. Tú hoy te vienes conmigo a Madrid.

—Ni de coña...

—Carol, mañana tu padre te necesita. Por la tarde volvemos, te lo prometo.

—No pinto nada allí.

—¿No quieres despedirte de él?

—Ya lo hice aquí, él ya sabe que es posible que la fianza sea alta y no la pueda abordar. Hablé con él ayer, Bea, y no quiere que vayamos ninguno.

—¡Jo, pobre!

—Ya... se siente como avergonzado. Menos mal que mi madre ha vuelto en sí y le está dando varias dosis de «cabeza alta» en vena.

—Pues sí. Nadie como tu madre para eso.

—¿Sabes qué me contó?

—¿Quién? ¿Tu madre?

Carol asiente con la cabeza.

—Que se siente culpable. Mi padre era la única fuente de ingreso y hubo un momento en que los gastos se desproporcionaron y que, aunque él no se lo ha reconocido, sabe que fue entonces cuando mi padre pidió favores.

—Pues si tu madre lo dice será por algo.

—¿Sabes que ellos sufragaron la operación de Roa?

—¡Anda! ¿Y eso?

—Por la amistad con Elisa y porque sentían que me había salvado la vida. En esa época fue

cuando mi madre tuvo cáncer y se operó en privado para no esperar. Total, que se le juntaron un montón de gastos y es probable que por eso se metiera en este lío.

—¡Qué pena, tía!

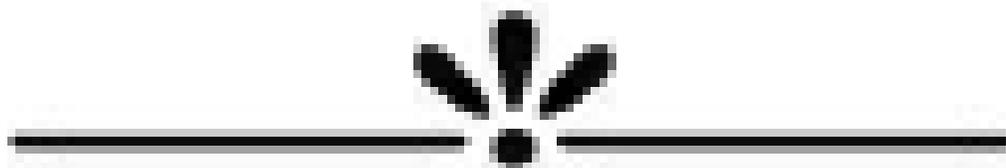
—Ya... pero es lo que hay. De nada sirve justificarlo, no estuvo bien.

Carol y Bea se sientan en una terraza de un bar cercano, piden un refresco y un bocata de tortilla. Bea vino al día siguiente del accidente y se ha quedado con ella todos estos días en un hotel. Teletrabaja por la mañana y por las tardes la acompaña al hospital. Carol se lo agradece infinito porque no puede tirar con su cuerpo.

Su hermano Alberto va y viene de Madrid casi a diario y las acompaña. Elisa y la tía de Roa están en el mismo hotel y a veces se van juntas al hospital.

Cuando han terminado de cenar caminan por el centro de León porque hace muy buena noche. Ricardo las llama y les dice que pasará el fin de semana allí y que le cojan una habitación. Bea y Carol se alegran. Nadie como Ricardo para infundir ánimos. Camino del hotel hablan del trabajo y al menos eso le hace olvidar por momentos en la situación anímica en la que se encuentra.

Por la noche no consigue conciliar el sueño. Bea se ha dormido viendo una serie en el móvil y Carol lo apaga y lo coloca en su mesilla. Coge el suyo y lo mira sin mucha atención. Se toma una de las pastillas que le han recetado para dormir y por inercia se mete en su galería de fotos como tantas y tantas veces y contempla las últimas imágenes del viaje, de la zona donde escalaban, hasta que llega a las del camping y se queda dormida.



«Vas a estar preocupada, yo podré ayudaros», «yo podré ayudaros»...

—Carol, Carol, despierta, cariño... Han llamado del hospital.

—¿Eh? ¿Qué ha pasado? —pregunta asustada con voz de ultratumba.

—Tranquila, tranquila —la calma Bea. Carol logra abrir los ojos, se incorpora en la cama y mira a su amiga—. Me ha contado Elisa que no vayáis por la mañana porque le iban a repetir el TAC y que ya le han quitado el tubo para respirar, que de momento bien.

—Ah, vale. ¿Pero está peor? ¿Por qué le repiten el TAC?

—Por control, algo así me ha dicho, que no te preocupes.

Carol sale de la cama y va al baño. Necesita lavarse la cara, se ha llevado un buen susto. Mira en su reloj. Son la diez de la mañana, ha dormido como un oso, pero su reflejo en el espejo le grita que necesita dormir más, o por lo menos maquillarse las ojeras.

Escoge dejar a Bea trabajando y darse ella un paseo por León. Aunque hace calor no es sofocante y no hay mucha gente por la calle. Ya había estado allí antes y siempre le había gustado. Sus pies, después de pasear por el barrio húmedo lleno de bares de tapas y tomar un café en la Plaza Mayor, la llevan a la catedral y de tan majestuosa que es se decide a entrar. De primeras le impone su verticalidad y el eco de sus pasos. Las vidrieras que dejan pasar los rayos del sol le confieren el arco iris a las paredes y, entre eso, y los arcos, se dedica unos minutos a

pasear y contemplarlo todo como una turista más.

Después toma asiento. No hay misa, pero sí hay más gente sentada. Huele a incienso y se relaja. Piensa en su viaje, en la sorpresa que sintió cuando Roa se giró y vio su rostro, el que en teoría iba a ser un desconocido. Se le vienen un montón de risas y de momentos con él. Estaba enamorada. Ahora lo sabe. Estaba enamorada como nunca y cree que jamás volverá a estarlo. El amor no debe ser para ella.

Sin darse cuenta se imagina hablando con él. Roa le rebate esta última afirmación.

—El amor sí es para ti, pequeña.

—No, mira lo que te he hecho.

—No digas tonterías... tú lo que me has hecho es ser muy feliz.

—Por mi culpa estás así.

—Ha sido un accidente.

—Siempre sufres accidentes cuando estás a mi lado.

—Y me recupero y vuelvo a ti.

—¿Crees que vas a salir de esta?

—No lo sé, lo intentaré, sabes que lo intentaré.

Una lágrima recorre la mejilla de Carol.

—Esta vez se te ha puesto muy difícil.

—Nada es imposible, mi pequeña... Si hay un resquicio, lo encontraré para volver contigo.

—Te necesito tanto... es como si hubiera estado toda la vida contigo, Alan.

—En parte siempre hemos estado juntos.

—Sí... Sé que eres producto de mi imaginación, pero quiero decirte que estoy enamorada de ti, Alan Roa.

—Y yo de ti.

—Y que te echo de menos.

Un golpe de una puerta la saca de sus ensoñaciones. Ha sido un sacerdote que ha salido por la sacristía. Es latino, bastante joven, rubio, con las mejillas sonrosadas. Se la queda mirando y la sonrío mientras se acerca a ella.

—¿Puedo ayudarte?

—No, gracias —responde tímida.

—No muerdo —bromea.

—Pero confiesas y yo ¡buf! paso.

El joven cura se ríe y toma asiento a su lado mientras rebusca en uno de sus bolsillos.

—Toma un pañuelo, anda...

—Gracias.

—No te puedes poner a llorar delante de un sacerdote y pretender que este lo ignore. Soy Lucas.

Carol sonrío. Es muy simpático.

—Yo, Carol.

—Perdonando mi indiscreción, ¿qué te tiene tan triste, Carol? ¿Puedo ayudarte?

—A no ser que seas neurocirujano hay poco que hacer. Mi novio ha tenido un accidente.

—Cuánto lo lamento, de verdad. ¿Está muy mal?

—En coma y es posible que si despierta se quede parapléjico, así de cruda está la cosa.

Lucas pega los labios y asiente. Tiene los ojos brillantes como canicas, muy transparentes.

—No pierdas la fe, hermana.

—No despierta, lleva una semana y no despierta. Ya no me queda fe.

—Quizás esté arreglando asuntos, descansando, tomando fuerzas para lo que le viene... Habla con él cuando estés junto a él, acércale tu voz, dile lo que sientes, es un chico listo, volverá contigo.

Carol sonrío y le mira de frente. Acaba de hablar como si le conociera.

—¿Por qué dices que es un chico listo?

Los labios del cura se curvan antes de responder con voz dulce:

—¿Por qué crees que estoy aquí?

—¿Cómo?

—El me ha traído a ti, Carol... —le toma las manos y le acaricia con suavidad—. Nunca uso esa puerta.

—¿Qué quieres decirme?

—Que le llesves tu voz, eso es lo que me está diciendo mi Dios, y que puedes ayudarle, busca en tu interior.

—¿Y qué busco? ¡No me digas eso!

—No lo sé...

—¡Pues estamos apañados! ¿Seguro que no lo sabes? —le pregunta desesperada.

—Sí...

—¿Y si no encuentro nada?

—Lo encontrarás, no me cabe duda.

Entonces Lucas le ofrece una mirada pausada que lo cambia todo. Solo la contempla, a los ojos, de frente, sin escudarse en la pena ni intentar escudriñar en ella, calmado, sonriente, pero de una forma tan pura y transparente que se convierte en un gesto revitalizante, esperanzador y que como una batidora la remueve por dentro hasta gritarle que basta ya de lágrimas desperdiciadas.

Suenan unas campanas. El sacerdote Lucas se levanta.

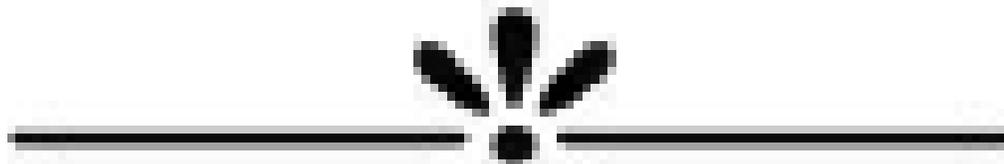
—Tengo trabajo. Mucha fe, Carol.

Cuando se quiere dar cuenta el extraño sacerdote se ha marchado. Carol se levanta bastante confundida, duda de si ha sido un sueño todo porque ha rozado lo espectral. Por costumbre, antes de salir se santigua con agua bendita de la pila bautismal. Ve de frente donde está el lampadario eléctrico con velitas que sustituye al velero tradicional. Carol se acerca, busca una moneda, enciende una y pide en secreto encontrar las respuestas. Justo antes de darse la vuelta una vidriera llama su atención; la contempla. Hay dos ángeles, parecen niñas y la miran...

«Yo podré ayudaros. Vas a estar preocupada por él»...

Un calambrazo enorme la sacude por dentro.

¿Cómo lo había olvidado? ¡¡Las niñas se lo avisaron!! Pero... ¿cómo? ¿Se estará volviendo loca?



—Tienes que despertar, vuelve a mí, Alan, te echo de menos... —le dice antes de levantarse y darle un beso en la mejilla con cuidado de no tirar de la sonda que le alimenta y el oxígeno que le

entra por la nariz.

Roa ha salido de la UCI y lleva dos días en planta, lo que en un primer momento era buena noticia, pero con el paso de las horas es más triste aún, porque Carol confiaba en que cuando estuviera con ellos, día y noche, y le pudiesen estimular abriría los ojos. No ha sido el caso. Los médicos dicen que tarde o temprano lo hará porque se va disminuyendo el edema cerebral, ya respira por sí mismo y a veces responde a estímulos dolorosos, pero las horas pasan y van en su contra.

Ahora tiene noticias constantemente, siempre hay alguien con él, cuando no está ella, y si hubiera un cambio lo sabría en ese mismo momento. En la UCI tenía la esperanza de que se les hubiera olvidado llamarles.

Ver a Roa tan quieto, mucho más delgado, a merced de los enfermeros que le asean, le mueven, le echan crema... es desagradable. No lo puede ocultar, le molesta que le toquen, o que entren en la habitación hablando de sus cosas, quejándose de un compañero, colgando el medicamento, enchufándose sin decir nada más, ignorando que Carol mira el bote y le reza que sea el medicamento que despierte a Roa de una vez por todas y pueda valerse por sí mismo. Porque cuando Roa abra los ojos toda esa gente va a entender a quién están cuidando, a un ser con tanta luz que van a envidiarla. Porque él la había escogido a ella. Porque el último día brindaron por ello.

Porque ahora sabe que su vida se resume en ese brindis con Roa. Y vuelve a pensar que merecería un tatuaje.

Sale de la habitación acongojada, en la puerta la aguarda Alberto que la abraza y la besa en la frente.

—Tranquila... le conozco, sé que va a despertar.

—¿Y si no puede mover las piernas y es peor?

—Lo superará y los médicos dicen que parece que tiene algunos reflejos conservados.

Carol no responde, el desánimo es la única gasolina que la mueve estos días.

—Le vas a cuidar mucho, ¿verdad?

—Pues claro, Carol... Tú haz lo que tengas que hacer, vete tranquila.

—Si puedo regresaré mañana, si no el domingo. No está lejos.

—Tranquila.

—Es probable que sea una gilipollez, pero siento que tengo que ir.

—Lo entiendo y Roa va a estar acompañado, no te preocupes. Soy su hermano.

—¿Sabes algo de papá?

—No mucho, que está bien, lo tenía asumido, quizás pueda asumir la fianza...

—¡Vaya días!

—Pues sí... y encima te llevas a Bea. —Alberto le pone morritos.

—¿Me quieres decir algo de mi amiga?

Alberto se ríe.

—No, es solo que ella me anima un poco, es tan positiva...

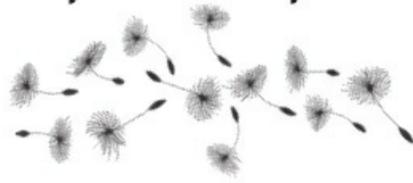
—¿No te estarás enamorando de ella? Mira que enamorarse es lo peor, a las pruebas me remito.

—No digas eso... y no, es solo que Bea me hace reír y estos días lo echo en falta.

Carol le hace una mueca de que no le cree del todo y después se marcha. Ricardo ya ha debido llegar y han quedado para cenar los tres, como en los viejos tiempos. Ella les va a explicar por qué les ha pedido que la acompañen al camping y no sabe muy bien qué decir porque es todo tan surrealista e impulsivo que no la van a tomar en serio. Ni ella misma lo hace,

pero hay que intentarlo.

Capítulo 22. Imposible



Bea y Ricardo se están portando fenomenal, pero ella sabe que la apoyan porque la quieren y que no creen que vayan a conseguir nada en el camping. Cuando se lo contó ayer pusieron tal cara que Carol optó por cambiar de tema en seguida.

Les queda poco para llegar, son apenas dos horas de viaje, la última parte del trayecto tiene muchas curvas y han tenido que parar porque Carol se mareaba. Al menos lo han hecho en un mirador precioso, el mirador de Pandetrave, donde se aprecia el valle de Valdeón a la perfección.

Carol no puede dejar de recordar que hace unos días recorrió esto mismo con Roa, cuando comenzó a llover a mares. Si pudiera echar atrás el tiempo...

—Chicas, esto te hace pensar que somos diminutas luciérnagas comparadas con el mundo —enuncia Ricardo contemplando el paisaje.

—¿Luciérnagas? —le rechista Bea—. ¿En qué momento se te ha ocurrido pensar en luciérnagas? ¡Deja de leer tanta poesía! —bromea.

Carol se ríe. Bea siempre se burla de Ricardo porque en el fondo es un romántico.

—Nunca, poesía eres tú, bonita, recuérdalo...

Bea le empuja.

—¿A Becquer?! ¿Me vas a recitar a Gustavo Adolfo Becquer? Sé un poco más original, por dios, Ricardo, ¡es de instituto!

—¡Es que ahí te quedaste tú! Me consta que no has vuelto a leer poesía desde entonces.

—Porque no me gusta, ¿qué quieres que te diga? Son palabras bonitas juntas que solo entiende el que las escribe y el resto finge comprender.

—Eres tan cínica que rozas lo pueril.

—¿Yo pueril? Para pueril tu amiga que nos trae a un camping a hablar con una niña de cuatro años.

—Ya sabía yo que de esta pillaba... —admite Carol.

—Hombre, reconoce, Carol, cariño, que es un poco loco todo, ¿no?

—Lo admito —levanta la palma de la mano al aire—, pero estoy desesperada.

—Pues yo te apoyo —le dice Ricardo, más bien para llevar la contraria a Bea—. Si esa niña te dijo eso, qué menos que hablar con ella.

—¡Eh, eh! Que yo he venido sin rechistar —se defiende Bea—, pero, ¡no me jodáis! ¿Qué nos va a decir la cría que no sepan los neurocirujanos?

—¿Y lo del cura? —le pregunta Carol.

—Pues una casualidad, como *Los Simpson*, que la gente se está flipando ya un poco con el tema... cuando estamos desesperados encontramos señales hasta en el bote de Cola-cao, ¿o no, señor psicólogo?

Ricardo no la responde, fingiendo mirar al paisaje.

—Lo sé... pero cuando conozcáis a la niña me contáis, tenía un puntito raro, a Roa le daba cosilla.

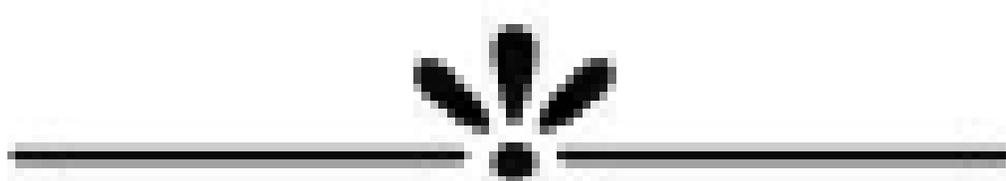
—¿Una niña de cuatro años? —le cuestiona Bea.

—Sí, en serio, no era como Val, que me incitaba ternura, Noa era un poco estremeceadora.

—Pues entre que la una no habla y la otra acojona, tienen que estar sus padres más contentos que los de los que van a *La isla de las tentaciones* —enuncia Bea con sarcasmo—, estoy deseando verlas.

—¡Pues vamos! —la anima Carol.

—¡Vamos! —se gira Ricardo en dirección al coche.



Esta vez la llegada al camping es más tranquila, sin tormentas, ni sobresaltos. Carol se baja del coche y vuelve a alucinar con lo bonito que es el entorno, los recuerdos aparecen en tropel y sus defensas se resbalan por el valle, impidiéndola contener el llanto. Bea y Ricardo la abrazan y le susurran frases tranquilizadoras.

Los tres llevan juntos ya muchos años, se conocen a la perfección, Carol se da cuenta de que no podía haber hecho esto sola y que la compañía que le están haciendo en estos días tan difíciles no la va a olvidar jamás.

—Esto es una maravilla —admite Ricardo—, ¡vaya lugar!

—¡Precioso! ¿Pero dónde vamos a dormir? Esto es para acampar —se preocupa Bea.

—¡Mira que eres prosaica! —le espeta Ricardo

Bea le mira negando con la cabeza.

—¡Y lo que te gusta a ti un adjetivo! ¡Cómo se nota que eres psicólogo!

Carol se ríe, sabe que sus amigos están sobreactuando su relación para hacerla olvidar. Cada uno posee un rol en su relación de a tres, y la de ellos es la totalmente opuesta. Después de cerrar el coche se dirigen a la cafetería. Han buscado en la tienda de la entrada, pero estaba cerrada.

Antes de subir la escalera, Carol se encuentra con Ani, que está dando una clase de yoga y al verla se sorprende, pero al no poder abandonar la sesión gesticula que ahora la llama.

Los tres entran en la cafetería. Los nervios de Carol, en forma de olla exprés, se instalan en su estómago. Carol mira a todos lados, hay gente desayunando, pero no están las niñas. La agitación se reduce a la vez que crece el chasco.

Sonsoles sale al escuchar a Ricardo en la barra y enseguida reconoce a Carol. La última vez que se vieron fue un poco tensa, pero parece que se arrepiente porque eleva la cancela y va en busca de Carol para abrazarla.

—¡Ayssss! ¡Qué alegría verte!

—¡Lo mismo digo, Sonsoles!

La cocinera se aleja un paso y la mira con cierto pudor:

—Lamento tanto cómo me comporte contigo la última vez... pagaste tú el pato, perdóname, de verdad.

—Tranquila, lo entendí, de verdad.

Carol mira a Bea y a Ricardo que la observan desconcertados porque se le había olvidado

contarles lo de la discusión entre Sonsoles y su marido que ella presenció.

—Gracias... ¿Y qué haces por aquí?

—He venido con unos amigos, te presento a Bea y a Ricardo.

—Encantada. —Sonsoles les saluda y dirigiéndose a Ricardo le pregunta—: ¿Te han dicho alguna vez que te pareces a...?

—¿Huck Jackman? —termina la frase Ricardo, que está pagadísimo de sí mismo de que se lo repitan una y otra vez—. Alguna vez, pero yo soy más guapo. —Le guiña un ojo. Sonsoles sonrío.

—¿Habéis desayunado? ¿Os preparo un café?

Los tres asienten y mientras Sonsoles se pierde en la cocina, Carol les revela qué fue lo que ocurrió aquel día.

Los tres amigos escogen una mesa y se sientan. Sonsoles les prepara unas tostadas con tomate y aguacate riquísimas y cuando se queda más tranquilo el servicio, se sienta con ellos y aparece Ani. Carol vuelve a hacer las presentaciones pertinentes y se da cuenta de que no sabe cómo introducir el tema, aunque pueda parecer sencillo. Así, nada más saludarse, contar que Roa está en coma y que una de sus hijas sabía que le iba a ocurrir algo malo, como que es *farragose* de plantear. Ricardo le insta con un surtido amplio de toses a que pregunte, pero a Carol no le sale la voz y le devuelve el mismo surtido, pero con miradas agitadas.

Es entonces, en unos de esos silencios incómodos, en el que todos aprovechan para beber un sorbo, cuando Ani, la maravillosa Ani, le sugiere que se la ve un poco cansada y ojerosa y Carol aprovecha la imprudencia para tirar del hilo:

—Roa ha tenido un accidente, chicas, y está muy grave.

—¿Cómo? —se asusta Ani—, ¿qué le ha pasado?

—El día después de irnos de aquí fuimos a hacer escalada y se cayó, ahora mismo está ingresado en el hospital de León. Está... en coma.

Tanto Sonsoles como Ani se muestran estupefactas y no tardan en intentar consolar a Carol que ha vuelto a derrumbarse.

—Pero... —dice Ani—. No entiendo, perdona, es que no sé cómo expresarme sin que suene raro, ¿pero no entiendo qué...?

—Que qué hago aquí —la interrumpe Carol. Ani asiente y Ricardo vuelve a toser—. He venido a hablar con tu hija, Sonsoles —le dice mirando a la dueña del camping.

—¿Cómo? ¿A mi hija? Yo no tengo hijos, Carol —le responde muy segura.

Ricardo, que estaba dando un sorbo al café, probablemente para aclararse la carraspera, lo tose de la impresión y pone la mesa perdida del líquido y todos las bacterias y virus que habitan en su boca.

—¡Perdón, perdón! —se disculpa limpiando con servilletas el estropicio y sacando de su bolsito un alcohol en spray que deja la mesa esterilizada, y ya todos vuelven a prestar atención y respirar más tranquilos.

—¿Cómo que no tienes hijas, Sonsoles? ¡Pero si hemos estado hablando de Val, tú y yo! —le espeta Carol.

—Claro... es que no es mi hija, es mi sobrina.

—¿Cómo?

—Sí, Val es la hija de mi hermana, ella murió, por eso te dijimos que estaba bloqueada, desde entonces no habla. Yo cuido de ella, soy su tutora, lamento el malentendido.

—No, lamento yo lo de tu hermana, ahora entiendo algo más.

—Y yo —dice Ricardo—. Carol me ha contado lo de su mutismo, esto explica muchas

cosas...

—Ricardo es psicólogo y orientador infantil —explica Bea que hasta el momento había participado poco porque estaba entretenida mandando mensajitos con el móvil.

—¡Anda, qué bien! —se alegra Sonsoles

—¿Y el padre? —pregunta Ricardo.

—También murió.

—¡Uhhh, vaya! Ya lo siento —le responde.

—Sí, una desgracia, pero de todas formas no entiendo, ¿para qué quieres a Val? —le cuestiona Sonsoles a Carol.

—No, bueno a Val quiero verla, sabes que me encanta esa cría, claro, pero a quién necesito es a Noa. Tengo que hablar con ella y no quiero que me toméis por loca.

La cara tanto de Sonsoles como de Ani pierde todo el color, aun así la tía, de las pequeñas pregunta:

—¿Cómo has dicho?

—Que quiero hablar con Noa... es que me dijo algo que puede cambiarlo todo.

—¡Ay, por favor! ¿Pero, qué dices Carol? —la reprende Ani—, ¿qué estás diciendo? —repite acelerada.

—Pues que quiere hablar con la niña —enuncia Bea respondiendo por su amiga—. Eso no es raro... ¿o sí?

—¡Madre mía! —le susurra Ricardo por lo bajini—, aquí hay tomate, que te lo digo...

A Carol le sobran las sospechas de su amigo, ya sabe que algo no va bien, Ani es muy calmada y se le van a salir los ojos de la cara y Sonsoles la mira como si toda ella oliera a pedo.

—¿Pero tú habías venido antes aquí? —la interroga Ani.

—No, yo no.

—¿Y cómo vas a hablar con Noa? —sigue la entrevista Ani. Sonsoles está tan pálida que si habla se desmaya, su piel parece de pergamino.

—Pero si Noa no tiene ningún problema para hablar, Val sí, pero Noa habla por los codos — intenta explicarse Carol.

—¡¿Qué estás diciendo?! —le insta Ani.

—Pues eso... es que no entiendo qué pasa.

—Ni yo, ni yo —añade su amigo.

—Pues pasa, Carol, que es imposible que hayas hablado con Noa —insta Ani.

—Te diré yo que no, porque es que he hablado con ella, vamos desde nada más llegar, el día de la tormenta.

Ricardo posa una mano en su rodilla y la estruja para ganarse su atención. Carol le mira.

—Frena, frena, que algo pasa —le dice en voz baja.

—Tú no has podido hablar con Noa, cariño —dice Sonsoles—. Mi sobrina está muerta desde hace dos años.

—¡A tomar por culo! —se explaya Ricardo por lo bajini, mientras que a Bea se le cae el móvil al suelo y Carol pronuncia el típico ¡Ahhhh! inhalando fuerte por la boca y ya no vuelve a respirar.

—Eso es imposible... —exhala Carol—. Yo, yo...

—Vamos a ver, seamos lógicos —dice Ani—. Habrá hablado con Val y ella le habrá dicho que era Noa... debe estar fingiendo ser ella, sabemos que la niña no está bien.

—No, no, no está bien, no —acepta Ricardo.

—Claro —corrobora Bea.

—¡Pobre mía! —se lamenta Sonsoles—. Se hace pasar por su hermana.

Sonsoles se levanta compungida y Ani la secunda para ayudarla.

Bea y Ricardo miran a Carol con preocupación, su amiga ha perdido el bronceado en cuestión de segundos.

—¿Estás bien, mi niña? —le pregunta Bea.

—¡Vaya movida...! ¡Nos la queríamos perder! —dice Ricardo—. Tú tranquila, Carol, no lo sabías. Además, a esa niña la va a venir bien porque de esta le van a poner tratamiento, fijo.

—¡Hombre Ricardo, estaban tardando de todas formas! Si ha muerto su padre, su madre y su hermana, como para estar de fiesta, ¡pobre cría! —le responde Bea.

—Eh... —les interrumpe Carol—, a ver cómo os digo esto yo sin parecer que me he escapado de un psiquiátrico.

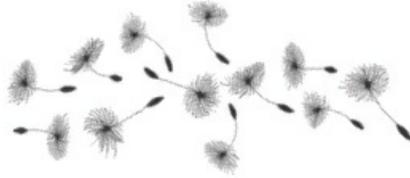
—A mí conque respire me vale porque estás azul —le asegura Ricardo.

—No, verás, que te va a encantar... lo que suponéis no es cierto, Val no está fingiendo nada, porque yo he visto a esas dos niñas juntas, yo he estado con Val y Noa a la vez, y que alguien me lo explique porque a mí está a punto de darme un ICTUS.

—¡Ahhhh! —exclaman al unísono.

—¡No me extraña, bonita! —le reprocha Ricardo más tarde— ¡Si no te da a ti me da a mí! ¡Con razón decías que era un poco especial! ¡Nos ha jodido! ¡Como que era una fantasmilla!

Capítulo 23. Cuidado con lo que deseas...



Carol termina de escribir las tres cosas que le ha propuesto Ricardo: qué tres aptitudes o logros no materiales quiere tener cuando sea mayor. Le ha costado al principio porque le parecía poco y después porque le parecían muchas...

Ricardo, que cada día está más fuerte, las guarda en un sobre con el título *cápsula del tiempo de Carolina*.

El psicólogo se está convirtiendo en alguien fundamental en su vida. Nunca pensó que podía ganar tanta confianza con él y sobre todo en ella misma. Desde que acude a las sesiones se siente más fuerte y se conoce a sí misma, con sus virtudes y sus carencias, que a la vez son las mismas, por ejemplo: necesita tenerlo todo ordenado y eso a veces no es bueno porque no posee nada de espontaneidad y se bloquea cuando el curso que llevan las cosas no es el que ella había previsto.

Se despide de él hasta septiembre. Le va a echar en falta, pero Ricardo le ha dado su teléfono personal por si le necesita en algún momento.

—¿Qué vas a hacer este verano? —le pregunta Carol.

—Me voy a Cuba con unos amigos —admite muy contento—, y luego voy a hacer un experto en agosto en la Universidad de Alcalá, así que voy a estar liadillo. ¿Y tú?

—Pues no sé, con lo de mi madre... no creo que salgamos.

—¿Qué tal está?

—No lo sé —admite con más que evidente pesadumbre—. Ya la han operado, vino antes de ayer, pero no habla del tema y yo no sé cómo sacárselo.

—Quizás es su manera de llevarlo, Carol, lo único que tienes que hacer tú es dejarle claro que estás ahí con ella y que te tiene para lo que ella necesite. No es sencillo acepar la enfermedad y hay quien se anquilosa en la fase de la negación. Pero seguro que tu madre busca a alguien con quién hablar, y no te tiene que afectar que no seas tú.

—Ya...

—¿Y tu hermano? ¿Habla más con ella?

—No, Alberto va a su bola. Está siempre en casa de Roa.

—¿De Roa? Ese no es...

—Sí, son íntimos.

—Hace tiempo que no me hablas de él.

—Es que lo estoy superando, gracias a Diego.

—Muy bien. Así me gusta. Estoy orgulloso de ti, eres una campeona.

—Gracias —se avergüenza Carol—. Bueno, pásalo muy bien en Cuba y ten cuidado con las cubanas.

Ricardo se ríe.

—Más bien con los cubanos.

Carol levanta la cabeza.

—¿Eres? No lo sabía...

—Tranquila, me estoy definiendo... pero hoy por hoy me decanto por los cubanos, aunque también he tenido novias.

—Pues genial.

Ricardo sonrío.

—Claro que sí. Nada de etiquetas. Cada uno siente como quiere y cuando quiere. Ese es mi lema.

—Pues te lo compro.

Carol se acerca y le abraza, aunque le llega al pecho.

—Adiós, Ricardo.

—Ey, ey, te veré en la obra de teatro.

—¡Qué vergüenza!

Carol abandona el despacho con pena. Ha creado un clima tan chulo con su orientador que hasta le considera su amigo y más cuando él le acaba de contar lo de su sexualidad... Quizás por lo de la cápsula del tiempo, pero ella podría asegurar que él va a estar siempre cerca de ella.

Llega a casa. Hay silencio. Como en los últimos días. Carol sube a su habitación, se pone el bañador y baja a dar unos largos a la piscina. De tanto estudiar para los exámenes finales su escoliosis le ha dejado la espalda contracturada y sabe que no hay nada mejor para ella que nadar.

Mientras nada, se acuerda de que hoy su hermano terminaba la selectividad, y aunque ha escogido una universidad privada, estos días se lo veía nervioso. Ella todavía no sabe qué carrera elegir. Le encanta leer, pero con filología no se llega a ningún lado, y contar, pero matemáticas no solo son eso, el turismo no le termina de súper encantar y el periodismo le da miedo porque no cree que valga... Sale de la piscina y se sienta en la tumbona a leer *Sentido y sensibilidad* de Jane Austen. Se ha bajado también el traje de la obra de teatro porque es mañana y todavía no lo ha cosido.

—¡Hola, lectora!

Carol reconoce esa voz y se pone tan nerviosa que le tiemblan las manos y se ve obligada a bajar el libro para que el instigador de su malestar no piense que padece Parkinson a su edad.

«¡Madre mía! ¡Qué sonrisa! ¿Se puede estar más bueno? ¡Es que no se puede! ¡Por favor! ¿Qué digo? ¿Qué digo? ¡¡¿Qué digo?!!»», grita su mente.

—Hola, Roa, ¿qué tal?

El chico toma asiento en la tumbona de al lado y mirándola le responde.

—Bien, pelín estresado, pero ya pasó...

—¡Es verdad! ¿Qué tal la selectividad?

—Bien, yo creo que bien.

—¿Qué quieres hacer?

—¡Uff! —resopla y se le mueve el flequillo—. Siempre pensé que INEF, pero visto lo visto estoy ente periodismo o imagen y sonido, algo así.

—Molan... —responde sintiéndose adolescente de libro—. ¿Qué tal la rodilla?

—Bueno, me operan en una semana.

—¡Jo, cuánto lo siento!

—Tranquila, lo voy superando. ¿Te gusta Jane Austen?

—¿Cómo?

—El libro, que es de Jane Austen.

—¡Ahhh, sí! Me gusta mucho, es la segunda vez que lo leo.

—A mi madre le encanta.

—Ah... —Carol se está poniendo cada vez más nerviosa y no sabe qué decir—. ¿Y a ti?

—¿A mí? ¿Jane Austen? No —responde rotundo— ... Bueno, es que te confieso que no leo mucho y últimamente menos.

—¿Por la selectividad?

—Sí, pero no soy de los que leen, me gustaría, en serio, pero siempre antepongo el deporte o la música y también creo que todavía no he encontrado mi género.

—Bueno... eso pasa.

—Sí. ¿Y a ti, qué te gusta leer?

—¡De todo! Lo que voy pillando por casa me lo leo —contesta y se arrepiente porque continuamente está auto examinándose para sonar ingeniosa y sabe a ciencia cierta que no lo está logrando.

—A mí me pasa igual con la música, lo escucho todo.

Carol se va relajando, Roa es muy guapo, pero también desprende algo que la gana y le hace sentir calmada, como si la hipnotizara.

—¿Y qué grupo te gusta?

—¿Grupo? Muchos, Los piratas, por ejemplo, pero también me encanta la música clásica.

—¡Qué guay! Eres muy diferente a mi hermano, él siempre escucha rock.

—Jajajajaja... sí, somos muy distintos, por eso creo que nos entendemos tan bien. Tu hermano es un crack.

Carol hace una mueca de disgusto y Roa la sonrío.

—¿Qué te tienes ahí? —le señala la tela y la caja de la costura.

—¡Ahh! ¡Se me olvida siempre! Pues lo que me tengo que poner mañana para la obra. Tengo que coser unas cosas y al final no lo hago.

—¡Es verdad! ¡Mañana es el estreno! ¿Cómo lo llevas?

—Deseando terminar...

—¿Y Lola?

Carol sube los hombros.

—Te ha estado puteando, ¿verdad?

—Un poco, sí.

—Cuánto lo siento, de verdad. La conozco y sé que puede ser bastante intensa.

—Yo diría que es algo peor que intensa. Es más mala que un demonio.

Roa vuelve a gesticular una mueca aceptación.

—¿Y qué tienes que coser? ¿Te puedo ayudar?

Carol le mira pasmada.

—¿Sabes coser?

—Carol, mi madre es costurera, algo sé, sí...

—¿En serio? Es que a mí me da pereza hasta enhebrar la aguja.

—¡Anda, trae!

Carol saca las túnicas y le explica a Roa que tiene que ponerle unas hebillas para pasar una cuerda por la cintura. Roa le hace levantarse para probarse las telas y medir donde colocar la cintura.

Carol obedece e intenta no pensar que está en bikini, pero no lo puede evitar. Se muere de la vergüenza. Coge las dos telas y se las da. Para no mirarle a la cara opta por ponerse de espaldas a él, pero Roa posa una mano en su cintura y le da la vuelta.

—Aguarda un momento —le dice mientras coloca las túnicas sobre ella y Carol tiembla como un corderito recién nacido.

—Tengo un poco de frío —se excusa.

—Sí, sigues un poco mojada... ¡qué envidia que tengas piscina en casa!

—Bueno, esta también es casi tu casa.

Roa la mira con ternura y Carol se engancha a sus ojos negros como la noche. Él se acerca dando un paso y le hace una caricia en la nariz, después se centra en colocarle las telas bien, pero ella asiente como una boba sin poder pensar en otra cosa que en las manos de Roa en su cuerpo tembloroso y en su estómago que, como si se hubiese comido un gato revoltoso saltando y arañando por dentro, está a punto de doblarse de la angustia estomacal.

—A ver, gírate lento. —Carol le hace caso mientras Roa posa sus manos en su cintura—. Yo las pondría aquí. Sí, aquí. Espera, quédate de espaldas.

Ella siente sus manos en la espalda y su gato gástrico maúlla a grito pelado que va a vomitar la merienda, pero se contiene e intenta recordar que tiene novio, Diego, sí, pero jamás se ha puesto tan nerviosa ni ha sentido tanta energía, es que cree que hasta podría levitar.

—Pues ya está, quítatelo y te lo coso en un momento.

Carol vuelve en sí. Se gira y se intenta quitar las telas, pero de la tembladera que tiene se enganchan en su cabeza y el ridículo comienza a ser espantoso, hasta que Roa le para los brazos para que se esté quieta y la ayuda. Carol le mira agradecida y él a ella sonriente, un segundo, dos, tres...

Unas toses hacen que vuelva en sí.

—¡Hola! ¿Qué hacéis?

Carol mira a su derecha, acaba de llegar Diego y conociéndole sabe que está un poco tenso.

—¡Hola! Roa me está ayudando a coser la túnica de mañana. ¿Y Bea?

—Está en la cocina, hablando con tu hermano —le responde sin interés.

—Hola, Diego —le saluda Roa sin mucho entusiasmo—. Tu chica necesitaba ayuda.

—¿Y tú sabes coser?

Carol no sabe dónde meterse, el tono de Diego ha sonado tan brusco como si se hubiera tragado a un vasco hambriento frente a un plato minimalista.

—Mi madre es costurera, sí, algo sé.

—Vales para todo.

—No, para todo no —le contesta sin mostrar ofensa, aunque es un hecho fehaciente que Diego está lanzando dardos envenenados a degüello—. No soy perfecto.

—Nadie ha dicho que seas perfecto.

—¡Diego! —le reprocha por fin Carol—. Ya, ¿no?

—¿Cómo? —La mira con aire chulesco.

—¡Que vale ya!

—Sí, sí, claro que vale —responde y con las mismas se da la vuelta y se marcha por donde ha venido, dando unos pasos tan sonoros que ni que llevara plataformas.

Carol no sabe dónde meterse.

—Tu chico es un poco celoso, ¿no?

Carol por enésima vez ignora qué responder, está abochornada por el comportamiento de Diego.

—Yo creo que se ha enfadado.

Entonces se da la vuelta y sin dudar le responde a Roa:

—Pues dos cosas tiene...

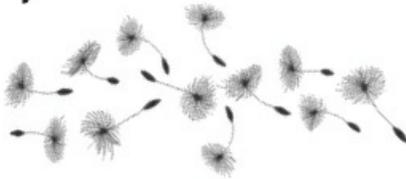
Roa la mira y Carol apostaría a que es con orgullo hasta que él le dice:

—Eso es, eso es, nunca te amilanes por nada ni por nadie, y al que lo intente dale boleta.

—Corto y copio —le responde ella.

—Venga, vamos a coser.

Capítulo 24. Nadie está solo



Por alguna razón se le acaba de refrescar la memoria y ha revivido una escena acontecida en su adolescencia con Roa. Él le cosió la túnica de la obra de teatro. Lo había olvidado por completo. Se esforzó tanto en intentar dejar de lado aquella época que la goma de borrar arrasó con todo, hasta con los buenos momentos vividos con él después del accidente con el árbol. Olvidó que tenía una buena relación, que hasta que sucedió aquello y cada uno tomó su camino, en un intento de recomponer su pasado, presente y futuro, él no le recriminaba lo de su rodilla. Su sentimiento de culpa tras lo de Lola en la función de teatro lo tergiversó todo para reprocharle lo sucedido al mundo y no a ella misma. Porque si bloqueas el pasado para evitar el dolor, los recuerdos pueden distorsionarse con el tiempo. Si le das vía libre a la imaginación para que moldee a su antojo lo vivido, sin la propia censura de tu memoria, estás votando para quedarte en la cómoda mentira, sin cargas, sin peso y sin necesidad de justificarte ni con nadie ni contigo. Triste pero no menos cierto. Y eso es lo que le pasó. Borró tanto que se deshizo también de él, de Roa.

Mira a la montaña, lejana, altiva y eterna, y se acerca al activo río que cruza el camping. Bea y Ricardo se han quedado escogiendo el bungalow en el que se van a quedar a dormir y ella ha optado por pasear despacio, respirar la mente y ya, de paso, intentar encontrarse con Val y aclarar el paranormal escollo que ha surgido esta mañana. ¿Cómo es posible que Noa esté muerta si ella la ha visto y ha hablado con ella? De pensarlo se le pone una bola en el estómago de nervios, canguelo e incompreensión en la que prefiere no ahondar y va a buscar las respuestas en Val. Debe de haber una razón lógica y pragmática, pero el caso es que no da con ella.

Otro gran momento a sumar para no poder desengancharse del dolor por lo que le ha sucedido a Roa. Hoy estaría deseando hablar con Alan y contarle que con razón desconfiaba de la pequeña, porque él es el único que también la ha visto. Nadie más. Es tan surrealista que no lo puede concebir. Pero si se detiene unos segundos también es esperanzador, porque Noa ya sabía lo del accidente y dijo que podría ayudarles. Tiene que encontrar a Val, pero no desea forzarlo y tampoco sabe cómo afrontarlo. Desde aquella ouija, Carol reniega de todo lo que no sea palpable y objetivo, y esto, sin lugar a dudas, no lo es. Se escapa a cualquier razón y eso la pone tan nerviosa que le pican las palmas de las manos desde que se ha enterado y el corazón le late a veinte pulsaciones más de lo habitual. Ella es enemiga de la improvisación, por eso suele contar, para ordenar su pensamiento, ya va por el cuatrocientos y sigue intranquila. Y sabe que en esta situación no hay números que valgan, ni disposiciones, no le va a quedar otra que dejarse llevar, porque escribir un guion con un fantasma es labor arduo complicada.

Toma asiento en una piedra frente a una pequeña poza. Está a la sombra. Carol se entretiene en lanzar piedras al agua, muy americano el momento, pero lo hace más bien porque quiere espantar a la cantidad de bichitos que planean cerca del agua y la podrían picar. Sin más.

Se da cuenta de que necesitaba algo así, nada como la naturaleza para desatascar una mente atorada de pleno agotamiento. Le echa de menos tanto, ¿cómo es posible que todo le recuerde a

él, si han sido apenas unos días? Claro que, como cuando un miope se pone las gafas y lo ve todo claro, ella se había descubierto lo feliz que podía llegar a ser con él, y para eso con el primer beso le bastó.

Los recuerdos del pasado vuelven a asaltarla. Roa siempre la habló bien, nunca le reprochó nada y ella, sin embargo, fue odiándole y echándole las culpas de su desdicha, de lo de Diego, de lo de Lola, de lo suyo. De aquella obra de teatro que lo cambió todo.

Suenan unos pasitos a su espalda. Carol se da la vuelta y se encuentra con la carita de Val, sonriéndola y, sin más, la pequeña se lanza a sus brazos.

—¡Has vuelto! —le dice mientras la abraza.

—Sí, pequeña, claro que sí —le responde emocionada. Es tan tierna.

Después de abrazarse, Carol la amarra y la sienta en sus piernas, acariciándole el pelo liso.

—¿Cómo estás?

La niña sube los hombros, pero Carol entrevé en sus ojos mucha tristeza.

—Val, me he enterado de muchas cosas, pequeña...

—Me imagino. Por eso estás aquí —enuncia tan bien que le sorprende que apenas hable en su día a día. Tiene una voz muy suave y dulce, un poco aguda todavía, pero es una pena que no se deje oír.

—¿Por qué solo hablas conmigo?

—Porque solo contigo me sale la voz —le responde perfectamente. Carol imaginó que le iba a costar más sonsacarle lo de su mutismo selectivo.

—¿Y eso?

—No lo sé...

—¿Ni con tu tía?

—Con él y ella menos.

—¿Por qué?

—Porque no les importa, yo no les importo.

—No digas eso, pequeña...

—Mis tíos... ellos no me quieren, ni yo a ellos.

La estupefacción de Carol salta a la vista a kilómetros de distancia. En parte, porque normalmente la niña era más escurridiza y no se esperaba tal nivel de sinceridad y menos en alguien tan pequeño.

—A veces los adultos no sabemos demostrar el amor, somos muy torpes, nos preocupa tanto que estéis bien que se nos olvida demostraros el cariño.

Val la mira con esos ojitos de cervatillo que siempre la han conquistado.

—No puedo crearme que alguien no te adore, cariño, tú eres muy especial —se sincera—. Mira, mi madre era muy exigente conmigo, yo sentía que no me escuchaba. Había unas chicas que me las hicieron pasar muy mal en el colegio, y yo no quería compartir clases con ellas. Se lo intentaba explicar a mi madre, pero ella me insistía e insistía que era por mi bien. Lo que te quiero decir es que a veces los adultos somos obstinados y desdeñamos los problemas de los pequeños, pero eso no significa que no te quieran.

—Ya, pero ellos no querían hijos, yo soy una carga. Discuten todo el rato.

—¡Jo, cuánto lamento que lo experimentes así!

—No se quieren, pero no te preocupes, yo sé que me voy a ir.

—¿Cuándo seas mayor?

—No, muy pronto.

—¿A dónde? ¿Tienes más familiares? —inquire rápido Carol, a la que el tono de la niña le

ha asustado más que bastante.

—Donde me ha dicho Noa. No te lo puedo decir. Es un secreto.

—Ah...

—Noa siempre lleva razón.

Carol sabe que ha de subirse a ese tren, aunque ponga en riesgo todas sus convicciones. Y con la boca como pasto de cabras de seca que la siente, se lanza:

—Hablando de Noa —se esfuerza en sonar cotidiana—, ¿dónde está? Deseo hablar con ella.

—No lo sé...

—Es que la necesito, de verdad.

—¿Por Alan?

—Sí, por eso quiero hablar con ella.

Val se separa un poco y le estudia la cara; a los segundos le dice:

—¿Ya ha tenido el accidente?

Pum-pum-pum los latidos del corazón de Carol le saltan del pecho y el estómago se le revuelve de golpe.

—Sí, cariño, ¿cómo lo sabes? —apenas le sale la voz.

—Por Noa, ella me lo contó.

—¿Y ella cómo lo sabía?

Val vuelve a subir los hombros en señal de desconocimiento.

—Ya te lo he dicho, ella adivina muchas cosas.

—¿Pero...? Tú sabes lo que le pasó a Noa, ¿verdad? —Tiene tanto miedo de asustar a la pequeña que prefiere ir con pies de plomo, tanteando lo que Val entiende.

Val la mira con esos ojitos de canica tan brillantes que siempre la pellizcan el alma, es imposible no adorar a esa niña.

—¿Te refieres al incendio? —le pregunta ella con una naturalidad pasmosa.

Carol asiente.

—Sí, claro. Mi papá, mi mamá y ella pasaron al otro lado.

—¿Al otro lado?

—Sí, así lo llama Noa.

—¿También ves a tus papás?

Val coge una piedra y repite el movimiento que Carol hacía unos minutos, lanza la china al agua.

—¿Eh? ¿Ves también a tus papis? —lo repite con más miedo que vergüenza, en parte porque como escuche que sí, se lo hace ahí mismo del miedo.

—No, a ellos no, solo a Noa.

—¿Y sabes por qué?

—Porque dice que me tiene que proteger de él.

—¿De quién?

—Es secreto, no se lo puedo decir a nadie.

—¿Por qué?

—Porque es peligroso.

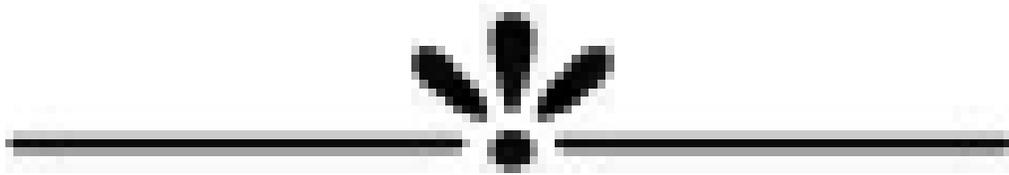
—¿Ni siquiera a mí?

La niña niega con la cabeza.

Carol inhala profundamente. Se siente como Jennifer Love Hewit en *Entre fantasmas*, pero sin pestañas postizas.

—¿Cómo sucedió el incendio?

—No lo sé, pregúntaselo a Noa. Ella lo sabe, yo no me acuerdo.
—¿Y cuándo la puedo ver?
—No lo sé, ella viene cuando quiere. Hay muchos días que no la veo.
—¿Nadie más la ve a excepción de ti y de mí?
—No... y de tu novio. Él le caía muy bien. Es muy bueno. Ella le va a ayudar, no te preocupes.
—Para eso necesito verla —la angustia habla por Carol.
—Vendrá, tranquila. Ella sabe qué hacer.
—Ojalá...
—¿Carol? —la escucha un poco tímida.
—Dime, mi niña.
—¿Me puedes contar cosas del lugar donde vives?
—¿De Madrid?
—Sí.
—¿Nunca has estado?
—No he salido casi de aquí.
Carol sonrío: si algo se le da bien a ella es describir lugares.



Las ocho de la tarde y nada. Después de comer, Val se echó la siesta en el *bungalow* reservado por sus amigos para no perderla de vista y llevan toda la tarde con la niña paseando por los alrededores y, de momento, sin noticias de Noa.

Alberto les ha llamado para decirles que no hay ninguna novedad con Roa, a excepción de que ya no tiene fiebre, porque en los últimos días un bicho proveniente de uno de los catéteres le había causado una infección sistémica, pero los médicos dieron con él pronto y han evitado un mal mayor. Bea se aleja de ellos para conversar con Alberto a solas y Ricardo y Carol se echan una mirada cómplice, ya que les resulta más que obvio que su cínica amiga se está enganchado a Alberto por mucho que quiera aparentar otra cosa.

El sol se empieza a poner cuando dan la última curva antes de llegar al campamento, justo donde Carol las encontró por primera vez. Val camina entre Ricardo y ella, dándoles la mano y cantando junto a Ricardo una canción de los *Boy scouts*. Sí, Val también ha hablado con Bea y Ricardo con total normalidad.

Un fuerte olor a canela hace pararse a Carol para estornudar con ansias y cuando levanta la cabeza la ve.

—¡Ay, Dios mío! —escucha a Ricardo.

Carol, que tiembla de la cabeza a los pies, mira a su amigo interrogante preguntándose si él también la ve, su amigo afirma con una ráfaga de movimientos de la cabeza que más parece un zoom de Instagram, y pálido como una hoja en blanco del Word.

—¡Hola, Noa! —saluda su hermana y corre hacia ella para abrazarla. Es totalmente corpórea,

una de las dudas que se había planteado en este rato Carol.

—La está tocando —resuella Ricardo—. Yo pensaba que los fantasmas eran de humillo.

Carol le mira, aunque está asustada, no puede evitar sonreír, es la primera vez que ve a su amigo psicólogo paralizado, no es para menos.

—¡Hola Carol! ¡Hola Ricardo! —les saluda la niña muerta.

—¡Ay, que sabe mi nombre! —resopla.

—¡Hola Noa! —le dice mientras se acerca—. No sabes cuánto me alegra verte.

Carol se agacha al llegar a su altura y la coge las manos. Están heladas, por lo demás el tacto es normal.

—Me lo imagino...

—Noa... sé lo que te pasó, lo del otro lado —le dice y los ojos de la niña bajan al suelo entristecidos—. Lo siento mucho, de verdad.

—Ya no se puede hacer nada...

—Me parece maravilloso que estés cuidando de tu hermana. Ojalá otros muchos pudieran hacerlo.

—Me lo pidieron mis padres. Yo puedo porque soy una niña... los niños tardamos más en cruzar.

—¿Cruzar a dónde? —le pregunta Ricardo, que poco a poco se ha ido acercando y parece que recobra la compostura, aunque la voz no tanto porque ha sonado robótica, pero si algo es su amigo es curioso.

—Al cielo.

—¿Con Dios? —cuestiona de nuevo.

—No lo sé... Donde yo estoy es bonito, pero creo que el cielo lo es mucho más, cuentan que es muy tranquilo y se puede jugar. Todo el mundo está acompañado. —Sonríe mostrando toda su inocencia.

Ricardo toma la mano de Carol con fuerza para infundirle ánimo.

—¿Y con quién estás ahora? Es decir, si tus papás han cruzado... —se anima Carol a intervenir en la conversación más surrealista y esclarecedora de su vida.

—Con mis amigos. Aquí nunca estás solo. Aprendo muchas cosas, también hay mayores... son muy buenos con nosotros, al principio te asustan un poco por su aspecto.

—¿Qué aspecto?

—Son muy raros...

—¿Como de raros?

—Es que no lo puedo contar. Es secreto.

—¿Y esos mayores no van al cielo?

—A veces, pero están para cuidarnos y que crezcamos... uno de ellos es el que me ayudó a venir a aquí. Se llama Darío. Es como un abuelo para mí, me cuenta muchas cosas y me hace reír.

—Noa siempre me habla de Darío —dice Val.

—No sé si gritar, desmayarme o echarme a llorar —admite Ricardo—. Esto me supera con creces.

—Noa, tienes que ayudar a Carol, su novio ya ha tenido el accidente —le dice una niña a la otra con una madurez que ni que tuvieran quince años.

—Ya lo sé. Hemos estado con él.

—¿Hemos? —pregunta Ricardo.

—Sí, Darío y yo.

—¿Has estado con él? —Las lágrimas no tardan en cobrar forma, porque eso significa que, que...—. ¿Está muerto?

—No, no... no está muerto, está dormido, muy dormido, y aunque él quiere despertar no sabe cómo hacerlo. Le tienes que ayudar a despertar, te está esperando. Sueña casi todo el rato contigo.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque se ven sus sueños... pero creo que también es secreto.

—¿Y tú no le puedes hacer regresar? —le pregunta Carol.

—No, lo he intentado, pero Darío me ha dicho que solo se le puede despertar desde el otro lado.

—¿Y cómo lo hace? —le pregunta Ricardo.

—Consiguiendo llamar su atención, él, a veces, puede oírlos. Tienes que conseguir que él se enganche a ti, con algo que digas o que hagas. Algo que le guste mucho.

—No se referirá al sexo, ¿no? Porque eso va a ser complicado... —murmura en su oído Ricardo y Carol acto seguido le pellizca el brazo.

—No me refiero a eso —espeta la niña con cara de asco—. El oído es el sentido más desarrollado en esos casos.

—Mejor, sí, sí, mejor —responde Ricardo.

—¡Pero yo le he hablado mucho y no se ha despertado! —expresa Carol con tono desesperado.

—Pues le hablas más, hija —le insiste Ricardo.

—Tú le conoces, piensa en algo que le devuelva a ti, algún recuerdo... Es lo que me ha dicho Darío.

—Y si no lo consigo...

Noa no responde, pero Ricardo sí.

—Lo harás, aunque sea lo último que hagas, bonita.

—Muchas gracias, Noa, de verdad. —Carol la abraza—. Es tan precioso esto que has hecho por mí...

—De nada. Tú y él tenéis que estar juntos aquí, eso también lo sé.

—¿Qué sabes?

—Es que no lo puedo contar, pero yo sé cuándo una pareja es buena y cuándo no.

—¿Y Roa y yo somos... buenos?

—Sois más que eso, aquí a novios como vosotros se les llama mitades. En la tierra sois mitades.

—¡Por favor, qué bonito! —aplaude Ricardo.

—Pues para ser mitades no nos paran de pasar cosas malas.

—Eso es porque las mitades generan envidias, pero en cuanto estéis seguros de todo lo que os queréis, nadie más se meterá con vosotros, ni de aquí, ni de mi mundo.

—Voy a llorar —anuncia Ricardo—. ¿A mí no tienes nada que recomendarme, para encontrar a mi mitad?

—No puedo, me estoy saltando todas las normas, pero es necesario para que me creáis y nos ayudéis.

—¿En qué te puedo ayudar, pequeña? —le pregunta Carol.

—A mí no, a mi hermana... A Valiente.

—¿Cómo?

—¿Es que no lo ves?

—Pues no...

Carol y Ricardo miran a la aludida que se acaba de sentar en un montículo al lado del camino y baja la cabeza.

—Nosotros morimos por culpa de la chimenea.

—Por un incendio, ¿verdad?

—Sí, la única que sobrevivió fue mi hermana porque el perrito que teníamos la despertó, él regresó para despertarme a mí, pero se quemó...

—Pobre...

—Los bomberos tardaron mucho en llegar. Me lo han contado mis padres, yo no me acuerdo de nada.

—¿Y qué es lo que me dices que tengo que ver?

—Mi hermana corre peligro.

—¿Por qué?

—Porque mis padres nunca encendían la chimenea.

—¡Oh, por dios! —se lleva las manos a la boca Ricardo.

—¿Pero eso quiere decir que os...? —Carol no consigue terminar la frase.

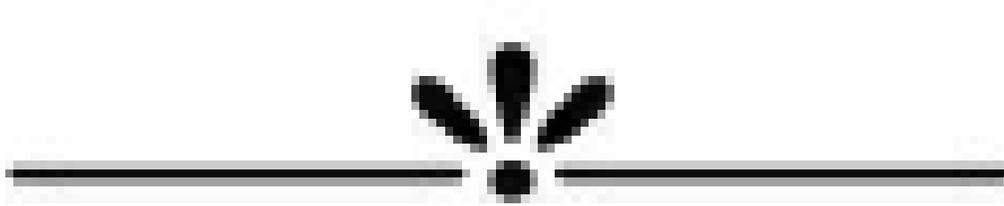
—¿Os asesinaron? —enuncia Ricardo—, pero ¿por qué?

—Por apropiarse de esto, mis tíos no tenían nada y ahora son los dueños, pero eso ya da igual, no es fácil demostrarlo, es para que entiendas que mi hermana te necesita y tú a ella.

—¿Yo?

—Sí, es que ella también es... —Noa desaparece de repente.

—¡No te vayas!



En el coche, al día siguiente, en el camino de regreso, los ánimos son muy distintos. Bea *whatsapp*ea todo el rato, Ricardo no para de hablar y de planteárselo todo y Carol se siente tan mal que no puede hacerle caso.

Apenas ha dormido, la cabeza le bullía en mil direcciones, todo lo acontecido le ha dejado con tal resaca mental que no es capaz de seguirle el hilo a su amigo y ha optado por hacerse la dormida. Ni Bea, ella hace rato que ha optado por dejar de escucharle.

—Carol, cariño... —le dice su amiga—. Ya estamos llegando a León. ¿Quieres pasar por casa o vas directa al hospital?

Carol hace que se despereza y responde que quiere ver a Roa.

—Vale, pero tienes que descansar. Carol —le dice su amiga—, me están pidiendo desde arriba que vuelques el contenido que tengas del viaje.

—¿Cómo?

—Sí, el jefe del proyecto ha contactado conmigo, no te lo quería decir para no meterte más presión, pero quieren que les entreguemos algo.

—Saben lo de Roa, ¿no?

—Sí, sí, y por eso han esperado, pero dicen que, aunque sea poco, menos es nada y que

necesitan que hagas el trabajo de los dos.

—Bea, yo no tengo la cabeza...

—Carol, yo te ayudaré... de verdad. Mañana tráete la cámara de fotos de Roa, entre tus notas y sus fotos les daremos algo presentable, ya lo verás. Y, además, te vendrá bien despejar un poco.

—Hay que ser cabrón para no entender el momento por el que estoy pasando.

—Bueno, es que ellos no tienen por qué saber que tú y Roa os habéis enamorado, entiéndelos también.

—No es solo eso, Bea, es la niña, es mi padre, es que... —se agobia y siente que no le entra el aire.

—Carol, yo te voy a ayudar, tranquila. Tú trae la cámara y mañana me pongo.

—Vale.

Justo en ese momento llegan al parking del hospital. Carol se despide de Bea hasta mañana y a Ricardo le abraza con fuerza porque tiene que regresar a Madrid.

—Estoy seguro de que vas a lograrlo, Carol... solo tienes que descansar un poco y darás con la tecla.

—Gracias por todo, Ricardo. Hasta en momentos como este me has hecho reír.

—Para eso he nacido, pequeña, para ayudarte.

—Lo sé... eres tan bueno conmigo —le abraza—, ¿qué haría yo sin ti?

—¿Aburrirte? Sabes que el cariño es mutuo, Carol. Tú me has ayudado en todas mis crisis también, para eso está la familia.

—Gracias, de verdad.

—Gracias a ti, mi chica... hoy ya sé que me puedo morir tranquilo, que hay un cielo aguardando.

Carol le mira con horror.

—Ni se te ocurra morirte.

—¡No, tranqui! ¡Tengo que encontrar antes a mi mitad! —Le guiña un ojo.

Poco después Carol entra en la habitación de Roa. Se sorprende al darse cuenta de que ya no le molesta el olor a hospital, a desinfectante, lo ha hecho como propio. Le encuentra igual, inerte, como lo dejó, como una estatua, sin que haga ni una mueca por saberla ahí con él, pero da igual, a ella le sirve, su cuerpo se relaja al estar cerca de Roa. Necesitaba tocarle, olerle, acariciar su pelo. Su hermano Alberto, que la observa de lejos, se despide de ella, acercándose para darle un tímido beso en la frente. Carol percibe su dolor, y cómo su hermano está conteniendo el llanto. Ella le escucha decirle que Roa es fuerte y que saldrá de esta, como siempre repite Alberto, aunque esta vez Carol cree notar su voz menos convencida. Cada hora que pasas al lado de su cama tu llama de la esperanza se apaga, y eso es lo que le ha sucedido a su hermano este fin de semana, aunque lo intente ocultar. Carol le coge una mano y compungida le responde que lo sabe.

—Es mi hermano, Carol...

—Lo sé, Alberto.

—Estaba alucinado... me llamó para contarme que estaba contigo y nunca le había sentido tan feliz. No es justo, él siempre te buscaba y ahora que por fin...

—Va a salir de esta, ya lo verás.

—Eso espero, no creo que pueda vivir sin él... no te imaginas lo que se puede querer a este tío, Carol.

—Sí, sí me lo imagino. —Le sonrío.

Se hace un silencio cómplice entre ellos. Ambos miran a la cama. Poco después su hermano se marcha prometiéndole que visitará a sus padres esta semana para ver si están bien y les dará muchos recuerdos.

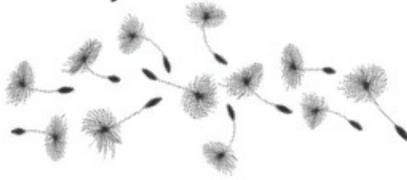
Carol coloca el sillón al lado de la cama de Roa para poder tocarle. Ya apenas tiene heridas, excepto en la cabeza donde tuvo los drenajes. El pelo le ha crecido un poquito y ya no impresiona tanto verle con la cabeza rapada, o quizás es que se ha acostumbrado. Se le ve algo más delgado y dormido, pero ahora sabe que está soñando y que ella forma gran parte de sus sueños.

Cuando la enfermera del turno de noche sale de la habitación y apaga la luz del pasillo, Carol se acerca a la cara de Alan y le da una serie de besos en las mejillas y termina en los labios, pero él no se inmuta y Carol termina llorando:

—Todos confían en que voy a atraerte a mí y te juro que no sé cómo, cariño. Me agobia que por mi culpa sigas perdido...

Llorando, lento y pausado, apoyando su cabeza en la mano inerte de Roa, Carol se deshace del nudo que la llevaba ahogando todo el día y, al fin, se duerme.

Capítulo 25. Lola



Las clases por fin toman su fin y Carol, Diego y Bea han aprobado. No todos sus compañeros pueden decir lo mismo, las matemáticas han hecho un destrozo y muchos van a tener que recuperarlas en septiembre.

Pero para Carol hoy no es su mejor día: entre que Diego apenas la ha saludado al entrar y más tarde la ha ignorado en el patio yéndose a jugar un partido de fútbol, y que ella en un rato tiene que actuar en la obra de teatro, no rebosa alegría y entusiasmo.

Carol le ha contado a Bea que Diego se hubo de enfadar ayer cuando la vio con Roa en la piscina, y su amiga, que se empieza a postular como una feminista valiente, le ha reprochado a él una actitud tan cavernícola y la ha animado a ignorarle y esperar que vuelva con el rabo entre las piernas. Y Carol acepta la moción. No va ella a pedir perdón por los celos de él.

Para colmo, nuevo grano del tamaño de Teide en el centro de su frente y esta mañana cuando se ha mirado al espejo había amenazas de más volcanes en su cara. Odia la adolescencia, a menudo mira a las chicas de veinte con envidia porque ellas ya están terminadas y saben cómo sacarse provecho. Esta revolución hormonal no le sienta bien a nadie. A nadie. Hasta las más top fueron mediocres en su pubertad.

Entra en la clase que está vacía para recoger su mochila y su bolsa de teatro y al salir se cruza con Diego.

—¡Ey! —le dice él, levantando la cabeza, aparentemente sorprendido por la casualidad.

Ella le mira algo seria y hace amago de irse, pero Diego la agarra por la muñeca y la frena en el último momento.

—Carol...

—¿Qué? —responde ella con tono hastiado.

—Mucha mierda.

—¿Cómo?

—Que mucha mierda, a los actores se les dice eso antes de una función.

—Pues si esa es la idiotez que me vas a decir en todo el día, estás apañado.

Diego echa para atrás el cuerpo como si Carol le hubiera disparado.

—Tú tampoco has hecho por venir. Esto es cosa de dos.

—No, Diego, tú te has enfadado por alguna razón que desconozco y me llevas ignorando desde ayer, no pretenderás que te vaya chupando el culo, encima.

—¿Por alguna razón que desconoces?

—Sí, eso —se planta ante él.

—¿Ligar con el chico ese delante de mí te parece poco?

—¿Ligar? Yo no estaba ligando.

—Deberías haberte visto la cara...

—Por desgracia vi la tuya.

—¿Ves? Te jodí el momento.

—No, no te vengas arriba, lo jodiste por tu actitud celosa y desagradable. Roa me estaba ayudando.

—Igual él sí, pero tú le mirabas con ganas de comerle la boca.

—Eso son imaginaciones tuyas.

—No, eso me puede sentar mal o peor, pero no me lo imaginé.

Carol vuelve a intentar irse.

—No nos vamos a poner de acuerdo, mejor me marchó.

—Reconoce que te gusta y ya está, no pasa nada.

—No me da la gana reconocer algo que no es verdad.

Diego resopla.

—¡Carol, por dios, se te caía la baba!

—¡Vete a la mierda! —se enfada y mucho—. A mí no me echas las culpas de tus inseguridades. Yo nunca te he engañado.

—¿Y te he dicho yo que lo hayas hecho? —le grita también él—. Pero a veces no hace falta el hecho para engañar. Yo vi lo que vi, Carol.

—Pues yo sentí lo que sentí, Diego. Y no fue lo que tú dices.

—Mientes.

—No, no miento, pero me estoy hartando.

—¿De mí?

—De esta escena. ¿No voy a poder hablar con ningún tío?

—No es eso, puedes hablar con quien quieras, pero entiende que si veo que se te caen las bragas por uno no me haga gracia.

—¿No te das cuenta de que eso coarta mi libertad? Porque yo ahora no voy a estar tranquila hablando con otro chico por si piensas que me gusta.

—¡Venga, Carol! Tú y yo sabemos que él no es cualquier chico.

—¿Ah, sí?

—Me está sentando fatal que me trates como a un tonto. Roa te gusta, de ahí todas las movidas con Lola. Y no pasa nada, admítelo y punto.

—Roa les gusta a todas, está muy bien el chico...

Diego resopla y su semblante se asemeja al de siempre, al guasón, como si sus cables eléctricos mentales hubiesen vuelto a su ser.

—¿Más que yo? —Diego hace un amago de acercarse y cambia el tono de voz por uno seductor.

Carol se intenta calmar y valora a bien la transición de Diego.

—No sé yo... —bromea—. Él es más alto, pero no tiene tus ojos.

—No, mis ojos son más guais. —Da un paso más hacia ella y estira sus brazos para apoyarlos donde acaba la espalda de Carol y atraerle hacia él.

—Pero su pelo... aunque no tiene tu boca.

—No, mis labios son más carnosos, ¿verdad? —le dice muy cerca de su boca y dándole pequeños besos altamente excitantes que la están poniendo como una moto.

—En definitiva, me gustas más tú... pero por poco.

—¿Por poco? Te vas a enterar tú.

Y aprovechando que los pasillos están vacíos, Diego tira con fuerza de la mano de Carol y la lleva al baño de las chicas donde no hay nadie. Dos segundos después han entrado en uno de los cubículos y se besan como si de ello dependiera la supervivencia humana.

Carol nunca se ha sentido tan desinhibida, hasta le muerde en los labios y le araña la espalda. Diego, por su parte, la encarama a su cintura y la besa el cuello con ímpetu, hasta cree hacerle un chupetón que lucirá de escándalo en el cuello de ella.

Normalmente él puede controlarse, pero tras la discusión su adrenalina se ha convertido en un político corrupto que no rinde cuentas a nadie, apoyándose en la leyenda universal de que tras una pelea el revolcón de reconciliación es obligatorio. Diego saca la camiseta de un tirón del pantalón de Carol y mete las manos para escarbar por dentro del sujetador y tocarle el pecho a su chica. Ella pega un respingo cuando siente cómo él la amasa su pequeño seno, pero se vuelve loca con la sensación, apremiándole con varios «sí» en su oído a que no se corte y continúe con la exploración.

—¿Te gusta? —susurra él con voz sexy.

—Mucho —consigue vocalizar ella.

—Eres preciosa, Carol... tan suave.

Carol le besa por respuesta y corva el cuerpo para facilitarle la incursión. Diego coloca cada una de sus manos por debajo del sujetador y este termina rompiéndose por detrás. Los dos estallan en risas.

—¡Qué desastre! —se ríe ella—, ahora cómo le explico a mi madre que se me ha roto el suje.

—Dile la verdad —se burla él.

—Vale, se lo decimos juntos después de.... ¡Ah! ¿Y ahora como actúo yo así, el vestido es un *chichiná*?

—Tranquila, no se va a notar, solo lo voy a saber yo y con esto ya te aseguro que me va a encantar la obra de teatro.

Carol le golpea en el hombro y se baja de sus piernas para recomponerse.

—Nos ha dado fuerte, ¿no? —le pregunta ella un poco tímida.

—Tú me dirás, te he roto la ropa interior como en las pelis.

—¿Qué clase de pelis ves tú?

—En una de estas no podré contenerme, Carol... me pones a mil.

—Pues vamos a tener que esforzarnos los dos, porque no pienso perder la virginidad en un baño.

Diego la mira con ternura y la besa despacio.

—Jamás haría algo tan ruin. Tú, yo, una cena, velas, una cama... lo veo más así.

—Cuando cumpla dieciséis.

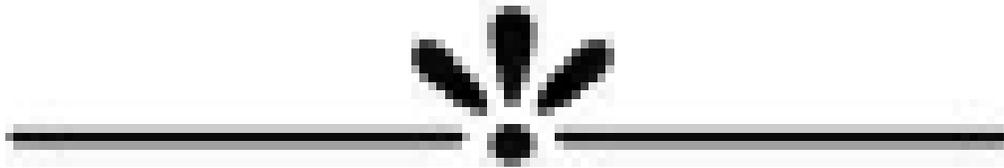
—¿En serio? —se anima él.

—Sí, creo que es una edad justa.

—Yo también, no te queda tanto. Oye... perdona lo de antes, soy un celoso de mierda, pero sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí —le responde melosa—. Y yo a ti, bobo. Me tengo que ir o llegaré tarde.

Diego se aparta y deja que Carol se quite el sujetador roto por debajo de la camiseta y después de otra ristra de besos, ella sale primero y quedan en verse en el salón de actos cuando termine la obra.



Todo preparado. Carol se ha apañado para vestirse sin que la vea nadie y sepan que no lleva sujetador. Menos mal que todavía tiene un pecho pequeño, porque si no se le podría salir de la túnica y se marcaría un «*boys, boys, boys*» como la Sabrina esa de hace mil años en Nochevieja.

Lola y su séquito han merodeado a su alrededor. Carol, por intuición, sabe que algo traman y que se la van a liar, pero ya está curada de espanto, lo que tenga que ser será y, si Dios quiere, esta será la última vez que las vea.

Comienza la obra.

Menestra, su papel, no sale de las primeras, está tan nerviosa que el corazón le va a mil por hora, al borde del ataque de pánico. Mira la obra desde los laterales del telón, de momento todos lo están haciendo muy bien, y por mucho que le pese, Lola también.

No logra entender cómo a la gente le gusta exponerse así... Puedes hacer un ridículo tan espantoso... ¡Le toca! ¡Ahhhh!

Menos mal que lo había ensayado mucho y se lo sabía al dedillo porque casi los nervios la paralizan, pero se ha relajado al mirar al patio de butacas y no distinguir a nadie por los focos y se ha intentado hacer a la idea de que era un ensayo, consiguiendo salvar sus escenas.

Ahora se halla en la última, en la más coral, donde actúan todos y mueren uno a uno, como buen drama griego. Le va tocar su turno. Carol siente un movimiento en su espalda, pero no le hace cuentas. Da varios pasos para delante como le ha indicado su profesor para decir su frase y hacerse la muerta. Sin saber muy bien cómo, su túnica se resbala por detrás, como si no estuviera atada por la cuerda de la cintura y alguien le estuviera pisando el vestido y, como en su peor pesadilla, se queda desnuda frente a todo el público.

Sin sujetador. Desnuda. Frente a todos.

Risas. Algún que otro ¡ohh! y hasta silbidos malintencionados. Eso es lo que oye, además de unas carcajadas malignas por detrás de su espalda. Sabe que son ellas, Lola y sus amigas, le han roto la cuerda. Puede pensar, pero está tan paralizada que siente como calor entre las piernas que se escurre hasta el suelo y no puede frenarlo, su cuerpo no le responde y se está haciendo pis encima. Delante de su colegio. Por muy en shock que esté sabe que esto va a marcar el resto de su vida para siempre. Se ha hecho pis delante de todos y como Dios la trajo al mundo. Es tan avergonzarte que prefiere morir.

Alguien sube al escenario desde las butacas como un rayo y se lanza a por Lola a grito de «*Eres una hija de puta*». Carol logra girar el cuello. Es Diego. Diego con toda su rabia. La gente de la escena se aparta, hasta las amigas de Lola porque da mucho miedo. Ella ya le había visto así una vez y sabe la imagen que proyecta.

Diego le pega un bofetón como un piano a Lola, a lo que ella de primeras, por la sorpresa, se lleva la mano a la cara estupefacta, pero después se lanza a forcejear con él. No tiene nada que hacer. Diego está fuera de sí. El profesor de teatro corre a separarlos.

Carol siente cómo alguien la aparta y la cubre con su cuerpo, ni mira quién es. Pero Lola sí.

Lola los ve y su mirada de odio lo dice todo. Ignorando a Diego corre hacia ella chillándole que es una golfa. Carol se acobarda y se protege en los brazos de quien la está arrojando porque Lola se dirige hacia ella como una exhalación.

—¡Déjala de una puta vez! —escucha a Diego gritar, cogiendo carrerilla para empujar a Lola con tanta fuerza que la saca del escenario y cae al patio de butacas totalmente desprevenida.

«Craaaaaack».

El golpe retumba en toda la sala. Un silencio sepulcral evidencia las funestas consecuencias y precede a un mar de gritos. Carol solo tiene que dar dos pasos para mirar abajo y ver a Lola en un charco de sangre que emana de su cabeza, con un aspecto cadavérico.

—No mires, no mires... —escucha a quién la arroja con su cuerpo—. ¡Joder, joder!

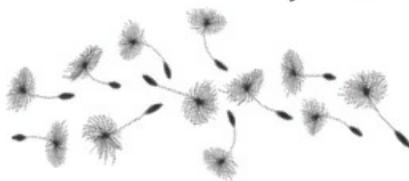
Carol busca a Diego con la mirada, dos profesores le sujetan por los brazos. Sigue fuera de sí.

Ella ve como varios le intentan hacer la RCP a Lola. Su cabeza va de Lola a Diego, de Diego a Lola. Esto no ha podido pasar. Es una pesadilla.

De pronto, escucha un aullido que sabe que no olvidará nunca. Diego. Diego cae al suelo porque se acaba de percatar de que es muy posible que haya matado a Lola.

Carol intenta ir hacia él, pero quien la cubre no se lo permite. Huele a sangre, a muerte, todos chillan, la realidad de Carol se funde en negro y pierde su ser, cayendo en brazos de su protector.

Capítulo 26. Un momento que lo cambió todo



Carol se despierta, de primeras no sabe ni dónde se encuentra, ni que día es, ni la hora. La desorientación típica de cuando has dormido poco y mal. Entre el hospital, que con tantas alarmas y las enfermeras entrando y saliendo apenas descansa, y en casa que ha medio discutido con Bea al llegar, las horas de sueño escasean más que en un fin de semana en Ibiza con Pocholo.

Bea quería contarle algo importante, y como le avisó de que la podía dejar en shock, Carol le pidió que, si no tenía que ver con Roa, se lo ahorrara porque no estaba ella para asumir más historias. Entonces Bea, que es de mecha corta, se enfadó porque aludía que no había forma de hablar con ella, que estaba inaccesible y Carol no le respondió, sorteó el chaparrón y se fue a la cama.

Bea siempre ha sido de enfado fácil y Carol la tranquila, la apaciguadora, la que mantiene la calma, pero en una situación tan desbordante como en la que se encuentra, tan lejos de su rutina, de su orden mental, y tan cerca de que su edificio vital se derrumbe desde el techo hasta los cimientos, no halló ni un ápice de fuerzas para sosegar a su amiga.

Carol mira el móvil, no hay ningún mensaje positivo. Son las tres de la tarde, ha dormido cinco horas seguidas, su cuerpo debe de estar exhausto y se ha cansado de martirizarla a pesadillas concediéndole una tregua a su arrastre diario. Aun así, no se siente bien, como cuando tienes la garganta medio inflamada, con carraspera, pero no llegas a estar mala del todo, así siente su cerebro, sufre de carraspera mental. Necesita sentarse, planificar, ordenarse en el caos y no ir apagando fuegos aleatorios.

Después de una refrescante ducha y de dedicarse un tiempo para aplicarse una mascarilla hidratante y ordenar su maleta, se ve con fuerzas para salir de la habitación y enfrentarse a una Bea, más que seguro, cabreada.

La habitación de hotel que comparten tiene un pequeño saloncito y una terraza. Carol encuentra a su amiga sentada en la terraza trabajando con el ordenador. Va para allá y pega unos golpecitos al cristal. Bea la mira, Carol se relaja al apreciarla serena y sonriente.

—¡Ey, a alguien le ha sentado muy bien dormir! —la saluda Bea.

—Sí, lo necesitaba... y una ducha.

Bea sonrío.

—Yo estoy aprovechando este sol, todavía me bronceo.

Ahora es Carol la que sonrío.

—Te he comprado un poke para comer, está en la mini nevera.

—Gracias, Bea. La verdad es que tengo hambre, ya que lo dices.

Bea vuelve a sonreír.

—Carol, perdona cómo te he hablado antes, no estás tú para mis neuras.

—No, perdóname tú a mí... te tengo abandonada. Estás haciendo todo el trabajo tú.

—Y nuestros empleados, no te olvides, nunca he mandado tanto. —Le guiña un ojo—. Yo

estoy bien. Lo único que necesito es un rato para que me enseñes las fotos y escribamos las reseñas de viaje.

—¡Ah, sí! Traje la tarjeta de la cámara de Roa. Se me había olvidado.

Carol busca en su bolso y se la da.

Juntas van contemplando las imágenes. Algunas son muy buenas. Las primeras las había visto Carol porque él se las enseñó. Mientras Bea las va pasando, Carol no puede evitar llorar, cada foto le trae muchos recuerdos.

Bea, que percibe que el repaso no le está sentando del todo bien a su amiga, detiene la visualización y le dice:

—Poco a poco. Carol, tengo algo que contarte y puede que te sorprenda mucho, pero es que tengo que hacerlo y ya.

—¿Estás embarazada y es de mi hermano?

—¿Qué? ¡No! ¿Qué dices?

—¡Y yo qué sé! Estás tan rara, y todo el día con el teléfono, venga a whatsapppear...

—Que pensabas que le estaba poniendo nombre al crío, ¿no? ¡Anda ya!

—Pues tú dirás.

—Efectivamente sé que he estado mucho tiempo pegada al móvil, pero es que alguien contactó conmigo hace unos días y he estado hablando con él.

—¿Quién?

—Carol, el otro día, cuando íbamos en el coche hacia el camping, me llegó su primer mensaje, hemos estado hablando —le dice con voz temblona—, y le he contado lo que ha pasado. El caso es que quiere verte y creo que está viniendo para acá.

—No sé de qué me estás hablando, te lo prometo, pero tu cara es un poema —dice Carol porque está más perdida que Kiko Rivera en una biblioteca.

—A ver, es lo que te llevo queriendo decir hace unos días, me ha liado, te lo prometo, no sé ni cómo le he dicho nuestra dirección... —la congestión en la forma de hablar de Bea asusta a Carol.

—¿De quién me estás hablando, Bea, por favor?

—¡Ayssss! Es que me vas a mandar a la mierda, creo, bueno no sé...

—¡Me lo quieres decir ya! ¿Quién va a venir?

Bea toma aire hondo mirándola a los ojos como un pajarillo indefenso y con voz baja enuncia:

—Diego.

—¿Qué Diego? —pregunta Carol sin pensar.

—¿Qué Diego va a ser?

Carol toma asiento porque de pronto ha perdido todas las fuerzas. Bea se levanta para abanicarla con una revista.

—Es que contactó el otro día, me empezó a preguntar por ti, que qué tal estabas, que si seguíamos siendo amigas, que en qué trabajábamos, y yo, al principio, bien, porque me gustó saber de él, pero ahora me arrepiento porque le he contado más de la cuenta y...

—¿Está bien? —interrumpe la serenata.

—Sí, sí, él está perfecto.

—¿Y dónde vive?

—Creo que en Madrid —se atusa el pelo—, hemos hablado poco de él. Pero le va bien.

—¡Madre mía, Bea! Esto sí que no me lo esperaba —se sincera Carol.

Su amiga asiente preocupada.

—Lo sé, pero es que se ha empeñado en venir... y si te le topabas de frente iba a ser peor.

—Diego... madre mía. Pero es que... ¡uffff!

—Tranquila, Carol, tú respira.

—No si respirar, respiro, el resto ya no sé... ¿qué pinta ahora Diego, en serio? Primero Roa, ahora él... ¿es un especial de Navidad mi vida acaso?

—Ya, te entiendo. Yo de pensar en volver a verle me pongo nerviosa, pues no me imagino tú.

—Yo no sé ni cómo me pongo... siempre he fantaseado con él, con que nos encontráramos en alguna ciudad del mundo, él era feliz, había olvidado todo, y nos dábamos otra oportunidad, hasta hace dos o tres años que dejé de hacerlo. Y ahora...

Esa es la verdad. En algún recoveco de su corazón se guardaban destellos de Diego, y en días que la pillaba con las defensas bajas, desfilaban por su imaginación posibles encuentros con él. Carol nunca descartó que le volviera a ver, pero no ahora.

—Y encima está Roa.

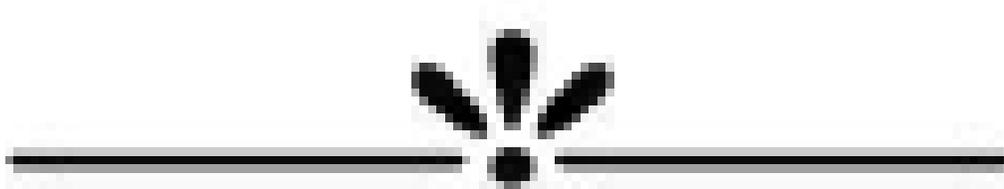
Carol afirma mirando al cielo.

—Te juro que esto no me lo esperaba.

Diego la dejó. Le prohibió ir a visitarle, enviarle cartas, la censuró por completo. Y ella tampoco insistió todo lo que debería. Aquella época fue tal desastre que Carol aceptó sus normas y se evaporó como él le pidió. Le echó de menos, en silencio, con la sensación de que eso estaba mal porque todos le odiaban, y ese sentimiento ciudadano, de su alrededor, le fue invadiendo por propia comodidad, por lo menos de puertas para afuera, pues en su fuero interno, en parte, siempre le agradeció que la hubiese defendido delante de todos a pesar de las funestas consecuencias.

Pero era mucho más sencillo alejarse de él que apostar por alguien así contra viento y marea. Y si él se lo hubiese puesto sencillo, pero todo lo contrario, la rechazó las tres veces que intento verle y a cada vez peor, hasta la última, en el reformatorio, cuando después de buscar el día de visitas y pelear con su familia para que la dejaran ir, él se negó a verla.

En su cabeza se imaginó muchas formas de reencontrarse, en cada uno de sus viajes, cuando preparaba la maleta, se visualizaba chocando con él y retomando su historia que, de todas, todas, quedó incompleta. Pero sabía que todo era irreal, por eso lo fantaseaba, porque nunca podría llevarse a cabo, en otra vida quizás, en esta ya no. Soñar era analgésico para su condena. Porque ella siempre se sintió igual de culpable que él, y la culpa cuando es secreta es una escalera mecánica hacia el rincón del ensueño, ese en el que nuestro cerebro nos proyecta lo que pudo ser y ni fue, ni será.



Carol sale hacia el hospital aturdida, más si cabe. Ya no sabe pensar en Diego de una forma real, se le ha hecho mucho más cómodo hacerlo entre fantasías y ni se imagina cómo podría ser una conversación con él en la actualidad. Nunca ha buscado nada de él, se lo recomendó todo el mundo: sigue tu vida, no mires para atrás, y eso hizo. Bastante tuvo con sobrellevar el chaparrón que le vino encima después de la obra de teatro.

Cambió de colegio, el desconsuelo y el cáncer de su madre, las miradas consternadas de su padre, el rechazo de Diego, la vergüenza... menos mal que Bea siempre estuvo con ella, hasta eligieron el instituto juntas y la acompañó en el cambio. Y Ricardo, que pasó a ser su psicólogo.

Entra en una cafetería y se pide un café para llevar. Mira a todos lados, es posible que Diego ya pise León, según Bea estaba decidido a venir. No entiende por qué después de tantos años Diego se empeña en verla, justo ahora, cuando ella no está para remover más fantasmas del pasado.

Se adentra en la habitación de Roa. Por raro que parezca cada vez que lo hace sus latidos se ralentizan, es como que lejos de allí está en modo huida, y solo se siente en paz a su lado, donde la pesadumbre encuentra su abono, pero a la vez la esperanza destella de vez en cuando con cualquier pestañeo o movimiento de Alan.

Elisa, la madre de Roa, la saluda y le cuenta el parte, ella cree que le ha apretado la mano y que cuando ella le habla mueve los ojos. Carol la anima con frases hechas y le informa que quiere quedarse a dormir hoy también allí. Elisa se lo agradece y dos horas más tarde se marcha.

Carol coloca el sillón al lado de la cama de Roa de manera que pueda darle la mano. Le llegan muchos mensajes de su amiga Bea, ha pasado las imágenes del viaje de la tarjeta al móvil y le pide pequeñas reseñas. Carol se pone a ello y poco a poco se va haciendo de noche.

Los recuerdos se excitan con cada imagen, le acribilla la pena y la rabia de no saber qué hacer para despertarle. Y, aunque llora, cree que es posible que la solución se esconda en esas fotos.

Laura, la enfermera del turno de noche se presenta y le pide que salga de la habitación porque le quieren hacer un cambio postural para que no le salgan heridas en las zonas de más apoyo.

Para hacer tiempo va a la máquina y se saca unas galletas de chocolate. Con el cacao en vena, coge fuerzas y mira las fotos rápido hasta llegar a una en la que salen ella y Val escuchando música y se detiene.

—¡Madre mía! —exhala y se le cae el móvil de las manos de la sorpresa.

—¡Eso es! ¡Eso es! —dice en alto sin preocuparle que alguien se cruce con ella por el pasillo y la tomen por loca.

Cuando llega a la habitación los sanitarios están saliendo. Laura, al verla tan acelerada, le pregunta:

—¿Estás bien?

—¡Sí! ¡Ya sé cómo despertarle!

Laura le mira extrañada. Es una enfermera joven, muy guapa, con una energía muy buena y con una cara de espabilada que no dudarías en poner tu salud en sus manos.

—¿Y cómo?

—Con una canción.

—¡Ah, buena idea! ¿No habías probado a ponerle música antes? Muchos familiares lo hacen.

—No, la verdad que no... el problema —Carol se da cuenta de un gran conflicto—, es que no sé qué canción era. Quiero una en concreto, una que me puso él hace unos días, pero no sé cuál era.

—¡Aysss! ¡Yo soy un hacha con las canciones, acierto todas en el Pasapalabra! Dame una pista —se anima Laura.

—Pues pocas te puedo dar porque era música clásica —se lamenta.

—Ohhh, entonces, ni idea, pero ¿por qué esa canción?

Carol, como si se conocieran de toda la vida, le detalla a Laura lo acontecido esa tarde en el campamento. Al finalizar, la enfermera le dice:

—¿Sabes qué? Desde que Alan llegó a esta planta supe que él va a despertarse y yo te voy a

ayudar como sea. Yo tampoco tengo ni idea de música clásica, pero este hospital es muy grande y alguien sabrá. Voy a hacer unas llamadas, ahora vengo.

—Laura, son las doce de la noche, igual le molesta a alguien —la recuerda Carol.

—¿Cómo? —Levanta una mano y gesticula como una madre superiora—. El hospital nunca duerme, bonita, y nos pagan por estar despiertos, tú no te preocupes.

—Eres un sol.

—Yo estoy más cansada que un perro porque es mi segunda noche y tú me acabas de recordar por qué escogí ser enfermera y tener tan mala vida. Tú intenta acordarte de cosas y ahora vengo yo con Beethoven si hace falta.

Carol entra en la habitación sonriendo emocionada y besa a Roa en los labios y le dice que ha llegado la hora de despertarse.

Veinte minutos después Laura accede acompañada de un hombre algo más mayor con bata de médico y una mujer joven. Les presenta como los expertos en clásica del hospital de León, en tono distendido.

El hombre, que se llama Agustín, le pide datos de lo que vio. Carol le cuenta lo que recuerda, que era un concierto en directo, cree que en Viena y que el director era joven.

—Gustavo Dudamel —dice Claudia, la enfermera joven. Agustín la mira con aprobación. Laura busca en su móvil al director y cuando tiene una imagen se la enseña a Carol.

—¡Sí, es ese! ¡Es ese!

—Pues ahora hay que buscar el tema —anuncia él—, pero no será difícil.

Prueban con varias canciones, Carol no está segura con ninguna, ella nunca ha sabido de clásico y no tiene mucho oído. Hasta que empieza una canción y según suena Carol se escalofría entera.

—¡Es esa!

—¡El *adagio for strings*! ¿De verdad?

—¡Sí, sí!

Laura abraza al médico entusiasmada y Claudia da saltitos de alegría.

—Muchas gracias, de verdad... —les dice con una emoción que traspasa los pijamas de hospital y las caras de los tres sanitarios, aunque sea de madrugada, brillan.

Laura la mira intrigada.

—¿Se lo vas a poner ahora?

—Sí, sí, claro —responde Carol convencida.

—¿Nos salimos?

Carol se lo piensa unos segundos y, como si hubiera hecho esto de toda la vida, les responde que no, que se queden con ella y con Roa y que le toquen para que, sumando la música al contacto de las pieles, sepa cómo regresar.

A Agustín, que es neurólogo, y de todas, todas, el más incrédulo, acepta la misión y se sitúa en los pies de la cama, pero le suena el móvil y es mala señal porque es posible que tenga que irse a alguna urgencia. Las tres mujeres le miran expectantes, el médico despacha a la persona que le ha llamado para preguntar algo de un tratamiento con una rapidez pasmosa y les dice al colgar:

—Ya que estamos, yo me quedo, luego subo y le rehago el tratamiento si quiere.

Todas sonríen. Laura y Claudia se sitúan a ambos lados y Carol muy próxima a la cabeza para acercarle la música y hablarle a la vez.

Agustín le da el teléfono con la canción preparada y Carol la coloca al lado de la almohada y le da al play. Después besa en la frente a Alan.

—Vuelve conmigo, Roa, despierta, despierta... —le dice sin mostrar vergüenza por tener público. Se siente feliz porque por fin está haciendo algo, funcione o no. Y eso es como la llama del calentador que te impulsa con su lema «ande yo caliente, ríase la gente».

Y el Adagio comienza, melancólico, elevándose con los violines y con esa melodía que baila sola. Carol le repite que despierte, besándole en las mejillas, en los labios, en la frente. Apretándole la mano.

Pero nada.

La melodía pierde intensidad y Roa no ha movido ni un dedo. Una lágrima cae por la mejilla de Carol y acaba mojando el rostro de Roa. Muy de cuento, pero, de nuevo, nada.

Un silencio. La canción regresa, no había terminado, con esa melodía triste que te atrapa y remueve.

—¡Ahhhh! —Escucha a Laura y la mira—. Ha movido un pie, te lo juro —le dice a Carol con cierta duda.

—¡Alan, despierta, despierta! —se desespera Carol abrazándole—. ¡Despierta!

Termina la canción, Carol se separa. No pasa nada, a la primera no iba a funcionar, se la pondrá más veces, hasta que despierte por pesada, pero justo entonces ve como los labios de Roa se curvan en una sonrisa y pronuncian como si no llevaran varios días sellados:

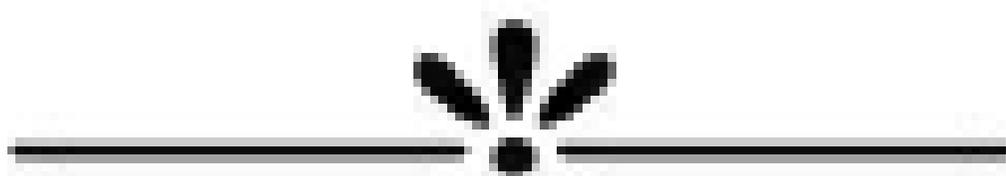
—Te lo dije.

Las exclamaciones y sorpresa de sus ayudantes han tenido que despertar a toda la planta, pero Carol solo tiene ojos, orejas, olfato y cualquier sentido puesto en Roa.

—¿Qué me dijiste?

—Que era uno de los momentos más bonitos de mi vida —vuelve a hablar y entonces sus ojos se despegan lentamente hasta que se abren al completo y la miran borrachos, moviéndose rápido, acoplándose a la luz, pero agradecidos y maravillosos—. Te he echado de menos. —Sonríe.

Carol no puede más que llorar y abrazarle. Tampoco los espectadores logran evitarlo... esto se lo contarán a sus nietos. Si lo llegan a grabar habría sido viral en unas horas.



Roa y Carol pasan partes de la noche hablando, partes, porque Roa se duerme a cada esfuerzo y ella se muere de miedo de que en una de esas se vuelva a quedar en coma, a pesar de que Agustín le ha explicado que eso no va a ocurrir. Pero está tan débil, apenas dice dos frases y le da la tos o hace gestos de dolor, que tampoco quiere despertarlo. Está deseando que sea por la mañana para avisar a su madre y a todos, porque no quiere asustarlos y llamar a estas horas intempestivas.

Ella le ha puesto en situación, que están en León y que sufrió un accidente haciendo escalada y él solo le ha dicho que está preciosa y que siente como si se hubiera llevado años corriendo detrás de ella para alcanzarla y está exhausto. Carol cree que debe de ser porque soñaba con ella, Noa así se lo dijo. Ha evitado por todos los medios preguntarle por si siente las piernas, bastantes emociones para una noche, aunque sí le ha contado que le operaron de brazo, pero que va todo

bien y en unos días le quitarán la escayola.

Poco a poco. Bastante es que la ha reconocido, que si llega a tener la típica amnesia de las novelas turcas le da un perrenque. Cierto es que le ha preguntado alguna cosa rara como, por ejemplo, que si se había comido las uvas de nochevieja, pero Laura le ha dicho que es normal que esté un poco desorientado y que tardará días o meses en centrarse.

A las nueve, aprovechando que están aseando a Roa, Carol sale a llamar a Elisa y darle las buenas nuevas, después a Alberto y a Bea; con cada llamada llora de emoción. Todo el equipo médico accede a la habitación y le avisan a Carol de que le van a hacer muchas pruebas durante la mañana y que van a tardar, por lo que ella se marcha a la cafetería.

Se siente como más ligera, si bien es cierto que la ansiedad no ha desalojado del todo su ser porque ahora vendrá la rehabilitación y el diagnóstico concreto, ya que no le han asegurado si Roa podrá volver o no a caminar. Y también, que por mucho que le haya dicho la enfermera Laura, escuchar a Roa diciendo cosas totalmente desacertadas en tiempo y espacio la asusta. La alegría, en estos casos, suele ser muy insegura.

Mientras espera a pagar, con su bandeja de desayuno en las manos, oye una voz que le pregunta:

—¿Me dejas que te invite?

Carol se da la vuelta pensando que es algún sanitario que la conoce de todos estos días, pero cuál es su sorpresa cuando se encuentra con alguien vestido de traje al que no reconoce de primeras, y de segundas la adrenalina pide pista.

—¿Perdona? —dice con el corazón en la boca, sin saber muy bien por qué, como si su entendimiento estuviese mucho más lento que la intuición.

El hombre, o chico, la mira, es más o menos de su edad, chico, pues, aunque por su espesa barba de moda parece más mayor. Sus ojos, aunque cambiados, desprenden un destello familiar, y quiere recordar que esa mirada la interpretó hace años sin arruguitas, entonces busca su boca, esos labios inolvidablemente carnosos y todo el cuerpo de Carol pega un respingo y la garganta se le seca como si se hubiera comido un kilo de migas. Acaba de hacerse realidad. Está vivo, está bien. Es él.

—Hola Carol. —Sonríe él, tímido—. Estás igual.

Carol resopla por el halago y responde sin profundizar.

—Gracias, aunque espero estar algo mejor, en aquella época los granos me tenían amargadita.

—Y a todos...

Él la mira con esa profundidad con la que lo hacía antes, como si ella fuese arcilla y él un escultor. Abruma. Ella baja la cabeza y juguetea con la punta del pie. Le ha llegado el turno de pagar el desayuno, Carol lo hace mientras Diego espera, y cuando se da la vuelta se dicen:

—¿Cómo estás, Carol?

—¿Qué haces aquí, Diego?

Se preguntan interrumpiéndose y regresa esa mirada huidiza y a la vez inspectora del que quiere, pero no se atreve, porque el tiempo no pasa en balde digan lo que digan. Y un tiempo tan censurado como el suyo abre una brecha como la falla de San Andrés a la confianza.

—He venido a verte —le dice él agarrándola de la mano y alejándola de la caja.

Solo con el contacto Carol cree perder la razón, pero una parte de su cerebro, donde se almacena el rencor, es más rápida y dice:

—Llegas como quince años tarde, ¿no crees? —Usa el sarcasmo, no suena mal, pero sí irónica.

Diego resuella en alto, y entorna los ojos.

—Quizás sí, o no, según como se mire.

—Bueno, pues ya me has visto, ¿he saciado tu curiosidad? ¿Todo bien? ¡Ala!, hasta dentro de otros quince. —Desconoce de dónde le está saliendo tan mal humor, pero no hay manera de frenarlo, por ende, hace un amago de retirarse, pero Diego la bloquea.

—Salí a los veintidós, Carol, me fui de España.

—Ya lo siento... —le responde sin mirarle.

—Tuve que rehacer mi vida, mi ser, no tenía autoestima, era un despojo, me sentía una mierda, Carol.

—De verdad que lo siento mucho, Diego, pero es que no sé a qué vienes ahora... En serio, que yo te deseo lo mejor, una vida plena y sabes que siempre te dije que fuiste muy bueno conmigo y que aquello fue un accidente, pero es que has escogido un momento, hijo...

—No fue exactamente un accidente —la interrumpe él—, nunca me podré perdonar aquello, fui yo.

Carol le mira, no sabe qué decir, es muy incómodo y triste, porque ella recordaba que con Diego siempre fluía el buen rollo y ahora con este Diego no le sale ni a voz, quizás por lo intempestivo del asunto, o por el cansancio de estos días.

—Es que no sé qué decirte, Diego... te escribí una carta, no sé si te llegó, jamás me contestaste, ahí te exponía lo que yo sentía por aquello, pero en serio, es que no creo que sea ni el momento ni el lugar.

—La leí... la he leído muchas veces, de hecho —insiste él.

—Pues me alegro, ¿y? —le dice con cierto reproche ella.

—Esa carta me ayudó a salir del pozo.

—Pues me lo podías haber dicho, es decir, no que te ayudó, solo con que me hubieses respondido un gracias me hubiera valido, o una llamada de vez en cuando, Diego. Algo, Diego, algo.

—Te pedí que te olvidaras de mí.

—Lo sé.

—No podía echarme atrás.

—Me parece bien, ahora... en su momento lloré lo más grande, también te lo digo.

—Tenías que separarte de mí, bastante te habían hecho ya como para que te relacionaran con un asesino.

—No eras un asesino, eras un chico que perdió los estribos cuando ridiculizaron a su novia en el escenario, pero bueno... Diego, ¿qué haces aquí?

—Te he estado siguiendo la pista, Carol.

Carol se queda callada esperando que él aclare algo más.

—Y me he enterado de lo de Roa... por su madre.

—Ahh... ¿cómo? ¿Por su madre?

—Sí, somos primos lejanos. Me lo contó mi madre y que tú... bueno, que até cabos, hablé con Bea y pensé que era el momento de aparecer.

—¿El momento de aparecer? ¿Es que estabas escondido?

—No, no me he explicado bien, quiero ayudarte a pasar este trance, Carol.

—¿He salido acaso en la tele yo pidiendo ayuda? Porque que yo sepa no.

—Te conozco.

—Eh, no, no me conoces. Conoces a la Carol de quince años y por si no te das cuenta ha llovido ya...

—Pero en esencia sé quién eres, y sé que estás enamorada de Roa desde pequeña y esto debe

de estar resultándote muy duro.

—Es muy duro, sí, pero no por estar enamorada desde pequeña como tú dices, es por estar enamorada ahora de alguien que estaba en coma. Por él, porque es un tío estupendo que no se merecía eso. Y, en serio, no quiero resultarte desagradable, ni está en mi ánimo ofenderte, pero no sé porque has asumido que tú me podías ayudar, eres un total desconocido para mí. ¿Piensas que no tengo amigos, familia, que me puedan arropar en estos momentos, que sigo siendo aquella chica desvalida y caótica?

—No, no me malinterpretes, Carol. Sé que te va bien, pero echo de menos lo nuestro... nuestra amistad, nos hacíamos mucho bien, eso no me lo puedes negar.

—No soy yo la que lo niega, Diego, fuiste tú el que lo hiciste rechazándome de todas las maneras posibles. Me parece absolutamente injusto que vengas ahora a decirme que me echas de menos, es que es la hostia, vamos.

—Quería evitarte la denigración de los demás por seguir conmigo, esa es la verdad.

—No, Diego, querías hundirte en tu mierda tú solito y no afrontarlo.

—Puede que también, no te lo niego.

Carol sonrío, al fin.

—Ahora empezamos a hablar —le dice suavizando un poco el tono, porque la verdad es que se había imaginado este momento cientos de veces, porque siempre pensó que él era su alma gemela, porque ella bloqueó en su recuerdo a Roa y le culpó de sus males y entonces idealizó a Diego y le buscó en cada cara sin querer reconocerlo. Claro, que ahora se ha dado la vuelta la tortilla, y al no ser Roa el malo, asciende a ser el protagonista de su futuro sin ningún tipo de cuestionamiento.

Diego sonrío a la par.

—Siempre fuiste un poco cabezota.

—Pues he evolucionado a peor.

Los dos se contemplan con algo más de cordialidad.

—Estás preciosa, Carol.

Ella piensa lo mismo de él, se ha convertido en un hombre muy atractivo, alto, fibroso, muy moreno, elegante, viste un traje de firma que le queda como un guante y le vienen los buenos recuerdos de él, de lo divertido y cariñoso que era, el alma de la fiesta, un tío tan carismático que se hizo con la clase en unos meses y nunca le pudieron olvidar.

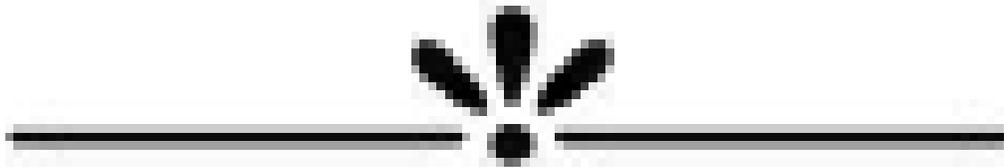
—Estoy hecha un asco, pero gracias, aunque es cierto que me siento muy bien porque Alan se ha despertado —le informa para intentar alejarse de sus problemas personales y tratarle con cordialidad.

—¿En serio? —enuncia, en voz alta a la par que alegre, Diego.

Carol afirma radiante de felicidad, y contesta a todas las preguntas que él le va haciendo sobre el estado de Roa. Después salen juntos a la calle y le acompaña a fumarse un cigarro y continúan hablando. Cuando se quiere dar cuenta, ella le ha contado algunas cosas de su vida, porque efectivamente siempre le resultó muy sencillo hablar con Diego, después ella le dice que se tiene que ir, se dan los teléfonos para verse y al despedirse se funden en un abrazo que consigue desestabilizar la falsa entereza de Carol.

Mientras regresa a la habitación de Roa, todavía en shock por haberse encontrado con Diego, se da cuenta de que si continúa el contacto con él puede que se meta en un lío emocional de película. Roa es Roa, pero Diego... Diego es mucho Diego. ¿Y a qué ha venido ahora?

¿Por qué el destino es tan mezquino, por no llamarle capullo integral?



Carol decide quedarse de nuevo esa noche con Roa, a pesar de estar agotada porque la tarde se la ha pasado hablando. Ha informado a Carlos, que desde el accidente no había charlado con él, y sabía por Amanda que lo estaba pasando fatal. Al escuchar que Roa se había despertado se ha echado a llorar desconsolado. La guardia civil confirmó que había sido un error al ponerse el grigri mal sin que le viese Roa y estaban esperando a ver cómo progresaba Alan para cerrar la investigación.

A Elisa le dolía mucho la cabeza y la han convencido para que se fuese al hotel, pero el momento en el que vio a su hijo con los ojos abiertos no lo olvidará nunca Carol, tampoco el de ahora, cuando se han ido todos y en el silencio de la habitación Roa le acaba de preguntar:

—Carol, ¿qué me pasa en las piernas?

Ella se ha mordido los labios antes de volverse hacia él y responder.

—No sé qué sabes, si te han contado algo los médicos o no.

—Esta mañana cuando me hacía pruebas no me han aclarado nada. A ver, no soy tonto, estoy espeso, pero no soy tonto, tengo que tener una lesión en la columna, pero ¿tú sabes algo más?

—Yo sé casi lo mismo, Alan —le dice ella compungida—, tienes una lesión en una dorsal y no saben si es completa o no, y te afecta a nivel lumbar.

—Carol, yo no puedo mover las piernas y se lo he dicho a ellos.

—¿Y qué te han contestado ellos?

—Que puede que sea por el shock medular, y me he quedado igual que estaba, pero acojonado, y he dejado de preguntar.

Carol se acerca a él, que está casi sentado en la cama, y le acaricia la cara sonriente.

—Eres tan auténtico...

—¿Y eso te gusta?

—Mucho, pero también te digo que ahora me gusta todo de ti, lo he pasado tan mal sin oírte, que hasta un eructo me parece bonito.

—¿Y te pone mi pelo rapado? ¿Y la sonda esta de la nariz?

Carol se ríe.

—¿Y a ti te gustan mis ojeras?

—No estamos en igualdad de condiciones, eres un pibón se mire por donde se mire y yo soy un politraumatizado con camisón de hospital.

Carol le besa y Roa, por primera vez desde que ha despertado, participa y sus labios le provocan tantas cosquillas como antes.

—Estoy tan feliz de que hayas vuelto conmigo, Roa.

—Y yo, de verdad, pero Carol, si no puedo mover las piernas...

—Vas a poder.

—Bueno, pero si no, tendremos que hablar tú y yo.

Carol se asusta con esto último y se aparta.

—¿Qué quieres decir?

—Que te quiero demasiado como para condenarte a estar con un paralítico.

—¿Cómo? —se asusta Carol—. ¿Tú crees que eso a mí me importa?

—Pues no lo sé, pero a mí sí me importa.

—¿Y yo no tengo nada que decir? —se enfada—. Esto no se supone que es en lo bueno y en lo malo.

—Eso es en las novelas y cuando te casas, Carol. Eres el amor de mi vida, lo sabes, ¿verdad?

—Hombre, pues no, me lo acabas de decir tú. —Le sonrío ella ahora más calmada.

—Si te pasara a ti esto, ¿qué pensarías? ¿Querías que estuviera contigo a pesar de saber que ibas a ser una amargada el resto de tu vida?

—Bueno, Roa, da igual, los médicos están animados, vas a poder andar, ya lo verás y yo te voy a ayudar y voy a estar contigo, ¿vale?

Roa la mira algo serio, Carol sabe que le están pasando miles de pensamientos por su cabeza y que en su situación es normal.

—Iremos viendo, Carol, de verdad.

—Me estás asustando, cariño.

—No quiero asustarte, peque, pero me conozco... bueno, poco a poco. Vamos a descansar, ¿vale?

—No, no vale, te tengo que contar muchas cosas y no he tenido tiempo en todo el día con tanta visita.

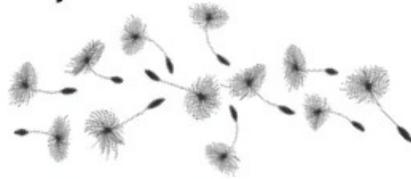
—Estoy muy cansado, peque, mañana me lo cuentas.

Carol se queda un poco descorazonada por la extraña actitud de Roa y más cuando le ve dar con su mano izquierdo al mando de la cama para bajar el cabecero y después protestar como un jubilado en una fila por no apañarse al tener el brazo derecho escayolado, y una vez tumbado renegar por un dolor de cabeza que le está apareciendo y no llegar al timbre para llamar a la enfermera y pedir un calmante.

Le entiende, sí, pero esa actitud no le va a ayudar mucho, aunque es pronto para reprochárselo.

Algo lejos de allí, alguien tiembla de miedo. Hoy le han vuelto a gritar muy fuerte, con rabia, recordándole que tiene que mantener la boca cerrada. Sí, es lo mejor. El silencio. Su único aliado.

Capítulo 27. Os he visto



Carol sale del hospital y respira hondo varias veces. Si pudiera gritaba como una poseída, pero no quiere que la ingresen en psiquiatría y además hace una tarde preciosa.

Está agotada físicamente, y si a eso le añades en la vorágine emocional que se encuentra, a cada rato podría tumbarse en el suelo a llorar como una loba herida. Por primera vez ha salido de la habitación de Roa pensando que no puede más. Estas dos semanas se han convertido en una auténtica pesadilla y eso que las noticias no son del todo malas, pero a cada pequeño problema que aparece él hace un mundo. Nunca pensó que Alan pudiera ser tan negativo, tan pesimista y tan comodón. Se pasa el día pidiendo de todo, hasta que le suban la cama cuando ya puede mover los dos brazos porque el derecho ya no está escayolado, pero aduce que le duele y prefiere que lo hagas tú.

Y luego está Elisa, que le dice que sí a todo y va a conseguir que se quede más idiota de lo que está... ¿ha dicho eso? ¡Madre mía! ¡Necesita una copa!

Y a eso hay que añadirle que en ocasiones se siente un poco impostora, como si ella fuese su pareja de toda la vida, cuando no lo es, e incluso ese sentimiento le está empezando a ganar terreno al caer sus defensas con tanta ñoñería por parte de Roa y se le está planteando como una de las excusas perfectas para coger las maletas y partir. No se refiere a dejarlo, pero sí a darle espacio, porque al fin y al cabo ella acaba de recibir.

Carol coge el móvil y responde a un mensaje que le ha llegado esta tarde y había optado por ignorar.

«En una hora estaré allí».

«Genial», lee un minuto después.

Mientras se arregla, después de una de esas duchas reparadoras en las que te pasarías las horas bajo el chorro caliente, pero con la que temes agotar el agua mundial, Carol piensa en cómo ha cambiado su vida y en que está harta de no tomar las riendas. Necesita pensar en ella, en su familia, en Val, esa niña que la está esperando, porque lo prometió, porque ella sabe lo que es vivir con miedo y no puede permitir que a esa niña tan bonita le apaguen su voz.

Menos mal que por fin ha hablado con Amanda y ella le está moviendo el tema, tiene conocidos que le deben favores y están investigando lo sucedido en el incendio del camping hace dos años. Ani, que no se separa de la niña, protegiéndola como su verdadera madre, habla casi todos los días con ella. Ani le va a ayudar, ella puede confirmar que los padres de Val nunca encendían la chimenea y que el trato de Quique hacia la niña es totalmente despectivo, ridiculizándola continuamente y la tía, por no enfrentarse a él, lo consiente. Val no se merece eso, ningún niño se merece eso. Ellas le van a encontrar unos tutores más apropiados cuando la verdad salga a la luz.

Carol se maquilla con detenimiento, se deja el pelo suelto y opta por un vestido negro ajustado de manga corta combinado con una sandalia de tacón negra también, como su ánimo, y sale a la calle. Eso sí, hacía días que no se veía tan mona y se lo dice ella sola, porque Bea

regresó a Madrid hace una semana y vive sin compañía humana desde entonces en un piso que le ha dejado un amigo de sus padres.

Accede al restaurante y se sorprende al descubrir un ambiente joven y moderno y, sobre todo, al sentir unas cosquillas peligrosas al cruzar la mirada con él, un hombre, no, un chico muy atractivo que la saluda desde la barra y al que sabe a ciencia cierta que más de una mujer se lo habrá comido con los ojos. Diego es un bombón de la cabeza a los pies. Lo mires como lo mires. Continúa desprendiendo ese aire canalla del que sabes que te la puede liar, pero te vas a divertir mucho mientras tanto y compensa.

No se habían vuelto a ver desde el hospital. Carol toma asiento en el taburete que Diego ha reservado para ella y le saluda con una sonrisa sincera, sin más acercamiento. Hoy no va vestido con traje, lleva una camisa blanca remangada y un pantalón vaquero negro. Carol se fija en sus antebrazos, el derecho lo lleva tatuado por completo en toda su circunferencia.

Diego, que la observa, le dice:

—Han pasado muchos años... siempre quise tatuarme.

—¿Tienes más? —le pregunta ella.

—Sí, un montón. Suelo tatuarme cuando viajo.

—¿Y qué te tatúas?

Diego le sonrío.

—Me encantaría decirte cosas profundas, pero no, me tatúo imágenes que me gustan, que me llaman la atención, alguno tengo que tiene sentido, pero la mayoría solo son porque me molaron en su momento, sin más. ¿Tú no tienes?

—No, yo no. Nunca sabría qué ponerme, si para una pared que decoré en mi despacho con láminas, me las vi y me las deseé, no quiero imaginarme en mi piel. Paso.

El camarero se les acerca y les informa que ya pueden ir a su mesa. Los dos se levantan, Carol camina primero y siente la mano de Diego posándose en su espalda y le escucha decirle mientras caminan.

—Estás muy guapa, Carol. —A lo que ella no responde porque no sabe ni qué decir.

La cena además de riquísima transcurre entre confesiones, anécdotas y chistes de Diego. Carol disfruta con cada una de ellas, en algún momento se percata de que se siente muy relajada y tranquila. Diego la ha vuelto a envolver con su carisma y ella necesitaba algo así, despreocuparse, soltar riendas y transformarse por un rato en carruaje en vez de en caballo. Cuando eres tú la que tiras de todo, la cuerda pesa cada vez más por las cargas, y ella, aunque persistente, no es culturista.

—¿Te estoy aburriendo? —le pregunta Diego porque la ha notado distraída.

—No, al contrario, Diego... necesitaba algo así. Estoy un poco agotada, creo que me está viniendo un poco grande todo esto.

—¿Te refieres a Roa?

Carol asiente.

—Bueno, es normal...

—Es que a veces me pregunto qué hago allí, además está insoportable, Diego, no te lo puedes imaginar.

—Quizás, sí... cuando le sucedió lo de la rodilla ya lo llevó muy mal. Es un tío muy independiente.

—¿Pero y tú cómo sabes eso?

—Por mi madre, ya te dije que nos conocemos.

—¿Y qué relación hay?

—A ver... el padre de Roa es el hermano de mi madre.

—¿Cómo? Pero si Roa no tiene padre, bueno, que nunca se ha hecho cargo.

—Roa tiene padre como todos, pero el suyo es, y ha sido siempre, un gilipollas, un vive la vida. En algún momento quiso hacerse cargo, pero Elisa le mandó a la mierda e hizo bien. Pero con mi madre siempre ha tenido mejor relación.

—¿Entonces, sois primos?

—Pues sí, pero nunca nos hemos tratado como tal. Nos hemos visto poco, de todas formas.

—Me estoy quedando muerta. ¿Y Roa por qué no me lo ha explicado? Él me dijo que erais primos lejanos.

—No te enfades con él, es que yo creo que él no me considera de su familia. Su madre, Elisa, nunca ha querido tener trato con mi tío y se lo habrá inculcado.

—¿Y tú? ¿Le consideras tu primo?

—Sí, claro, es lo que es... pero da igual. Siempre he pensado que es muy buen tío. ¿Sabes una cosa? Fue él el que me pidió que te protegiera cuando se enteró de que iba a ir a vuestro colegio. Mi madre se empeñó en ir a verlo al hospital cuando supo del accidente con el árbol. Acabábamos de llegar a España, y mientras ellas salieron fuera a hablar yo me quedé con él. Nos habíamos visto dos veces contadas, total, que le dije que iba a empezar en su colegio y entonces me pidió que te protegiera.

—¿Por eso te acercaste a mí?

—Al principio sí... luego ya no, luego me enamoré de ti como un loco.

Carol se deshace como mantequilla al fuego y se esfuerza en aparentar que no.

—¿Y por qué te pidió eso, que me protegieras?

—Porque sabía que lo de Lola contigo era acoso y derribo. ¿Te puedo preguntar una cosa, Carol? No quiero remover fantasmas, pero me gustaría saberlo.

—Sí, dime.

—Sé que llego muy tarde, pero ¿qué fue de ti cuando me metieron en el reformatorio?

Carol coge aire hondo y lo suelta lentamente.

—Pues no suelo hablarlo, pero te diré que aquel verano fue el peor de mi vida. Tú me apartaste, yo me sentía muy culpable por ti, por la muerte de Lola, la gente se daba codazos cuando me veían, se burlaban, hicieron pintadas en la fachada de mi casa, nos tiraron piedras al patio, algunas traían notas en plan «asesinos», «ponte un pañal, asesina».

—Madre mía, la gente...

—Pues sí, la gente. Dejé de salir, mi madre, además, que siempre ha sido el motor de casa estaba enferma de cáncer y estaba en cama por la quimio, mi padre trabajaba a todas horas para pagarlo todo y Alberto se pasaba las horas fuera. Si no llega a ser por Bea y Ricardo me hubiese vuelto loca.

—¿Ricardo? No será el terapeuta ese del cole, se llamaba así, ¿no?

—¡Claro! ¡Es mi mejor amigo, tienes que conocerlo! Ellos dos no me dejaron caer, les debo mucho, la verdad. Me cambié de colegio, Bea se vino conmigo, nos centramos en estudiar mucho y en nosotras y poco a poco volví a sonreír.

—¿Y en ese colegio te fue bien?

—Sí, normal, íbamos a nuestra bola, también te digo. ¿Y a ti? ¿Cómo te fue a ti?

—Pues regular... pero más por mí que por el entorno. Me ha costado mucho asimilar aquello, Carol.

—Fue un accidente.

—Ya, lo sé, pero yo lo provoqué. Ahora Lola podría tener hijos, familia... no sé.

Una sombra de tristeza cubre el rostro de Diego. Carol estira su mano para tocar la suya.

—Fue una secuencia de calamidades, Diego... pero te entiendo.

—He trabajado mucho mi ira, ahora soy un monje zen.

Carol se ríe.

—¿Y no te has casado, Diego?

—No, estuve a punto cuando viví en Nueva York, pero no funcionó. Era demasiado intensa, muy neoyorkina. Me volví a España y he malgastado dos años superándolo, me dejó tocado el tema... ahora ya estoy mejor, he salido con algunas chicas.

—Obvio.

—Pero no tengo prisa, aparecerá, y si no pues bien también.

Carol sonrío.

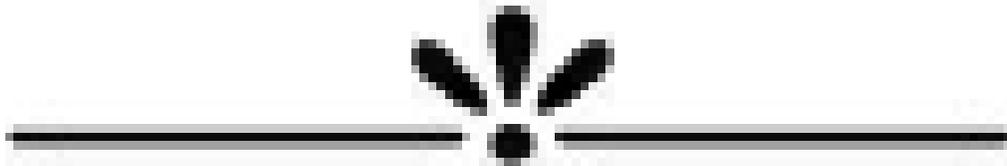
—Carol... no sé cómo decirte esto, pero no quiero que pienses que he venido a aquí a recuperar aquello que tuvimos.

—Yo no pienso eso —le interrumpe azorada.

—No me malinterpretes. Me encantaría, por supuesto, porque sigues teniendo un gancho que me deslumbra, pero no pienso meterme entre tú y Roa nunca más. Lo vuestro es de otro planeta. Yo he venido a ser tu amigo, Carol, a ayudarte, porque quiero volver a tu vida si tú me dejas.

—¿Por qué piensas eso de Roa y de mí?

—Porque os he visto juntos.



Carol sonrío al doctor Pardo y al neurocirujano que le acompaña. Las noticias son buenas, por fin se confirma que no tiene lesión completa y que la inflamación está remitiendo y por eso cada vez Roa tiene más sensibilidad. Le han asegurado que con mucha rehabilitación durante varios meses podrá volver a caminar. Es un milagro absoluto.

Elisa sale a llamar por teléfono a su hermana y Roa y ella se quedan solos. Carol le ve más feliz de lo habitual estos últimos días.

—Ya los has oído, vas a volver a caminar.

—Con mucho trabajo...

—Ya, es lo que toca, Roa, eso estaba claro.

—Lo sé, lo sé. —Levanta las manos defendiéndose, últimamente hablan en frecuencias opuestas y no discuten, pero los tonos son tan pasivo-agresivos que hasta los mosquitos huyen despavoridos al verse flotando en un ambiente tan hostil.

Y eso que ahora Carol está acompañándole menos porque ha vuelto a trabajar. No puede viajar a nuevos sitios, pero sí sus contratados y ella supervisa las reseñas y organiza los viajes. Esto le ha venido muy bien para despejar la mente y retomar su vida, aunque sea en León. Roa le ha insistido varias veces en que no tiene por qué quedarse y que regrese a Madrid, pero ella, de momento, prefiere esperar.

Después de ese pequeño tira y afloja, Roa le pide que se siente a su lado en la cama y que le

lea. Una de sus nuevas aficiones comunes es leer libros en alto, intentos para que él se enganche tanto a la lectura como ella. Ahora están con *El Laberinto de las aceitunas*, y el último que leyeron fue uno de cuentos para mayores de Eloy Moreno. También ven series y hablan y se besan, si están cerca se besan hasta dolerles. Roa bromea diciéndole que en vez de las piernas está ejercitando los labios, cuando está de buen humor, porque no siempre lo está. Una pena. Porque una de las cosas que siempre le fascinó a Carol de él fue su sonrisa, picante, traviesa, con hoyuelos divertidos a ambos lados y una dentadura perfecta. Lo curioso es que desde niño la portaba, una sonrisa picarona a la par que humilde que conseguía que todos cayesen rendidos a sus pies. Ahora que ella se había convertido en su mayor beneficiaria, él deja de sonreír.

Les interrumpe una llamada de Amanda. Roa está al día de todo, hasta de que Noa está muerta. La abogada le dice que en el informe de los bomberos apuntaban a que la chimenea de la casa en la que dormía la familia de Val, estaba en mal estado y que parecía que llevaba tiempo sin usarse. También han investigado a Quique, tiene varias denuncias por malos tratos de una novia anterior, y antes de vivir con Sonsoles en el camping, que ella heredó, estaba en bancarrota y debía mucho dinero por apuestas deportivas. Total, que es muy probable que el fuego fuese provocado para hacerse con el camping, pero no hay forma de demostrarlo, aunque le promete que seguirá investigando.

Roa le pregunta cuál es el siguiente paso y Carol no sabe qué decirle, solo que quiere sacar a la niña de allí y que gracias a haber conocido a Amanda en el viaje pronostica que van a encontrar una solución. Se lo ha prometido a Noa, ella la ayudó a salvar a Roa y ahora le toca a ella liberar a Val de ese mal hombre.

Roa la sonríe cariñoso, fijándole la mirada.

—Estoy tan orgulloso de ti, Carol... eres muy buena persona.

—¡Anda ya! Soy normal.

—Eres comprometida, fiel, valiente, desprendes una luz maravillosa... esa niña no hablaba hasta que te conoció, Carol, por algo será.

Carol se queda pensativa antes de contestar.

—Creo que conectamos, Roa, de una manera inaudita, y mi opinión es que lo hacemos porque ambas hemos sufrido un tipo de maltrato. Ella por sus tíos y yo en el colegio, y cuando a uno le han robado la autoestima, inconscientemente se vincula con otras víctimas, como por corporativismo. —Le guiña un ojo—. ¿Sabes qué? En este viaje no solo me he enamorado del hombre de mis sueños.

—¿Quién es ese capullo que me levanto ahora mismo y le mato? —bromea Alan.

Carol arruga la nariz antes de besarle, una, dos, tres veces ... y una cuarta un poco más intensita. Es adictivo.

—Me estás despistando —se separa Roa—, ¿de quién te has enamorado en este viaje? ¿Me lo vas a decir?

—De ti y de ella, tonto —afirma rotundo—, de Val, me ha robado el corazón esa pequeña, es que no te lo puedo explicar.

—No hace falta que lo hagas, te vi con ella. Reconozco que a mí encanta esa niña y que te apoyo en todo lo que estás haciendo por ella, creo que no te lo había dicho. No te creas —dice pensativo—, yo también siento algo especial por Val, por su carita, me recuerda un poco a ti, y cuando dijo que quería tocar un instrumento...

—Gracias, bonito.

—Carol ¿Y si...?

Entonces a Carol le irrumpe un recuerdo, el de aquella chica que rescataron de su hermano, el

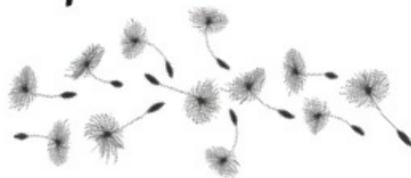
segundo día, esa que les dio su tarjeta porque era fisioterapeuta y se dedicaba al daño neuronal.

—¡Roa!

—¿Qué?

—¡No te vas a creer de quién me acabo de acordar!

Capítulo 28. Tú lo viste



Hoy hace un año de aquello.

Aquello: indica una cosa que está lejos de la persona que habla o escribe. Resulta paradójico llamarlo así porque por muy lejos que esté siempre la perseguirá, será una losa en su vida, pero es la mejor forma de separarlo de ella, aunque sea enunciándolo desde la distancia.

Un año horrible. El peor de su corta vida de largo.

Un año de rumores, de miradas de odio, de miedo, de pérdidas, de lágrimas, lágrimas y lágrimas escondidas y sonrisas costosas y fingidas.

Un año vacío, hueco, deprimente. Para tirar a la basura.

Pero esta semana le dieron el alta a su madre. Está totalmente curada del cáncer de mama. Motivo por el que sonreír.

Ayer le facilitaron las notas en su nuevo instituto y ha aprobado todo, ya solo le quedan dos años para ir a la universidad. No ha sido fácil concentrarse en los estudios, pero a veces veía que era lo único que le quedaba para mantenerse cuerda y olvidarse de su tristeza.

Por la tarde Ricardo, que sigue siendo su terapeuta, le aseguró que está en el buen camino y que la encuentra mucho más animada y proactiva con su vida. Y es verdad, ella lo sabe. Ha crecido. Algo en ella ha hecho clic, vuelve a tener ganas de vivir y, sobre todo, de cambiar su actitud.

Y hoy, hoy va a un juicio con su incuestionable mejor amiga. Solo una amiga como ella se hubiera cambiado de instituto para acompañarla y ella ni lo dudó, este año ha sido su mayor apoyo junto a Ricardo; si no llega a ser por ellos se hubiera vuelto loca de atar. Pues como muchas veces había leído, en los momentos más dolorosos es cuando uno se da cuenta de quién está realmente contigo, y a ella no le cabe duda.

Las primeras semanas después del accidente, sí, accidente, para ella fue un accidente, pudo ver a Diego, pero de un día para otro él le impidió visitarle, a pesar de que estaba en casa a la espera del juicio, sin poder salir de España y compareciendo los días uno y quince de cada mes. También dejó de contestar a los mensajes y le colgó casi todas las llamadas. Alguna sí que le respondió, pero parco en palabras, respondiendo con monosílabos. Y eso le ha dolido tanto... no lo entiende, aunque él le diga que no tiene nada contra ella, que lo hace por su bien, no lo entiende. ¿Cómo ha podido apartarla de su vida de tal forma? Ella le necesitaba. Si tan solo hubiera podido estar con él algunos días, cambiar su actitud, acompañarse mutuamente, hablar de tonterías como antes, pero no. Diego la ha rechazado durante muchos meses.

Una amiga abogada de los padres de Bea les ha conseguido un hueco en el juicio, ella las va a acompañar porque solas no podrían acceder. Carol está atacada de los nervios, después de tantos meses va a volver a verle y se ha imaginado cien mil escenas en las que Diego la mira y su conexión vuelve a resurgir.

Soñar es gratis.

Justo cuando está abriendo la puerta para marchar se cruza con su padre que entra en casa.

Carol se sorprende, apenas son las once de la mañana y su padre suele volver no antes de las siete de la tarde.

—¿Dónde vas? —le pregunta él.

—Al juicio, os lo dije. —Por un momento se asusta y teme que su padre haya venido a prohibírselo.

—¡Ah, es verdad! Pobre chaval, la que le viene encima...

—No digas eso, quizás le absuelvan.

Su padre levanta la cabeza para mirarla, muy serio.

—Carol, hazte a la idea de que no. Él empujó a esa chica, lo vimos todos, los actos tienen consecuencias.

—Lo hizo para defenderme.

—No, cariño, lo hizo para vengarte, llevado por la rabia. Normal, por otra parte, pero punible. Nadie le va a devolver a esos padres a su hija, pero entiendo que descansarán más tranquilos sabiendo que su agresor va a estar a la sombra unos años.

—Pero papá...

—Mira, Carol, todos cometemos errores, todos, pero hay algunos que de lejos se saben que son escabrosos y que conllevan otras consecuencias —le dice despacio—, y si alguna vez cometes uno de esos, espero que seas objetiva y acates con dignidad lo que toque. Yo mismo... —se calla.

—¿Tú mismo, qué?

—Yo no lo he hecho todo bien y hay cosas de las que no estoy orgulloso —se expresa con tristeza. Carol se queda patidifusa, su padre nunca le habla de temas personales y ahora no sabe qué responderle. Cree vislumbrar a qué se está refiriendo. Hace días escuchó a su madre hablando con la de Roa comentándole que él tenía una nueva secretaria y que estaba un poco mosca porque era muy joven y muy guapa. Es probable que su padre le esté admitiendo que le ha puesto los cuernos a su madre.

—¿El qué? —se oye preguntándole.

—Cosas de mayores —vuelve en sí su padre—. Nada de lo que tú tengas que preocuparte.

—¿Es con mamá?

—¿Mamá? No, no te entiendo... mamá no tiene nada que ver. Son cosas mías.

—Ya, pero ella te echa en falta, estás trabajando todo el día, no para de repetirlo.

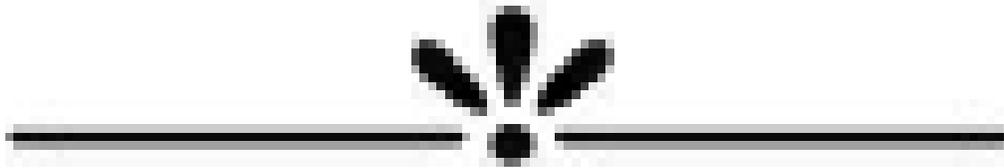
—Ya quisiera yo trabajar menos, hija, pero hay tanto que pagar... Bueno, tú no te preocupes, está todo bien, anima a ese chico y quiero que sepas que me parece muy bien que vayas al juicio, es lo justo, aunque te haga revivirlo todo de nuevo y haya gente que pueda increparte.

—Gracias, papá.

—Nada, hija, para eso estamos. Hazme un favor, anda, cuando salgas vete al Corte Inglés y compra un quesito bueno y esta noche lo catamos.

Miguel Ángel le da un billete a Carol.

—Las penas con pan y un poco de queso son menos penas —canta ella el mantra que le ha repetido su padre hasta la saciedad.



Es él, pero a la vez no lo es. Es su cuerpo, es su pelo, es su rostro, pero le falta ese toque, su espíritu. Tanto Bea como Carol se han llevado la mano a la boca al verle.

Se lo ve hecho polvo, ojeroso, agotado, sin el aire canalla que destilaba por cada poro. Ese no es Diego.

Carol apenas se ha enterado del juicio por esa terminología tan concreta, pero sí que le ha escuchado decir a su abogado que Diego se declara culpable. Él no habla, solo mira al suelo y ni se ha dado cuenta de que ella está allí. No ha mirado en ningún momento a la sala, normal. La familia de Lola ha venido y él no querrá cruzarse con sus miradas acusatorias.

Hay un receso. El juez sale de la sala y mucha gente también. Carol se arma de valor y aprovecha para acercarse lo máximo posible a un banco a dos filas de Diego que se ha quedado libre.

—Diego... —le llama con voz baja, pero lo suficiente para que él gire su cabeza. Por un segundo le parece vislumbrar una pequeña sonrisa que se evapora de forma fugaz y torna a tono neutro.

—¿Qué haces aquí? —silabea él, lo que menos le apetece es llamar la atención.

—Quería verte.

—Te he dicho que me dejes, Carol —dice en un tono un poco más alto.

La persona que está en el banco entre ellos capta la indirecta y se levanta para cambiar de asiento y dejarles intimidad; aun así la conversación transcurre entre susurros.

—No entiendo por qué me tratas así, Diego —le reprocha Carol—, me dijiste que me querías un montón de veces, o era mentira o tú no sabes lo que es querer.

—¿Que no sé lo que es querer? Mira dónde estoy. —El abogado de Diego le dice algo al oído, pero este le ignora.

—¿Es por eso? ¿Me estás culpabilizando a mí de lo que ha pasado? Pues claro que tengo la culpa yo, Diego, y si me hubieses escuchado estos meses sabrías que te doy la razón.

—Carol, no, tú no tienes la culpa, en serio, soy yo, que lo hago todo mal y punto. He matado a una chica, joder —le dice en voz aún más baja y con la mirada enjuagada.

—Fue un accidente.

Diego niega con la cabeza.

—Carol, olvídate de mí, por favor.

—No puedo, Diego —se le escurre una lágrima—, te echo mucho de menos.

—Y yo a ti, Carol, pero no puede ser... encontrarás a alguien, ya lo verás. Tú no estás hecha para mí.

—No me digas eso, Diego... te enfadaste y fuiste a por Lola por mí, tú querías defenderme, me querías y yo a ti.

—Carol, olvídame, de verdad.

—No puedo, Diego.

—Sí que puedes...

—Es que te echo de menos tanto —le repite.

—Joder, y yo a ti... pero no puede ser, hazte a la idea. —Parece que se ablanda y por un segundo sus ojos vuelven a mirarla como hace un año—. Me van a encerrar.

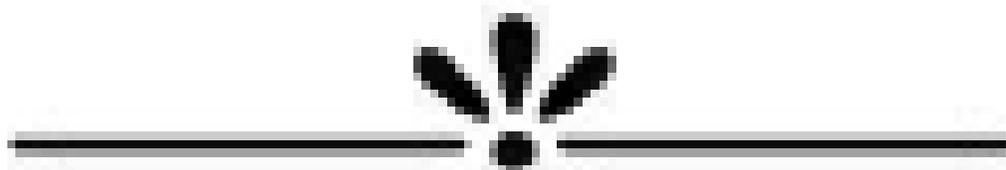
—Te esperaré.

—No, Carol, no quiero que me esperes. Yo me iré de España cuando salga de todo esto. Cambiaré de vida y me olvidaré de todo.

—¿También de mí?

—Si es necesario, sí —le dice antes de darse la vuelta porque el juez ha vuelto a entrar en la sala y todo el mundo corre a sentarse.

Carol regresa a su sitio, Bea le pregunta que si ha ido bien y Carol llora como respuesta. Necesita irse, pero no quiere llamar la atención.



La acusación acaba de poner una secuencia de vídeos de diferentes cámaras en las que se ve lo ocurrido. Carol no puede mirar y prefiere agachar la cabeza. Se descompone entera al escucharlo. Bea la abraza y le acaricia la cabeza. El vídeo debe ir por cuando ella se queda desnuda delante de todos y se hace pis encima porque escucha voces de la grabación que dicen «pobre, pobre chica». Carol aprieta los puños, tiene ganas de salir corriendo a vomitar porque el fuego le está quemando el estómago. No sabía que iba a revivirlo todo, ella solo quería ver a Diego y se olvidó de lo demás, de que el juicio trataba de aquello.

Ahora se escuchan los gritos. Ya ha debido caer Lola fuera del escenario.

—¡No me acordaba! —resuella Bea—. Carol, mira, corre.

Ella la obedece y contempla el vídeo. Entiende la sorpresa de su amiga, ella tampoco se acordaba de eso y el caso es que es verlo y vuelve a sentirse tan protegida como en aquel momento. Roa la está abrazando, cubriéndola con su cuerpo para que ella no pueda ver y por lo que se distingue en el vídeo le está hablando.

Ahora lo recuerda.

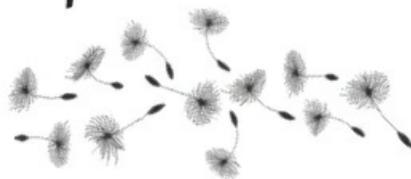
«No mires, pequeña, no mires. Tú no tienes la culpa, tú no tienes la culpa, tranquila, estoy aquí, estoy aquí, siempre contigo», eso le dijo Roa.

¿Qué hacía Roa ahí con ella? En algún momento se acordó de aquello, pero situó a su hermano Alberto en vez de a él. Roa la socorrió en el escenario y ella ni se enteró.

El vídeo se para justo en esa escena, ella abrazada a él.

Carol ve como Diego se da la vuelta y la busca con su mirada, una mirada lacerante que quiere decir tantas cosas que Carol no entiende ninguna.

Capítulo 29. Las llaves



Alberto les ha llamado entusiasmado. El caso de su padre ha dado un delirante vuelco. Como solo está metido en dos reformas de las que han pasado más de diez años y no se le ha vinculado en ninguna otra, y como está colaborando en todo momento, la fiscalía va a rebajar la denuncia y el juez parece estar conforme.

Son muy buenas noticias y Roa y Carol lo celebran al colgar con un abrazo. Esta última semana se han entendido mejor y han peleado menos. Probablemente porque Roa cada día sentía más sus piernas y las lograba mover un poco aunque estuviese tumbado.

Carol le ha contado que ella cree que su padre se metió en ese lío porque necesitaba el dinero para pagar la carrera de Alberto y los gastos del hospital de su madre y de la operación de su rodilla, aunque nunca lo vaya a admitir. No lo ha hecho para hacerle sentir culpable, lo ha hecho porque no quiere ocultarle nada y bastante tiene con no decirle que se está viendo con Diego.

No, no sabe cómo afrontar ese tema.

«Buenos días, cariño, ayer cené con Diego, que resulta que es tu primo, primo y no uno lejano, y me reí un montón».

«Hola, cari, ¿qué tal estás aquí postrado en la cama? ¿Pues, sabes? Yo estuve paseando ayer con Diego y hubo un momento en que me tuve que sentar porque me tronchaba de la risa».

No, no lo ve.

Además, no es necesario, Diego es su amigo, no ha pasado nada.

—¿En qué piensas? Estás muy distraída —le dice al oído Alan y aprovecha para dejar un surco de besos desde su mejilla a su cuello.

Carol le miente y le dice que en nada. Después le mira y le sonrío, es imposible no poner cara de boba cada vez que le tiene delante. Le está creciendo el pelo y vuelve a tener un aspecto de modelo de revista.

—¿Tienes mucho trabajo?

—No, hoy no. Terminé todo ayer. Quiero acompañarte en tu primer día de gimnasio.

Roa pone los ojos en blanco.

—La señora disciplina se ha saltado hoy el curro, esto es serio.

—Un poco.

—Pues la verdad es que estoy *acojonao*, así que gracias.

—Eres muy fuerte, ya verás cómo evolucionas de bien. Mira lo que te ha dicho Alicia, que tu pronóstico es muy bueno y que con tu físico deportista vas a ponerte en pie mucho antes de lo que dicen los médicos.

Alicia es la fisioterapeuta que socorrieron durante el viaje, a la que Carol llamó para pedirle ayuda, y ella no tardó ni un día en plantarse allí para hablar con todos los médicos y los rehabilitadores del hospital y trabajar con Roa los lunes, martes y miércoles por las mañanas. Es una profesional excelente, una referencia en su campo, experta en lesiones de este tipo y Roa se nota más fuerte cada día que pasa gracias a ella.

—Alicia —suspira Alan—... ¿te das cuenta de que nuestro viaje ha sido muy cosmos?

—¿Eh?

—Tú y yo juntos entre los miles de periodistas y fotógrafos que podrían haber elegido, salvamos a una chica y resulta que es fisio, ayudamos a una pareja y son abogados, tengo un accidente, una niña muerta te indica cómo sacarme del coma, es un poco *Qué bello es vivir*.

—Me encanta esa peli —le interrumpe Carol—. Esta navidad la vemos. Y sí, es muy karma nuestro viaje. Ya lo había pensado... Y Ani, que es maravillosa y va a cuidar de Valiente cuando la consigamos sacar de ese camping.

—Es como que todo estaba escrito. Tú y yo... la vida nos separó muchos años para que nos olvidásemos del accidente de Lola y no cargáramos con esa culpa.

—El otro día recordé una cosa, Roa. Ese día tú subiste al escenario y me abrazaste para que no viese nada, tú me protegiste.

Roa se la queda mirando serio y traga saliva.

—No podía creer lo que te había hecho, Carol... cuando te vi allí sin tu ropa, quise matar a Lola, sabía que había sido ella, la había visto haciendo algo raro detrás de ti y cuando te quedaste desnuda lo entendí.

—Pero, ¿cuándo ella cayó? Era tu ex, ¿no quisiste socorrerla a ella?

Roa niega con la cabeza sin retirarles la mirada.

—Carol, yo estaba ya loco por ti. Siempre lo he estado, aunque no quisiese darme cuenta.

—Porque era la hermana de Alberto.

—Porque eras muy pequeña todavía.

—Nos llevamos menos de tres años.

—Pero en esa época era un mundo y cada vez que pensaba en ti me reprendía a mí mismo. Y entonces Lola murió porque te tenía rabia, ella se había dado cuenta de mis sentimientos hacia ti, y escogí intentar olvidarme y apartarme de ti para no cargar con más culpas. Te llamé para tu cumpleaños porque me lo había prometido a mí mismo, te envié aquel mensaje y continué con mi vida.

—Bueno, mejor que yo. Yo te odiaba en silencio. No quería saber nada de ti, te culpabilizaba por lo que había hecho Lola conmigo, pero sobre todo porque Diego me dejase.

—Una cosa la entiendo, la otra no. ¿Por qué me echabas la culpa de que Diego te dejase?

—Porque en un vídeo se vio cómo tú me abrazabas y Diego también lo vio. Era muy celoso contigo.

—¿Y ahora? ¿Ahora que piensas...?

Carol le sonrío. Él a su vez.

—Que fuimos tontos todos y sobre todo nosotros. Que había química entonces y tanto Lola como Diego lo sabían y no supieron gestionarlo, sobre todo ella. Diego lo asumía, pero después del accidente ver ese vídeo no le hubo de sentar muy bien.

—Pues seguro que no...

—Y pienso que ha pasado el tiempo justo para que tú y yo volviéramos a encontrarnos, con los bolsillos vacíos de cargas del pasado y pudiéramos vivir la historia que nos merecemos.

—Y voy y me caigo haciendo escalada.

—Y voy y estoy aquí, acompañando al hombre que más me ha hecho sentir en la vida, en un mal trance que está pasando y me siento más útil que nunca.

Roa la mira con esos ojos oscuros que pican por dentro de su alma.

—Eres muy importante para mí, Carol.

—Y tú.

—¡Joder, pero quiero vivir cosas bonitas contigo, no putos dramas continuamente! Quiero que el único trance que tengamos sea que nos hemos empachado de queso hasta explotarnos la tripa.

Carol se ríe.

—Todo el mundo tiene sus dramas. Lo importante es que les demos la vuelta.

—Te quiero tanto, pequeña —la dice antes de besarla con firmeza.

—Me encanta que me llames pequeña, siempre lo has hecho.

—Ya... eres mi pequeña y por fin te tengo cerca y es mucho mejor de lo que imaginé.

—¿Aun con putos dramas?

—Le dan su toque novelesco al asunto. Esta vez se han pasado, pero bueno, lo importante es que te miro y no me creo la suerte que tengo.

—¿Suerte? Cuando vivamos juntos y veas todos mis TOC vas a lamentarte de tu suerte.

—¿Lo ves? Tú eres maniática y yo relajado, estamos hechos el uno para el otro y sí, tengo mucha suerte de por fin estar con quien siempre he deseado y que me mire como tú me miras.

—¿Cómo te miro?

—De una forma que me escalofría el corazón y solo entra en calor si te beso.

Carol se ríe.

—¿Vuelve el poeta? —se burla de él.

—Nena, esto acaba de empezar, contigo puedo ponerme mucho más cursi.

Carol vuelve a reírse y recuerda una cosa.

Se levanta de su lado de la cama y coge una cajita de su bolso. Roa la mira atento.

—Toma, esto es para ti.

—¿Me has comprado un regalo? ¿Y yo soy el poeta? —se asombra él.

—Sí, tu cumpleaños lo pasaste en coma —le guiña un ojo—. Esto es para que afrontes la terapia con ilusión, esperanza y con un propósito. —Roa la mira intrigado—. Ábrela.

Alan obedece y al abrir la caja saca una llave de un coche.

—¿Me has comprado un coche? Sí que eres generosa, sí... —le vacila.

—Puede...

—¿Cómo que puede? Yo ya tengo coche, estás loca —responde ahora acelerado.

—¿Sí? ¡Pensaba que no! Como el día de la reunión venías en bici, pensé que no... —malinterpreta estupefacción.

—En Madrid me movía en bici, pero sí tengo coche, Carol —le sigue la broma—. Pero, guay, así tengo dos. Pero, ¡joder, has puesto muy alto el listón de los regalos!

Se miran y se sonríen. Podrían estar así siglos.

—¿Qué es esto? —le vuelve a preguntar él moviendo las llaves frente a ella.

—Chssss, tranquilo... piensa un poco. No te he comprado un coche, pero sí algo parecido.

Roa vuelve a mirarla intrigado hasta que la claridad mental le llega y Carol entiende que ha encontrado la respuesta.

—¿No me digas que...? —se muerde el labio emocionado.

Carol sonríe como una niña traviesa porque estaba deseando contárselo, pero quería hacerlo de una forma especial.

—Ya es nuestra.

—¡No me lo puedo creer! —se exalta él mientras la abraza y la cubre de besos.

—¿Te gusta? —cuestiona entre risas ella.

—¡Qué si me gusta! ¡Me flipa! Pero, ¿la has comprado tú? Íbamos a hacerlo los dos —le reprende.

—Tenía dinero ahorrado, pero como quieras, puedes pagarme la mitad y que sea de los dos.

Aunque lo es de todas formas, la he puesto a nuestro nombre y me ha salido súper bien de precio, nos la han casi regalado, algo que no entiendo, pero yo feliz.

Roa la besa mirándola a los ojos y sin cerrarlos.

—¿Te das cuenta de que es nuestra primera casa juntos? —Carol asiente feliz—. Hablaré con mi banco para que te hagan la transferencia, o ¿se podrá hacer por bizum? —Arruga la nariz y Carol ríe.

—Yo creo que no... mejor transferencia —le dice ella—. ¿Te ha gustado la sorpresa?

—Es lo mejor que me habrías podido regalar, Carol. Esa caravana es muy especial y quiero hacer cientos de viajes contigo, me has dado otra razón para luchar a tope.

Carol le mira, lo ve tan contento... ¿cómo se puede querer a alguien a ese nivel? A veces cree que tenía tanto escondido que ahora que se lo ha permitido, ha explotado cual volcán. Ella se autodiagnosticaba de insensible, de que no era romántica, de que era práctica y Roa le ha dado la vuelta a todo, convirtiéndola en una adolescente de libro muerta de amor.

—Carol, yo también tengo algo para ti.

Ahora es Carol la que se sorprende, Roa no ha salido del hospital, ¿cómo ha podido regalarle algo?

—Tranquila, no es nada parecido... pero es muy importante.

Roa se estira para abrir el cajón de la mesilla y le tiende una foto impresa en papel. Carol la mira y se deshace. Es ella junto a Val, con los cascos puestos.

—Ese momento me ha salvado la vida —le dice—, ahora que tenemos una caravana juntos, vamos a tener que colgarlo de algún sitio.

Carol ríe.

—Pero no te lo he regalado solo por eso, Carol. Quiero que mires la foto...

—Ya lo hago.

—¿Y no ves nada?

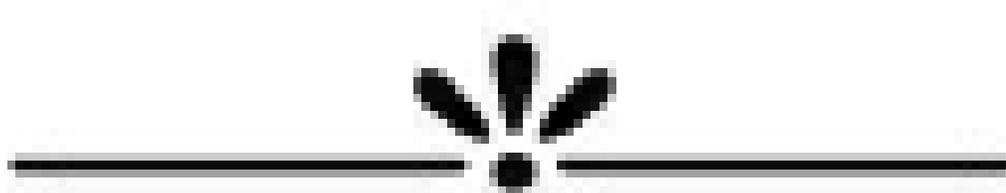
—Nos veo a la niña y a mí escuchando música.

Roa resopla.

—Tienes que mirar mejor, y sé que lo harás.

—¿Es un acertijo?

—No, Carol... ya me entenderás.



Todo el buen rollo de la mañana se ha ido por el desagüe. Han bajado al gimnasio y, o los ejercicios son muy duros, o Roa no está por la labor porque no para de quejarse y retrasar cada rutina. Los fisioterapeutas se están desesperando con su actitud y él también.

Carol se acerca a él en un descanso obligado y cuando le va a decir que tiene que cambiar el ánimo porque así no va a conseguir nada, le suena el teléfono. Es Ani.

—Ani, me pillas en mal momento.

—Carol, se la ha llevado. —La escucha sollozante.

—¿Qué? ¿Qué dices? ¿A quién?

—A Valiente, a Val... —La oye de lejos, hay muchas interferencias.

—No te entiendo, ¿quién se ha llevado a Val?

—Quique, esta mañana, se la he llevado y no sabemos nada de ellos. —Su preocupación traspasa la distancia.

—¿Pero, a dónde? ¿Por qué?

—No lo sé, pero la niña no está, ni él tampoco. Ayer vinieron unos bomberos, estuvieron haciendo preguntas, él sabe que le estáis investigando —habla atropellada—, y esta mañana, cuando he ido a despertar a Val, no estaba.

—¿Y Sonsoles?

—No sabe nada, pero Quique tampoco contesta al teléfono y eso me huele muy mal, Carol. Tienes que venir.

—Llama a la policía.

—Lo he hecho, pero dicen que todavía es pronto.

Roa mira a Carol y le incita para que le explique. Carol, que tiene el corazón en la boca, le pide que espere.

—Carol, ven, por favor. Nos tienes que ayudar.

—¿Y cómo os voy a ayudar yo? Además, tardo en llegar —contesta muy nerviosa.

Roa la mira preocupado y le pregunta que qué ha pasado.

—Val ha desaparecido y creen que Quique se la ha llevado —le resume.

—Por Noa —escucha a Ani—, ella puede ayudarte y yo no la veo.

Carol cae en la cuenta. Es verdad. Mira a Roa.

—Ahora te llamo, Ani —cuelga—. Roa...

—Tienes que irte —le dice apesadumbrado.

—Casi que sí... Es que yo puedo hablar con Noa y que ella... bueno, ya sabes —se calla porque explicar como lógico algo que no lo es, roza lo absurdo.

—Te necesitaba aquí, pero...

—Roa —le interrumpe ella—, tienes que entenderlo.

—Y lo hago, pero bueno... no estoy en mi mejor momento, no me hagas caso. Vete.

—Me voy si me prometes que vas a seguir intentándolo, aunque duela.

—Te vas y ya, Carol... —La mira muy serio, con un halo de enfado que, aunque se esfuerza por ocultar, ella ve, lo ha observado mucho.

—Roa, lo siento, de verdad, pero tú eres un adulto y puede que la vida de una niña esté en juego...

—Lo sé, por eso te estoy diciendo que te vayas.

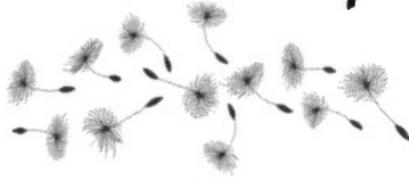
—Pero estás enfadado.

—No, Carol, estoy confuso, cabreado y cansado de esta mierda —señala al gimnasio—, y estás pagando tú el pato. Tienes que irte y dejarme a mí con mis demonios. Salva a esa niña.

Carol le besa y sin pensarlo más sale corriendo del gimnasio. En ese momento le suena el móvil.

Es Diego.

Capítulo 30. Segura, muy segura



Ha ido todo el camino al teléfono. Menos mal que conducía Diego, ella estaba tan de los nervios que no acertaba a arrancar.

Es de locos.

Ya están llegando. Carol se preocupa aún más porque las nubes anuncian una tormenta en breve, de esas que le hacen recordar a uno por qué prefiere vivir en la ciudad. Pero ella no es la importante ahora, es Val, y sabe que a la pequeña le dan mucho miedo. Pensarla sola, vete a saber dónde, con ese hombre al que ella detesta, sea o no culpable del incendio, le provoca náuseas.

La ha acompañado Diego, en cuanto ha descolgado ha notado el tono preocupado de Carol y al relatarle ella lo sucedido se ha presentado con su coche en diez minutos. Se lo agradecerá por siempre.

Por fin entran en el camping. A Carol le vienen los recuerdos de la última vez, cuando ella buscaba desesperada a Noa, pero sin saber muy bien por qué.

Sonsoles y Ani la esperan en la entrada. Carol se baja casi en marcha y abraza a Ani, que a su vez la rodea con fuerza y le dice al oído que está muy nerviosa porque no le huele nada bien el tema. La recién llegada intenta calmarla, pero no es asunto sencillo cuando ella también tiene un mal presentimiento. Sonsoles, que al menos por el semblante parece tranquila, le dice:

—No hay manera de dar con ellos, Carol. Algo les ha debido pasar... y no hagas caso a Ani, no sé qué le ha dado con que Quique va a hacer daño a mi sobrina. Lamento que te haya hecho venir. Quique no le haría daño a una mosca, yo lo conozco.

Carol no se esperaba esta actitud, y como cuando tienes las manos heladas y las metes en agua caliente, siente millones de pinchazos irritantes por su cuerpo que la dejan acorralada.

—¿No, Sonsoles? ¿A ti nunca te ha hecho daño? —le arroja Ani sin paños calientes. A veces, cuando estás al límite, lo que te has estado conteniendo durante mucho tiempo sale al exterior sin control, y es probable que luego te arrepientas, pero no lo puedes evitar.

Diego baja del coche y se sitúa al lado de Carol. Las saluda con la cabeza y escoge mantenerse al margen.

—¡Nunca! —responde rotunda Sonsoles.

—¡Eso es mentira y lo sabes, Sonsoles! Yo te he visto sus marcas, Quique es una mala persona y ya está bien de que lo defiendas, ¡joder! Es la vida de tu sobrina la que está en juego.

Carol mira a Diego apesadumbrada y este le hace un gesto parecido. Es bastante violento este tema como para tratarlo a gritos.

—¡Tú no sabes nada de él!

—Ni quiero, yo solo quiero encontrar a Val y ya te apañes tú con ese monstruo que tienes por pareja.

—¡Chicas! —intercede Carol, que no puede aguantar ni una injerencia más—. Creo que no es el mejor momento para reproches. ¿Hay algún sitio al que suelen ir juntos?

—¿Juntos? —repite con sarcasmo Ani—. Quique ignora a Val, ni la mira. No van juntos ni a comer.

—¡Porque ella no le habla! Él lo ha intentado, pero mi sobrina no se lo pone fácil y la paciencia tiene un límite —le defiende Sonsoles.

—¡Hay que joderse con lo ciega que estás, guapa!

—Quizás la ciega eres tú, que te crees que todos los hombres son malos solo porque a ti te han maltratado.

—¿Perdona?

—¡Vale, vale! ¡Parad! —vuelve a interrumpir la discusión Carol—. Sea como fuere, Val no aparece, Sonsoles, y está al caer una tormenta... le dan mucho miedo.

—Ya lo sé, es mi sobrina —le responde hostil—, es por eso por lo que estoy preocupada, no porque Quique le vaya a hacer daño. Todo lo que está diciendo Ani es una chorrada.

—Sonsoles, has de saber una cosa —explica Carol—, hay verdaderos indicios de que el fuego que mató a tu hermana y a su familia fuese provocado por Quique.

—¿Cómo? —se le muda la calma a susto.

—Tu hermana y su marido nunca encendían la chimenea, no funcionaba, lo sabemos por las niñas, alguien la encendió y no fueron ellos. En el camping solo estabais vosotros y ellos.

—Quique nunca haría nada así —dice en voz baja.

—Sonsoles, os han estado investigando, Quique debía mucho dinero por apuestas por aquella época.

—Pero él empezó a ganar un sueldo aquí, cuando mi hermana le contrató para que cuidara de los caballos...

—Probablemente no fuera suficiente.

Sonsoles, a la que la energía se le acaba de fundir, toma asiento en una piedra.

—No puede ser, él no haría algo así —repite.

—Sabes que sí —le recrimina Ani.

—Sonsoles, lamento de verdad habértelo dicho de esta forma, pero has de entender por qué sospechamos que Quique se ha llevado a Val. Ayer vinieron unos bomberos y estuvieron haciendo preguntas, él se ha debido asustar. Necesito que pienses dónde se la ha podido llevar.

Entre negaciones la abrumada Sonsoles dice que lo ignora.

—Busca a Noa, Carol... —habla ahora Ani.

Carol cruza los dedos para que la niña se le aparezca y se aleja un poco de la reunión improvisada, pidiéndole a Diego que calme las aguas. Da varias vueltas al recinto mientras que en voz alta llama a Noa. Se le ocurre caminar hacia el pequeño estanque que está al sur del camping.

Un trueno ensordecedor le hace cerrar los ojos con fuerza y sujetarse a un árbol del susto y cuando los abre se encuentra con la niña frente a ella. Siempre le sorprende la corporeidad que presenta la pequeña, se la ve como a una persona absolutamente normal.

—¡Noa! —se arrodilla a su altura para abrazarla y un fuerte olor a canela la hace estornudar.

—¡Carol, mi hermana está en peligro, se la ha llevado, se la ha llevado! —llora.

—¡Lo sé, lo sé! A eso he venido, ¿dónde está?

—Gracias por venir, Carol.

—Dime dónde está.

—Se la ha llevado a la vía ferrata, no sé si lo conoces, pero es muy peligroso.

Carol recuerda que Roa y Carlos hicieron esa ruta una mañana. Roa llegó entusiasmado y agotado a partes iguales y ella tembló con cada foto porque las alturas no son lo suyo, y a cada

año que pasa menos, el vértigo crece con la edad.

—¡Madre mía! ¿Y exactamente, dónde están?

—Cerca del puente ese...

—¿Del puente tibetano? —exclama Carol.

La niña asiente con toda la preocupación en su rostro.

El corazón le va a mil, al igual que sus piernas. Carol corre hacia la entrada y llega chillando.

—¡Están en el puente tibetano, en la vía ferrata!

—¿Cómo? —pregunta Sonsoles—. Val tiene vértigo... No la ha podido llevar allí. ¿Tú como lo sabes?

—Me quieras creer o no me lo ha dicho Noa.

Sonsoles la mira con ojos de lechuza e incredulidad.

—¿Y dónde está esa Noa? —pregunta Diego, que no se entera de nada. Lógico cuando ella no le ha hablado de su conexión con los fantasmas.

—Ahora te lo explico —le dice Carol mientras corre para el coche—. ¿Alguien sabe ir?

Tanto Sonsoles como Ani conocen el camino y en quince minutos de rayos, truenos, lluvia y gritos acongojados, llegan hasta allí, tiran el coche en el parking y salen los cuatro a todo correr hacia el puente. Está muy oscuro, pero a veinte metros ya distinguen dos sombras y con la luz de un rayo los ven con claridad.

—¡Quique, Quique! ¿Qué haces? ¡Suelta a la niña! —le chilla Sonsoles.

La estampa es de thriller español tipo *la trilogía del Baztan* en la que llueve a mares y no se ve nada. Los pies de Carol se frenan porque el suelo está muy mojado y el vértigo la paraliza. Pero, aunque no se halla tan cerca, sí lo suficiente para ver que ambos se sitúan dentro del puente, a unos veinte pasos de la entrada.

Es verlos y se marea, es un puente de madera que une un barranco con más de treinta metros de altura, y lo peor es que en la distancia entre balda y balda cabe una mano y además se mueve y balancea con el viento de la tormenta. Vamos, una joya de la arquitectura para masoquistas.

—Le estoy quitando el miedo a esta niña, sé lo que hago —le responde con un deje despectivo y después nos mira—. ¿Para qué te has traído a estos? ¿Y cómo sabéis dónde estaba?

Carol mira a Val, si no fuera porque sus ojitos se mueven y la miran con adoración parecería un muñeco.

—Tranquila, cariño —le dice Carol en voz alta—, ya te va a traer hasta aquí, tú tranquila.

Diego le coge la mano a Carol y la acerca un poco más al puente para que la niña pueda verla y oírla.

—Estoy contigo, Carol —le dice Diego para que sus pies puedan moverse—, no te voy a soltar, pero la niña no puede oírte y te necesita, observa cómo te mira.

Un rayo y un trueno casi a la vez les hacen gritar, hasta la pequeña chilla y pega un pequeño salto. El puente se mueve y todos vuelve a gritar.

—¡Quique, vale ya! ¡Trae a Val ahora mismo!

—¿Pero a ti qué te pasa? ¿No te fías de mí? —le pregunta el muy chulo a su pareja.

—¡Pues mira, justo hoy, no, no me fio de ti! ¿Quemaste a mi hermana? ¿A mi cuñado y a Noa? ¿Eh?

La cara de Quique se transforma, dando mucho más miedo y se encorva un poco para zarandear a Val.

—¿Se puede saber qué les has dicho, niña mentirosa?

Val llora por respuesta.

—¡Ella no habla! ¡Ella no habla! —grita Ani.

—¡No ha sido ella! —dice Carol.

—Yo no les he dicho nada —habla Val por primera vez y la conmoción se levanta en cada uno de ellos, menos en Diego que no entiende nada y Carol que ya la había escuchado hablar.

—¡¿Ves?! ¡Te lo dije! ¡Esta niña es una farsante, puede hablar sin problemas! ¿Qué mentiras les has dicho, eh? —Vuelve a zarandearla y el puente se mueve con ellos.

Carol no puede aguantarlo más y vomita. El vértigo que le provoca ese puente, aunque no sea ella la que está subida en él, es incontrolable.

—¡Que la traigas de una vez! —Sonsoles se acerca y da unos pasos hacia ellos adentrándose en el puente—. ¡Qué no ha sido ella! Ha sido su hermana que por lo visto se le aparece a esta. — Señala a Carol.

Quique la mira con cara de pocos amigos y vuelve a tironear a Val.

—Te dije que te mataría si contabas algo y no me has hecho caso, ¿quieres que lo haga? ¿Eh?

—Yo no he dicho nada, yo no he dicho nada —repite Val entre sollozos.

—¡Que ha sido su hermana! ¡¿Me quieres escuchar de una vez?! —grita Sonsoles.

—Ha sido Noa, yo no... —repite Val.

—¿Estáis todos locos o qué pasa? ¡Noa está muerta, como sus padres!

—Yo veo a Noa, yo puedo verla —declara Carol—. Solo puedo verla yo, ella es la que me ha dicho que estabais aquí.

—Eso es imposible.

—Y también le ha dicho —sigue Sonsoles—, que sus padres sabían que la chimenea estaba rota y por eso nunca la encendían... Mataste a mi hermana, a mi sobrina por tu ambición... Dame a Val, dame a lo poco que queda de mi familia. —Sonsoles habla mientras camina hacia ellos, ya casi toca a la niña que estira las manos para cogerla.

—Sois todos basura y tú la primera —esgrime con dureza Quique al que se le acaba de cambiar la cara. Se le ha caído la máscara y su verdadera apariencia de monstruo ha salido a la luz, constatando que el rostro de ese hombre da mucho miedo, es demoníaco—. Solo te soporto porque eres la dueña del camping, tu hermana era una prepotente que me trataba como si yo fuese chusma, y mira dónde está ahora.

—No hables así de mi hermana, ella nos acogió, nos dio trabajo...

—¡Ohhh, nos dio trabajo! —se burla—. A los pobres desvalidos, ¿no te dabas cuenta de que nos miraban con pena? Ellos, los empresarios, y nosotros los muertos de hambre.

—Eso no es verdad —se encara Sonsoles—. Mi hermana era la mejor persona que te has cruzado en tu vida, siempre me ayudó y por mi culpa... ¿Por qué salvaste a Val?

—¿Yo? Por mí se podía haber muerto como todos, pero la despertó el puto perro ese y me pilló, salió corriendo. Más tarde me hice cargo de que tuviera la boca cerrada.

—¿Qué la hiciste? ¡Por tu culpa! ¡Por tu culpa ella no hablaba! Eres malo, eres calaña y vas a ir a la cárcel, donde debías de estar hace tiempo, ¡malnacido!

Otro rayo lo ilumina todo, lo suficiente para ver cómo una valiente Sonsoles alcanza a Val y tira de su cuerpo, despegándola de Quique y la trae hacia ella. Los dos empiezan a forcejear y el puente se mueve cada vez más. Sonsoles le grita a su sobrina que corra hacia ellos, pero la niña está paralizada. Carol no se lo piensa y en unos segundos se ve avanzando en ese puente trampa que se mece como un columpio yendo a por Val.

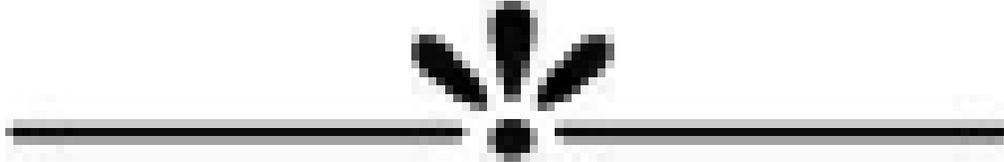
Sonsoles y su pareja siguen a lo suyo con su pelea mientras Carol casi llega a la niña, pero se pone de rodillas porque el vértigo le gana la batalla.

—Val, mi vida, camina, camina hacia mí.

La niña, asustada, estira las manos para tocar a Carol y da unos pasitos hasta ella. Las dos se

abrazan. En ese momento otro rayo lo ilumina todo y se ve a Sonsoles empujando a Quique hacia el barranco y él agarrándola a ella para llevársela consigo a una muerte segura.

Todos gritan menos Val, que no ha visto nada por darles la espalda mientras abrazaba a Carol y esta le impide darse la vuelta ahora.



La guardia civil les toma declaración a todos en el sitio. Carol y Ani ya han dado su versión y ahora es Diego el que habla dentro de uno de los coches, protegiéndose de la lluvia que lleva más de tres horas arreciando. Val está dentro de la ambulancia, tenía síntomas de hipotermia, pero les han dicho que está mejor y que ahora la sacarán.

Carol y Ani hablan del futuro de la niña. Hoy se va a quedar con ellos en el campamento, pero la guardia civil les ha informado de que mañana pasará a disposición de asuntos sociales. Ya no tiene a nadie, su tía también ha muerto, por salvarla.

Las dos continúan en shock por lo acontecido, ninguna cree que olvidarán los gritos de los dos cuando caían al vacío. Y el silencio de después, cuando todos dejaron de chillar y Carol y Val, ayudadas por Diego, salieron del puente.

Nadie decía nada. No sabían qué hacer. Fue Diego el que tomó las riendas y avisó al 112, mientras Carol, Ani y Val se metían en el coche a protegerse de la tempestad.

Diego ha terminado. Se acerca hasta ellas que se resguardan de la lluvia bajo un árbol.

—¿Todavía sigue Val dentro? —les pregunta él.

Carol afirma sin dejar de mirar a la ambulancia.

—¿Y ahora qué va a ser de ella? —cuestiona él.

—No tiene más familia —dice Ani.

—¿Ni abuelos?

—Nada —niega.

—¡Madre mía, qué desastre! —se expresa él—. ¿Y tú? —Mira a Ani.

—¿Yo?

—¿No eres familiar?

—No, yo trabajo en el camping los veranos, y conocí a su familia, pero yo no puedo hacerme cargo de Val... yo no puedo —llora.

Carol y Diego se miran entre ellos en silencio. La puerta de la ambulancia se abre. Los tres caminan hacia allí y ven cómo la pequeña sale acompañada por uno de los sanitarios que les ofrece el brazo de la peque mientras les dice que ya está perfecta.

Y entonces Carol la mira.

Y Val mira a Carol. Solo a ella.

Y Carol siente tanto amor por esa niña que todas las dudas se disipan.

Ella.

Ella será su mamá.

—Lo vas a hacer muy bien. —Escucha la voz de una niña a su lado y mira. Es Noa—. Vais a

ser muy felices juntas.

Las lágrimas de Carol no tardan en aflorar y la pequeña Val corre hacia ella:

—¿Me voy a ir contigo? —le pregunta mientras la abraza.

—Voy a intentarlo, Val, te lo prometo...

—Yo quiero irme contigo —le dice entre lágrimas la niña.

—Y yo, preciosa, lo vamos a conseguir. Juntas, ya lo verás.

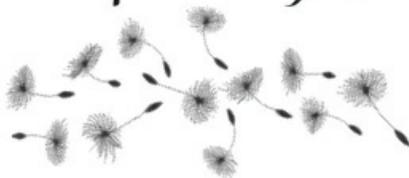
Diego se acerca a Carol y la toca en un hombro para que le mire.

—¿Estás segura? —le dice por lo bajo.

—No he estado de nada más segura en mi vida, Diego. —Sonríe.

—Pues yo os puedo ayudar...

Capítulo 31. El típico mensaje de WhatsApp



Hay días que son nefastos, que los astros y las estrellas se confabulan para amargarte la existencia y que cada minuto se te haga cuesta arriba y temas lo peor si te suena el teléfono, o la puerta de tu casa, para más traer más malas noticias.

Pues hoy es uno de ellos.

La despedida con Val ha sido muy triste, la niña no entendía por qué se tenía que ir con unos desconocidos cuando ella la había prometido cuidarla. Y ella tampoco sabía cómo explicárselo porque, sinceramente, tampoco lo entiende. ¿No será mejor que esté con ella que en una especie de orfanato o cómo se llamen ahora? Se le escalofría el cuerpo entero cada vez que la imagina allí. Ciertamente es que el cine se ha encargado de que asociemos orfanato a castigos y martirios que perduran en la vida de los huérfanos por siempre, no será para tanto...

Pero es que Val no se merecía eso. Ha sufrido mucho ya en su vida para que la aislen: la muerte de sus padres y su hermana, el miedo a su tío, el fallecimiento de su tía Sonsoles y ahora esto... Se le parte el alma.

En el camino de vuelta no pudo parar de llorar mientras Diego, que resulta que tiene conocidos que trabajan en asuntos sociales, movía hilos por teléfono, pero no había nada que hacer para evitar que hoy se fuese con ellos. Sí que es cierto que lo van a intentar acelerar, al ser un caso tan especial, así que Carol, si sigue convencida, podrá solicitar el acogimiento preadoptivo a lo largo de esta semana. Un amigo de Diego le ha explicado, por el bluetooth del coche, que es un proceso algo lento y escabroso, que tendrá que pasar un dictamen psicosocial que encargará el juzgado a médicos, psicólogos y trabajadores sociales, con exámenes individualizados y luego conjuntos para ver la interrelación de la niña con ella. Lo único bueno es que, si no hay ningún adoptante más, no tendrá que haber juicio para que Val se convierta en su acogida y más tarde en su hija.

Con toda esa marabunta de pena y de agobios, entró al hall del hospital, acompañada por Diego, dispuesta a explicarle a Roa todo lo sucedido, y quiso la mala suerte que justo en ese momento un celador conducía a Roa al gimnasio y los viera de pleno dándose un abrazo.

Y entonces es cuando el día se ha terminado de torcer porque Roa la ha dejado. Le ha pedido que se vaya a Madrid y que se distancien por un tiempo, sin apenas mirarla.

De primeras, a Carol le ha vencido la estupefacción y se ha marchado de la habitación sin entender nada y con tantas ganas de llorar que se asfixiaba, pero por la noche, sin forma humana de conciliar el sueño, preparando su maleta para marcharse, se decide a llamarle. Lo suyo no puede acabar por un ataque de celos. Para su sorpresa, apostaba que no, Alan descuelga.

—Roa —dice ella emocionada.

—Dime, Carol, es tarde.

—¿Te he despertado?

—No, no puedo dormir... —responde él sincero, con esa voz que a ella le atraviesa el alma.

—Roa... no sé qué te has pensado, pero estás equivocado. Diego es un amigo —intenta

explicarse.

—Carol... da igual. No es eso —resopla él.

—¿Cómo que da igual?, ¿has roto conmigo y da igual? —llora ella.

—No he roto contigo, Carol, te he pedido tiempo, no es lo mismo.

—Eso de toda la vida es romper, Alan, reconócelo al menos.

—No, Carol. Tú sabes lo que significas para mí.

—Pensaba que sí, ahora ya no, ahora pienso que soy un estorbo y que a la primera duda me has mandado a la mierda.

—No es así... ¿Qué hacía Diego contigo?

—Me escribió hace semanas, quería verme, nos hemos encontrado varias veces y ya. Somos amigos, él sabe que yo te quiero a ti. No hay nada entre nosotros, Alan, de verdad.

—Me refiero a qué hacía hoy contigo, ¿te ha acompañado al camping?, ¿le pediste que lo hiciera? —le pregunta en tono suave—. Vamos, si quieres no me lo digas...

—Fue casualidad, Alan, él me llamó justo cuando salí de tu habitación, me vio preocupada y decidió acompañarme.

—Hizo bien...

—Pero, de verdad, Roa, yo no tengo nada con Diego, quiero que te quede claro.

—Vale, pequeña, pero no es eso... queda con Diego si te hace bien, yo no puedo más.

—¿Conmigo?

—No, Carol, con la situación. Estoy sobrepasado.

—Pero para eso estoy aquí, para ayudarte...

—No, Carol, no quiero que me veas así, necesito espacio.

—¿Me estás diciendo que me vaya y te deje cuando más me necesitas? ¿En quién me convertiría eso?

Él tarda en responder, hasta que dice:

—Es que lo que necesito es que te vayas.

Carol se queda en silencio porque ese dardo ha dolido mucho y tiene visos de seguir escociéndole durante mucho tiempo.

—Carol... necesito estar solo con mis mierdas, yo ya he pasado por esto una vez y soy un jodido asco.

—Me da igual.

—A mí no. Quiero estar mal y no tener que disimularlo y contigo lo hago, Carol, constantemente, eso me agota. Déjame tocar fondo, pelear a mi manera, aunque sea cabreado, echando mierdas y portándome como un niño, no sé si me explico. Necesito estar solo para ser sincero conmigo mismo y afrontar lo que me está pasando.

—¿Te he agobiado? ¿Es eso?

—No, pequeña, soy yo, tengo esa tara... estoy acostumbrado a ser el simpático, el amable, Roa el gracioso, el que siempre pone buena cara, porque ese suele ser mi estado de ánimo. Tengo poca tolerancia a las frustraciones, ya te habrás dado cuenta, y cuando estoy así no me gusta que me vean, me preocupa más eso que el problema en sí. Y esto que me ha caído es muy gordo, Carol, necesito centrarme y luchar sin distracciones. ¿Me explico?

—Un poco —afirma Carol con pena, porque, aunque le está llegando el mensaje, lo hace de manera muy superficial, porque ella a lo que realmente presta atención es a las señales, busca en el tono de él su cariño, algún resquicio para agarrarse a lo que tenían.

—Y sé que apartándote de mí te puedo perder, acepto las consecuencias, porque no te estoy pidiendo que me esperes, jamás te haría algo así.

—¿Ves? Me estás dejando para siempre, tiñéndolo de bonito y de tus problemas.

—Que no, Carol, que no... de verdad, que te quiero muchísimo, tanto que no puedo dejar de pensar en cómo actuar para no preocuparte y me olvido de mí mismo. Y ahora me toca pensar en mí y en cómo afrontar esto.

—¿Y apartándome te ayudo?

—Sí, Carol, aunque suene raro...

—Pues me iré si es lo que quieres.

—Es lo que necesito, más que lo que quiero. Estoy siendo un egoísta, lo sé, por eso te digo que continúes con tu vida, no te puedo pedir que me esperes.

Carol se calla antes de decir una maldad de esas llevadas por el orgullo, que es lo único que le saldría en estos instantes, algo como: «Pues claro que no te voy a esperar» o esta otra «igual cuando tú quieras volver la que no quiere soy yo».

—¿Vale?

—Sí, me voy, tranquilo, no volverás a verme. —Se muerde la lengua para no continuar.

—No te enfades, peque.

—No me jodas, Alan...

—Te prometo que voy a esforzarme cada día para que podamos revivir nuestro viaje en nuestra caravana.

—Muy bien —responde cortante. Quiere colgar, está cabreada, decepcionada, confusa y solo quiere llorar, pero que él no la oiga.

—Carol...—Roa intenta ablandarla—, perdóname.

Ella no le responde y cuelga.

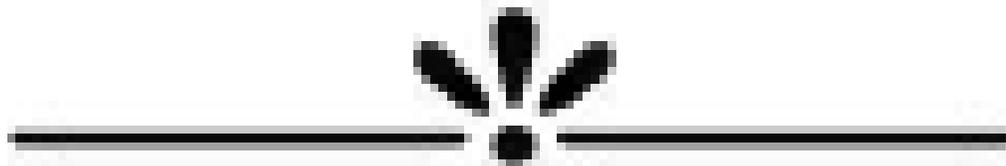
Después de llorar en la ducha, arrodillada, mientras el agua se llevaba sus lágrimas y se repetía «no estoy con Roa, no estoy con Roa» para vestirlo de real y llorarle solo una vez, se mete en la cama y coge el móvil para escribirle.

«Estoy muy triste, Alan, triste y disgustada. Pero lo acepto, me marchó. Solo decirte que salvamos a Val y Sonsoles y Quique fallecieron al caer del puente tibetano que está en la vía ferrata, esa que tú hiciste. Entendí tu foto, voy a adoptarla. Amo a esa niña. Deséame suerte, al igual que yo a ti. No creo que sea cuestión de esperarte, más bien de perdonarte porque me has roto el corazón. Adiós».

Carol ve que él lo lee y segundos después está escribiendo.

«Lo siento, ni te imaginas cuánto. Mucha suerte con Val y escíbeme si necesitas algo. Aunque hoy no te lo creas, te quiero. Mucho. Pero ahora no puedo».

Es así como acaba todo. El manido mensaje de WhatsApp finiquita el futuro de Carol y Roa. Es por eso que Carol estrella su móvil contra la pared y vuelve a llorar.



Encuentra en Bea y en Ricardo, como siempre, el consuelo que necesitaba. Durante semanas Carol no es persona, no se ducha, apenas come —nada que pueda catalogarse como comida sana

— y las noches se le hacen eternas y vacías. Un nudo en la boca del estómago se le instaló el día que Roa la alejó de él, y no ha vuelto a tener apetito. A veces, cuando se distrae, incluso logra olvidar que ya no está con él, pero entonces su bola en el estómago le arde y la tristeza se acopla de nuevo a su rutina.

Tampoco sale de casa, se siente agotada, solo para los asuntos importantes, como el papeleo para la gestión del acogimiento de Val y ayudar a sus padres con la mudanza, puesto que han vendido su casa de toda la vida —para ahorrar dinero—, y se han comprado un adosado cerca de ella y de Alberto. Él también ha invertido en el ladrillo, pero éste en un ático muy chulo.

Cuando está sola en casa no se entretiene con nada, la música está totalmente prohibida y en todas las pelis y series que ve hay algún drama que le recuerda su desgracia.

Sus amigos se turnan para visitarla y obligarla a ducharse y hasta en algún momento la han conseguido hacer reír; esos instantes fugaces que le recuerdan quién fue antes de él. Hoy en concreto se ha tronchado cuando Ricardo le ha contado que esta madrugada ha batallado como un escocés contra un mosquito trompetero que no le dejaba dormir y cuando le ha aplastado con la tapa de una cacerola, porque es lo primero que ha pillado, se ha restregado la sangre del mosquito en la mejilla a lo *Braveheart*. Bien, cada uno... el problema es que no dormía solo, estaba acompañado de un ligue de esa noche y, cuando le ha visto creerse William Wallace, ha salido por piernas y ya que estaba, antes de verle partir, le ha dicho para redondear la anécdota y darle de qué hablar al muchacho:

—Tú vete, pero yo solo te digo que no nos robarán la libertad.

Se ha reído tanto...

Aunque ya está mejor. Todo pasa y el tiempo te hace ver las cosas con otra perspectiva. Eso, y Alberto, que le ha intentado explicar las razones por las que su amigo quería una pausa únicamente para recuperarse y que está hecho mierda, aún más que ella. Carol le ha aclarado a su hermano que a ella no le resta tristeza que Roa parezca estar peor que ella, todo lo contrario. Le desea lo mejor, por supuesto.

No le ha vuelto a escribir, por iniciativa propia no.

Él sí. Le escribió un mensaje de que volvía a Madrid, que tenía nuevos terapeutas y que se encontraba mejor. Ella le contestó que se alegraba.

Otro día él le sorprendió preguntándole por Val, a lo que ella dos días después le respondió que iba bien, pero lento.

Y ayer le preguntó que qué tal estaba, pero ella no ha respondido. Ni cree que lo haga. Si tanto le importa cómo está, que no la hubiese mandado a paseo.

Esto le ha hecho recordar tanto cuando Diego también la apartó de su vida que no cree que pueda perdonarle nunca. Y eso le hace llorar, porque ella apostaba a que podían haber sido felices juntos, esa química no la encuentras casi nunca, pero cree que, aunque ahora él volviese y se arrodillase para disculparse, ella no podría perdonarlo. Roa le dijo que ya había sufrido mucho en el pasado, cuando lo de la rodilla, pero no sabía que a ella también la dejaron a un lado otra vez y esa herida nunca cicatrizó bien.

Roa ha vuelto a hundirle la confianza, ¿por qué no la quieren cuando tienen problemas? ¿No creen que pueda ayudar? ¿Es un estorbo? ¿No la querían de verdad? Y eso ya lo vivió con Diego, y por duplicado duele mucho más, no menos. Un mismo golpe en el mismo sitio nunca cicatrizará bien.

Pero esta semana cambian de estación, vuelve el otoño a las calles de Madrid, y está decidida a darle plantón a la tristeza y regresar a su trabajo y a su rutina, por lo menos hasta que sepa si Val se viene con ella o no.

Sus padres están deseando conocerla, se tomaron la noticia estupendamente, y le han dicho que una de las veces que vaya a visitarla la van a acompañar.

Entra en la oficina, es un poco tarde, pero ha tenido que pasar por el despacho de Amanda para firmar unas cosas. Todos sus compañeros se alegran al verla y entre saludos y repasos le da la hora de comer y se baja con Bea, que ha quedado con Alberto.

Mientras que le esperan, en un restaurante de pokes que se han puesto tan de moda últimamente, Carol le pregunta a su amiga por la relación que mantiene con su hermano:

—Somos amigos, sabes que yo no quiero líos.

—Sois algo más que amigos.

—Me acuesto con tu hermano con más asiduidad que con otros, pero yo no quiero pareja, Carol.

—¿Por qué?

—¿Como que por qué? Ya lo sabes.

—No, no lo sé...

Su amiga pone los ojos en blanco.

—Porque si pones el corazón pueden rompértelo, y a mí ya se me rompió una vez y paso.

—Eso fue hace millones de años, Bea, eras una niña.

—Sí, fue hace un montón, pero tomé una decisión y hasta el momento me ha ido bien, ¿para qué cambiar?

—Pues porque puedes perder a gente que realmente te suma.

—Si me suma no se irá. Yo no quiero compromisos, Carol, eso no significa que vaya jodiendo a la gente.

—Me gusta esta conversación —les interrumpe Alberto apartando una silla para sentarse—. ¿Qué te pasa a ti con los compromisos? —le pregunta a Bea.

—Ya lo sabes, que los quiero lejos.

Alberto sonríe de medio lado y mira a su hermana.

—¿Tú crees que claudicará?

Carol lo niega.

—Yo soy así, colega... —se dirige a Alberto—, yo creo que te lo he dejado claro.

Alberto levanta las manos.

—Ey, ey, que yo no digo nada, a mí me gustas así, a lo caballo salvaje.

Bea se ruboriza.

—Es que estoy cansada del cinismo, el mundo te presiona para que vivas igual que todos, para que sigas la norma social, ¿vosotros veis muy felices a todos esos que tienen pareja e hijos? Porque yo solo veo a una panda de estresados que están deseando llevar a los niños al cole para perderlos de vista...

Alberto se ríe.

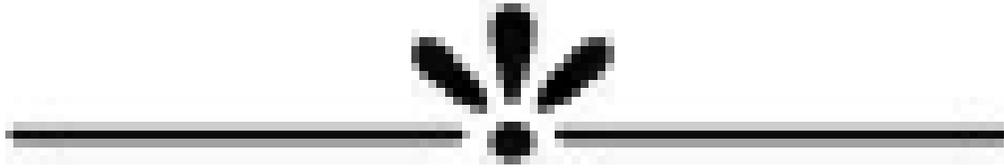
—Si tuviera copa brindaba por ello.

—Pues yo no, porque estoy a esto de ser madre soltera —afirma Carol—, y que me recuerden lo estresada que voy a estar, no me motiva mucho.

—¡Eso es distinto! —le regaña Bea—. Tú no vas a ser madre soltera, Val nos va a tener a nosotros, yo voy a ser la tía más pesada y más regaladora de la historia. Imagínate a Ricardo y a tus padres... Lo que estás haciendo, Carol, es muy valiente, estás ayudando a esa niña a que crezca en un hogar y yo creo que todos pensamos que no lo vas a hacer sola, que te vamos a acompañar, por ti y por ella.

—Gracias —dice emocionada.

—Eres la mejor. —La abraza su hermano.



Esa tarde Carol y Alberto la pasan en casa de sus padres. Quieren celebrar que ya han terminado la mudanza con sus hijos.

Carol se sorprende al ver a sus padres aparentemente más unidos que nunca y a su madre con una actitud mucho más liviana, como si se hubiese doblado el palo que suele llevar metido por cierta zona y que la estira como un avestruz.

Le hace monas a Alberto cuando pillan a sus padres abrazados, tomando una cerveza asomados a la terraza, de espaldas a ellos.

—¿Qué bicho les ha picado? —le pregunta Carol a su hermano.

Alberto, sonriendo, le responde que debe de ser que han salido de su barrio pijo y pueden ser normales.

Es una cena improvisada, tanto que piden pizza con mucho queso y hasta su madre les permite hablar con la boca llena. Carol no da crédito.

—Chicos, tenemos que deciros algo... —comienza a hablar su padre.

—¿Os han abducido los extraterrestres? ¡Lo sabía! Tantos cariñitos no eran normales — bromea Carol.

Ninguno de sus progenitores hace alusión a la exposición de Carol y Alberto se esconde tras la lata de cerveza.

—Quiero mucho a tu madre, hija, Encarni ha sido lo mejor, junto a vosotros, que me ha pasado en la vida.

La boca de Carol se abre tanto que se la tiene que tapar con la mano para que no le entren moscas. Su padre nunca había dicho algo así. Ella mira a su madre, que le sonrío.

—Después de estos últimos meses, con todo lo que ha pasado, he decidido jubilarme, y transferir lo que queda de empresa. Creo que a ninguno de los dos os interesa y hace unos años eso me molestaba, pero ahora me alegra, porque mis hijos han sabido escoger sus profesiones y se os ve mucho más felices que a mí, que me he pasado la vida trabajando.

—Brindo por ello —dice Alberto.

—Os quiero explicar algo... No solo me metí en aquel asunto tan turbio por dinero, que también, se me juntaron muchos gastos a la vez, pero no solo fue por eso. Esto que os voy a contar es muy íntimo, pero vuestra madre ya lo sabe y me ha perdonado.

Carol mira a Encarni, que asiente y observa con orgullo a su marido.

—Dinos, papá —le anima Alberto al percibir a su padre apocado.

—Vamos a ver, en aquella época tuve una secretaria, Inés, era muy eficiente y muy amable. Yo me pasaba el día allí trabajando y ella no se movía de su mesa hasta que yo no me marchaba. Comencé a confiar mucho en ella, era una muy hábil e inteligente y fui delegándole varios asuntos, hasta convertirla en mi ayudante. Tenía apenas veinte años, pero se ganaba a todos los clientes de calle con su elegancia y su amabilidad. Era muy guapa y muy ambiciosa, a partes

iguales.

—¿Tuviste un lío con ella? —pregunta Alberto, y Carol se alegra de que haya sido él el que ha verbalizado su hipótesis.

—Algo de lo que no estoy orgulloso, hijos —afirma Miguel Ángel—, pero ya no se puede dar marcha atrás. Vuestra madre se cerró en banda con su enfermedad, yo me sentía desbordado y ella se mostraba tan interesada y me halagaba constantemente, que sucumbí. No me vanaglorio de ello, es deleznable. Algo de lo que me he arrepentido toda mi vida. Inés fue la que hizo esas propuestas, ella fue la que participó en el juego de chantajes y yo, que estaba obnubilado, apenas si me enteré. Los asuntos burocráticos siempre me han dado mucha pereza y firmaba todo lo que ella me daba.

—¡Madre mía! —exclama Carol.

—Con el tiempo me fui dando cuenta de que no era trigo limpio, varios amigos me lo fueron avisando, que sus maneras de negociar eran sucias y mi empresa estaba cogiendo una fama cuestionable. Hablé con ella, me intentó chantajear con contar nuestra relación a vuestra madre si la despedía y no pude hacer otra cosa que ofrecerle parte de la empresa si se marchaba. Ella, desde entonces, siempre se ha llevado un veinte por ciento de los beneficios, pero no la he vuelto a ver.

—¿Duró mucho? —pregunta Alberto.

—Si te refieres al affaire, no, eso no. Pero sí lo suficiente para que tuviera pruebas. En la empresa estuvo cerca de dos años. Cuando conseguí que se fuera, volví a trabajar con mis contactos y sin negocios sucios.

—¿Y ella?

—A ella le fue fantástico, se sabía mover muy bien y hacer contactos, tanto que acabó llegando a cargos políticos. Y continúa. Por eso me han absuelto. Porque ahora, por fin, me he atrevido a hablar, y como tenía pruebas de sus chantajes y sus tejemanejes con los contratos en aquella época, la fiscalía ha optado por presentar cargos contra ella, que es mucho más importante que yo, siempre y cuando testificara contra ella. Y eso he hecho. Por eso lo dejo todo, sé que ella y su séquito no me iban a permitir firmar un trabajo más en Madrid, pero yo ya estoy agotado de pelear y además me he dado cuenta de que no merece la pena.

—Se puede vivir con mucho menos —dice Encarni, tomando la mano de su marido y mirándole con cariño—. Yo acepto mi parte de culpa, esta historia tiene muchas caras, chicos, no quiero que me veáis como a una víctima del engaño porque yo lo intuía, pero me daba igual. Era un bloque de hielo, yo no podía estar enferma y detestaba que me mirasen con lástima. Me porté fatal con vuestro padre, no le permitía acercarse a mí... —solloza—. En fin, que aquello ya pasó, ambos hicimos las cosas mal, pero nos hemos perdonado de corazón y hemos empezado una nueva etapa.

—Me alegro mucho —dice Carol.

—Carol, hija, yo lo he vivido, vosotros sabéis que quiero mucho a vuestro padre y, sin embargo, le aparté de mí en mi enfermedad, y a vosotros, no quería afrontar que estaba enferma y solo me apetecía estar sola. Así lo viví, puede que mal, muy mal, pero fue mi forma de afrontarlo. Te digo esto porque sé que a Alan le ha pasado igual que a mí, y eso no significa que no te quiera...

—Mamá... —Levanta la mano Carol.

—Él solo le ha pedido tiempo, espacio, en ningún momento le ha dicho que no la quiera, mamá —habla Alberto—. De hecho, la quiere desde que éramos jóvenes. Se preocupaba por ella, todo lo que no hacía yo, porque puestos a ser sinceros, yo fui el peor hermano mayor de la

historia. Roa la protegía en el colegio, se peleaba con Lola por todas las burradas que organizaba contra ella y se apartó después de su muerte para que nadie la culpase a ella, eso lo sé yo, porque él me lo dijo cuando se fue a estudiar fuera, Carol —se dirige ahora a su hermana—, que se iba porque no podía evitar quererte y sabía que no era vuestro momento.

—¡Qué majo ha sido siempre ese chico! —expresa Encarni—. Me acuerdo una vez que liaste en la cocina la de dios y él se echó las culpas.

Carol sonríe.

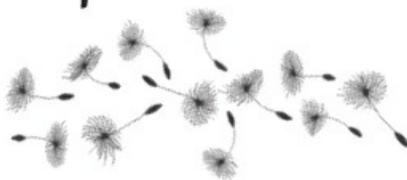
—Y Carol —continúa Alberto—, por eso me separé aún más de ti, no pude evitar guardarte rencor por alejarme de mi amigo.

—De tu hermano, siempre dices que Roa es como tu hermano —apostilla Carol.

—Por tu culpa él se iba y te aislé aún más de mí. Tenía dieciocho años, pero la edad mental de doce. Te pido perdón por haber sido el peor hermano del mundo —le dice avergonzado—. Tú no tenías la culpa.

Carol asiente y se levanta para abrazar a Alberto, después a su padre y más tarde a su madre, con la que ya no puede aguantar más y acaba llorando.

Capítulo 32. Vómitos



Carol entra y tira de su maleta que regresa mucho más pesada de lo que partió, pero no ha podido evitar comprar adornos de navideños y más esta Navidad que se estima diferente y muy especial. Si todo va bien podrá acoger a Val la segunda quincena de diciembre.

Deja la *trolley* en la entrada, luego la sacará o se lo pedirá a Patricia, una empleada del hogar que lleva dos meses con ella, a días sueltos y está encantada de la vida. Porque Carol adora el orden y no tenía tiempo para recoger. Ha vuelto a viajar y al programa de radio. Por lo menos de momento, cuando Val viva con ella viajará lo imprescindible, aunque sus padres se han ofrecido a cuidarla cada vez que lo necesite.

Ya se conocen y fue amor a primera vista. Sobre todo, le sorprendió su padre, vino todo el camino de regreso elaborando planes para hacer con ella. Es pensarlo y Carol se echa a llorar porque él nunca suele mostrar sus emociones, pero desde que ha cambiado de vida se ha convertido en un flan. Va a ser muy emocionante, sabe que también muy duro, pero está deseando tenerla en casa. ¿Por qué? ¿Por qué ha decidido adoptar a esa niña? Porque vio en sus ojos lo mismo que en los suyos hace años, miedo, tristeza e inseguridad, y supo que ella podría ayudarla, que las casualidades no existen y que Valiente se cruzó en su vida para permanecer en ella.

Los exámenes psicosociales para valorar la asiduidad fueron un poco duros, casi lo peor, le surgieron millones de dudas, pero pronto le dijeron que habían ido bien y se relajó. Y por su parte, Val mostró clara aceptación y voluntad de vivir con ella, aunque con solo cinco años, la niña se expresó muy bien. Ya habla con normalidad y con todos.

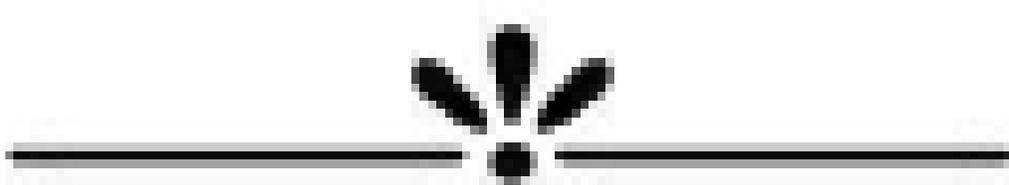
Fue su cumpleaños el 30 de noviembre, le concedieron el día y Carol fue acompañada de Ani y sus amigos para prepararle una fiesta. Diego también fue. Él ha regresado a su vida y no sabe muy bien en calidad de qué, pero ahí está. La fiesta fue preciosa y Bea, haciendo reales sus palabras, le regaló de todo. La niña no paraba de reír, y se dejó mimar por todos. Es que es tan dulce y especial que es imposible no quererla nada más verla.

Diego... hubo una noche que durmieron juntos, se pasaron con las copas de vino y Diego ya no podía conducir en esas condiciones y entre risas se acostaron. Carol cree recordar que sí se besaron, pero no lo sabe a ciencia cierta. El caso es que después de ese día, se ven dos o tres veces a la semana y cada vez se hablan más de cerca, muy cerca. A veces ella tiene el impulso de besarle, pero algo la frena... y ese algo tiene nombre y apellidos.

Por Alberto sabe que va mucho mejor. Su hermano, de forma sibilina, se las apaña para darle la información y Carol asiente, pero no le responde. Aunque menos, continúa muy enfadada con él. Ya no le echa de menos, por lo menos constantemente, al regresar a su rutina y andar tan liada con la adopción de Val, durante los días apenas ni le mienta, pero por las noches, o en los viajes, no lo puede evitar. Lo bueno es que sabe que puede estar muy bien sin él y que cuando Val viva con ella le va a olvidar por completo.

Porque lo que sí que sabe es que no le quiere cerca. Alguien que la rechaza después de todo lo que hizo por él, no se merece su cariño. Por mucho que Alberto diga que... que diga lo que quiera. No y no. Y claro que duele, por eso lloraba tanto el primer mes, porque sabía que ella no iba a ser capaz de perdonarle nunca y su vida en común se había dinamitado casi antes de empezar.

Le suena un mensaje. Es Diego. Esta tarde vendrá a ayudarle a montar la habitación de Val que es de Ikea.



Carol apaga la luz y la vuelve a encender. Ha quedado preciosa. Han tardado dos días en montar la cama, la librería, el escritorio y un tipi con una alfombra de pelo que sabe que nada más verlo Val va a adorar. Se imagina contándole cuentos allí, cree que va a ser su rincón favorito.

Baja las escaleras y se encuentra con Diego sentado en el suelo, frente a la mesa pequeña, con una copa de vino y otra para ella, y un montón de sushi. Carol se sienta a su lado y apoya la cabeza en su hombro.

—No puedo para de mirar la habitación.

—Normal, ha quedado genial.

—De pensarlo se me ponen unos nervios en la tripa...

—Eso se pasa con vino, bebe —bromea él. Carol le mira, ya se le ha olvidado cómo era el Diego adolescente, el adulto es aún más guapo. Se pregunta si le gusta, lo hace constantemente y no sabe muy bien qué responder. Físicamente es muy atractivo y es un tío muy interesante. Le hace caso y bebe—. ¿Por qué me miras así?

—Por nada... estás siendo tan bueno conmigo.

—No digas eso, soy tu amigo, te dije que vine para quedarme y estoy feliz de que me hayas dejado. Cada día que paso contigo me doy cuenta de que hice mal apartándote de mi vida, contigo todo habría sido más sencillo, pero no se puede echar para atrás.

—Algo les pasa a los hombres de mi vida para que me aparten cuando están mal —usa el sarcasmo.

—¿Fui un hombre de tu vida? —le pregunta él acercándose peligrosamente a ella.

Carol le mira.

—Sabes que fuiste mi primer amor.

—Ya... tú el mío también. Y podrías volver a serlo.

Aunque lo oculta, el cuerpo de Carol se ha estremecido por dentro. Es la primera vez que Diego le dice algo así.

—Diego, yo estoy un poco...

—Lo sé —le pone un dedo en los labios—, no quiero presionarte, pero quiero que sepas que estoy disponible para ti, en el momento que quieras, y en la forma que quieras.

—¿No estás con nadie, Diego?

—No.

—Pero dime que no es por mí, porque no sé si voy a ser capaz de olvidarle.

—Claro que es por ti, pero que eso no te meta presión, Carol. Quiero que si estás conmigo le hayas olvidado a él por completo, por lo menos si hablamos de relación. —Carol nota su voz picante y cómo el aire de la habitación se está contagiando de tensión.

—¿Y de que hablamos si no? —intenta sonreír.

Diego se acerca mucho a ella, casi rozando los labios.

—¿De sexo?

—Uhhmm —exhala Carol—. Pensaba que me ibas a decir de montar muebles.

La verdad es que nada le apetece más que un buen revolcón, porque así tan rápido como suceden las tormentas, el clima en el salón está cargado de hormonas y en estos casos Carol es de mecha corta, no suele dudar mucho. Estos dos días la tensión sexual los ha sobrevolado continuamente, tenían que estar muy cerca para sujetar los tablones de madera y sin querer se rozaban o Diego levantaba la cabeza en los momentos menos inesperados y le clavaba sus ojos y a ella se le retorció el estómago. Nunca imaginó que montar muebles fuera tan excitante. Pero ¿podrían separarlo? Son adultos, pero es que ella cree que no.

Diego pega suavemente sus carnosos labios a los suyos y la besa mientras ella permanece quieta, expectante, valorando las sensaciones. El deseo despierta en esas células que creía dormidas en su cuerpo y se lo ve viajando a su torrente sanguíneo para fagocitar cualquier signo interrogante que se cruce por el camino.

—Tú y yo nos merecemos una noche... nunca la tuvimos —dice con voz hipnótica.

Carol sonríe, se le está deshaciendo el cuerpo.

—Era una cría.

—Eras preciosa, me tenías loquito, pero ahora más.

—Tú sí que has mejorado con la edad —le dice Carol y por primera vez es ella la que le da un suave beso en los carnosos labios de él y le gusta la sensación.

—Pues no sé físicamente, pero sexualmente ya te digo yo que sí. —Diego le pone la mano en la nuca y la atrae a centímetros de su boca con rudeza.

—No me gustan los fanfarrones.

—Ni los poetas, me acuerdo de todo...

Carol sonríe, a lo que él aprovecha para salvar la distancia y morderle el labio. Va a explotar de ganas, por lo que se escucha diciendo:

—¿Una noche y mañana lo olvidamos?

—Bueno, yo estoy seguro de que me lo llevaré a la tumba —Carol se ríe—, pero si te refieres a que no cambiará nada y que seguiremos siendo colegas, vale, acepto la moción.

Como cuando a uno a dieta le ponen una caja de croissants recién hechos. y en la decisión de si comer o no solo se le presentan los pensamientos positivos y el hambre que tiene, a Carol le sucede igual: está estresada, cansada y necesitada de darse una alegría, quiere dejarse querer, acariciar y perderse en las sensaciones de un orgasmo. ¿Por qué hay que pensarlo todo tanto? No le debe a nadie explicaciones, ¿no? Y sin más se sube a horcajadas sobre las piernas de Diego y se quita la camiseta.

Él echa la cabeza para atrás sorprendido, pero con las manos en su trasero la aprisiona contra él.

—Esto es un sí como un camión ¿no? —pregunta animado y sin esperar respuesta le dice— : Me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo.

Carol vuelve a reírse y jugando a besarle le dice:

—Como amigos, no quiero líos...

—Como tu mejor amigo te digo que me encantan tus nuevas tetas, me va a costar mirarte a la cara.

—No son nuevas. —Se ríe ella.

—Para mí sí... benditos años. Te han sentado de escándalo —le dice él antes de asaltar su boca y esta vez sí que Carol le deja entrar con todo el calor que ello conlleva.

—¿Lo dices solo por mi pecho? —le muerde ella el labio.

—De momento sí, pero estoy deseando tenerte desnuda para mí para añadir mejoras a la lista de Carol.

Carol le golpea a la vez que se ríe. La diversión siempre frena a la timidez y ellos dos siempre se divirtieron mucho. Diego la bloquea sujetándole las manos con fuerza por detrás de su espalda, asunto que, aunque sigue en el contexto del juego y de la broma, a ella le excita mucho. Y él lo percibe. Se acerca a su rostro, sin rozarla, la huele y jadea, la mira y le esconde besos que no llegan, le susurra que va a saborear cada centímetro de su piel. Sus respiraciones se aceleran por el deseo y sus facciones mutan a las de dos leones hambrientos.

Uno y otro se buscan y sus bocas se atrapan de nuevo. Diego besa como ella recordaba, con sus labios carnosos estremeciéndola entera y con ímpetu. Es como volver a tu refugio de verano, aquel que recuerdas con más cariño de tu pasado.

De forma intempestiva, por las ganas retenidas hace años, se van deshaciendo de la ropa entre prisas y lametones. No se han movido del sitio, permanecen entre la mesa y el sillón, Carol ya medio desnuda, solo le queda la braguita, él tiene bajado el pantalón y el bóxer a media pierna. Ella le coge el miembro mirándole a los ojos, ardiente, le informa de que está sana y que toma anticonceptivos y cuando él le promete que también, no se lo piensa más y apartando a un lado la braguita le introduce dentro de ella.

La sensación es indescriptible, Diego dentro de ella, cubriéndola entera, los dos gimen a la vez, está claro que lo de hoy es puro sexo, pero también que venía cargado de ganas y todo apunta a que la espera ha merecido la pena.

Dos horas después, cuando Carol estalla en otro orgasmo abrasador tras Diego y el cuerpo se le relaja tanto que siente que se va a dormir, le suena el teléfono. Ni lo mira.

Los dos se ríen por lo oportuno del asunto.

Pero quien sea insiste y Carol estira un brazo para cogerlo del sillón. El nombre que ve en la pantalla le hace tirar el teléfono al suelo del impacto.

Diego, que la observa, lo coge y lo lee él también.

—No me jodas... —refunfuña.

A Carol se le ha cortado el cuerpo. Se levanta y se cubre con la manta del sillón mientras que el teléfono suena y suena.

—Cógelo, Carol —enuncia Diego.

—No...

El teléfono se calla e instantes después suena un mensaje. Carol le insta a Diego a que lo lea.

—Pone que le llames en cuanto puedas, que es urgente.

Carol toma aire fuerte y se sienta en el sillón cubierta con la manta mientras que observa cómo Diego se viste y reniega por lo oportuno del asunto.

Cuando el corazón late a un ritmo más normal, le llama:

—¡Carol! —le escucha y cierra los ojos porque ahora lo que acaba de hacer con Diego no le parece tan de amigos...

—Dime, ¿pasa algo?

—¡Tu hermano, Carol!

—¿Qué le pasa a mi hermano?

—No sé cómo ha llegado a mi casa, pero está fatal, borracho como una cuba, vomitando como un aspersor y cada vez más y más dormido. Yo que sé, nunca le había visto así, y no iba a llamar a tus padres. Yo no tengo suficientes fuerzas para llevarle a la ducha y que se le pase la melopea.

—Vale, voy, mándame tu dirección.

—Perfecto.

—Vale.

—Gracias, Carol, y lamento si he interrumpido algo.

—No, tranquilo...

Carol cuelga y mira a Diego, que la espera vestido de cintura para arriba.

—Mi hermano, que está borracho en casa de Roa y quiere que vaya a ayudarle, que él solo no puede.

—¿Quieres que vaya yo?

—¿Cómo? No, no, no hace falta —responde aún confusa.

Diego se acerca a ella, se pone de rodillas en el borde del sillón y la toma por la cintura para acercarle a él y apoyar su frente en la suya.

—Chsss, tranquila, no te rayes...

—¿Qué hemos hecho?

—¿Te lo tengo que explicar?

Carol niega con la cabeza.

—Hemos tenido un sexo increíble, Carol, pero es algo que solo nos incumbe a nosotros. ¿A ti te ha gustado tanto como a mí?

Carol le da un toquecito en la frente, por lo típico de la pregunta, pero afirma:

—Ha estado genial, lo necesitaba.

—Pues ya está, sin más, ha sido la hostia, aunque el final se me ha atragantado un poco —bromea—. Eres mucho mejor de lo que me imaginaba...

Carol arruga la nariz.

—¿Qué imaginabas?

—Que eras más modosita —le dice guiñándole un ojo y con duda en la voz.

Carol se vuelve a carcajear. Diego es total.

—Eres un payaso de libro —le dice mientras se levanta del sillón.

—Carol, entre tú y yo, ¿ok?, nos lo merecíamos.

—Que sí. Punto y pelota.

—Pero si algún día necesitas que alguien te monte otro mueble, mi teléfono el primero, por favor...

Carol se ríe por la escalera. Al entrar en el baño de su habitación se mira al espejo y piensa que se lo ha pasado en grande. Se da una ducha rápida y se viste con lo primero que pillá.

Cuando baja Diego ha recogido el salón y está completamente vestido. Al llegar a su altura e ir hacia el mueble de las llaves él la coge de la mano y la obliga a darse la vuelta:

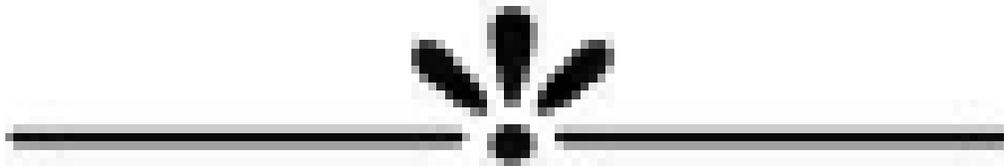
—Sé muy bien lo que sientes por Roa, y si decidieras volver con él te prometo que yo no seré un estorbo, y menos por esto.

—Gracias, Diego, pero no está en mis planes volver con él.

—De cualquier forma, si me lo pides me apartaré.

Ella le mira y asiente.

- Venga, vámonos, que te llevo con tu coche y yo luego cojo un taxi.
—¿Seguiremos siendo amigos, Diego?
—Seguiremos siendo amigos, te lo prometo.



Llama al timbre después de unos segundos de recomposición en los que el corazón le latía desbordado, pidiéndole a golpe de soborno mortal que no llamase.

La puerta se abre y ahí está. Roa, en silla de ruedas, con el pelo más largo, como lo tenía cuando le reencontró, con esos rizos abiertos, los que un día pudo acariciar y acariciar... Es lo primero que le llama la atención, su pelo, y lo más sencillo de mirar por impersonal, pero respira y se atreve a descender a los ojos, tan negros como los recordaba, y a esas pequeñas ojeras que aún le hacen ser más guapo. Sin meditarlo más, busca su sonrisa y es perfecta.

Le tiembla todo, hasta duda de si podrá andar sin caerse.

—Adelante, Carol —le dice mientras mueve las ruedas de su silla para abrirle paso.

Carol realiza una ráfaga de respiraciones profundas para detener a la adrenalina y accede a su casa despacio.

Se queda atónita, ¿esto existe de verdad? Pensaba que era solo en series. Roa vive en un espacio totalmente abierto, con unos ventanales que cubren por entero la pared del fondo y por los que entra mucha luz y además las vistas son increíbles. La decoración es muy industrial con toques de madera. La cocina está en el medio del espacio, con una isla enorme y taburetes de cuero. Y a un lado de la cocina, pero con cierta distancia y separado por unas vigas de madera de techo a suelo en forma de biombo, está una cama queen con armarios y escritorio, y al otro lado un espacio fabuloso que hace de salón, donde en el sillón encuentra a su hermano dormido como un oso hibernando y todo su alrededor lleno de vómito. Se lleva una mano a la boca para detener la arcada de imaginarse cómo puede oler cuando se acerque.

—Ahí lo tienes...

Carol resopla y adelantando a Roa para no tener que mirarle, le dice:

—Mucho mejor que no hayas llamado a mis padres, pero esto no te lo perdono en la vida.

Roa se ríe. Lo oye a su espalda.

—Lo digo en serio... ¿No tenías el teléfono de Bea? —Sin darse cuenta, Carol se gira y le mira por error. Cuando sus ojos se cruzan con los suyos, el volcán de su estómago vuelve a rugir y le obliga a retirar la mirada. No puede sostenérsela.

—Sí lo tengo —responde Alan—, pero es que creo que está así por ella. No me ha parecido lo propio, es que de lo poco que me ha dicho tu hermano, y que yo he logrado entender, la ha pillado en la cama con otro.

—¡La madre que la parió! —exclama y camina hacia su hermano cubriéndose la nariz y volviendo a dar la espalda a Roa—. Voy a ver al muerto... ¡Alberto! ¿Me oyes?

Después de varios zarandeos, su hermano da muestras de vida refunfuñando que le deje en paz, pero como Carol quiere irse de allí cuánto antes, no es nada delicada y le sacude con más

fuerza diciéndole en voz alta que se despierte.

—Uhmhhh, déjame de una puta vez.

—Alberto, soy Carol, hueles a mofeta vomitada y me muero de asco, o te vas a la ducha ya o traigo a Bea inmediatamente para que te vea con estas pintas, ¿pero tú eres tonto?

—¡Que me dejes!

Después de varios improperios, onomatopeyas varias y arcadas espantadizas, Carol le limpia con una toalla mojada que le facilita Roa y Alberto se despierta lo justo para colaborar. Ella le levanta, apoyándole en su hombro y paso a paso llegan al baño, que menos mal que es enorme y caben los tres.

Alberto se sienta en el suelo de la ducha y aunque Carol ha conseguido retirarle la camiseta, el pantalón no, y ahora no sabe cómo hacerlo y tampoco es que le apetezca en demasía ver desnudo a su hermano.

Carol se da la vuelta y mira a Roa en señal de S.O.S. Él sonríe y ella vuelve la cabeza para poder centrarse.

—No le podemos dejar así, con el pantalón —dice Alan.

—Pues no lo tenemos fácil, está sentado y pesa un quintal. Además que...

—No quieres desnudar a tu hermano, ¿no? —lo escucha con sorna—. Venga, tú vuelve a ponerle de pie y yo le bajo los pantalones y le ducho. ¿Vale?

Carol acepta y entre los dos logran el objetivo y Carol sale en espantada cuando Roa abre el grifo. Para de contar, desde que se metió en el baño empezó a contar para relajarse y ya iba por el quinientos. Se sienta en un taburete de la isla a esperar, mientras contempla el pedazo loft que tiene el amigo y le hace fotos para enseñárselas a la petarda de su amiga Bea.

Minutos después, Roa la llama para que le ayude a llevar a su hermano, algo más templado, a la cama y este se deja hacer.

—¿Qué haces aquí, Carolina? —le pregunta con los ojos casi cerrados. A Carol le sorprende que se haya dado cuenta de que es ella; escucha la risita de Roa porque sabe que a ella le molesta que la llame así.

—Preocuparme por ti. ¿A qué viene esta borrachera?

—Tu amiga...

—¿Bea?

—La he pillado calzándose a otro...

—¿Y por eso te emborrachas? Sabes que Bea es así, te lo advertí.

—Pero eso no quita que joda, pensaba que teníamos algo especial... —dice medio dormido.

—Bienvenido al país de las desilusiones —le responde a sabiendas de que Roa la oye.

Carol le cubre con una manta que hay a los pies del sillón y después, sin necesidad de hablar, entre Roa y ella limpian el estropicio de vómitos que hay por toda la casa en un silencio muy desagradable.

Cuando termina y se lava las manos en la cocina, Carol busca con la mirada su bolso y se dirige hacia allá para marchar, pero le escucha:

—¿Ya te vas?

Carol, que ya ha llegado al bolso, busca las llaves de su coche y después le responde:

—¿Hay algo más que limpiar? —pregunta con voz seca.

—No, no, está todo bien —le escucha tímido.

—¿Quieres que me lo lleve? ¿No tienes más camas? —habla mientras se dirige a la puerta.

—No, no es eso, me las apañaré.

—Pues, entonces, adiós. —Carol coge el pomo de la puerta.

—Carol, no...

Ella no oye nada más porque cierra de un portazo y baja las escaleras de dos en dos hasta llegar al portal. Abre el portón, respira el aire de la calle porque en el loft de Roa el ambiente era asfixiante y de pronto recuerda que sacó su móvil del bolso para hacerle fotitos a Bea y no se acuerda de haberlo vuelto a meter.

¡Maldita sea su estampa! Se ha dejado el teléfono en su casa. Baraja todas las opciones, pero lo necesita y al final impera la lógica y sube de nuevo. Cuando llama al timbre está igual de nerviosa o más que antes. Roa tarda en abrir y ella toca la puerta de nuevo.

—¡Un momento! —le escucha y poco después vuelve a tenerle delante.

—Me he dejado el móvil en tu cocina. ¿Me lo das?

Roa la mira, en su semblante Carol aprecia la decepción, ella es una experta descifrando su estado de ánimo y ahora sí que le ha mirado de frente.

—Pasa.

—No, mejor espero aquí.

Roa señala con sus ojos la silla de ruedas y le dice:

—Tardaremos menos si lo coges tú.

—¡Joder! —farfulla ella haciéndose un hueco entre la puerta y él, caminando rauda hacia la isla donde encuentra su teléfono. Escucha la puerta cerrarse. Cuando se da la vuelta se topa con Roa a tres metros de ella, bloqueándole el paso a la salida.

—¿Es necesaria tanta hostilidad, Carol? —le pregunta él.

Ella se muerde los labios hacia dentro y como respuesta solo levanta los hombros y busca la luz que entra por los miradores, porque le ha mirado de soslayo y su cuerpo entero se ha revolucionado, así que mejor tener los ojos quietecitos.

—¿Tanto me odias?

Carol sigue sin responder, mirando a las ventanas de la casa y deseando salir de ahí.

—Yo no quería esto, Carol...

—Me importa una mierda —susurra cargada de rencor.

—¿No vas ni a mirarme, ni a preguntarme qué tal estoy? —Su voz suena profunda, como siempre, pero envuelta en pena.

Carol resopla. Si supiera que cada vez que sus ojos se aposentan en su cuerpo se levanta una guerra entre el rencor y los buenos recuerdos que despoblaría su sentido común y se pondría a gritar como una loca, sin filtros, él la dejaría partir.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Dos desconocidos? Ni siquiera me has podido mirar a la cara y sin embargo yo no puedo dejar de hacerlo.

—No somos desconocidos —responde ella—. Me gustaría irme, Alan, por favor —le ruega ella, encogida, porque siente que está a punto de echarse a llorar de escucharle a él tan desmoralizado. A kilómetros de distancia ella puede separarse de sus emociones, pero con él tan cerca es incapaz de no impregnarse de ellas y su abatimiento se le contagia. No hace tanto se las prometían felices... y ahora ella juega a ser una extraña.

—Sé que estás a punto de tener a Val contigo y me alegro tanto por ti... y por ella.

—Gracias —responde, ahora buscando al suelo, se ha deslumbrado de tanto contemplar la luz de la ventana.

—¿Podré verla alguna vez?

Carol levanta la cabeza por el impacto y le mira.

—¿A Valiente? ¿Quieres ver a Val?

Él afirma.

—No, no —titubea—, no lo sé.

—¿Por qué?

—Sería raro... pero, lo pienso. ¿Me puedo ir ya?

—Carol, por favor —por primera vez le escucha algo desesperado—. Soy yo, mírame, ¡joder!

—¿Qué pesado eres! ¡Ahora sí que quieres que te mire! —Opta por dejarse llevar por la rabia, es mucho más sencillo—. ¡Ahora sí! ¿Y qué se supone que tengo que hacer yo? ¿Acatar tus deseos? ¡Vete a la mierda, hombre!

—Yo solo te pedí tiempo, Carol, ¡por Dios! ¿Tan difícil es de entender? —le dice en un tono algo más efusivo de lo habitual, pero sin llegar a gritar—. ¿Te crees que no me destrozó esa decisión? ¿Que no te eché de menos a cada jodido minuto? ¿Qué no me peleé conmigo mismo para llamarte y pedirte que volvieras todos los días?

—¿Y? Pues muy bien, siento que lo hayas pasado tan mal por una mierda de decisión que tú —remarca el tú— tomaste. Yo he estado de rositas, de fiesta en fiesta.

—Ahórrate los cinismos —le reprocha él.

—Me ahorraré lo que me dé la gana, ¡faltaba más!, ¿o quieres la verdad? ¿Quieres? —le reta—. Que lloré, que no comí, que no podía dormir, ¿te hace feliz eso? Porque me hiciste polvo y te lo dije, te lo avisé, que yo también tenía mi pasado y abriste una herida que todavía sangraba. Pues aquí tienes, esta es la verdad. Pero resulta que tienen razón y que de todo se sale y estoy mejor, mucho mejor, gracias, en parte, a mi trabajo, y a mi familia, mis amigos, a la distancia y a mi nuevo proyecto de vida con Val.

—Me alegra oír que estás mejor... y puedes mencionarle, sé que estás con Diego, no tienes por qué ocultarlo.

—Yo no estoy con él. —Entonces recuerda lo que acaba de pasar hace unas horas y corrige—. Bueno, o sí, ¿quién sabe?

—No te lo reprocho, Carol, de verdad que no... yo sabía a lo que me exponía si te alejaba de mí, pero no podía permitir que me vieras así.

—¿Así cómo?

—Como un perdedor.

—¿Un perdedor? ¿Una persona que ha tenido un accidente? ¿En serio?

—Así me comportaba, Carol. Esto me vino muy grande, volví a tocar el lodo, estaba en el fango y sé que si hubieras continuado conmigo jamás olvidarías esa imagen de mí. Al verte con Diego me volví un poco loco, luego lo supe, pero no me arrepiento por la decisión. Ese chico tiene el don de la oportunidad, siempre se te aparece cuando yo te fallo. —Roa se calla y dice—: Y sé que te fallé, pero prefiero que me tengas por un cobarde, que por un ser despreciable.

Esto le impacta.

—No te tengo por ninguna de las dos. Solo pretendo olvidarte y verte no me hace bien, espero que lo entiendas —le dice ahora con voz suave, atreviéndose a mirar, si no a sus ojos, a su boca.

—¿Pero por qué tienes que olvidarme? Solo te pedí un tiempo... —dice esto último con voz queda.

—No te entiendo, de verdad... —Sube a sus ojos.

Roa mueve las manos para hacer rodar las ruedas y se acerca a ella. Cuando está a su altura, le acaricia la mano sin dejar de mirarla y le pide que vayan al sillón. Carol se siente perdida con tantas emociones opuestas, su rabia ya ha salido y con ella se ha quitado varios kilos de encima y puede hasta llegar a distinguir otros sentimientos que por nada del mundo piensa mostrar, pero ya no puede irse sin escuchar lo que tantas veces imaginó en sus sueños y le pide a su contención que esté atenta y sea firme. Estar con Roa a solas le atonta los sentidos.

Carol toma asiento en el sillón que no está mojado por la limpieza y se le queda la boca abierta al ver cómo Roa se pone en pie y da dos pasos hasta sentarse a su lado.

—Así mejor, a la misma altura —le sonrío orgulloso.

—¡Pero estás muy bien! ¡Puedes andar! —le dice emocionada.

—Bueno, andar... —resopla sonriente—, he dado dos pasos.

—Eso es un mundo, hace unos meses ni te lo planteabas.

—Lo sé, lo sé, estoy muy contento y trabajando mucho. Soy yo de nuevo... me había perdido. He vuelto a hacer fotos, estoy preparando una exposición, espero que puedas venir. Con lo de la rodilla también me pasó, yo quería jugar al fútbol y de pronto casi ni podía andar. Me peleé con todos: con mi madre, mis tíos, con los médicos, con los rehabilitadores... Cuando estoy mal la pago con los que me rodean. Y lo de la caída...

—Ya.

—Carol, pensaba más en ti que en mí, en que no me vieras despotricando cuando yo lo único que quería era despotricar, porque así he funcionado cuando me han sucedido cosas tan heavies.

—¿Siempre?

—No, solo con lo de la rodilla y ahora. He tenido muchos más disgustos en mi vida y no me comporto como un necio, pero cuando me siento inútil o incapacitado lo llevo así de mal. Tengo esa tara. No me gusta generar lástima, o que me miren con pena, que todo el mundo quiera ayudarme...

Carol mira al suelo. Puede entenderle, por primera vez. Aunque también puede que sea tarde. Roa, como si le leyera la mente, se acerca a su oído y con voz ronca y susurrante le dice:

—No me apartes de tu vida, pequeña...

Carol oye el apodo con el que él solía llamarla y la concha que envolvía su corazón se empieza a resquebrajar.

—Roa, yo...

—No te pido que vuelvas conmigo ya, ya mismo, sé que estás rehaciendo tu vida y si lo que quieres es a Diego pues lo sobrellevaré como buenamente pueda. Yo solo te estoy pidiendo que no me descartes a la primera. He sido un idiota de una magnitud...

—No se trata de Diego, se trata de mí —le dice sincera—. Puedo perdonarte, pero he perdido la confianza en ti, en que otro día se te cruce el cable y vuelvas a mandarme a la mierda o a pedirme tiempo, como tú dices. ¿Lo entiendes? Diego me hizo lo mismo hace años, cuando le detuvieron, no me dejó acercarme a él...

—¿Pero a él sí le has perdonado?

—Han pasado cien años, Alan.

—¿Tienen que pasar cien años para que me perdones a mí?

—Como te digo, no se trata de perdón, es de confianza.

—¿Y en él sí confías?

Carol se piensa la respuesta y la obtiene tan clara que corre por todo su ser como agua de manantial.

—No pierdo lo mismo con él que contigo, se trata de eso. Y ahora tengo que estar bien, centrada y feliz, esa niña se lo merece. La voy a traer a una nueva ciudad, todo va a ser diferente para ella, qué menos que la persona que ha prometido cuidarla se entregue en cuerpo y alma a ella.

—Te entiendo. —Sonríe y se vuelve a acercar a ella. Carol no mueve un músculo. Cuando siente que él le besa el nacimiento del pelo y cada una de sus células se derriten y gritan «¡Roa ha vuelto! ¡Roa ha vuelto!», se escucha sollozar y él la abraza con fuerza—. Déjame ayudarte, de

la forma que sea, pero déjame estar en vuestras vidas. Déjame volver a ti.

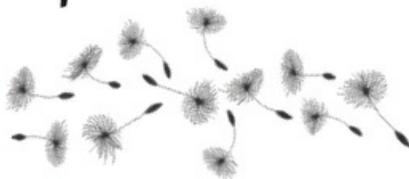
Solo Dios sabe el esfuerzo que Carol hace por separarse, levantarse del sillón, recoger sus cosas y abrir la puerta.

—Te prometo que lo intentaré, pero ahora soy yo la que necesita tiempo, Alan.

—Lo sé...

—Me ha gustado verte —le dice antes de cerrar.

Capítulo 33. ¡Perdona!



Es miércoles. La semana se le está haciendo larga, desde que sabe que su acogimiento está al caer mira continuamente el móvil y no se puede concentrar del todo bien ni en el trabajo ni en nada. Nunca su característica principal fue la paciencia y con los años esos defectos se acentúan, en vez de encoger como la vertebras.

Carol entra en la oficina, mira al despacho de Bea y por fin la ve. Su amiga estaba de viaje y no han podido hablar. Tampoco ella quería afrontar una conversación que no le concierne del todo, porque lo que se traiga con su hermano es problema suyo, pero es cierto que lo vio bastante desecho y algún consejo igual sí le puede dar para que no se hagan daño mutuamente. A estas alturas de su vida sabe que si te metes donde no te llaman solo puedes conseguir que te saquen a palos. Su hermano y Bea son mayorcitos para jugar y si se caen de la cama es problema suyo, ella no piensa tomar partido por nadie.

Bastante tiene ella con cargar con su cesta de vacilaciones en la espalda. Roa. Diego. Diego. Roa. Se acostó con Diego, fue un revolcón, un gran revolcón, uno que en otros tiempos habría ascendido al pódium, pero después del verano vivido con Alan no hay comparación. Y lo sabe. Se lo dijo al añorado.

¿Y qué es mejor? ¿Compartir tu vida con alguien que te gusta mucho, que te hace reír, con quien el sexo puede llegar a ser muy bueno, que te hace sentir bien y que no te pide más, o arriesgarte con otro con el que todo se convierte en extremo, cada sentimiento, cada caricia, cada beso, que cuando estás bien tocas el cielo, pero cuando caes, y ella ha caído, vas al infierno directa y por eso mismo puedes perder tu identidad, para lograr que funcione la relación y estar siempre en la cumbre de la montaña?

Sabe que está siendo injusta. Cualquiera diría que describe una relación tóxica, y no lo fue, limitar a eso su relación con Roa es totalmente desproporcionado, además de falso. Se entendían muy bien, él no era un depredador, como suelen ser esos tipos que buscan anularte y que te enganches como una yonki a los momentos en los que se desviven por ti. Él era estable, no temía expresar sus sentimientos y nunca la hizo sentir mal, hasta que tuvo el accidente. Ha de reconocer que ahora, después de hablar con él, le entiende en parte, pero lo ha pasado tan mal que no puede olvidarlo. El tiempo, a veces, hace que comprendas lo que antes de ayer se te atragantaba, como un paciente maestro de escuela que espera a que estés preparado para explicarte la lección.

Por lo que ha decidido afiliarse a esa causa y darse un tiempo.

Con los dos. Ni Poncho, ni Moncho.

Su cómplice, el tiempo, volverá a colocar cada sentir en su camino y ella sabrá qué dirección tomar. O eso cree. O eso espera. O eso quiere.

Es más bien un deseo, un delegar tu vida al reloj y soñar con que él tomará por ti las decisiones, a sabiendas que hay un 0,1 por ciento de posibilidades de que el asunto se resuelva como niebla mañanera.

Necesita hablarlo con Bea, que ella es muy de triángulos amorosos y algo le podrá aconsejar. Entra al despacho y su amiga levanta la cabeza y la mira un poco tímida.

—¿Qué tal estás? Te veo buena cara.

—Estoy mejor, ¿y tú? ¿Has descansado poco en el viaje? Tienes ojeras —se lo dice con cariño, a nadie le sienta bien que le digan que tiene mala cara.

Bea se toca un poco la cara mientras Carol toma asiento a su lado y acerca su silla para abrazar a su amiga de lado y que apoye la cabeza en su hombro. Bea se deja hacer.

—¿Qué te pasa, loquita? —le dice—. Conmigo no tienes por qué fingir, si quieres mandar al pesado de mi hermano a la mierda, no te cortes.

Bea resopla y por primera vez Carol cree que su amiga va a echarse a llorar por un hombre:

—No me lo menciones, anda, qué menudos días llevo.

—¿Y eso? —pregunta.

—¡Aysss, Carol! Que creo que por primera vez me arrepiento de haber tenido sexo con alguien.

—¿Con Alberto?

—No, con el piloto con el que me pilló...

—¿Te fue mal con ese tío? ¿No te habías acostado más veces con él? A mí me suenan tus historias con tu piloto filipino. ¿O es otro?

—No, es el mismo, pero... es que fue horrible. Lo reconozco. Me porté como una gilipollas. Tu hermano me cabreó porque no quiso venir a mi casa la noche anterior porque había quedado con una tal Sofía.

—¡Sofía! Es su amiga de toda la vida, pero si la has visto alguna vez.

—Ya, que ya, pero que me puse celosa, y me dio tanta rabia que llamé al piloto y pasó lo que pasó...

—¿Y te arrepientes? —gira su silla Carol para mirar a su amiga a los ojos.

—Un poco, es que me jode decir esto, pero echo de menos a Alberto. Es que es muy divertido estar con él, Carol, con él me siento yo misma, no tengo que disfrazarme de nada, y eso me gusta y a la vez asusta mucho.

—¿Y tú crees que él no está asustado también?

—Yo creo que él me odia, se le ha ido el susto de golpe.

—No creo... estaba fatal el otro día cuando fui a casa de Roa. Alberto siente algo por ti.

—¡Ahhh! ¡Qué estúpida soy! —chilla Bea logrando que todos sus compañeros miren al despacho—, ¿qué tal con Roa? ¿Volvió a surgir la chispa? ¿Vamos de boda?

—Va a ser que no, partiendo de la base de que me acababa de acostar con Diego, pues tú me dirás.

La boca de su amiga se abre de par en par y sus ojos brillan por el fulgor de un buen cotilleo. Carol sabe que no va a poder escapar de ahí sin contarle muchos detalles y se dispone a la faena. Cuando termina y espera que su amiga le sorprenda con una de sus locas reflexiones, escucha:

—Carol, llegados a este punto, hay algo que creo que debes saber —lo dice con tono preocupado.

Carol se asusta por el cambio de aire en el despacho cuando el ambiente debería ser mucho más festivo.

—Tengo que contarte algo que no sé cómo te vas a tomar, y que no te esperas, pero quiero que cuentes con todos los datos para que sepas qué camino escoger.

—Me estás poniendo muy nerviosa...

—Espera, voy a mandar un mensaje y ahora te lo cuento, por lo menos mi parte.

Bea desbloquea su teléfono y manda un audio delante de Carol.

—¡Hey, Diego! ¿Qué pasa, colega? Te informo que como mi amiga me ha contado los últimos acontecimientos y veo que tú no le has dicho nada se lo voy a decir yo. Así que más te vale mover tu precioso culo para nuestra agencia si crees que tienes algo que explicar. Chao.

Los ojos de Carol no pestañean mirando a su amiga. Bea suelta el teléfono y se acaricia la frente como si tuviera dolor de cabeza.

—¿Me explicas de qué va esto?

—¡Ay, Carol! ¡Voy! A ver, pues resulta que yo, bueno que Diego, bueno, no...

—¡Me va a dar algo! ¿Te has acostado con Diego?

—¡Nooooo! —grita su amiga, logrando de nuevo toda la atención de la oficina—. ¡Pero si te acabo de decir que mi vagina solo quiere jugar con tu hermano!

—¡Por dios, qué bruta eres! —Carol se levanta y cierra la puerta—. ¿Entonces?

—No te enfades conmigo, por la parte que a mí me toca, lo hice por tu bien, porque me pareció que estabas bloqueada en el pasado, que necesitabas vivir algo así, me pareció divertido...

—¿El qué?

—Tu viaje.

—¿Qué viaje?

—¡Pues cuál va a ser! Tu viaje en autocaravana.

—¿Y qué pasa con ese viaje?

—Pues que no fue fortuito.

Carol toma asiento.

—¿Ah, no? Pero, ¿a qué te refieres?

—A todo, que fue planeado...

—¿Sabías que iba a hacerlo con Roa? —le pregunta estupefacta.

—Sip. Era el plan.

—¿Qué plan? ¿Qué plan? —se altera Carol

—Por favor, te acabas de parecer a Paquita Salas con el mail, «¿Qué mail? ¿Qué mail?».

Carol no está para bromas por mucho que le guste Paquita.

—¿Me lo explicas?

—Pues el que te reencontraras con Roa.

—Pero, ¿por qué?

—Porque siempre he sabido que estás loca por él y quería que os dierais una oportunidad.

—¡Anda! ¡Mira, qué bien! No pensaba yo que eras una casamentera. ¿Y Roa lo sabía?

—No, él tampoco.

—¿Él tampoco? Pero, ¿podríamos habernos visto el día de antes cuando fuimos a la cafetería?

—Imposible, ya me encargué yo de aquello, la canela en tu té, un mensaje a él de que habíamos cambiado la hora... Un plan perfecto para que no pudieras dar marcha atrás.

—Me estoy quedando muerta.

—Normal.

—¿Y tú qué sacabas con esto?

—Verte feliz.

—¿Ah, sí? ¿Me ves feliz ahora?

—Ahora no, pero te vi, mucho más feliz que nunca, cuando me hablabas de él, no lo olvides.

—Has jugado con mi vida, Bea y me has mentido a la cara varias veces.

—Ya, pero lo hice por tu bien. Estabas anquilosada en una vida estéril. Nos tenías

preocupados a Ricardo y a mí.

—¡Ah, pues vuestro plan me ha sentado fenomenal, muchas gracias! ¡Estoy súper feliz!

—No fue Ricardo, él no sabía nada. Y ya, lo sé... pero es que se ha complicado todo tanto. El accidente de Roa lo ha jodido todo, pero reconoce que antes de eso eras la mejor versión de Carol de tu vida.

—Me ha durado poco la felicidad.

—Te pido perdón, de verdad, si crees que lo hice con maldad, pero no es así. Te quiero mucho y creo que lo sabes, siempre he estado contigo, desde pequeña y te conozco.

—Y yo te quiero a ti, pero esta vez te has pasado.

—Reconoce que al principio tocaste el cielo —le guiña un ojo.

Carol junta su pulgar y su dedo índice y sonríe. Sabe que Bea lo hizo por su bien.

—No puedo aguantarme más esta mentirijilla. Quiero que si tomas una decisión lo hagas con todos los datos. Sabes cómo soy, Carol, me pareció divertido que te encontraras con Roa e hicieras un viaje con él. Siempre le has mirado diferente y él a ti. Oye, ¡pero esto no se me ocurrió a mí! Yo solo fui la ayudante. Obvio.

—¡Hombre, no me lo digas! ¿Te convenció Alberto? ¡Pues no me daba la lata con que le diera una oportunidad!

—¿Alberto? No... no, tu hermano tampoco sabía nada.

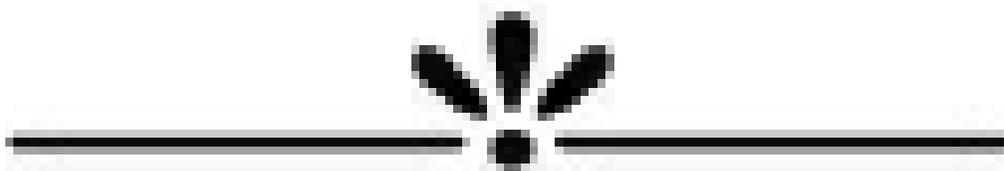
—¿Y entonces? —Carol hubiera apostado una mano que el plan había nacido en la mente de su hermano, entonces se acuerda de la llamada que ha hecho Bea antes y se le paraliza el cuerpo —. ¿Por qué has llamado a Diego?

Bea la mira y pone morritos lastimeros antes de contestarla:

—Porque fue él el que contactó conmigo para encargarme este viaje contigo y con Roa.

—¡¿Cómooo?!

De vueltas, la vida, te deja noqueado.



Bea les deja intimidad en el despacho, pero Carol prefiere salir de allí y que le dé el aire. La cara que ha puesto Diego cuando Bea le ha confirmado que ya se lo había contado, ha sido de escena de Crepúsculo por la palidez de los vampiros de la saga. Si a eso le sumas que la última vez que se vieron estaban desnudos, la comodidad brilla por su ausencia.

Fue morbo, Carol le ha puesto nombre. También tensión acumulada por pasar el fin de semana juntos montando la habitación y caricia por aquí, caricia por allá, que te pido que te apartes apoyando las manos en la cadera, ¡juy! que te has manchado espera que te lo quito... Y no se arrepiente. Eso nunca. Pero eso no exime el retraimiento inicial característico de la mañana después, que esta vez ha sido tres días, todavía peor, más timidez acumulada.

Aun así, el shock por saber que fue Diego quien planeó su viaje con Roa, impera sobre cualquier otra cosa. Necesita entender, por eso nada más pisar la calle, Carol dispara:

—Diego, últimamente me han sorprendido muchas cosas, te lo juro. ¡Vamos a ver, que hablo

con una niña que está muerta y yo la veo más fresca que a una lechuga!

—Sí, eso es muy fuerte —vacila Diego.

—Pues casi peor es esto tuyo, o me lo explicas o te juro que no hay por donde cogerlo. ¿Por qué nos querías tú a Roa y a mí juntos? ¿Cómo lo has hecho, además?

—Trabajo para el gobierno, soy consejero del ministerio de turismo. Negociarlo fue sencillo.

—Muy bien —gesticula con la cabeza—, pues ya tenemos una duda resuelta. ¿Las demás?

—¿Qué tal el otro día con él?

—Estaba preguntando yo, Diego, no seas trilero.

—Es por suavizar, pareces una agente del KGB.

—Si yo fuera rusa te ibas a enterar tú de lo que vale un peine... O hablas o me voy y no me vuelves a ver el pelo.

—Vale, pero solo dime qué tal con él, no he vuelto a saber de ti —le pregunta Diego.

—Pues a principio mal, pero luego hablamos un poco y como que quise entender, pero es duro verle —se sincera Carol.

—Ya...

—¿Contento?

—No mucho, hubiera preferido que me dijeras que fatal, que no le quieres volver a ver.

—Eso hubiese sido fácil, no haberme juntado con él.

—¿Y quedarme con la duda?

—¿Qué duda?

—De que lo prefieras a él.

—¡Pero si no lo he visto en millones de años! No te entiendo, Diego, de verdad. —Carol rezuma hartazgo.

Diego la coge de la mano y se sientan en el banco de un parque. Eso le hace recordar cuando eran más niños, la primera vez que se besaron. Han pasado tantos años...

—Carol, yo he tenido relaciones.

—¡Y yo! No esperaba otra cosa.

—Lo sé, te he seguido la pista todos estos años.

—¿Cómo?

—Tengo amigos, redes sociales, gente que me hablaba de ti... Sabía que no tenías pareja y no podía entender el por qué. Aunque éramos pequeños, me calaste muy hondo. No he sido capaz de olvidarte en todo este tiempo.

—¿Sabes por qué? Porque nunca tuvimos una despedida, y cuando las historias se quedan abiertas, se enquistan y no se olvidan jamás. Culpa tuya —le reprocha.

Diego la mira, le gusta cuando Carol expone su carácter y sonrío.

—*Mea culpa*, pues. Tuve una relación un poco más seria y ¿sabes qué pasó? Que se fue con su amor de la infancia. No la culpé, de hecho, la entendí, tú te me habías grabado a fuego, te me aparecías en los momentos más inesperados, te comparaba, pensaba que tú harías esto, o esto otro...

—Un poquito psicótico, ¿no?

—O romántico, como lo quieras ver. Yo seguía con mi vida, no te creas, era como un anhelo, sin más. El caso es que vine a vivir a Madrid, y los recuerdos y los ensueños se dispararon en tropel. Ni te imaginas la de veces que estuve tentado a llamarte, pero no todos los repasos de nuestro pasado juntos eran perfectos, algo me frenaba.

—¿El qué? Me habría encantado saber de ti.

—Él, él me frenaba.

—¿Roa?

—Te prometo que no soy una persona celosa, nunca lo he sido, pero lo que no soy es ciego.

—¿Ciego? Pero si yo hacía años que no veía a Roa...

—¿Y? Los mismos que yo no te veía a ti y mira cómo estaba. Siempre habéis tenido algo especial, se veía de lejos, no era yo el único que lo pensaba. Aunque él fuera mayor que tú te buscaba, yo lo sabía, él me pidió que te protegiera en el cole y cuando le vi junto a ti un día en tu piscina supe por qué, estaba loco por ti y tú, tú babeabas.

—Puede, porque guapo era un rato —bromea Carol—, pero reconoce que un poco celoso sí que eres.

—Contigo, sí, quizás. No te lo niego, pero tengo mis razones, ¿o no? ¿Cuánto tiempo tardasteis en liaros en la autocaravana?

Carol no se lo oculta.

—Muy poco.

—¿Ves?

—No, ¿qué veo? Dos adultos, solos, en un espacio reducido, tampoco hemos inventado el telégrafo.

—¿Me quieres venir a negar que sientes algo único por Roa?

—No —responde rotunda—. Estoy enamorada de él, Diego, mucho, muchísimo, como jamás lo había estado. Pero antes del viaje no. Tú lo has provocado y quiero saber por qué.

—Estaba oculto, Carol. Lo tenías sitiado, pero yo no podría haber vivido tranquilo sabiendo que él podía cruzarse en nuestro camino. Si sabes leer entrelineas, aquello que te he dicho de que tuve una relación más seria con alguien y que se fue con su novio del pasado me dejó hecho mierda, no fue un bache tonto... No podía volverme a pasar. Quería intentarlo contigo, pero siempre y cuando supiese que él estaba fuera de tu vida de verdad. Me lo prometí hace mucho tiempo.

—¿El qué?

—Me prometí que nunca habrá un tú y yo si antes no lo intentabas con él. Alguien me lo hizo ver.

—¿Alguien te hizo ver eso? ¿Quién?

—Quien menos te imaginas, pero no es trascendente. Lo importante es que, si yo volvía a por ti, Roa debía estar descartado y me estaba cansado de esperar, así que lo forcé.

—Ok, lo entiendo, pero un poquito pretencioso, ¿no? Porque presuponías que iba a estar contigo si regresabas.

—No, no lo presuponía, pero si lo intentaba, antes tenía que saber que él estaba olvidado por completo. Igual te parece infantil, cada uno tenemos nuestros miedos. Yo no podía dejar de lado cómo te abrazaba el día del teatro...

—Pues yo eso lo tenía arrinconado. Al traérmelo a mi vida ya nunca lo va a estar.

—Lo sé. Y es lo que necesitaba comprobar. Porque así sé a qué me atengo contigo y cómo encaro mi vida a partir de ahora.

—¿Y qué has sacado en claro de momento?

—Que nunca voy a ser él, Carol... y que quiero estar en tu vida, pero no lo voy a apostar todo.

—¿Por qué?

—Porque más tarde o más temprano volverás con él y saldría escaldado.

—¿Y por eso dijiste pues voy a juntarlos en una autocaravana para que se enrollen y yo pueda continuar con mi vida cuando ni siquiera lo he intentado? —Diego pretende interrumpirla—. No, ahora me toca hablar a mí, ya te he escuchado demasiadas chorradas seguidas. ¡Estoy harta! ¡Roa

y yo no somos Los Sims, Diego! Mi vida no es un videojuego. Siempre me gustó Roa, lo admito, pero también tú, te quise mucho, tú eras real, Roa una quimera. Con tu viajecito, Roa se hizo innegable y ahora tú te has quedado en un segundo plano por idiota, porque antes apenas me acordaba de él.

—Más tarde o más temprano os ibais a encontrar.

—¿Y si no?

—Es el mejor amigo de tu hermano, Carol, ¿en qué mundo vives?

—Estás equivocado, yo le echaba la culpa de todo, no le hubiera ni mirado a la cara. Por su dejadez, por no frenar a Lola con sus chorradas, tú estabas en un reformatorio y ella muerta.

—Eso no es así.

—Ahora lo sé, pero todo este tiempo me pareció la solución más sencilla, mi cabeza de turco particular. No toleraba ni que mencionasen su nombre.

—Carol, no podía quedarme con la duda.

—Has sido un cobarde, Diego. Si tú hubieses llegado antes quizás... no lo sé, pero ya está claro que vas a tener que continuar con tu vida sin mí, románticamente hablando —le dice algo tímida.

Diego la sonrío.

—Lo sé. Lo vuestro es... Algún día me agradecerás que fuese el organizador de vuestro inicio.

—Sí, en una barbacoa, tú con tu mujer y tus niños correteando y yo con los míos y los de Roa —usa el sarcasmo como respuesta.

—Aunque no lo creas, esto me ha hecho bien, porque sé que tengo que buscar un nuevo horizonte y olvidarme de ti y de mí para siempre.

—¿Y el sexo del otro día? Si lo tenías tan claro...

—Sexo, Carol. Como si me dices que nos vayamos ahora mismo a tu casa, es diferente. Yo puedo separarlo, contigo lo quería todo, eso solo es una parte del pastel.

—Yo creo que me has idealizado con los años —le dice sincera.

—Pues yo no, incluso te diría que te había infravalorado, eres mucho más bonita de cerca, Roa es un tío con suerte.

Diego la abraza muy fuerte y Carol a él.

—No me voy a volver a acostar contigo, Diego —le susurra—, así que sube las manos de mi culo.

Él se carcajea y Carol le empuja. Poco después se levantan del banco y caminan por el parque.

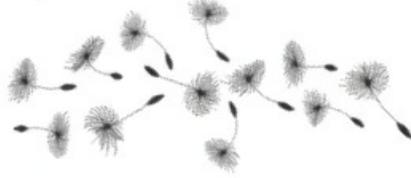
—Pero estuvo bien, ¿eh? —le guiña un ojo Diego.

—Normalito —bromea Carol.

—Jajajaja —se carcajea él—. ¿Se lo vas a contar a Roa?

—Roa... ¿qué hago con Roa?

Capítulo 34. Nostradamus



Carol se mete en el coche y nada más entrar rompe en llanto. Alberto, obligado por su padre, la ha llevado al reformatorio donde está Diego. Carol ha insistido tanto que su padre le ha dado permiso. Su madre no sabe nada, pondría el grito en el cielo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta algo incómodo. No tiene mucha relación con su hermana últimamente y es un poco torpe para animar a las mujeres.

—No quiere verme...

—Eso ya lo sabías, ¿no?

—Pero he venido hasta aquí, podía haberlo valorado —se queja—. Yo solo quería despedirme, solo eso.

—Pues mal que haces, que le den por culo.

—¡No digas eso! —se gira Carol enfadada.

—¿Y qué quieres que diga? Ese chico está mal de la cabeza y lo quiero lejos de ti. Te he traído porque papá ha insistido en que no quería que vinieras sola, pero si es por mí, que se pudra.

—¿Que se pudra? ¿Así de fácil? ¿Y lo dices tú? Lo que pasó fue un accidente, él salió a protegerme.

—Bonita forma de proteger tiene el *menda lerenda*...

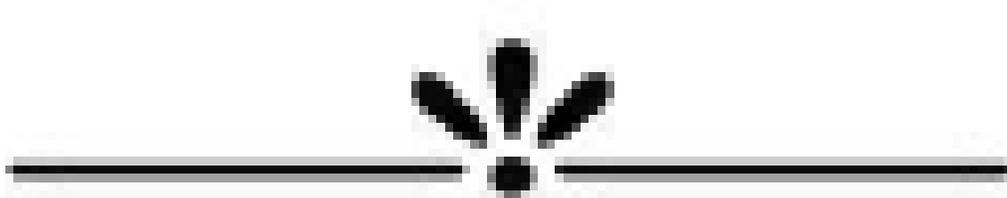
—¡Qué te calles! —le grita—. Tú no eres nadie para hablar de él, deberías lavarte la boca cada vez que lo hagas, porque ¿sabes qué? Él hizo lo que tú deberías haber hecho, ¡eres mi hermano mayor! ¡Me dejaron desnuda frente a todo el mundo y a ti te dio igual!

—¡No me dio igual!

—¿No? Pues yo no te vi por ahí. Mira, que no sé qué hago contigo, ¡qué te den!

Carol se baja del coche ofuscada, y a pesar de que Alberto le ruega que se monte, ella le ignora y sale corriendo.

Alberto se lleva las manos al pelo. Se va a liar una buena cuando llegue a casa sin su hermana.



Un funcionario regresa a su cuarto para decirle que tiene otra visita y que esta vez no es una chica. A Diego le puede la curiosidad y acepta. Excepto sus padres, nadie más viene a verle, pero

el funcionario le ha dicho que es un chico joven y que se le ha olvidado el nombre. Diego realmente piensa que no ha hecho ni el esfuerzo de recordarlo porque nunca acepta más visitas. Le hubiera encantado ver a Carol, pero se lo tiene totalmente prohibido, ella debe olvidarse de él y continuar con su vida, se lo explicó el día del juicio.

No está tan mal como pensaba, hace mucha terapia y el orientador es mucho mejor de lo que esperaba. Tiene algunos compañeros majos y los fines de semana les ponen películas. Eso sí, los días son tan monótonos que mientras camina por el pasillo se entretiene intentando adivinar quién ha venido. Cuando se abre la puerta y se encuentra a ese chico, cae en la cuenta de que no lo habría acertado ni en un millón de años.

—Hola —le dice tímido.

—Hola, Diego. Te veo bien.

Diego, con signos claros de confusión, toma asiento frente al inesperado visitante.

—¿Qué haces aquí?

—Yo tampoco lo sé muy bien, digamos que estaba de paso...

Diego le mira. Lo nota algo cambiado. Ha pasado más de un año desde que no lo ve. Está más fuerte, debe estar a tope con los entrenamientos. Él también entrena mucho en el gimnasio.

—Pues tú dirás, creo que hay planes mucho mejores en esta ciudad que venir a verme a mí.

—He traído a Carol —se sincera.

—¡Ahh!

—¿Por qué no quieres ver a mi hermana? Ella solo necesita despedirse de ti —le pregunta directo.

—Prefiero que no me vea aquí, que tenga otro recuerdo de mí.

—¡Venga, ya! ¿Es por orgullo?

—No, o sí, no lo sé. Tampoco creo que tengamos que despedirnos.

—¿Ah, no? ¿Cuando salgas vas a buscarla?

—No, cuando salga de aquí me iré de España. Pero ya le dije lo que necesitaba decirle el día del juicio. Quiero que haga su vida y se olvide de mí. Yo no soy bueno para ella.

Alberto sonrío y Diego lo percibe.

—Ya veo que te gusta lo que digo.

—Sí, aunque no por lo que crees. Te portaste muy bien con ella, yo eso no te lo quito, pero, siento si esto te molesta, quiero para mi hermana a alguien mejor.

—No me molesta, yo soy un asesino para muchos.

—Yo no he dicho eso, pero sí que asesinaste a una amiga mía.

—Lo sé, no se me va de la cabeza, aunque también creo que has de escoger mejor a tus amigos, porque era canelita en rama. Me iré de España, mis padres ya lo han organizado, estate tranquilo.

—Es lo mejor, así todos podremos rehacer nuestra vida. Esto nos ha salpicado a muchos, no solo a vosotros. Yo he perdido a dos amigos por el camino.

—¿A quién más aparte de Lola?

—A Roa, se ha ido a estudiar fuera.

—Pero, ¿y qué tiene que ver eso con lo que pasó?

—Mucho más de lo que crees. Él siente algo por mi hermana.

—No hace falta que me lo jures, los he visto juntos. Ella también por él.

—Dice que si está aquí al final no podrá evitar acercarse a ella y entonces todos hablarán, «Lola tenía razón, bla, bla, bla»...

—Es probable.

—Diego, tú ya has tenido una oportunidad con mi hermana y la has cagado, sé que no tengo derecho a pedirte esto, pero me gustaría que les dejaras tener una oportunidad a ellos.

Diego le mira como si quisiera entenderlo, pero no lo hace.

—Mira, sé que mi hermana se enamoró de ti y tú de ella, pero Roa, ella y él, joder —resopla —, me gustaría que tuvieran alguna oportunidad, dentro de un tiempo, cuando sea...

—Pues que la tengan, ¿yo que quieres que haga?

—Quiero que me prometas que si algún día regresas, habrás esperado el tiempo suficiente.

—¿Y por qué piensas que voy a regresar a por ella?

Alberto le mira.

—Porque lo que has hecho, lo que estás haciendo... sé que la quieres más de lo que dices. Se te va a quedar grabada y querrás saber de ella.

—¿Eres Nostradamus acaso?

—Puede... Prométeme que les vas a permitir tener una oportunidad.

—Y si lo hago, ¿qué gano?

—Yo te iré contando todo lo que quieras saber de ella.

Diego se lo piensa.

—Vale, les dejaré vía libre.

—Gracias, Diego.

—Ella ha sido muy importante para mí y yo también sé que no la voy a olvidar. Tienes razón. Tu hermana es muy bonita, siempre la llevaré conmigo. Espero que lo que me cuentes sea bueno y que sea feliz, pero si algún día veo que no lo es, regresaré.

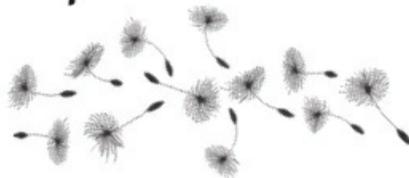
—Y yo te ayudaré, te lo prometo.

—Eres mejor hermano de lo que ella cree.

—No, soy lo peor, pero ya era hora de que hiciera algo por ella.

Los dos se sonríen y se chocan las manos en señal de aceptación.

Capítulo 35. ¿Y Alan?



No se puede creer que ya esté con ella. La espera pareció eterna y ahora ya, ya pasó, todo llega. Como en la canción de *La oreja de Van Gogh*: qué lentas pasan las horas, qué rápido pasan los años. Le angustiaba tanto la presencia de la pequeña Valiente en un sitio tan frío como el internado, que los días se hacían meses.

Nunca olvidará el momento.

Val bajando por la escalera con una auxiliar ayudándole con la maleta y sus ojitos nerviosos puestos en ella. Se la veía dubitativa, tímida, algo cortada, portando un peluche de un reno pequeñito. Es chiquitilla, pero muy intuitiva, y cuando alguien pasa por tantas cosas, crece antes de tiempo y aprende a otorgarle el grado de importancia suficiente a los cambios de tal magnitud.

Carol no pudo esperar y la cogió en volandas.

«*Te vienes conmigo, te vienes conmigo*», le dijo y la niña la apretó tanto y tan fuerte que sintió todo su agradecimiento, sus nervios y su adoración por ella.

En los estudios psicológicos decían que la niña la adoraba y que resultaba muy curioso, con los problemas claros de confianza que sufría Valiente, que se hubiera abierto a alguien que conocía de tan poco. Pero la ciencia abarca lo que abarca y de sentimientos no entiende.

Ahora se ha quedado dormida en el coche abrazada a Botellita, su reno mágico del que hace tiempo le habló. Carol le acaricia el pelo mientras la mira. Todos los de su entorno le han preguntado en algún momento si tenía dudas, y que era totalmente lícito tenerlas, pero no, miedo sí, pero dudas, ninguna. Val le ha robado el corazón y eso te pasa muy pocas veces en la vida. Nadie le ha cuestionado que se enamorase de Roa, pero sí de una niña huérfana con problemas de seguridad como tuvo ella.

En este viaje ha aprendido que el amor viene sin avisar y que lo único que tú puedes hacer es cerrarle la puerta o abrírsele y sentirlo a pleno pulmón, con sus miedos y sus malos ratos, pero con otros magníficos.

Cree que el amor por Val va a crecer, todavía apenas se conocen, pero el hecho de poder darle a esa niña una vida mejor de la que le tocaba al quedarse huérfana, le confiere ese matiz tan especial. Solo espera que funcione, no quiere más experimentos para ella. Carol es alguien comprometido y si decide algo va a por todas, en este caso lo ha demostrado y sabe que se va a dejar la piel en el intento.

Y no está sola.

Sus padres y Amanda la han acompañado en el viaje. Los futuros abuelos, si todo va bien, no se querían perder el momento y a Amanda la necesitaba por si algún tema burocrático lo estropeaba todo.

Esa niña va a tener una nueva familia: los abuelos, Alberto, Bea, Ricardo, Diego...

Carol intuye que le han preparado una fiesta, si de algo conoce a Ricardo y a Bea estos no van a quedarse esperando en casa. Sabe que Alberto, en un amago de ser festivalero, ha comprado una guirnalda que pone bienvenida, pero no conoce a sus amigos...

—Carol... —escucha a Val.

—Dime, mi niña, ya queda poco para llegar.

—Vale, pero te quería preguntar una cosa —la nota azorada.

—Dime, pequeña.

—¿Y Alan?

—¿Qué, qué pasa con Alan? —se trastabilla Carol.

—¿Ya no quiere saber nada de mí? Era muy bueno.

—¡No, no es eso! Por supuesto que sabe de ti, es que él y yo... —Carol se frena, ignora hasta dónde hay que contarle a una niña sobre las rupturas—, estamos un poco enfadados, aunque ya casi se nos ha pasado. Me pregunta mucho por ti.

Val sonrío.

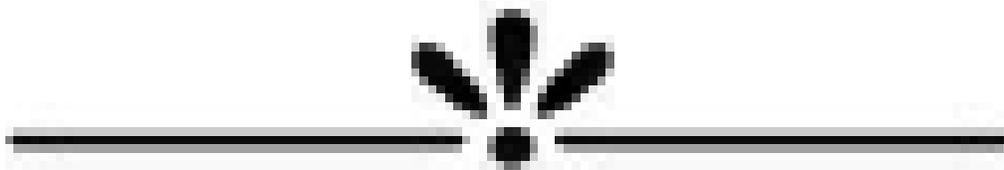
—¿De verdad?

Se le ha iluminado la cara. ¿Otra enamorada de Roa?

—Sí, te lo prometo. Pronto le verás, le llamo un día de estos. Tenemos muchas cosas que hacer...

Val suspira y vuelve a cerrar los ojitos. Carol también, no lleva ni tres horas y ya casi se queda bloqueada, le queda un largo camino por recorrer.

Amanda, que ha escuchado la conversación, toma su móvil.



Y ahí está. Fiestón por todo lo alto, con niños incluidos. Ricardo ha traído a sus sobrinos y Bea a su sobrina Vera, que es de la edad de Val, y la chispa ha saltado entre las dos niñas, sin separarse ni un momento en toda la tarde.

Han venido dos compañeros suyos de la agencia que tienen hijos y, por si fuera poco, han contratado a un payaso mago que está haciendo las delicias de los peques y de los mayores. Es muy gracioso y el chaval lo está dando todo. Tanto que a Ricardo se le cae la baba. La verdad sea dicha, el payaso está para entrenar ejercicios aeróbicos y lo que no son aeróbicos, pero en horizontal. Y como los gais tienen un radar, Ricardo ya lo ha etiquetado como su posible futura conquista navideña.

El ambiente es muy divertido, sus amigos han sacado todos los muebles que no son necesarios para poder tener más hueco y como el salón cocina es grande hay espacio para todos. Carol nunca había visto su casa tan llena y, aunque nunca pensó que lo diría, le gusta.

Carol mira a Val y, aunque algo tímida, parece verla contenta y relajada. Todavía no le ha enseñado la habitación, quiere hacerlo cuando todos se vayan y ya se queden ellas solas. Es algo que se ha imaginado muchas veces y quiere vivir ese momento únicamente con ella y guardarlo en su cajita de recuerdos.

Diego, que va vestido de traje y le sienta muy bien, se coloca a su lado en la barra de la cocina y se detiene a contemplarla con esa mirada pícaro típica en él. Carol no dice nada.

—Te va a ir muy bien, Carol, ya lo verás.

Ella cruza los dedos sin dejar de mirar a los niños.

—Mira —le indica señalándole a Bea y Alberto, que se han alejado de grupo y hablan acaramelados en el pasillo—. Parece que algunos están haciendo las paces. Tenías que haber puesto un muérdago.

Carol se anima al verlos. La sonrisa de su hermano es tan sincera que no puede ocultar que está loco por Bea, y ella, a ella nunca la había visto mirar así a alguien. Nunca se lo habría imaginado, pero hasta podría apostar por una relación entre ellos. ¿Quién se lo iba a decir? De giros que da la vida hasta marea.

Suena el timbre de la puerta.

Carol, con una mirada fastidiada, reclama a Ricardo que ya no son horas de más visitas. Su amigo levanta las manos en señal de inocencia; antes le ha prometido que ya no había más sorpresas y que a las ocho iban a estar recogiendo. Y ya son las ocho y media.

Carol se levanta y se dirige a la puerta. La abre.

De primeras, su pupila tarda en mandar la señal a su nervio óptico para que la envíe a su cerebro y descifre lo que está viendo, porque se ha quedado enganchada a los ojos del nuevo invitado. Unos ojos que la miran casi a su altura.

De segundas, cuando ya su cerebro le pone nombre y advierte la cuestión de que la mirada de él está por encima de la suya, una estampida de alegría que bombea el corazón le recorre el cuerpo.

De terceras... le está abrazando. Él a ella no. No puede, lleva muletas, pero le escucha decir:

—De todos los recibimientos que me había imaginado, éste gana con creces.

—Estás de pie —le dice ella emocionada hasta la médula.

—Por lo menos de momento, pero si me sigues abrazando así, creo que me voy al suelo.

Carol se separa rápido, avergonzada.

—Perdona...

—No, perdóname tú a mí, si por mi fuera te pegaría a mí, pero apenas puedo con mi peso, de momento —le guiña un ojo—. ¿He llegado muy tarde?

Carol sonríe.

—¿Cómo? ¿Quién te ha dicho que...?

—Un pajarito, ¿quieres que entre? —le pregunta él con miedo.

—¡Claro, pasa! —le abre la puerta.

—No sabes cuánto te lo agradezco, esto que ves es un espejismo, me quedan dos minutos de pie, estoy al límite de mis fuerzas —le dice mientras camina poco a poco con ayuda de las muletas.

Al verle entrar todos los adultos de la fiesta se acercan a él para saludarle y darle la enhorabuena por su recuperación. Un Alberto emocionado, le acerca un taburete y Roa se sienta con evidentes muestras de cansancio, pero sonriente, dando unos golpecitos en el hombro a su amigo. Los padres de Carol le saludan muy contentos y Bea, que es más efusiva, le abraza. Amanda y, sobre todo Carlos, revelan claro entusiasmo al verle tan bien y Ani, que no podía faltar a la fiesta de bienvenida de Val, le abraza también muy animada. Es que, aunque algunos le conocen poco, Roa desprende un carisma achuchable, por muy guapo que sea no intimida, como suele suceder con la gente top.

Y Roa, agradecido por tanta muestra efusiva, habla con todos, pero cada cinco segundos la mira a ella que se ha alejado con la excusa de recoger un poco la cocina para poder respirar y tomar consciencia.

Le encuentra algo nervioso. Su cuello se gira constantemente, como si fuera un tic, para poder

verla. Y Carol solo sonríe, y eso no es poco. Ver a Roa por primera vez en su casa es más bonito de lo que pensaba. Le pega... Carol tiene una manía con la decoración, cuando pone cualquier cosa nueva y siente que parecía que estaba all  de siempre, entonces es que le encaja y se lo queda, pero si sobresale mucho o cada vez que lo mira se cuestiona su idoneidad, al final lo acaba devolviendo. Pues bien, Roa, se ajusta a la perfección en su hogar, como si hubiese estado all  desde el inicio. Es ridículo comparar a Roa con un mueble o un cojín, lo sabe, pero es lo que le est  pasando ahora mismo por su mente, no siempre las comparaciones son las más acertadas y no por ello menos significativas.

Roa vuelve a mirarla desde la distancia y ella le sostiene el  rdago. Cuando se quiere dar cuenta, los dos se sonríen como si no hubiera nadie más cotille ndolos. Algo en su cuerpo se recompone y suelta un lastre que la estaba oxidando por dentro. Algo en su interior hace clic, ensamblando las piezas de su corazón que tenía desperdigadas por el mediastino. Algo mágico le sana las cicatrices para que termine de doler y transforma el escozor en ganas.

Alberto le trae una cerveza y le abraza. Salta a la vista que esos dos son más que amigos, son como hermanos, y que Alberto le idolatra. Su hermano puede ser un capullo y un despegado con ella, pero con Roa jams lo ha sido y Carol entiende lo mucho que también ha sufrido Alberto por el accidente de su amigo.

Los niños se ríen por algo que ha hecho el mago y aplauden. Carol mira a Val, ella no se ha dado cuenta aún de la nueva visita. Suspira, la niña se va a poner muy contenta, tanto o más que ella. En la terraza, aunque debe hacer frío, distingue a Diego de espaldas fumando. Se imagina que al ver a Roa ha querido desaparecer un rato y si pudiese saltar la pared se iría sin más. Como si tuviese un radar, él se gira para verla, sube los hombros en señal resignada y Carol le entiende. Entre ellos ya est  todo hablado. Quiere a Diego, pero no se puede quedar con un amor terrenal cuando puedes tocar el cielo. Alberto sale a la terraza y le pide un cigarro a su amigo. Carol los contempla, Alberto y Diego no suelen hablar mucho, pero ella cree que su hermano habrá salido para animarle. Al final su hermano tiene más empatía de lo que ella creía.

Los peques vuelven a aplaudir. El mago ha terminado. Carol se acerca a Val y a su nueva amiga Vera y les pregunta si les has gustado. Las dos niñas afirman entusiasmadas. Entonces Carol se agacha para ponerse a la altura de Val y le dice al oído:

—Mira quién ha venido.

Val se levanta al vuelo cuando vislumbra a Roa y corre hacia él. Carol se queda paralizada porque no imaginaba tanta efusividad. Alan, desde su taburete, la eleva y la abraza muy fuerte.

Una lágrima recorre la mejilla de Carol.

Esa niña no solo tuvo química con ella. Lo había olvidado. A Val no le sobra gente y por su tozudez le había apartado de ella. Ahora entiende que Roa tiene que estar en la vida de Val. Así lo quiso Noa cuando les ayudó a que él saliese del coma. Suceda lo que suceda con ellos, Carol se dice a si misma que har  todo lo posible porque Roa participe en la vida de esa pequeña, en la forma que sea.

Poco a poco la fiesta se dispersa y todos van despidiéndose. Amanda y Carlos se marchan porque la bebé est  pidiendo paseo en su sillita antes de dormir. Los nuevos abuelos abandonan también la fiesta para irse a cenar con unos amigos. A Bea y Alberto nadie los ha visto irse, pero el caso es que ya no están. Sus compañeros de trabajo y Ani tampoco. Solo quedan cuatro.

Val ya no se ha vuelto a despegar de Roa y a Carol le cuesta dios y ayuda convencerla para irse a duchar, pero al final lo consigue con la promesa de que Alan le va a contar el cuento, aunque tenga que subir la escalera. Diego, que estaba recogiendo con Ricardo —pero este último se ha evaporado nada más salir el mago—, le dice que le ayudar  a subir.

Val rodea con fuerza a Carol al ver su nueva habitación y lo primero que hace es meterse en el tipi y abrazarse a un cojín en forma de corazón muy suave.

Mientras Carol, muy feliz, intenta convencer a Val de que se tiene que duchar, en la planta de abajo se escucha una conversación:

—Hola, Diego

—Hola, Roa. Te veo muy bien. Me alegro mucho. Sé que las cosas te van yendo mejor, ya pronto sin muletas...

—¡Ojalá! —Le sonrío—. Estoy trabajando duro y va surtiendo efecto.

—Pues claro.

Se hace un silencio entre los dos. Roa lo interrumpe:

—Diego, gracias por todo, eres muy buen tío.

—No sé por qué me das las gracias, pero de nada. —Le guiña un ojo—. Tú también eres muy buen tío, aunque, bah, nada... espero que te vaya muy bien.

—Parece una despedida, nos podemos ver más veces.

Diego le mira y le responde:

—Nop. Tampoco vamos a forzar, ¿no? Pero, en serio, te deseo que te mejores pronto —repite Diego

—Lo sé.

—Aunque te odio un poco.

—Al final lo has dicho. —Se ríe Roa—. ¿Por qué me odias? A mí siempre me has parecido muy buen tío, Diego. Somos primos.

El aludido sube los hombros y responde:

—Tú me dirás.

—En serio, me gustaría entenderte.

—Pues solo tienes que abrir los ojos y no volverla a cagar como hice yo.

—Tomaré nota.

—Eso espero, porque esa mujer vale mucho la pena y la has jodido a lo grande.

—Ya... no sé si me estás queriendo decir algo.

—Es posible.

—Me da la sensación de que me estás queriendo decir que te apartas.

Diego le mira algo serio y resopla.

—No me queda otra, no me gusta perder, y esto es una batalla perdida desde hace muchos años.

—Lo siento.

—¿Por qué? Tú ganas.

—Pero sé lo que es perderla y no se lo deseo a nadie.

Diego sonrío de medio lado.

—Eres un cabrón con suerte —bufa—, pero la suerte no dura para siempre, Roa, más te vale que te des prisa.

—Estoy en ello.

—¿Te ayudo a subir? —le pregunta Diego.

Roa le mira y niega con la cabeza.

—Yo me apaño, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Sí, tampoco te voy a torturar llevándome hasta ella.

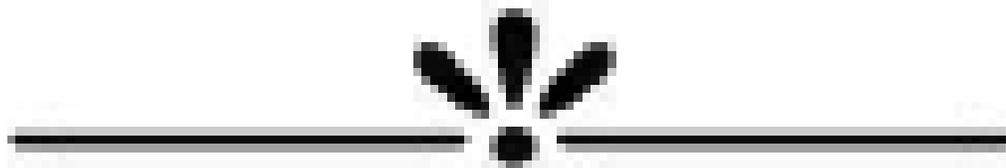
Diego sonrío.

—Ese camino ya estaba más que trazado, solo os faltaba pisarlo juntos. Quiérela mucho, Roa —le dice mientras se pone el abrigo.

—Lo hago, Diego, tenlo por seguro.

—No me cabe duda. Despidete por mí. —Antes de salir por la puerta le dice—: Seguiré en sus vidas, quiero que lo sepas.

—Vale —acepta Roa.



Diego prefiere regresar paseando, tiene mucho en lo que pensar. Alberto tenía razón. Recuerda lo que han hablado en la terraza.

—Lo has intentado, Diego... Viniste a España, aguardaste un poco más porque yo te lo pedí. Ahora sé que tú fuiste el que organizó el viaje en la autocaravana, cabronazo, que te lo tenías guardado.

—No podía esperar más, Alberto...

—Ya, cuando me vine a España quise que ellos se vieran, hasta intenté que se toparan en un restaurante, pero él iba con una chica y mi hermana huyó nada más darse cuenta de que era él.

—Sí, yo he sido más efectivo. En la caravana no les quedaba otra —bromeó.

—No has perdido, Diego. Estoy seguro de que has ganado, pronto encontrarás a la mujer que perderá la cabeza por ti. Te mereces tu gran historia.

—Espero no tener cuñados —bromeó.

Los dos se rieron.

—Eres grande, Diego... te quiero cerca, ¿eh? Todos estos años contándonos nuestras vidas en secreto han dado para mucho.

—Pues sí, yo creo que ya podemos demostrar nuestro amor —bromea—. Bueno, no, que tú ahora te has pillado por Bea. Ya te he visto antes a tope...

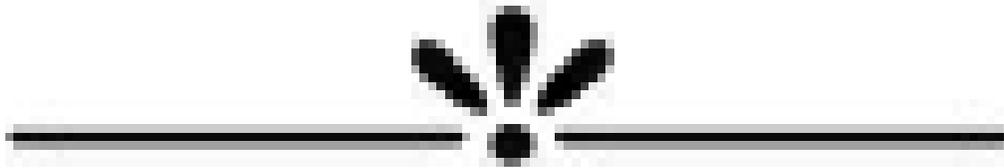
—Calla, calla

Diego sonrío al recordar a su amigo babeando por Bea en el pasillo. Se alegra por él, cuando le hablaba de su ex, Alissa, solo le contaba problemas, y cuando la conoció en un viaje a Londres le pareció una estúpida absoluta. En cambio, Bea, Bea es perfecta, es buena, divertida, fiel, salvaje... Se alegra por ellos.

—Perdona. —Escucha la voz de una chica a su espalda con acento cordobés.

—¿Sí? —Diego se gira y aunque está oscuro cree que nunca ha tenido delante a una mujer tan increíblemente guapa.

—Es que me he perdido, ¡qué vergüenza! —se abochorna y continúa hablando—. Si mi madre ya me había dicho que yo no pintaba nada en Madrid, al final va a tener razón, pero yo tenía que salir de mi pueblo como fuera, estaba hartica y... —ella le mira y se calla. Él sonrío y ella le imita. El tiempo se para—. ¿Me ayudas, por favor?



Después de cinco cuentos y muchas preguntas, Val se duerme. Estaba muy excitada por la fiesta, como es normal, y tanto Roa como Carol se quedan atontados mirando a la pequeña.

Ella le ayuda a levantarse y caminan juntos en silencio hacia la escalera, donde Roa le pide que se sienten antes de bajar. Allí hablan de la niña, de los planes que Carol tiene para ella, de lo que le ha costado hacer los trámites de la adopción y de lo que le queda para conseguirla, pero que hoy, ya con ella en casa, sabe que lo va a conseguir y Roa le dice que no lo duda.

Quizás porque están hablando bajito o porque está en su naturaleza, cada vez se acercan más.

—Ha sido genial que vengas, Alan... Val me preguntó en el viaje por ti. Ella te adora.

—Y yo a ella.

—Alan... —la duda precipita la pregunta de él.

—¿Qué?

—¿Me vas a ayudar con Val? Hoy he visto claro que ella te quiere cerca, que te necesita.

Roa la sonrío.

—Pues claro, Carol. Seré lo que tú quieras que sea para ella.

—Yo no sé lo que quiero —responde ella triste—, solo que no te vayas.

—No me voy a ir, Carol, te lo prometo. Tampoco creo que pueda bajar estas escaleras, así que estate tranquila.

Ella se ríe.

—¿Y cómo las has subido? No he escuchado a Diego ayudarte.

—Se fue, he subido solo, era algo que tenía que hacer por mí mismo...

—¿Como una penitencia?

—Más bien como un premio. Poder estar cerca de ti es mi meta, pequeña. Todo lo hago pensando en ti, Carol.

Ella sonrío y se apoya en su hombro para no dejarse llevar por lo que le piden sus ojos.

—¿Qué vamos a hacer tú y yo? —pregunta él al aire.

—No sé, pero todos creen que estamos predestinados y me estoy cansando de decirles que no. Igual tienen razón.

Alan sonrío y sube sus manos al rostro de ella para acariciarla y mirarla frente a frente. Después de un momento único en el que sus ojos se han contado todo lo que se han echado de menos, él le pregunta con lágrimas en los ojos:

—¿Me perdonas, mi vida?

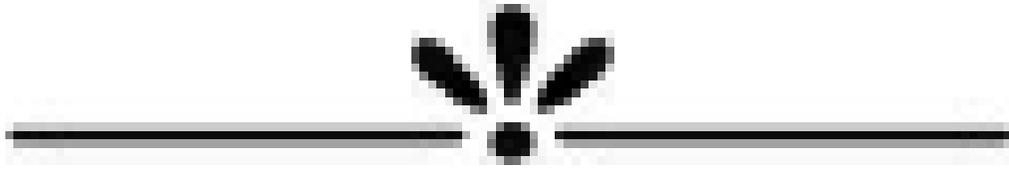
Carol asiente sin palabras porque no le salen de la emoción.

—¿De verdad?

Carol vuelve a afirmar en modo mute. Sus cuerdas vocales están paralizadas por un enorme nudo que se ha presentado en su garganta dinamitando su voz.

Roa se acerca a ella muy despacio hasta besarla. Cuando sus labios se encuentran el dolor se resetea y el amor que se sienten retoma su destino con ellos. De donde nunca se tuvo que ir,

porque cuando algo es tan fuerte, solo hay una única dirección, y aunque a veces los callejones oscuros les despisten, si escuchan a su corazón regresarán a sus coordenadas comunes sin más problemas que unos días de insomnio.



Carol le ayuda a llegar a su cama. Las piernas de Roa están agotadas y las muletas se las ha dejado abajo.

—Voy a tener que quedarme a dormir —le dice él echándose hacia atrás en el colchón.

Carol se sube a horcajadas sobre él.

—Eso será si te dejas, ¿no? —le dice seductora.

—Como me hagas bajar por la escalera prefiero caer rodando y que sea lo que dios quiera — bromea provocando una risa en ella.

— Alan... ¿podemos? —le pregunta con cierto rubor.

—¿Tú qué crees? —le pregunta él, encajando su sexo en el de ella para que sienta su firmeza.

—No sabía si...

—Tú me excitarás hasta muerto, pequeña.

—Bueno saberlo —musita ella plegando su cuerpo para besarle.

—Eso sí —la frena él—, tampoco estoy en mi mejor momento físico, vas a tener que esforzarte tú un poquito más...

—No te preocupes, tengo ganas por ti y por mí —susurra en su oído y baja las manos al abdomen de él, buscando un hueco para comprobar su erección. Roa gime cuando ella le alcanza.

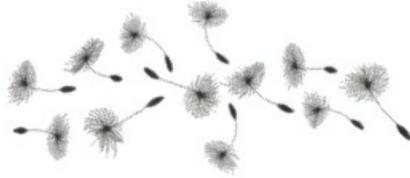
—Si fuera cuestión de ganas entraríamos en combustión —le dice él arrancando todos los botones del vestido camisero de Carol y elevando su cuerpo para besarla y morderla por encima del sujetador, hasta apartárselo a bocados y hacer lo mismo con su pecho ya desnudo—. De piernas voy fatal, pero de tren superior estoy hecho un ironman.

Entre gemidos y prisas se desnudan el uno al otro y Carol se ve gratamente sorprendida al encontrar a Roa tan ágil. En la cama no se le nota nada el problema con su movilidad, vuelve a ser el de antes. Ruedan por el colchón con besos, risas, y unas caricias delicadas y otras soberbias. Cuando por fin sus cuerpos se unen y danzan juntos para colmarse el uno al otro, Carol constata que nadie en el mundo le puede dar lo que él le ofrece y Roa le grita al cielo agradecido por esta segunda oportunidad y le promete que lo que le quede de vida se lo va dar a ella, a su único amor.

Justo cuando estallan casi a la vez, con Roa encima del cuerpo de Carol agotado por la entrega, escuchan a su espalda la voz de una niña:

—¿Os estabais peleando?

EPILOGO



Siete meses después.

En estos últimos meses Carol ha tenido la sensación de que podría morir de amor en momentos puntuales. Y este es uno de ellos. Contemplar a Val jugando con Ricardo tronchada de risa es inigualable.

Val está totalmente integrada en su vida y se lo debe, en gran parte, a su familia y amigos. Todos se han volcado con ella y la niña les ha dejado entrar a todos. Es muy cariñosa y simpática. Parece otra. A Val ahora se la ve una niña feliz, de carácter disfrutón, cualquier plan le parece bien y, en ocasiones, para lo pequeña que es, resulta muy payasa. Ricardo dice que es clavadita a él. Entre ellos hay algo muy especial, asunto que a Bea le trae por el camino de la amargura porque ella lo intenta, pero a Val se le cae la baba con su tío Ricardo.

—Val, tienes que terminar la maleta de juguetes —le dice Carol.

—Ahora voy... —responde ella con voz hastiada.

—Mejor hazlo ya, que nos vamos en breve.

—¡Joooo!

—¡Venga, Val! Que te lo vas a pasar de escándalo —le anima su tío.

Carol la ayuda a levantarse del suelo y la niña, haciendo puchereros, sube la escalera. Ricardo y Carol la miran.

—Es más perezosa que el gato Isidoro.

—Tiene cinco años, ¿qué esperabas?

—Se la ve feliz, ¿verdad? —duda Carol.

—Mucho. Como a ti.

Carol suspira.

—Nunca pensé que educar a una niña fuera tan complicado, a veces saca lo peor de mí, es muy desobediente.

—¡Amiga! Nadie dijo que fuera fácil. Por eso yo no quiero niños.

—Una pena, ya te lo he dicho más veces, serías un padre estupendo, aunque con lo libre que tú eres...

—Pues sí, mi libertad es sagrada y lo digo con contundencia, no como otras que presumían de almas libres y mira ahora cómo están.

—¿Yo? —se sorprende Carol—. Yo nunca he ido de hippie.

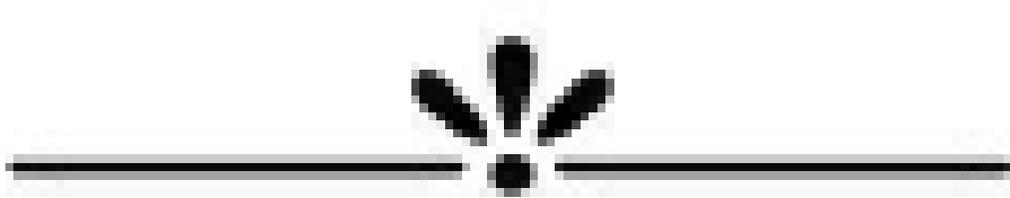
—No me refiero a ti, bonita, hablo de tu amiga Bea, sí, la traidora que se casa al final del verano.

Carol sonrío.

—¿Quién nos iba a decir a ti y a mí que iríamos a la boda de Bea?

—¡Y con tu hermano!

—¡Y con mi hermano! —resopla.
—¿Y a ti qué tal te va con el mago?
—Es sexy, pero el otro día conocí a un abogado...
—¿Cuándo te enamorarás? —bufa—. Eso sí, el día que lo hagas vas a caer como un tonto, estoy segura.
—No sé yo... Por cierto, hablando de ti...
—¿De mí? ¡Estamos hablando de ti, guapo!
—Pues paso palabra, hablando de ti, el otro día haciendo un Marie Kondo encontré algo que te pertenece.
—Miedo me da.
—No, no le tengas miedo, vas a alucinar. —Ricardo saca de su bandolera de cuero un sobre blanco con aspecto antiguo.
—¿Qué es eso?
—Esto es tuyo, bonita. Hace años te pedí que me escribieras qué tres logros o aptitudes, algo no material, querías tener a largo plazo, ¿te acuerdas?
—Nop.
—Pues no lo abras todavía, espérate a un momento especial estos días. ¿Me lo prometes?
Carol intenta hacer memoria, pero no le viene nada. Cuando hacía terapia con él era muy de esas cosas. Coge el sobre y lo guarda en su bolso.
Minutos después suenan varios pitidos en la calle. Carol le grita a Val que se dé prisa, pero Ricardo sube la escalera corriendo y baja a la niña en brazos haciéndole cosquillas.
—¡Disfruta de la aventura, pequeña Valiente! ¡Me lo tienes que contar todo!
Carol va hacia la entrada y abre la puerta para sacar el equipaje.
—¿Estamos preparados? —escucha su voz. Levanta la cabeza y le ve frente a la caravana, con el maletero abierto y una sonrisa brillante.
—¿Se puede estar más bueno? —le susurra Ricardo a Carol en el oído—. Este nuevo novio tuyo me gusta cada día más, y vestidito de montaña gana.
Ella le mira y pone los ojos en blanco.
—¿Nuevo?
—Sí, hija, nuevo, aunque tengáis una hija de cinco años, vosotros no lleváis ni uno.
—También es verdad —acepta ella.
—¿Qué murmuráis vosotros dos? —les cuestiona Roa mientras se acerca y besa a Val en la mejilla y a Carol la agarra en volandas para que baje el escalón de casa y después la besa con detenimiento.
—Pues le decía a mi amiga que cada día estás más feo —responde Ricardo.
Val se ríe a carcajadas y Roa opta por ignorarlos y seguir besando a Carol, mientras le dice feliz que se van por fin en su caravana.



Era algo que tenían que hacer, pero la primera vez les daba un poco de miedo. Como siempre, Val les ha sorprendido y en ningún momento la han percibido triste al regresar a su camping.

Ha jugado con los gatos, con otros niños que están alojados, y con Ani, la nueva directora del camping. Aunque le pertenece a Val, decidieron no venderlo y que Ani se encargara de dirigirlo. Por cómo van subiendo los ahorros de Val, la profesora de yoga lo está haciendo muy bien, y Carol y Roa se ha quitado un peso de encima, porque no podían viajar cada semana al Cares.

Val se ha quedado dormida en su sillita mientras Roa le intentaba enseñar acordes de guitarra. Ha sido un viaje largo y un día con muchas emociones. Normalmente les cuesta mucho dormirla, por lo que Carol entra a acostarla en la autocaravana y sale con un albariño fresquito y dos copas.

—Tendremos que brindar por nuestro viaje, ¿no? —le dice.

—Por supuesto, cualquier razón es válida para abrir un buen vino, ¿eh? Ya te voy conociendo yo a ti...

Carol se ríe y se sienta en las piernas de Roa, le aparta el pelo y se acerca con dulzura para después morderle el labio.

—¡Ey! —se queja él.

—Eso te pasa por llamarme borracha. Sabes que bebo porque es mi trabajo, de algo tengo que hablar en la radio... —le guiña un ojo.

—¡Claaaro! Es por eso, por la radio, perdone usted —bromea mientras sus enormes manos se cuelan por la camiseta de Carol y se detienen en sus pechos.

Hay luna nueva y con las estrellas no es suficiente para iluminar la tierra, por lo que el camping está bastante oscuro y Carol y Roa lo aprovechan a su favor. Su adicción al cuerpo del otro no merma con el paso de los meses, quizás también porque con los viajes de trabajo de ambos y las incursiones de Val a su habitación, pueden contar con las manos los días libres al mes para dedicarse un ratito a su deporte favorito.

—¡Hola, Carol! —escuchan a una niña.

—¡Aysss, joder! —pegan un respingo los dos. A Carol no le hace falta darse la vuelta, el olor a canela le ha desvelado de quién es la voz.

—¡Noa! —se gira y se encuentra con la figura de la pequeña, aunque están a oscuras y no se la logra ver bien. Carol se recoloca la falda y se levanta de las piernas de Roa, mientras él se abrocha los pantalones, después abraza a la niña y Roa le toca la cabeza. Él no la había vuelto a ver.

—¡Hola Alan! —le saluda ella.

—Hola, Noa... —dice un poco cortado—, muchas gracias por lo que hiciste por mí.

—No fue nada, gracias a vosotros por cuidar de mi hermana. Mis padres y yo estamos muy felices.

Carol no puede hablar de la emoción, Roa lo nota y responde.

—Creemos que lo estamos haciendo lo mejor posible y que Val está muy contenta con nosotros.

—Sí que lo está... sois los mejores. Lo supe desde el principio.

—¿Qué supiste? —pregunta Carol con emoción en la voz.

—Que ibais a convertirlos en la familia de Val. Yo no me aparecía a nadie, solo a vosotros, supe que era por algo... Ellos me avisaron.

—¿Quiénes?

—No os lo puedo contar, Darío entre ellos, ya te hablé de él una vez. Pero es algo como que estabais predestinados.

—Cuéntanos un poco, anda... —la tiente Roa.

—No podría aunque quisiera. Solo he venido a despedirme, me han dicho que ya no podré aparecerme más.

—¡Oh! —se lamenta Carol—. ¡Espera, que despierto a Val!

—¡No, no! —la frena la niña—. Es mejor que no, ella nos tiene que olvidar, ella no debe saber que hablaba conmigo y que me veía, los niños pueden llegar a ser muy crueles. Cuando sea más mayor y ya sea más consciente, se lo podréis decir, pero de momento es mejor que no. Me han dicho que os lo diga.

—¿Quiénes?

—Esto último, mis padres.

—¿Y están contentos con nosotros? —dice Carol y vuelve a emocionarse, es raro el día que no se lo plantea.

—Sí, es lo que querían, que tú fueses su madre, tú la entiendes como nadie. También querían que Alan fuese su padre, por eso os ayudaron. Alan, eres y serás una referencia para ella, los dos. Vuestra forma de ser y de vivir se convertirá en su ejemplo a seguir.

—Pero, ¿cómo lo supieron?

—Porque preguntaron, mucho, su hija estaba sola, movieron cielo y tierra.

—Nunca mejor dicho —expresa Roa.

—Y de pronto aparecisteis en su campo de visión y lo tuvieron claro. Con mi ayuda, porque yo me podía aparecer a vosotros, os uniríamos a los tres. Pero ya me toca desaparecer de aquí, casi nadie puede.

—¡Qué pena!

—Sí, pero estoy bien, de verdad... ahora iré al lugar que me pertenece, he estado un poco perdida.

—¿Y Val no te volverá a ver?

—No. Yo a ella sí, y mis padres también.

—¿Siempre podéis vernos? —pregunta Roa—. Da un poco de mal rollo, ¿no? —le dice al oído a Carol.

—No, tranquilo, solo cuando nos dejan, y con el tiempo cada vez menos.

—¿Quién os deja? —insiste Roa.

—No puedo, de verdad. Solo he venido a deciros que muchas gracias por querer a mi hermana tanto y hacerla tan feliz.

—Gracias a vosotros, Noa —le dice Carol y después estornuda por el olor a canela. Estaba tardando...

—Intentaremos hacerlo lo mejor posible —añade Roa—. Val es una niña muy buena y nos lo pone muy fácil. Cuídate mucho, pequeña.

—Y vosotros. Pronto... no, no puedo.

—¿Pronto, qué?

—Nada, nada... es que no puedo. Ya me están llamando. Me voy para siempre —les dice con una sonrisa—. Quereos mucho.

La figura corporal poco a poco se desintegra y Carol y Roa se quedan estupefactos durante varios minutos.

Cuando a Carol se le pasa el berrinche y Roa puede hablar entran en la caravana, dan un beso a su pequeña Val y se acuestan en la cama enorme que ocupa toda la trasera del auto.

Despacio, con la escasa luz de las estrellas colándose por las ventanas del techo, hacen el amor, tranquilos, casi en silencio para no despertar a Val, pero con todos sus sentidos puestos en ellos y en disfrutar de la pasión que se sienten.

Abrazados, al arrullo del sueño, Carol recuerda algo que le despierta del susto.

—¡Roa!

—¿Qué? —dice él casi dormido.

—Se me ha olvidado traerme las anticonceptivas y no me la he tomado esta noche.

—No pasa nada, pequeña —responde en modo automático.

—Verás tú... —se reconcome ella.

—No pasa nada, zzzzzz. —Se duerme.

Carol se desvela. No puede quedarse embarazada ahora, no porque no quiera tener hijos con Roa, sino porque apenas tienen tiempo para ellos al cuidar de Val, como para un bebé. Dentro de unos años todo cambiará. De pronto se acuerda del sobre que le dio Ricardo por la mañana. Le da pereza levantarse, pero lo hace y así aprovecha para beber agua. Con la luz del móvil busca el sobre y regresa a la cama. Al leer lo que escribió hace millones de años, sobre lo que quería lograr cuando fuese mayor el asombro recorre su cuerpo:

Quiero tener VALENTÍA.

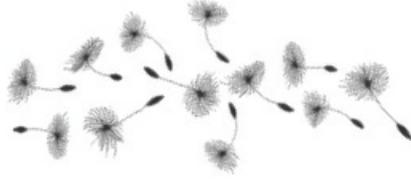
Quiero encontrar UN AMOR ÚNICO.

Quiero estar ORGULLOSA de mí misma.

La emoción vuelve a los ojos de Carol. Ahora no le cabe duda de que todo estaba predestinado, de que Roa es su verdadero amor de siempre, y de que Val, su Valiente, es el amor que le ha pillado por sorpresa y es incondicional. Con esa niña le ha puesto nombre a su valentía y cada vez que la mira se siente orgullosa de su decisión. Ellos ahora son su familia. No podrá nunca querer a nadie tanto...

¿O sí?

¡OTRA, OTRA! BIS REGALADO POR LA AUTORA



(Prometo que esta escena existirá, unos años después).

—¡Val, ten cuidado con Airén! —grita Carol al salir a la terraza y ver que ha vuelto a meter a su hermana pequeña al agua.

—¡Qué sí, mamá, tranquila, la estoy enseñando a nadar!

—¡Por Dios, Val, que tiene dos años!

—A Lucas le enseñé yo también y mira cómo nada ahora.

—Sí, es un delfín —se burla Carol porque su hijo de cuatro años no se mete al agua sin sus manguitos de colores, aunque se justifica diciendo, con esa lengua trapo que hace las delicias de todos, que es porque le hacen parecer más fuerte.

Carol se sienta en la terraza a observar a sus niños porque, aunque Val tenga diez años y es muy responsable, la piscina conlleva cierto peligro, y no puede quedarse tranquila. Si algo les sucediese a sus niños se moriría.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta al entrar, imitando la voz de un policía, el padre de la familia.

—¡Papi!

—¡Papi!

—¡Papi!

Corean los tres a la vez y Val saca con energía a Airén de la piscina para correr a sus brazos.

Cuando Roa se ve rodeado de niños, mira a Carol y en tono broma, como suele ser común en él, le dice:

—Reconoce que te da resquemorcillo que me quieran a mí más.

Carol le tira el matamoscas como respuesta y le mira. Lo que sí reconoce, pero no lo va hacer en alto, esta vez, es que se enamora cada día más de él, de cómo afronta la vida, de que todo lo solucione a golpe de risas y de que los días con él sea tan fáciles a pesar de tener tres niños y acabarse de mudar.

Y Roa, Roa mira a su mujer y sigue viendo a esa niña con aquellos ojos que le hacían dudar de si estaba mal de la cabeza por enamorarse de una chica mucho más pequeña que él. Y también ve a una excelente amante y a su amiga íntima, a la mejor persona que conoce, y a la más valiente. Maniática hasta el extremo y mandona como un entrenador de fútbol, pero compartir la vida con ella es el mejor plan que se le puede ocurrir a un hombre. Que ella sea la madre de sus hijos es un verdadero honor.

Suena el timbre de la puerta.

Carol se levanta de la silla y cuando pasa al lado de su marido, que continúa rodeado por sus hijos, le da un escurridizo beso en los labios, pero le hace recordar la noche pasada cuando los besos no fueron lo que se dice escurridizos. Roa le guiña un ojo porque piensa en lo mismo.

Al abrir la puerta se encuentra con otra familia numerosa y estresada, pero feliz.

—¡Bienvenidos! —les recibe Carol.

—¡Qué casa más bonita! —dice ella con su acento cordobés mientras se besan.

—¡Ufff! Nos queda un montón de trabajo que hacer, pero estamos muy contentos. Ahora os la enseño bien. ¡Qué guapa estás, hija! Parece mentira que acabes de dar a luz. —Carol, desde que la conoce, piensa que no hay mujer más guapa en el mundo que la mujer de Diego, y encima ella no puede ser más natural.

—¿Y Roa? —le pregunta Diego.

—En la terraza, con los peques.

Diego le da un beso a su amiga y va directo a la terraza. Su mujer y Carol se miran y sonríen, esos dos se ven todos los días y no tienen suficiente.

—Es que son primos —le dice.

—Debe ser...

Mientras los niños juegan al escondite, las dos parejas beben y hablan en torno a la barbacoa. Echan de menos a Alberto y Bea, que a la que pueden se marchan de viaje y se llevan a su niña con ellos, y a Ricardo, el alma de la fiesta, que se ha escapado a un congreso de magos para acompañar a su futuro marido. De pronto, Carol estornuda y dice después:

—Canela, chicos...

—¿Canela? —preguntan Diego y Roa a la vez mientras la mujer de él los mira con cara de no entender nada.

Carol asiente y levanta su copa, Diego y Roa la imitan con sus cervezas y brindan hacia el cielo con la mirada perdida mientras mascullan:

«Canela».

A tres metros, una niña de diez años admira a sus padres, abrazados, brindando, e imagina que cuando sea mayor querrá algo así para ella, no se conformará con menos. Después, contempla a sus hermanos pequeños y a sus amiguitos y se siente muy feliz. Aunque ya hace mucho tiempo de eso, sabe que no siempre la vida puede brillar por sí misma y los días pueden ser oscuros hasta con el sol más radiante. Pero eso quedó muy lejos, a golpe de amor ya lo ha olvidado.

Valiente ha olvidado que antes.

¿Y tú?

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y de todo corazón, GRACIAS A TI. Por escogerme. Tú haces real esto que ha surgido de mi imaginación y ha volado a la tuya. ¿Y hay quien no cree en la magia? Espero que te haya gustado tanto como para repetirme, tengo un surtido cada vez más amplio de ideas locas, de novelas con su toque romántico y sus giros inesperados.

Por cierto, hay cierta escena en la caravana, cuando Roa se presenta ante Carol que si te ha gustado quiero que sepas que la he calcado de The Baker and the beauty, una serie que tenéis que ver, aunque sea en israelí con subtítulos, y como nadie me hace caso, pues os muestro lo mágica que puede ser.

Y si os gusta el tema de los fantasmas, el cielo y queréis saber algo más sobre quién es ese Darío que ayuda a Val, leed Abrázame que no te quiero.

Y tengo que dar gracias a todos los que me habéis ayudado a documentarme:

A Miguel, mi amigo sabio al que no se le escapa una ley y me ha hecho idolatrar a Alsina y a los culturitas. Gracias, sabes que en muchos renglones de mis novelas se entretelan tus sabios consejos. Y, por supuesto, a su Rebecca Pearson, por ser mi Miranda Hobbes, práctica como nadie, lista como una rata y mi iluminadora particular. Si no fuera por ti, amiga, yo no tendría colchón, ni mails de Cosco.

A Fernando, el amigo que tanto te puede sacar de tus casillas como te pueden dar ganas de achucharle por buena persona, y hay que quedarse siempre con lo bueno. Gracias por ayudarme con el grigri. Tú eres el culpable de la caída de Roa, y lo sabes...

A Marta, mi amiga desde hace tanto... Mi fisio, la que ha ayudado a Roa a remontar y a mí cada vez que me duele algo de mi aparato locomotor. Gracias por seguir creando recuerdos juntas. Esta vez perdimos los penaltis, pero y lo que nos reímos...

Gracias a mi Kate Danon por acompañarme y ayudarme siempre. Eres muy especial y te mereces el éxito más rotundo porque escribes como nadie.

Gracias a Nuria España, alguien nuevo en mi vida, una enciclopedia andante del mundo del vino que me ha ayudado con las referencias que hace Carol y le he dado la matraca con el título hasta a altas horas de la madrugada.

Gracias a Mónica Berciano por estar siempre disponible para mí y corregir mis fallitos. Ná...

Gracias a mis padres por todo lo que han hecho por mí y mi Eire, y a mis suegros por adorar a mi pequeño tesoro hasta cuando se porta regular tirando a mal.

Gracias a esos dos sobrinitos, mis vitaminas, Diana y Rubén. Os quiero.

Gracias a Vero, te mereces la oposición, pero bueno, el bolso O'bag no está tan mal... ¿no? Nuestros paseos por el barrio son estimulantes, aunque no perdamos ni un gramito.

Gracias a mis compañeros de la UCI, mitad de mi vida la comparto con vosotros y me escucháis, me hacéis reír y me dais muchas tramas; es que estáis muy locos, chicos. Nos ha tocado vivir esto, pero no me imagino mejores compañeros para hacerlo. Sois muy grandes, os lo digo yo que os veo cada día.

Gracias a mi prima Cristina, por ser mi primi-amiga, y a las Marías por esos arrocitos con bogavante inolvidables, con TikTok incluido.

Gracias a Carol y Susi, ¿no te quejarás Carolina Cataluña? ¡Te he dado el prota! Gracias por nuestros ratitos de complicidad.

¡Gracias a mis vecinos por colaborar en cambiar el grupo de presión y así poder descansar!
Gracias por apoyarme, leerme y darme tan buenos ratos en la piscina.

Gracias a mis amigos del cole, a esos ratitos de recreo en los que me pongo al día de cosas de padres y mucho más. Sois variopintos, voy a sacar algún personaje, lo sé... En serio, me gustan mucho esos ratos con vosotros, pero a ver si nos lanzamos ya a montar un chiringuito.

Gracias a todos mis amigos, aunque no os nombre a todos. A Laudrup, Marisa, Vero... a todos, me alegráis la vida.

Y gracias a mis dos estrellas, Dimas y Eire, veros jugar es darle gracias a la vida por ser tan afortunada.

¿QUIEN SOY?

Si no me conocías, te cuento. Soy Irene Ferb, siempre he publicado con ediciones Kiwi, tengo diez libros con ellos y os invito a leerlos. Son muy distintos, muy atrevidos, misteriosos y podéis encontrarlos en Amazon, Nubico, Applestore... Y, por supuesto, en librerías.

“Abrázame que no te quiero”

Romance celestial en el que todo el mundo cuenta a su alma gemela. Una comedia contemporánea muy especial y esperanzadora.

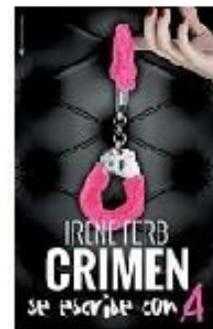


“Quiéreme si no te abrazo”

Había mucho que aclarar...

“Crimen se escribe con A”

Un crimen, tres sospechosos. Una policía, tres citas con ellos. Pero ¿y si uno le gusta tanto como para saltarse todas las normas? ¿Será el asesino?



“Ni un zapato más”

Secuestran a mujeres y sus zapatos aparecen en la puerta de Rubén, nuestro policía. Una comedia, romance e intriga y no podrás parar de leer y de reír.

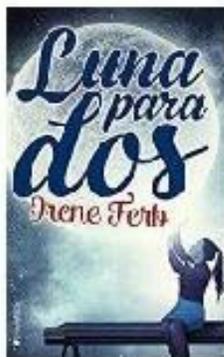


“Si tiene que ser”

El destino es caprichoso y jugará con todos los personajes de esta novela coral, sobre todo con Lucas, el médico de moda.

“De enfermera al cielo o al caldero”

Entradas de mi blog «Soy enfermera y me enfermo cada vez que lo pienso» y la historia de Julia, una enfermera a la que le va a costar muchas explicaciones que se le abran las puertas del cielo.



“Luna para dos”

Novela romántica contemporánea con toques eróticos. Mi libro más atrevido. Luna tendrá que tomar muchas decisiones y no está acostumbrada y su jefe, del que lleva enamorada años, no se lo va a poner fácil.

“Estrellaría mi estrella”

Estrella tendrá que armarse de coraje para tomar las riendas de su vida. Ella es valiente de más, una heroína. ¿Y Edu? Mi novela más dulce.



“Bye, bye, prejuicios”

Verano, hoguera de San Juan privada y un flechazo. Un escritor y su psicóloga vivirán el mejor mes de su vida. Pero él no es quien dice ser, ni ella... ¿podrán superar sus prejuicios y saltar al vacío?

“Las mariposas no se cuentan por WhatsApp”

Mi primera novela auto publicada. Una comedia chispeante y adictiva con un vikingo de por medio...



Podéis buscar me como Irene Ferb en Facebook, Instagram y Twitter.
O escribidme un correo a Irenferb@hotmail.com